

NEW ADULT

KYLIE SCOTT

**PARECÍA UNA
BUENA IDEA**



© *Jenny Ruddle Photography*

Kylie Scott es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.



Tras marcharse de casa a los dieciocho años, una inesperada reunión familiar parece la ocasión para reestablecer la relación perdida. ¿Lo será?

Volver a casa para la boda de su padre no será fácil para Adele. No solo porque no ha vuelto desde que cumplió los dieciocho años, sino lo que es peor, porque se enamoró del socio de su progenitor y se marchó dejando tras de sí un buen desastre.

Pete, quince años mayor que ella, había sido su amor desde que tenía uso de razón. Sin embargo, aunque ella lo veía como algo más, para él no era sino una confusa amistad. Si a esta ecuación añadimos al padre de Adele, el resultado para Pete fue que le rompieron la nariz y que casi pierde el empleo. Por eso, que ella se fuera le alegró tanto como a los demás.

Ahora, han pasado siete años y todo ha cambiado. Adele ya no es una niña, sino una mujer adulta más que dispuesta a presentarse en la boda de su padre y comportarse. Sin embargo, al volver a verlo, surgen en ella sus antiguos sentimientos. Y es que, a veces, el primer amor nunca se olvida.



*Parecia una
buena idea*

Parecía una buena idea

Título original: *It Seemed Like a Good Idea at the Time*

Copyright © Kylie Scott, 2018

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: © KDdesignphoto/Shutterstock

Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: marzo de 2019

ISBN: 978-84-16973-86-6

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).



*Parecía una
buena idea*

KYLIE SCOTT

Libros de
seda

Capítulo 1

Miércoles

Si el mundo fuera justo, él debería haber tenido un aspecto horrible, los años le habrían pasado factura y lo habrían reducido a una mera sombra de su antigua gloria. Pero, como era de esperar, eso no sucedió. No tenía tanta suerte.

—Lo conseguiste —dijo, bajando los escalones de la entrada descalzo.

—No te sorprendas tanto. Fuiste tú quien me enseñó a conducir.

Me miró fijamente con aquellos ojos azul claro. No se le veía ninguna cana en el pelo oscuro. Al menos todavía.

—Hola, Pete —lo saludé.

Nada.

—Vengo en son de paz.

Más de lo mismo.

Me bajé del vehículo con cada músculo de mi cuerpo quejándose del movimiento. El vestido de verano que llevaba estaba completamente arrugado. Algo que me había parecido optimista, alegre y lleno de vida a primera hora de la mañana no se veía tan bien al atardecer. Aunque un viaje de doce horas desde Sidney hasta el sureste de la costa de Queensland tenía ese efecto. Me coloqué las gafas de sol en la cabeza, dispuesta a enfrentarme al fatal destino. Me llegó una ligera brisa con olor a exuberante follaje y flores y me vi envuelta de inmediato en un golpe de calor y humedad, a pesar de que el sol empezaba a desaparecer entre las colinas. Me había olvidado de lo que era estar en una zona

subtropical en verano. Debería haberme puesto más desodorante. No, lo que debería haber hecho era fingir una enfermedad contagiosa y haberme quedado en casa.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó él—. ¿Siete años?

—Más o menos.

—Creía que venías con tu novio.

Me detuve un instante. Seguro que era cosa de mi padre. Aunque solo Dios sabía de dónde había sacado esa idea.

—No. No... mmm... estaba muy ocupado.

Se quedó mirándome. Supongo que los dos sentíamos curiosidad. La última vez que habíamos estado en la misma habitación había sido durante la fiesta de celebración de mi decimoctavo cumpleaños. Entonces llevaba el pelo corto y la falda aún más corta. Y vaya un desastre de noche que resultó ser. Frunció el ceño, como si de pronto se estuviera acordando de lo mismo que yo. En cuanto vi las líneas de expresión de su frente, grité entusiasmada para mis adentros. ¡Ahí estaban! No había duda: tenía más arrugas que antes.

Por desgracia, le quedaban que ni pintadas. Incluso lo hacían más atractivo. ¡Menudo capullo!

—Será mejor que entres —dijo él.

—Si sigues tan cabreado conmigo, ¿qué necesidad hay de que me quede aquí?

—No estoy cabreado contigo —dijo como si nada, aunque con un tono ligeramente arrogante, clara señal de que estaba molesto—. Pero también esperaba a tu novio. Eso es todo.

Me crucé de brazos.

—Mira —continuó él—, te vas a quedar aquí porque ambos le estamos haciendo un favor a tu padre. Sé que todavía no la conoces, pero Shanti es una mujer muy agradable. Es una buena influencia para él. Hacen una pareja estupenda y no quiero que haya la más mínima complicación en su boda.

—No he venido a causar ningún problema.

—Pues, según recuerdo, tienes un don para atraer los problemas. —Me miró con una adusta sonrisa, con las manos en las caderas—. Solo serán unos días. Por lo visto, tu antiguo dormitorio está lleno de cajitas para la boda, o lo que quiera que sea eso. Así que te tienes que quedar aquí conmigo.

A lo largo de mi vida había oído peores ideas que aquella, aunque no muchas. Y todas ellas traían consigo la posible pérdida de una extremidad, la muerte o que te metieran en prisión. Había intentado convencer a mi padre dándole alternativas, pero él se mantuvo firme en su decisión. Qué desastre.

—Eres muy amable, pero no hace falta. Conseguiré una habitación en un hotel, no hace...

—Seguramente estarán todas reservadas. Estamos en temporada alta, de modo que, aunque encontraras algo, pagarías un precio desorbitado. Y cualquier otra cosa relativamente cerca ya estará ocupada por otros invitados a la boda. Mira, tu padre te quiere cerca para poder pasar tiempo contigo.

No dije nada.

—Solo serán cinco días —repitió con el tono de voz que solía usar con quienes estaban a punto de agotar su paciencia—. Lo conseguiremos.

Estupendo. Qué bien.

Hice un gesto de asentimiento y me dirigí a la parte trasera de mi vehículo. Tanto para esconderme como para tomarme un instante para recuperar la compostura.

—¿Traes mucho equipaje? —preguntó él mientras me seguía.

—No. Puedo con ello.

Aunque en realidad no podía. Cuando abrí el maletero, él ya estaba allí, encargándose de mi maleta.

Me fijé en los músculos de sus brazos, flexionados por el esfuerzo, tensando ligeramente las mangas de su camiseta blanca. Siempre había sido un hombre fuerte, macizo. Y por desgracia tampoco había encogido. Tenía una estatura normal, pero seguía sacándome por lo menos media cabeza. Lo justo para mirar hacia abajo y ponerme en mi lugar.

—Cierra el vehículo. —Se fue hacia la casa tirando de mi maleta con ruedas—. Puede que estemos en el campo, pero eso no evita que pasen cosas.

—Sí, ya sé que tengo que cerrarlo—susurré con sorna.

—Te he oído.

—Me da igual.

Él se rio con desgana.

—Oh, pequeña, esto va a ser divertido.

Como no me quedaba otra, lo seguí por los escalones de piedra hasta la casa.

Pete nunca había sido un jardinero fabuloso, pero se las había arreglado para hacer un trabajo estupendo en la entrada. Aunque ni loca iba a reconocerlo en voz alta. Por lo visto, estábamos en guerra, y ni siquiera podía responsabilizarlo, ya que todo era culpa mía. Dios, detestaba esa vieja y familiar sensación de remordimiento. La vida habría sido mucho más fácil si pudiera odiarlo, atribuirle algo de responsabilidad. Pero lo cierto era que él no había hecho absolutamente nada mal. Ni entonces, ni ahora.

Regodearse en la autocompasión casi logró que no estuviera pendiente de la casa.

—Lo lograste —jadeé, mientras me preguntaba cómo me había olvidado de la regla de no hacerle ningún cumplido—. Es preciosa.

Él se detuvo y parpadeó sorprendido.

—Sí.

—La última vez que estuve aquí todavía vivías en el cobertizo y esto era un montón de tierra con algunas tuberías y estructuras que sobresalían del suelo. Ahora está terminado.

—Todavía quedan partes por acabar.

Fui girando lentamente, embebiéndome de todo lo que tenía a mi alrededor, desde los suelos de madera pulida hasta la cocina de cuarzo gris situada en un lateral. Una televisión del tamaño de un campo de fútbol colgaba de la pared, al lado de un grupo de sofás azul marino de aspecto soberbio. También había una mesa de madera bastante sólida cuyas vetas naturales eran lo suficientemente rugosas como para ser decorativas. Lo había visto empezar aquella obra de arte, así que sabía de primera mano que la había hecho él mismo. La viga redonda central era enorme, ubicada justo en medio de la estancia, sosteniendo el techo inclinado.

—¿Qué tiene, dos plantas? —pregunté, mirando hacia arriba.

—Dos y media.

—Vaya. Sí que lo lograste.

Casi sonrió. Casi.

Dos pasillos salían de los lados opuestos del salón y había un amplio porche que abarcaba la parte trasera del edificio, con barbacoa, otra mesa de comedor, un montón de sillas para descansar y unas escaleras que llevaban a la piscina. Lo sabía sin necesidad de mirar. Igual que sabía que a la derecha estaría el

dormitorio principal con un baño y un despacho, y a la izquierda dos habitaciones para invitados, un rincón de lectura y otro baño. Años atrás, lo había ayudado a diseñar este lugar. Y habíamos trabajado juntos en construir la casa de sus sueños.

—Es perfecta —dije en voz baja.

Durante un instante entrecerró los ojos, pero inmediatamente después volvió a apretar los labios con ese gesto adusto.

—Me alegro de que te guste. Dormirás aquí.

Fui detrás de él hacia el ala izquierda. La casa era asombrosa. Por desgracia, mis ojos se fijaron en sus anchos hombros y fueron bajando por su columna vertebral hasta llegar al impresionante trasero que no había perdido ni un ápice de su antigua gloria. Sí, era injusto. Pero Pete en *jeans* siempre había sido un regalo para la vista. Por no hablar de su manera de andar, con aquella confianza despreocupada que parecía desprender por cada poro de su cuerpo.

Por supuesto que no seguía mirándolo. Mirar era malo.

—¿Te gusta esta? —preguntó, abriendo una puerta.

—Sí. Gracias.

Le dio una palmadita a la parte superior de mi maleta.

—¿Dónde quieres que la deje?

—Ya me encargo yo.

Recibí un asentimiento por respuesta.

—Tu padre y Shanti vendrán a cenar dentro de un par de horas.

—¿Te echo una mano con algo?

—No, lo tengo todo controlado. —Se rascó la barba de tres días que llevaba—. Bueno. Estás en tu casa. Voy a seguir trabajando. Si necesitas algo, estoy en el despacho.

Le respondí con otro gesto de asentimiento. Los asentimientos estaban bien. Mucho mejor que las palabras.

Él se quedó parado en el pasillo, mirándome fijamente durante unos segundos. Sin decir nada parecido a qué alegría le daba volver a verme. Porque habría sido mentira.

—Muy bien, Adele —dijo, por fin usando mi nombre, lo que nunca era una buena señal. Sinceramente, creo que prefería el «pequeña». Después, gracias a Dios, se marchó.

Cerré la puerta con cuidado antes de desplomarme contra ella por todo aquel melodrama. Sabía que volver tendría su parte de tortura, pero nunca creí que me afectaría tanto. Todavía me quedaban ciento veinte horas de suplicio.

* * *

—¿Miraste? —siseó Hazel en mi oído—. No me puedo creer que miraras.

Estaba tumbada en la cama con el teléfono móvil pegado a la oreja.

—No quería... simplemente surgió.

—La regla número uno es no mirar.

—Ya...

La oí suspirar.

—Está bien; lo hecho, hecho está. No pensemos más en ello. Aunque, por simple curiosidad, ¿qué tal está?

—Mejor que nunca.

—Qué capullo. ¿Y tú que aspecto tenías?

—Sudorosa y con toda la ropa arrugada.

—Te dije que fueras en avión.

—Sí, lo sé —me quejé yo—. Pero entonces habría insistido en ir a buscarme al aeropuerto, y estar encerrada con él en un pequeño habitáculo de camino a casa no era la mejor opción. Al final habría tenido que tirarme de un vehículo en marcha y eso no suele terminar bien.

Silencio.

—Me sigue odiando.

—No te odia.

—Sí lo hace, en serio. —Miré el techo—. ¿Qué tal va todo por ahí?

—Pues... todo bien.

—Noto algo raro en tu voz.

—¿Qué?

—No me vengas con «qué». ¿Qué pasa?

Mi mejor amiga soltó un gruñido.

—Teniendo en cuenta por lo que estás pasando, creo que es mejor que vivas en la ignorancia.

—Simplemente, suéltalo.

Masculló unas cuantas palabrotas antes de decir:

—De acuerdo. Pero que conste que yo estaba en contra de contarte nada. Maddie y yo salimos a cenar anoche.

—Qué bien. ¿Dónde?

—Al Bombay Diner. Y sí, estuvo bien, pero no estamos hablando de eso. Mira, Deacon estaba en el restaurante con otra mujer y se les veía muy acaramelados. Tanto como para terminar la noche en la misma cama.

Exhalé.

—Oh, entiendo. Bueno.

—¿«Bueno»?

—Bueno, tampoco es que me sorprenda mucho. La semana pasada discutimos. Ahora no recuerdo por qué, pero en ese momento pareció algo trascendental.

Silencio.

—¿Qué? —dije a la defensiva.

—Uno de estos días terminará importándote alguno de los hombres con los que sales.

—Me importan.

—Aparte de la preocupación normal de toda persona no sociópata de «espero que no lo hayan atropellado y matado de camino a casa» —señaló Hazel—, ¿muestras algún interés que signifique que te preocupas un poco más?

—Bueno, ya que por lo visto me está engañando con otra, menos mal que no lo he hecho.

—Sabía que me saldrías con esas.

No me molesté en responder.

—¿No te has parado a pensar que quizás empezó a salir con otra porque a ti no te importa? —preguntó.

—¿Crees que no estaba satisfaciendo sus necesidades emocionales?

—Es una de las teorías que tengo sobre tus problemas con las citas.

—¿Ves? Esa es una de las razones por las que tengo a una terapeuta como mejor amiga. Tienes respuestas para todo.

Se echó a reír.

—Solo que no me pagan por escucharte.

—Siento eso último.

—Por suerte, sueles ser bastante aburrída. Así que no me importa un poco de drama de vez en cuando.

—Sí que es una suerte —acordé—. El caso es que Deacon y yo solo habíamos salido en cuatro o cinco ocasiones. Ni siquiera nos habíamos acostado. ¿De verdad se espera que apoye emocionalmente a los hombres después de tan pocas citas?

Hazel resopló.

—Me estás malinterpretando adrede. Me doy por vencida.

—Estupendo. ¿Cómo está Maddie?

—Bien. Dentro de poco vamos a ir a cenar a casa de sus padres —informó—. ¿Sobrevivirás allí?

—No. Lo más probable es que muera de forma triste y patética y me convierta en un cadáver que genere un olor en el pasillo que al final terminarán notando. O no. Todavía no lo he decidido. —Solté un par de suspiros—. Dios, estoy tan agobiada... como si tuviera algo muy pesado sentado encima de mi pecho. Quizá debería tener un pequeño ataque de pánico y superarlo de una vez. Ya me entiendes, como si lo tachara de mi lista de pendientes.

—Los ataques de pánico no son para tomárselos a broma —me reprimió—. Ahora vete a tomar una copa y tranquilízate. Haz las paces con la situación... si no puedes hacerlas con él.

—No hará las paces conmigo.

—Muéstrale la persona tan maravillosa y madura en que te has convertido.

—¿Soy maravillosa y madura?

—Seguro que sí. O al menos puedes fingirlo. Tus dotes de actuación son bastante buenas. Confío en ti. —La oí dar un par de besos—. Tengo que irme. ¿Estarás bien?

—Sí —sonreí—. Gracias por la charla. En cuanto a lo de antes, prometo deshacerme en un mar de lágrimas la próxima vez que un hombre me engañe. Lo juro por mi vida. Buenas noches.

—Me lo creeré cuando lo vea. Adiós.

Tiré el móvil a un lado, dejándome llevar por la desesperación. O quizá solo por aquel calor opresivo y el cansancio. Y ahí fue cuando vi a una araña con un trasero gigante corriendo por la pared que tenía encima de mi cabeza, con sus

largas patas deslizándose y recorriendo el borde del techo.

—¡Jesús! —Me bajé a toda prisa de la cama con el corazón a punto de salirse del pecho—. Qué cosa más fea.

Unos pasos apresurados se acercaron desde el otro extremo de la casa. Inmediatamente después, Pete entró corriendo en la habitación.

—¿Qué sucede?

Me limité a señalar la pared.

Él alzó ambas cejas.

—Solo es una araña de la madera.

Lo vi expulsar una profunda bocanada de aire, y con ella desapareció toda sensación de urgencia. Teniendo en cuenta el grito que había soltado, Pete seguramente había esperado encontrarse una serpiente. Aunque la mayoría de las que pululaban por la zona eran inofensivas, de vez en cuando aparecía alguna marrón oriental. Y esas sí eran agresivas... y extremadamente venenosas.

—Es del tamaño de mi mano —me quejé, intentando no parecer muy a la defensiva—. ¡Puaj!

—¿«Puaj»? ¿En serio? —De nuevo estuvo a punto de sonreír, aunque en esta ocasión a modo de burla—. Solías encargarte de ellas todo el rato.

—Sí, bueno, pues ya no. He perdido la habilidad para cazar arañas —señalé—. A cambio, ahora domino el sistema de transporte público de Sídney. Y eso sí intimida.

Él se me quedó mirando.

—¿Puedes, por favor, sacar esa cosa de aquí?

—Abre la puerta que da al porche. —Soltó un prolongado suspiro y se marchó por el pasillo. Al poco tiempo regresó con un gran recipiente de plástico y un trozo de cartón.

Me quedé de pie junto a la puerta, abierta, observando cómo se acercaba a ese monstruo peludo y asqueroso de ocho patas. Si me paraba a pensarlo, era consciente de que probablemente yo lo habría asustado mucho más que él a mí. Las arañas de la madera ni siquiera eran venenosas y su picadura no era mucho peor que la de un mosquito. Pero las cosas espeluznantes no eran lo mío. Al menos ya no.

Pete se subió a la cama, descalzo y con los pies separados, y se colocó para realizar la captura. El recipiente transparente se fue cerrando sobre aquel bicho

mientras Pete se aproximaba muy despacio. En el último momento debió de activarse su sentido arácnido, porque esa cosa se lanzó en una loca carrera hacia la libertad. Contuve un chillido de miedo, pero los reflejos de Pete estuvieron a la altura de las circunstancias. Golpeó el recipiente contra la pared del dormitorio, y contuvo las ocho patas y cualquier otra parte de esa bestia en su interior. Intenté con todas mis fuerzas reprimir cualquier sentimiento de admiración, pero tenía que reconocer que hacía falta mucha destreza para atrapar a una araña así de grande al primer intento.

A continuación, Pete metió con cuidado el trozo de cartón entre la pared y el recipiente, en el que la araña saltaba y se retorció. Yo proseguí con mi alarde de extrema valentía y me aparté tranquilamente del camino mientras él sacaba aquella cosa y retiraba el trozo de cartón. Después dio un golpecito al contenedor para que doña Araña pudiera escabullirse por el jardín y continuar con su vida salvaje y libre. Desde luego, mucho mejor que enfrentarse a un chorro de insecticida en la cara.

—¿Contenta? —preguntó.

—Extasiada. Gracias.

Un gruñido.

—¿Te acuerdas de cuando me enseñaste a hacer eso? No lo hice bien del todo y el pobre bicho perdió una pata, seccionada por el borde del recipiente. Una parte de mí se quedó petrificada y la otra se puso a llorar desconsolada. — Aunque podía alegar en mi defensa que las patas de las arañas de la madera son tremendamente frágiles y hay que ser bastante rápido para evitar que pierdan una o dos en el proceso.

Otro gruñido.

Estupendo. ¿Eso era lo único que iba a recibir durante toda mi estancia?

—No es que no esté encantada con ese mal humor que desprendes —ironicé—, pero, por simple curiosidad, ¿sería posible que habláramos del asunto y sacáramos todo lo que llevamos dentro? ¿Incluso, quizá, lidiar con ello?

Él frunció el ceño.

—Caray, no.

—Así que nunca vamos a hablarlo.

—Exacto.

Respiré hondo y le hice un gesto con la mano, levantando el pulgar.

—De acuerdo. Fantástico. Qué buena conversación hemos tenido, Pete. Gracias de nuevo por encargarte de la araña.

Me dedicó otra mirada contrariada y desapareció por el pasillo, sin duda para esconderse en su despacho.

Arañas corredoras y hombres taciturnos. ¿En dónde narices me había metido?

Capítulo 2

Nueve años antes...

Estaba sentada en el césped con la nariz enterrada en un libro. Estaba a punto de terminar mi primer día de seis semanas de un sinfín de sonidos de martillos, sierras y destornilladores. Tampoco me importaba mucho estar allí pasando el rato. Al fin y al cabo, lo importante estaba dentro de mi libro. Acción, aventura, romance. Todo lo que nunca pasaba en la vida real.

Una camioneta roja con una caja de herramientas en la plataforma trasera se detuvo y me preparé para la siguiente ronda de saludos. Durante seis semanas, cada verano, era más de lo mismo. Una mezcla de «eh», «¿qué tal todo?» y «cómo has crecido». A la mayoría de los hombres los conocía desde hacía años, así que eso era lo previsible.

Sin embargo, este era nuevo. Y madre mía. Os juro por Dios que se acercó a la casa que estaban reformando moviéndose como si fuera el rey del lugar. Pero no en plan creído. No me digáis cómo es posible hacerlo, porque no tengo ni idea. Además, si era sincera, nunca me había fijado antes en los tipos que trabajaban para mi padre. Eran todos hombres sanos, fuertes y lo suficientemente amables como para esbozar una sonrisa en sus rostros bronceados por tantas horas de trabajo al sol cuando la hija del jefe estaba por allí.

Pero Pete era otra cosa.

Uno de los trabajadores le gritó desde el tejado alguna obscenidad y él se limitó a levantar con calma el dedo corazón a modo de respuesta.

—¡Ese lenguaje! —exclamó mi padre, haciendo un gesto en mi dirección.

Escondí la cara, avergonzada. Era un asco pensar que todos los trabajadores tenían que comportarse bien porque «la pequeña» estaba cerca.

Inmediatamente después, el hombre se dirigió a mí con una deslumbrante sonrisa en los labios.

—Adele, ¿verdad? El jefe se ha pasado las últimas semanas contándonos lo emocionado que estaba por tu visita.

Primera noticia que tenía. A ver, mi padre era un buen hombre y todo eso, pero vivía por y para el trabajo. Lo que no sorprendía a nadie. Hacía unos años, mi madre decidió que necesitaba espacio o algo parecido y me llevó a vivir a Sídney con ella. Es lo que tienen los artistas, que son bastante volubles. Mi padre necesitó encontrar algo que llenara ese vacío y su empresa desempeñó el papel a la perfección.

—Hola —dije.

—Me llamo Pete —se presentó, tendiéndome la mano.

Me temblaron los dedos; aunque he de reconocer en mi favor que apenas se notó.

De cerca, Pete era aún más espectacular. Tenía los ojos azul grisáceo más perfectos que jamás hubiera visto y una cara que se podía calificar de ensueño. Mandíbula fuerte y un pequeño hoyuelo en la barbilla. Y los labios... ¡Por Dios, qué labios! Y para rematar el conjunto tenía una espesa mata de pelo negro que le llegaba hasta los hombros. Solo pude mirarlo fijamente.

Por desgracia era bastante mayor que yo. Al menos diez años.

—Olvidé que no os conocíais —dijo mi padre, que llegó justo para echar a perder el momento—. Cariño, este es Pete. El nuevo empleado del que te hablé. Se unió a la plantilla a principios de año. Pete, te presento a mi hija, Adele. Acaba de cumplir dieciséis años.

Fuera de una manera o de otra, mi padre siempre terminaba mencionando mi edad en este tipo de situaciones. Era su forma nada sutil de dejar claro cómo debían comportarse todos cuando estuvieran a mi alrededor.

—Acabamos de conocernos. —Pete sonrió.

—¿Cómo van las cosas en casa de los Le?

—Hemos terminado. Han quedado muy contentos.

Mi padre le dio una palmada en el hombro.

—Buen trabajo.

Pete se volvió hacia mí y frunció el ceño.

—Jefe, ¿de verdad dejas que se quede aquí sentada todo el rato?

—¿Qué? —preguntó mi padre con gesto confundido, como si nunca se hubiera parado a pensarlo—. Solo estaremos una hora más por aquí. Después tengo que terminar unos asuntos en la oficina, pero no tardaré mucho. Adele está bien donde está.

—Lo estoy —confirmé yo.

Pete negó con la cabeza.

—Venga, debes de estar aburrida de cojones... esto... mortalmente aburrida... Sí, eso, mortalmente aburrida.

Mi padre frunció el ceño un poco más mientras yo me echaba a reír.

—Acabo de terminar el trabajo y me iba a la playa —informó Pete—. ¿Por qué no me la llevo conmigo?

—¿Quieres ir? —preguntó mi padre.

—Claro. —Me encogí de hombros—. Estoy tan mortalmente aburrida que me pegaría un tiro.

El ceño de mi padre se hizo aún más profundo. Pete, por el contrario, asintió complacido.

—Bien. ¿Has traído bañador o tenemos que ir a recogerlo a algún sitio?

—Espera. —Mi padre se sacó la cartera del bolsillo trasero y me dio unos cuantos billetes. Ese era otra de las cosas que solía hacer mi padre. Soltar dinero a la pequeña para hacer que todo fuera estupendo al instante—. En la playa hay tiendas, ¿verdad? Cómprate algunos nuevos, cariño. Y también una toalla, ¿de acuerdo? Ah, y crema solar y un sombrero. Toma un poco más, puede que luego te entre hambre. ¿Llevas el teléfono?

Doblé con cuidado los billetes y me los metí en el bolsillo de mis *jeans* cortos.

—Sí. —Mi padre me había comprado un teléfono el año anterior con la excusa de que así podía ponerse en contacto conmigo directamente.

—Muy bien. Cuida de ella. —Y entonces mi padre le lanzó a Pete «la mirada». Esa que prometía una ira implacable si me devolvía con el más mínimo rasguño—. Adele, no te distraigas y te pierdas, ¿estamos?

—No tengo cuatro años, papá.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Le di un rápido beso en la mejilla y me despedí con un «hasta luego».

—Venga —dijo Pete con otra de esas sonrisas que me puso el estómago del revés—. Vámonos de aquí, pequeña. Las olas nos esperan.

Miércoles por la noche... en la actualidad

Íbamos a cenar en el porche trasero.

Me había duchado y puesto un mono corto sin mangas de lino negro que asombrosamente había logrado sobrevivir al viaje sin demasiadas arrugas. Como los kilos que había ganado durante la universidad no iban a desaparecer, dejé de luchar contra ellos y me centré en resaltar mis curvas. Mientras tanto, la humedad estaba haciendo estragos en mi pelo, castaño claro, así que me lo recogí en una coleta baja y completé el conjunto con unos pendientes de aro y unas sandalias. Me puse muy poco maquillaje, y a prueba de agua para que el sudor no pudiera con él. En general, mi aspecto decía que era una mujer madura y competente, pero con un aire desenfadado. O al menos eso era lo que pretendía. La esperanza es lo último que se pierde.

Llevaba el móvil (ya se sabe que los teléfonos son los dioses de la distracción; sobre todo cuando quieres evitar conversaciones indeseadas. Olvidaos de los buenos modales; no sirven de nada en una crisis), así que me puse a toquetearlo fingiendo estar muy ocupada.

—Aquí no tengo suficiente cobertura. ¿Te importaría darme la clave wifi?

Pete vaciló ostensiblemente. Estaba claro que no era digna de confianza.

—Te prometo no mirar mucho porno —bromeé—. A veces es mejor que uno se encargue por sí solo de sus asuntos, ¿verdad?

Me miró con mala cara.

—La tienes apuntada en el frigorífico.

—Gracias.

—No tienes por qué estar nerviosa —me dijo, pasándome una cerveza.

—No lo estoy.

Él se limitó a asentir mirándome los dedos de la mano que tenía libre. Unos dedos que no paraba de mover.

—Shanti es estupenda. Estoy convencido de que te llevarás bien con ella —aseguró, estirado sobre una de las sillas de fuera, todavía descalzo. Se había cambiado la camiseta por una camisa de manga corta. También negra. Íbamos a

juego. Quizá me había pasado con mi atuendo. No, estaba bien.

Todo estaba bien.

Las luces de las velas de té parpadeaban sobre la mesa junto a una fuente con queso, panecillos y aperitivos varios. A nuestro alrededor también había un par de velas de citronela para persuadir a los insectos de que usaran nuestra sangre para su propia cena.

Tras hacerme con la contraseña del wifi, me senté frente a Pete y me quedé mirando las estrellas. Ahora que el sol se había puesto por completo, se podían ver por encima de las sombras que proyectaban las montañas en el horizonte.

—Huele fenomenal.

Su sonrisa seguía siendo tensa.

—Costillas de cordero. Sigues comiendo carne, ¿verdad?

—Sí. —Bebí un sorbo de cerveza—. He echado de menos tus platos.

Nada.

Sí, debería haber cerrado la boca. Cualquier referencia al pasado era una GRAN metedura de pata.

—¡Hola! —gritó mi padre desde la parte delantera de la casa—. Ya estamos aquí.

Y ahí estaba. La primera sonrisa sincera que veía en el rostro de Pete en siete años. Ni siquiera sabía lo muchísimo que la había añorado hasta que volví a verla. Esos labios perfectos entreabiertos mostrando unos dientes blancos, y sus ojos brillando divertidos. Pete era como un libro abierto con la gente que le importaba. Yo había formado parte de esa lista en el pasado. Volver a verlo sonreír fue similar a lo que me imaginaba sería recibir un puñetazo en el estómago. Un montón de dolor y cero alegrías.

Mi padre entró en el porche seguido de una elegante mujer de piel morena con un vestido largo de color verde. Entonces, tanto él como Pete hicieron esa cosa tan típica de hombres de darse una palmada en la espalda, a pesar de que vivían al otro lado de la calle, trabajaban juntos y seguramente se veían todos y cada uno de los días de su vida. Mi padre había envejecido bien. A sus cincuenta años podía decirse que era un fiel reflejo del maduro atractivo y canoso.

Cuando Pete dio un beso a Shanti en la mejilla, me quedé allí, sentada, petrificada como una imbécil. Supongo que Pete tenía razón: estaba nerviosa.

—Cariño. —Mi padre rodeó la mesa, con los brazos abiertos en mi dirección

—. Cómo me alegro de verte.

—Hola, papá. —Me puse de pie y lo abracé, no sin una leve sensación de incomodidad que tampoco hacía que nos sintiéramos mal. Nunca habíamos estado muy unidos.

—Te presento a Shanti. —Mi padre se volvió y tendió una mano a la mujer —. Shanti, esta es mi hija, Adele.

—Por fin. —Shanti me sonrió y me acogió en sus brazos como si fuera uno de sus bienes más preciados. Un poco parecido a como hacía mi madre. Además, tenía una voz ronca preciosa.

Desde luego, quedaba descartada cualquier opción de detestar a aquella mujer, aunque tampoco había entrado dentro de mis planes. Hacía tiempo que había dejado atrás la ira infantil por el divorcio de mis padres. Me fijé en que, durante todo ese tiempo, mi padre no había dejado de mirarnos y que su normalmente estoico rostro brillaba, radiante. Aquello sí que era nuevo y un cambio radical. Nunca había sido una persona de sonrisa fácil o que mostrara una enorme felicidad por nada. Según mi experiencia, era algo que tenían en común los adictos al trabajo. Estaba claro que esa mujer obraba milagros.

—Dejadme que os traiga algo de beber —dijo Pete, frotándose las manos—. ¿Qué os apetece?

—Para mí, vino, gracias. —Shanti se sentó a mi lado.

—Cerveza —dijo mi padre mientras se sentaba en la cabecera de la mesa. Cerca de su prometida, pero no lo suficiente. Entonces volvió a adoptar su habitual semblante serio y preguntó—: ¿Dónde está tu novio?

Volví a sentarme.

—Nunca te dije que vendría con él.

—Creí que lo harías.

—No.

Ladeó la cabeza.

—Vaya. Mencionaste que estabas viéndote con alguien, así que supuse que... Da igual.

Podía haber mencionado que su error se debía a que apenas hablábamos y que, cuando lo hacíamos, solía tener la mente en otro lado, pero prevaleció mi maravillosa madurez. No hacía falta echar a perder el espíritu festivo del momento. En vez de eso, me limité a sonreír y bebí otro sorbo de cerveza.

—¿Cómo van los preparativos para la boda?

—Fenomenal —intervino Shanti—. Me alegro tanto de que hayas aceptado venir un poco antes y pasar un tiempo con nosotros. Este lugar es precioso en esta época del año y has viajado desde muy lejos. ¿Por qué no lo convertimos en una especie de vacaciones?

Como seguía un poco nerviosa, y por tanto no estaba en condiciones de mantener una buena conversación, volví a asentir.

Pete pasó sus respectivas bebidas a Shanti y a mi padre y en cuestión de segundos estábamos brindando por la felicidad de la pareja que estaba a punto de casarse y todo ese rollo. Tras aquello, mi padre y Pete se pusieron a hablar de trabajo mientras Shanti me contaba un poco sobre su negocio de decoración de interiores. Mi padre era dueño de una constructora de tamaño mediano. Supongo que fue así como sus caminos se cruzaron. El personal de mi padre podía hacer cualquier cosa que le encargaran, desde auténticas obras maestras de arquitectura en medio de una ladera, hasta renovaciones. A su jefe le gustaba la variedad.

—Adele, ¿te dije que hice socio a Pete hace unos años? —preguntó de pronto, con la botella de cerveza en la mano.

—¿Sois socios? —inquirí un tanto sorprendida. Era un auténtico notición.

Pete me miró con su gesto más inexpresivo.

—Era la mejor manera de expandir el negocio, aceptar algunos encargos más al año.

—Eso es estupendo. Felicidades.

Un asentimiento.

—Además, tampoco era un recién llegado —apuntó mi padre—. ¿Cuándo empezaste a trabajar en la empresa?

—No lo sé. ¿Hace nueve años? —Pete se encogió de hombros.

—Sí, parece que fue hace una eternidad.

—Ya basta de hablar de trabajo —ordenó Shanti, que hizo un gesto hacia mi teléfono—. Adele, enséñame una foto de ese hombre con el que estás saliendo.

—Oh. De acuerdo. —Suponiendo que aquel no era el momento propicio para revelar que Deacon me había engañado, busqué en la galería de imágenes hasta dar con un selfi que nos habíamos hecho en nuestra segunda cita—. Aquí lo tienes.

—Es guapo —sonrió ella, con el pulgar sobre la pantalla—. ¿Tienes más?

—No lo sé. —Me encogí de hombros, intentando parecer indiferente, aunque me estremecí un poco por dentro—. Tal vez. Lo más seguro es que haya más imágenes de mi amiga y yo haciéndonos fotos estúpidas que otra cosa.

—Oh, ¿es esta con ese pelo corto tan increíble?

—Shanti, no puedes ponerte a cotillear el teléfono de otra persona así como así —la reprendió Pete con una sonrisa.

—No hay nada interesante —dije, disipando sus preocupaciones—. Y sí, se llama Hazel. Es mi mejor amiga desde hace años.

Mi padre frunció el ceño.

—¿Seguro que no tienes nada raro?

—Muchos desnudos, papá. Un sinfín de ellos. —Me eché a reír—. Y también muchas P. Supongo que solo es... una mala costumbre que he adquirido. Pero me es imposible dejar de coleccionarlas, y hay tantos hombres amables dispuestos a enviármelas que...

—¿P?

—Pollas —dijo Pete.

—Jesús. —Mi padre me miró con severidad—. Eres muy graciosa, cariño.

Shanti se inclinó hacia delante y esbozó una sonrisa traviesa.

—No te preocupes, Adele. Si encuentro algo, no se lo contaré.

—Gracias. Agradezco el gesto.

—¿De verdad hay imbéciles que te mandan fotos de sus genitales? —preguntó mi padre—. ¿En serio suceden esas cosas?

—Solo algún que otro completo desconocido por las redes sociales. —Me encogí de hombros—. Deben de pensar que es una especie de irresistible llamada al apareamiento. Me limito a bloquearlos y listo.

—Como si a las mujeres nos gustara ver el pequeño pene arrugado y las bolas peludas de alguien —dijo Shanti—. ¡Qué asco!

—Creo que es hora de cambiar de tema de conversación —anunció mi padre. Pete simplemente parpadeó y sacudió la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

—¿Quién es este? —preguntó Shanti, cambiando de ángulo el teléfono para que pudiera verlo.

—Luke. Salí con él el año pasado. Se dedicaba al diseño de jardines. Era un chico muy agradable.

La novia de mi padre continuó viendo más fotos. La mayoría de Hazel y yo haciendo el tonto o poniendo caras. Por suerte, Shanti no hizo ningún comentario y continuó pasando imágenes hasta que llegó a otra foto de otra de mis citas.

—¿Y este?

—Ah, Jonah. También salí con él año pasado.

—¿A qué se dedicaba Jonah?

Sonreí.

—Era escultor y alfarero. Tenía un estudio maravilloso, hacía exposiciones y daba clases.

Shanti alzó ambas cejas.

—Qué interesante. ¿Y este otro?

—Isaac. Entrenador personal. Un hombre muy dulce, pero fui incapaz de soportar sus obsesiones con la comida —señalé—. En el momento en que dices que un filete tiene demasiada grasa, me has perdido para siempre.

—Su cuerpo parece un templo —comentó Shanti con admiración mientras seguía pasando fotos.

—Todos esos hombres están vestidos, ¿verdad? —preguntó mi padre con el ceño ligeramente fruncido.

—Por supuesto que están vestidos, Andrew. No seas tonto.

—Mmm... Este es bastante guapo, Adele. Y este otro también.

Ahora el gesto de mi padre se volvió más sombrío.

—Adele, cariño, ¿con cuántos hombres exactamente saliste el año pasado?

¿Qué pensaba? ¿Que iba a responder a esa pregunta sin soportar primero algún método leve de tortura? Me fijé por el rabillo del ojo en que Pete me estaba mirando con los ojos entrecerrados. Se estaba comportando como un auténtico viejo cascarrabias. Aunque también podía deberse a la compañía que tenía.

—Una tiene que explorar sus opciones antes de sentar la cabeza. —Ahora fue el turno de Shanti de reprender con suavidad a mi padre—. Se llama sensatez. Probar algo antes de comprarlo. ¿Cómo vas a saber lo que quieres si no experimentas primero? Piensa en todos los años que he tardado en encontrarte.

Mi padre decidió no responder a aquello.

Gracias a Dios, Shanti dejó el teléfono.

—¿Sabes? Está claro que tienes un tipo de hombre, Adele.

—¿Ah, sí?

—Oh, por supuesto. Todos tienen el pelo oscuro, ojos bonitos y trabajan con sus manos —dijo Shanti—. ¿No te parece interesante?

—Mmm... —Sí, no tenía ningún comentario que hacer al respecto. Para ser alguien que se dedicaba a la decoración de interiores, era bastante perceptiva con las personas.

—Siempre me pregunto desde dónde evolucionan los gustos de la gente.

Silencio.

Pete tomó un trago de su cerveza.

—Pareces haber estado muy ocupada, pequeña.

No quería odiarlo, pero ese comentario tan desafortunado hizo que me replanteara aquella decisión. Le devolví su seca y para nada agradable mirada con otra igual de intensa.

—Sí, casi siempre con mis amigos y el trabajo. Pero de vez en cuando salgo con alguien.

—Por lo visto no tan «de vez en cuando».

Ni de coña iba a avergonzarme por mis citas.

—El caso, Pete, es que recuerdo perfectamente la constante entrada y salida de mujeres que tenías. ¿Sigues igual?

—Mi hija ha dado en el clavo. —Mi padre se removió en su asiento, forzando una sonrisa que no era tan auténtica como la anterior—. La mitad de las veces ni siquiera me acuerdo de cómo se llaman.

—Tu memoria ya no es lo que era, querido —apuntó Shanti amablemente. Estaba bastante segura de que a esa mujer se le daba de miedo provocar a mi padre. Otra razón para que me gustara aún más si cabía.

Mi padre solo respondió con una sonrisa.

—¿Qué tal te va en el trabajo, cariño?

—Bien —contesté—. Ahí seguimos.

—¿No te gusta?

Me estremecí por dentro. No era mi tema de conversación favorito, pero cualquier cosa era mejor que seguir hablando de mi historial de citas.

—Lo cierto es que no tengo ninguna queja. No pagan mal y me vendrá bien para el currículo. Lo único es que últimamente me resulta un poco aburrido.

—Llevas la sucursal de una auditoría, ¿verdad? —preguntó Shanti—.

¿Cuántos trabajadores sois?

—Soy la secretaria del director. Somos unos sesenta.

La mujer abrió los ojos asombrada.

—Sois muchos.

—Sí, y la oficina está justo en el centro de la ciudad, lo que me viene de perlas.

—Tenía la esperanza de que a estas alturas te hubieras cansado de la ciudad —dijo mi padre, recostándose en su asiento. Me estaba mirando con un brillo en los ojos que no fui capaz de descifrar. ¿Como si me estuviera evaluando? Solíamos hablar cada pocos meses, más o menos. Había viajado un par de veces al sur por asuntos de negocios y en ambas habíamos cenado juntos. Lo suficiente como para que siguiéramos siendo dos extraños.

—¿Por qué? —inquirí con curiosidad.

Lo cierto era que me había tomado dos semanas libres en lugar de una. Quería pasar la segunda recorriendo la carretera de la costa para relajarme. O puede que al final volviera directamente a casa y buscara otro empleo. Todavía no había tomado la decisión.

—Helga ha estado planteándose jubilarse para pasar más tiempo con sus nietos. Pensé que tal vez te gustaría ocupar su puesto.

Pete se puso rígido.

—¿Estás pensando en Adele para encargarse de la oficina?

—Más que eso —dijo mi padre, ahora más cómodo con el asunto—. Podría ayudarnos a presentar las ofertas, actuar como enlace con los contratistas y clientes... Liberarnos un poco para que nosotros nos centremos en el trabajo puro y duro.

—Nunca me dijiste nada de esto.

—Nos gusta pensar que esta es una empresa familiar, ¿verdad? —Mi padre le dio una palmada en el hombro—. Involucrarla en el proyecto tiene todo el sentido del mundo. Ahora es una mujer adulta, inteligente, competente. Podemos confiar en ella, y solía mostrarse interesada en lo que sucedía por aquí. Pensé que sería una buena idea, ¿no crees?

—Esto no es nada incómodo —suspiró Shanti, colocando la mano encima de la de mi padre—. Estás demasiado acostumbrado a ser el único a cargo de todo, Andrew. Ahora este tipo de decisiones hay que hablarlas primero. Y jamás

anunciarlas en la cena.

Mi padre se limitó a encogerse de hombros.

—Pete estará de acuerdo en cuanto lo piense detenidamente. Es una gran idea.

Entretanto, el aludido permanecía con los labios apretados.

Mierda.

—Papá, te agradezco el voto de confianza, pero... Es que no me esperaba...

—Siempre te encantó estar aquí —dijo mi padre.

—¿En serio? —Shanti me miró con los ojos entrecerrados—. Pero hace mucho tiempo que no vienes. Llevo años esperando conocerte, desde que empecé a salir con Andrew.

—He estado ocupada —expliqué. Tragué saliva ostensiblemente. Dios, necesitaba algo mucho más fuerte que una cerveza—. Como Pete ha dicho, muy... muy ocupada.

Mi padre soltó un bufido y miró hacia arriba.

—Venga ya, sé que todos nos pusimos un poco nerviosos cuando sucedió aquello. Pero es agua pasada. No hay ninguna razón para que no puedas volver.

—¿Desde que sucedió qué? —preguntó Shanti despacio.

Nadie contestó.

—Está saliendo con alguien. Da la sensación de que se encuentra cómoda allí. —Pete debía de estar sujetando el botellín de cerveza con fuerza, pues tenía los nudillos blancos—. Seguro que no tiene el más mínimo interés en venirse a vivir aquí.

—Si fueran en serio lo habría traído a la boda —contrató mi padre.

No podía tener más razón.

—¿Y qué pasa con mamá? —pregunté yo.

—Me dijiste que estaba por ahí pintando, que su «yo» artista suele desaparecer a menudo. —Mi padre volvió a encogerse de hombros—. Llevas años viviendo cerca de ella. Además, le encanta viajar. No veo por qué no puede venir ella de visita por una vez.

—No sé...

—¿Qué? —insistió mi padre—. ¿Qué no sabes? Cuéntame cuáles son tus dudas y podemos discutir las una por una.

No miré a Pete y él tampoco lo hizo. Si hubiera creído que podría salir de esa

metiéndome debajo de la mesa ya me habría puesto de rodillas, pero estaba segura de que no había ninguna vía de escape allí abajo.

—Suficiente —ordenó Shanti con voz seria—. Deja de presionarla. Aunque he de reconocer que odio no saber qué está pasando, porque está claro que está pasando algo. ¿Qué fue lo que sucedió hace años? ¿Puede explicármelo alguien, por favor?

Pete se quedó mirando hacia otro lado con la mandíbula apretada.

Mi padre suspiró.

—En realidad no fue nada importante. Solo hicimos una montaña de un grano de arena.

Nadie dijo nada.

Shanti taladró con la mirada a mi padre, que decidió capitular.

—Aunque supongo que no pasa nada porque lo sepas. Adele vino a pasar el verano cuando tenía dieciséis años. Yo estaba demasiado ocupado encaramándome a casas a medio construir como para pasar mucho tiempo con ella. Así que Pete fue el que se encargó de eso. Empezó a llevarla a la playa, al cine y cosas por el estilo.

—Solo fue amable —dije yo.

—Cierto. La empresa creció muy rápido en esa época y ocupaba todo mi tiempo —señaló mi padre—. No estuve contigo todo lo que debería haber estado.

—Pero ahora se lo vas a compensar. —Shanti le apretó la mano y mi padre entrelazó los dedos con los de ella. Dios, se les veía tan enamorados. Tan bien juntos. A Deacon ni siquiera le iba eso de darse la mano. No me extrañaba que hubiera estado a punto de dejarle.

—¿Quieres contarle el resto, cariño? —inquirió mi padre—. Al fin y al cabo, es algo muy personal.

Shanti volvió la cabeza para poder verme mejor.

Y pensar que había estado tratando de crear una buena imagen. El intento de maravillosa madurez estaba a punto de irse al garete. Al otro lado de la mesa, Pete se llevó el botellín a los labios. Los pómulos se le marcaron notablemente. No estaba nada contento con la situación.

Lo mejor era soltarlo todo y terminar con ello de una vez. En realidad, había sido una estupidez. Pero después de todos esos años todavía sentía una

vergüenza tremenda.

—Me enamoré de Pete e intenté seducirlo en la fiesta de mi decimoctavo cumpleaños enseñándole las tetas. Él se negaba a verme como una adulta, así que decidí tomar cartas en el asunto. Mi padre llegó justo en ese momento, creyó que Pete se había liado con su hija adolescente o algo parecido, le dio un puñetazo en la cara y le dijo que estaba despedido. Luego amenazó con llamar a la policía, a mi madre y a Dios sabe quién más. Hubo un montón de gritos. Un poco de sangre. Mucha gente nos oyó... No fue nada agradable, la verdad.

Pete soltó un resoplido.

—¿Que no fue agradable? Yo fui el que me pasé toda la puta noche en urgencias mientras me colocaban la nariz.

—Siempre me he preguntado cómo te la habías roto —dijo Shanti con calma—. Esa protuberancia en el puente no hacía más que despertar mi curiosidad.

—Reaccioné de forma exagerada —reconoció mi padre—. Sinceramente, creo que soy el que peor se siente por todo este asunto.

Pero si teníamos en cuenta el reguero de sudor que me corría por la espalda y la forma en la que Pete se retorció en su asiento, estaba bastante segura de que eso no era cierto. Aunque era un detalle por su parte pensarlo. Mantuve la vista baja; me parecía más seguro.

—Al final, mi padre se calmó. Le hice entender que todo era por mi culpa y no despidió a Pete.

—Sí, bueno, no tuve la oportunidad de darte las gracias... como estuve todo el rato en urgencias... —espetó él con tono mordaz.

—Como ya he dicho antes, lo siento.

Pete continuó mirándome iracundo, como si yo fuera alguien a quien le encantara maltratar cachorros y gatitos. Tal vez debería dormir en mi vehículo los próximos días. Si recostaba el asiento del copiloto, podría apañármelas. Al menos sería mucho menos incómodo que quedarme allí con él.

—Oh, por el amor de Dios, Peter —sonrió Shanti—. Acepta sus disculpas. Todos hemos hecho cosas cuando éramos jóvenes y estúpidos de las que luego nos hemos arrepentido. Además, si te soy sincera, esta es una de las más graciosas que he oído en mucho tiempo —dijo ella, volviéndose de nuevo hacia mí—. No me puedo creer que se las enseñaras.

Alcé un hombro.

—Había bebido un poco. En ese momento me pareció una buena idea.

—¿Y no has vuelto desde entonces?

—No. No me sentía muy bienvenida que digamos.

—Bueno... —intervino mi padre—. No era exactamente así.

—Sí lo era, papá.

Él casi sonrió.

—La liaste bien gorda. Pete es quince años mayor que tú, por los clavos de Cristo.

—Peter, no me extraña que estuvieras a punto de tener un ataque de pánico cuando te pregunté si podía quedarse contigo —dijo Shanti—. Porque te pusiste completamente blanco. Me preocupó que estuvieras enfermo,

—Creo que ahora eres tú la que está exagerando. —Pete empujó su silla hacia atrás y se puso de pie. Irradiaba tensión por los cuatro costados—. Voy a por más bebidas y a por la cena.

—Te ayudo —dijo mi padre, siguiéndolo al interior de la casa.

Shanti me miró con una sonrisa.

—Por cierto, siento haberte pedido que te quedaras aquí. Me he pasado un poco trayendo cosas para la boda. Prácticamente he llenado toda la casa. La próxima vez que vengas a visitarnos la habitación de invitados será toda tuya. Te lo prometo.

—Gracias.

Se quedó mirando el paisaje durante un instante, sumida en sus pensamientos.

—Adele, creo que tú y Peter debíais de ser muy buenos amigos para que él todavía siga tan cabreado.

—En serio, él no cometió ningún error ni hizo nada inapropiado. Por favor, no pienses mal de él. Todo fue culpa mía.

—Lo sé —dijo ella con suavidad—. Es un hombre honorable, uno de los buenos. Por eso no creo que sea de los que guardan rencor.

—No. En circunstancias normales, si alguien le hiciera algo parecido y rompiera así su confianza, simplemente no formaría parte de su vida. Pero aquí no es posible. —Jugueteé con la etiqueta del botellín limpiando la condensación que había alrededor—. Lo que hace que todo sea más complicado.

Shanti chasqueó la lengua.

—Bueno, no tengo hijos y quiero pasar más tiempo contigo. Si de verdad te

gusta estar por aquí, como dijo tu padre, y estás aburrida de tu trabajo, puede que unirte a la empresa no sea mala idea. Sé que a Andrew le gustaría verte más. Habla mucho de ti.

—¿De verdad?

—Sí.

No sabía qué decir.

—Y también creo que necesitas arreglar las cosas con Peter.

Como si fuera tan fácil.

—Lo he intentado.

—Es un hombre testarudo, como la mayoría. Siempre se piensan que saben lo que es mejor hasta que llegamos nosotras y les enseñamos lo contrario. —Sonrió—. Inténtalo con más fuerza.

Capítulo 3

Hace nueve años

—Dime otra vez cómo se llama —susurré, antes de sorber por la pajita del granizado tamaño extragigante que tenía. Esa era una de las ventajas de ir al cine. Además de las palomitas y el aire acondicionado, por supuesto. A lo largo de todo ese sábado había hecho mucho calor y los ventiladores de casa lo único que hacían era mover aire caliente. Mi padre también se había quedado en casa trabajando para una reunión de trabajo. Cuando Pete llamó y sugirió que fuéramos a ver una película, no me lo pensé dos veces. Aunque en ningún momento dijo que fuera a traer a alguien. No era que estuviera celosa, porque aquello hubiera sido una tontería por mi parte.

—Ya te he dicho su nombre dos veces, pequeña.

—Sí, pero es la tercera con la que sales en unas semanas —me defendí—. Me cuesta recordarlas a todas.

Él se encogió de hombros.

—Tengo un montón de amigas.

—Claro. Eres un tipo muy simpático.

—Sí, lo soy.

—Ya lleva quince minutos —dije—. ¿Qué crees que está haciendo? ¿Peinándose y maquillándose? ¿Echándose aerosol bronceador? ¿Qué?

Pete esbozó una ligera sonrisa.

—Cierra el pico y mira la película.

—Creo que le asustan los vampiros.

—¿Vas a estar hablando todo el rato?

—Puede.

—Jesús. Elegiste esta solo para molestarme, ¿verdad? —preguntó él, con toda la frente arrugada al ver a Bella y a Edward intercambiándose miradas fervientes y acaloradas en la pantalla.

—¿En serio crees que es buena idea que una adolescente de dieciséis años decida a qué película debes llevar a tus citas? —inquirí en voz baja, aunque no había mucha gente en el cine. La película ya llevaba unas cuantas semanas en cartelera—. Creo que esa es la pregunta que deberías hacerte.

—No es una cita. Solo somos amigos.

—¿Cómo dijiste que se llama?

—Shh. Estoy intentando concentrarme.

—¿Quieres que te cuente lo que va a pasar? Me he leído los libros como una docena de veces.

Pete me tiró una palomita.

—¡Qué grosero! —Me la quité del regazo de un manotazo—. ¿Sabes? Tengo una teoría.

—¿Y cuál es?

—Que me estás usando como carabina.

Él parpadeó asombrado.

—¿Que estoy qué?

—Con esas mujeres —dije, moviendo la cabeza de un lado a otro porque estaba claro a lo que me refería—. Lo que quiero decir es que, conmigo a vuestro lado, no pueden ponerse a hablar en serio contigo ni nada por el estilo. No hay posibilidad de que se produzca una conversación del tipo de «¿A dónde nos lleva esto? Hablemos de nuestra relación». Me estás usando como carabina sin ningún tapujo. Es un plan perverso, en serio. Quedas como el hombre bueno por apiadarse de mí y entretenerme, pero a la vez tienes un motivo para mantener a distancia a la última amiga de turno. Teniendo en cuenta la cantidad de mujeres con las que te ves, tiene todo el sentido del mundo. Reconócelo.

—No reconozco nada —resopló él—. Quizá lo hago porque me gusta tu compañía. A veces eres graciosa. No eres un coñazo del todo.

—Gracias.

—Ahora, hazme tú un cumplido.

—No. Estoy segura de que ya tienes el ego bastante hinchado.

Más palomitas volaron en mi dirección.

—Para tener treinta y cuatro años, puedes llegar a ser bastante inmaduro, Peter.

—Para tener dieciséis años, eres una auténtica mocosa, Adele.

Entonces me sonrió, así de simple. Y yo no pude hacer otra cosa que devolverle la sonrisa.

Por desgracia, su cita decidió regresar en ese mismo instante. Nos quedamos en silencio, con los ojos fijos en la pantalla. Las películas eran más divertidas cuando Pete y yo cuchicheábamos tonterías.

Miércoles por la noche... en la actualidad

Después de la cena me fue imposible conciliar el sueño. Estuve despierta alrededor de una hora, mirando en la oscuridad, sin dejar de pensar. Hacía mucho calor, tenía la almohada húmeda del sudor que me caía por la nuca. Podría haber encendido el aire acondicionado, pero echaba de menos los extraños sonidos nocturnos y el aroma de las franchipán de fuera.

Al final, me di por vencida y me levanté.

La habitación estaba lo suficientemente iluminada como para que no tuviera que encender la luz. Me puse el bikini, agarré una toalla y me dirigí al porche para bajar las escaleras traseras. En lo alto, una luna prácticamente llena brillaba intensamente, dando al ambiente un aire de tranquilidad y paz total. Bueno, casi total.

—¡Mierda! —grité al darme cuenta de que había alguien más en la piscina—. No te había visto.

—Eso he supuesto —murmuró Pete.

El corazón empezó a latirme al doble de la velocidad habitual. No sé si por miedo a la situación en general o por miedo a él.

—¿Prefieres estar solo o puedo nadar un rato?

—Eres una adulta. Puedes hacer lo que te dé la real gana.

—Pero estamos en tu casa —señalé— y yo soy la invitada molesta.

—No eres exactamente molesta.

—Sí, claro. No cuela.

Estupendo. Dejé la toalla en un banco de madera y me dispuse a probar la temperatura del agua con los dedos de los pies. Estaba un poco fría, pero no demasiado. Me senté en el borde y di un pequeño impulso para meterme en la piscina. Solté un jadeo entrecortado cuando el agua se deslizó por mi pecho hasta llegar al cuello. Tenía los pezones enhiestos por el impacto, pero no me importó. Lo que el bikini no tapara lo haría la tenue iluminación. Dios, qué bien me sentía al poder deshacerme del calor por un rato.

—Nunca saltas a ciegas en nada —dijo él.

—Me gusta saber en dónde me estoy metiendo.

Pete nadó hacia un lateral, donde le esperaban un vaso y una botella de *whisky*.

—Solo he traído un vaso, pero podemos compartirlo si quieres.

—El *whisky* está asqueroso.

Se rio por lo bajo.

—¿Crees que es seguro beber dentro de una piscina estando solo?

—Sé lo que puedo aguantar —repuso él—. Y momentos desesperados requieren medidas desesperadas.

Y yo no era una invitada «exactamente molesta», ¡unas narices! La gente siempre dice que el amor de juventud es maravilloso. Algo que siempre atesorarás en tus recuerdos. Pero la realidad es que apesta. Porque puede que, por ese primer amor, te pases el resto de tu vida buscando a esa persona en las demás.

Pero tras la reacción de Shanti y las palabras de mi padre, estaba más que dispuesta a terminar con la autoflagelación sobre mi relación con Pete. Y tampoco iba a seguir aguantando su mal humor y su poca determinación a olvidarse de lo que pasó y seguir adelante. Estaba harta. En serio. Harta.

—Oh, vete a la mierda.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo sabes, Pete, han pasado siete años —dije. O más bien grité. Da igual—. Me comporté como una niña y lo he reconocido. Me he disculpado muchas, muchas veces.

Se pasó una mano por la cara mojada.

—¿De verdad me acabas de mandar a la mierda?

—Esto es absurdo. Si no eres capaz de hacer el más mínimo intento por perdonarme, o al menos fingir que lo has olvidado, me iré a dormir al sofá de mi padre o ya veré dónde. —Me di la vuelta y fui directa a las escaleras.

—No puedes despertar a tu padre y a Shanti en mitad de la noche.

—Pues dormiré en mi vehículo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Subí hasta la parte superior de la escalera de la piscina y me detuve para escurrirme el pelo—. La vida es demasiado corta. Y para tu información, no salí de rositas de todo aquello. Perdí a mi mejor amigo y me echaron de un lugar

que adoraba. No es exactamente lo que entiendo por pasar un buen rato.

—Espera, pequeña. —Se quedó al pie de la escalera. El agua le llegaba hasta prácticamente la cintura. Podría haberlo conseguido sin la visión actualizada de lo estupendo que estaba medio desnudo. Sin esos pectorales, el estómago firme y la uve de sus caderas que desaparecía bajo el bañador. Qué Dios me ayudara, si hasta tenía una línea de vello abdominal que se dirigía hacia el pubis. Mis fantasías sexuales con él ya eran lo suficientemente morbosas sin todos aquellos detalles, gracias. Cabría pensar que, después de tanto tiempo, mi imaginación habría pasado página. Pero no tuve tanta suerte. Supongo que mi imaginación carecía de «imaginación». Daba la impresión de que mi cerebro y mi vagina se habían quedado atascadas en el pasado. Ese hombre me había marcado. Aquello escapaba a mi control.

—Creo que de ahí viene gran parte del problema —dije—. Como puedes ver, ya no soy ninguna «pequeña».

—No me digas.

—¿Qué? ¿Se suponía que no debía crecer?

Entonces miró mi cuerpo como si de verdad se sintiera ofendido. Jesús. El bikini tampoco era tan escaso.

—Dios, tienes razón. —Solté un suspiro—. Debería haberme dejado las tetas en casa. ¡Qué poco tacto por mi parte! Lo siento mucho, Pete. Culpa mía.

Él soltó un resoplido.

—No eres nada graciosa.

Vaya.

—¿Ese resoplido ha sido una especie de risa? Me alegra ver que puedes conectar con tu propia locura, teniendo en cuenta toda esta situación.

—¿Mi propia locura? —Puso gesto confundido—. Ni siquiera sé de lo que estás hablando. Vuelve al agua.

—No.

—Adele, por favor. Hablaremos del asunto si es lo que quieres —afirmó, con la mirada fija en la oscuridad—. Vuelve al agua.

—¿Mi cuerpo te ofende?

—Dame fuerzas —murmuró, antes de subir los escalones hacía mí—. No, tu cuerpo no me ofende. Pero creo que cuando cumpliste dieciocho vi suficiente de tus tetas.

Alcé una mano.

—Oye, respeta mi espacio personal. Atrás.

—No.

Y antes de que me diera tiempo a parpadear me levantó en sus brazos y me lanzó en medio de la piscina. Salí a la superficie, jadeando y balbuciendo.

—¡Eres un gilipollas!

Se tiró con un elegante salto a la piscina y en el momento en que salió le salpiqué con agua en la cara. Lo cual comenzó una guerra que, teniendo en cuenta su superior masa muscular y el tamaño de sus manazas, seguramente estaba destinada a perder. Pero estaba claro que tenía que empezarla, porque una guerra de agua era la forma más razonable de responder cuando alguien cuestionaba tu madurez.

—¡Para! ¡Para! —Me volví hacia un lado, tratando de proteger mi cuerpo completamente empapado e intentando retirarme el pelo mojado de los ojos para poder ver—. Te odio.

Pete suspiró y se relajó en el agua.

—Sí, yo también te odio.

Me detuve en seco.

—¿En serio?

—No. —Otro suspiro—. Quédate, por favor.

—¿Dejarás de tratarme como un imbécil?

—No lo sé. Lo intentaré. —Se fue hacia donde había dejado el vaso de *whisky*—. ¿Te dejarás tú puesta la camiseta?

—Esa era mi intención. Excepto cuando vaya en bikini, por supuesto.

Masculló algo entre gruñidos, aunque no supe lo que dijo.

Aproveché la oportunidad para recobrar el aliento y me puse a flotar bocarriba, a contemplar el cielo nocturno. Durante todo ese tiempo noté su mirada en mí, pero me dio igual. Mis tetas no eran de ningún modo las culpables de su mal humor. Él y su cara bonita tenían sus arrebatos de mal carácter sin necesidad de ninguna ayuda por mi parte. Puede que al final aquello funcionara, aunque solo de forma temporal. El tiempo suficiente para que Shanti y mi padre se casaran. O eso esperaba.

Pete dijo algo, pero al tener las orejas debajo del agua no pude oírlo con claridad. Me incorporé y me acerqué nadando a él.

—¿Qué?

Me miró desde el lateral de la piscina, con sus ojos azules grisáceos sumidos entre las sombras.

—¿Así que tu mejor amigo?

—Lo eras. —Me encogí de hombros.

—¿Y qué me dices de la gente de tu edad en el sur? —preguntó—. Pensaba que tenías amigos en el colegio.

—Claro que tuve. Un par de ellas. —Me agarré al revestimiento de piedra, manteniéndome a flote—. Pero no podía hablar con ellas del modo que lo hacía contigo. Llámame rara o lo que quieras. Solo... Me sentía más cómoda contigo.

Silencio.

—Seguro que te volví loco con mi parloteo incesante.

—No —dijo él—. No era que no me salieras con alguna bobada de vez en cuando. Dios, alguna de esas brillantes ideas tuyas era..., pero siempre me gustó oírte hablar.

—Nadie te obligó a asistir a la maratón de *La guerra de las galaxias* dos veces conmigo.

—Solo fueron las tres primeras películas...

Volví a alzar la mano.

—Lo reconozco, puede que mi enamoramiento adolescente por Hayden Christensen me llevara por el mal camino.

—Pequeña, pensabas que Jar Jar Binks era gracioso.

—Oye —espeté a la defensiva—. Retíralo. Nunca dije eso. Nadie en su sano juicio pensaría eso.

Tomó un trago de *whisky*, aunque estaba bastante segura de que usó como escudo el vaso de cristal para esconder una ligera sonrisa.

Di patadas al agua con vagancia. No estar cubierta de sudor era una sensación estupenda.

—¿De verdad vas a seguir llamándome «pequeña»?

—Sí.

—Está bien, viejo.

—Siempre fuiste una mocosa. No sé ni cómo te aguantaba. —Me salpicó con un poco de agua, aunque no de forma entusiasta, os lo aseguro—. Si no bebes *whisky*, ¿entonces qué tomas?

—Ginebra.

Hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué te ha parecido Shanti? Es muy simpática, ¿verdad?

—Sí, me ha caído muy bien.

—¿Y qué pasa contigo y con ese tipo con el que tu padre creía que ibas a venir? ¿Qué hay detrás?

Mmm. Volví la cara hacia un lado de la piscina y apoyé la barbilla en las manos.

—¿Quieres la verdad o una mentira piadosa que quizá sirva para que los próximos cinco días transcurran sin problemas? Tú decides. A mí me da lo mismo.

De nuevo esa mirada de recelo.

—Te agradezco las opciones. ¿Qué te parece si, por ahora, nos quedamos con la verdad?

—Me ha engañado.

—¿Qué? —preguntó indignado—. ¿Estás de coña? Menudo imbécil.

—Sí. Mi amiga me acaba de contar hace un rato que lo vio con otra muy acaramelado en un rincón de un restaurante. —Esbocé una medio sonrisa—. Así que creo que puedo decir oficialmente que hemos terminado.

—Lo siento.

—Tampoco era que estuviéramos hechos el uno para el otro. Me atraía, pero faltaba algo —reconocí—. Si te soy sincera, no me he quedado rota de dolor.

Seguía mirándome con el ceño fruncido.

—Eso es bueno, supongo. En cualquier caso... siento lo de los comentarios sobre tu vida amorosa durante la cena.

—Ah, está bien. Gracias.

Un gruñido.

—Siento haberte llamado «puto promiscuo».

Pete parpadeó.

—No me llamaste «puto promiscuo».

—¿No? Entonces solo debí pensarlo —dije—. Pero estoy convencida de que estaba completamente equivocada y de que has sentido profundas y sinceras emociones por todas y cada una de las numerosas amigas que has tenido a lo largo de estos años. Solo por curiosidad, ¿te acuerdas de todos sus nombres?

Dejó caer los hombros y soltó una profunda bocanada de aire.

—Muy bien. Retiro mi disculpa.

—Bien.

—¿Sabes, pequeña? Casi parecías celosa.

—Creo que no, viejo. Solo estaba resaltando la hipocresía —repuse, riéndome.

Aunque me hubiera gustado fingir que todo era debido al influjo romántico de la luna reflejándose en el agua, estoy bastante segura de que la culpa de la súbita aceleración que sufrió el latido de mi corazón fue por la oscura y penetrante mirada que me lanzó. Estaba fuera de mi ambiente. Húmeda de una forma que nada tenía que ver con el agua. El malhumor y tomarse todo tan en serio no deberían ser tan excitantes. Dejando a un lado mi enamoramiento de adolescente, me iban los hombres divertidos y fáciles de tratar. Solteros a los que les gustaban las mujeres y tenían pene, pero que no eran Pete. Esos eran los principales objetivos que me marcaba a la hora de tener una cita. No tenía ni idea de a lo que se había referido Shanti. Y decían que las mujeres no sabían lo que querían. Sí. Un hurra por mí.

—Celosa, ¡anda ya! Me gustan más jóvenes y rápidos que tú.

Pete negó con la cabeza.

—No, no te gustan.

—Te aseguro que sí.

—No. Y no me malinterpretes, lo rápido puede ser divertido. Pero la mayoría de las veces lo que cuenta es tomárselo con calma. Dedicar el tiempo necesario para hacer bien el trabajo y asegurarse de que todos obtienen lo que necesitan —dijo tranquilamente, como si nada. Como si no estuviéramos hablando de sexo en absoluto—. No dejes que ningún idiota te diga lo contrario.

Me quedé sin palabras.

—Bueno, me voy a la cama. —Y dicho eso salió del agua con suma facilidad. Los músculos de sus brazos y espalda eran de otro mundo—. ¿Estarás bien aquí sola?

—Por supuesto. Buenas noches.

Agarró la toalla, la botella de *whisky* y el vaso y subió las escaleras del porche. Si de frente te dejaba sin aliento, de espaldas no se quedaba atrás. Sin pensármelo dos veces incineré y enterré bien profunda la regla número uno. De

ningún modo iba a dejar de mirar.

Sin lugar a dudas había cometido un error al no meter el vibrador en la maleta.

Capítulo 4

Hace ocho años

—Pero es peligroso dejar a los niños o a los animales en el interior de un vehículo cuando hace calor.

Pete me miró frunciendo el ceño. Iba cargado con regalos de Navidad.

—Solo será un minuto, pequeña.

—No.

—Adele, quédate dentro.

—No.

—Venga, solo...

—Tienes roto el aire acondicionado y hoy estamos a cuarenta grados. — Entrecerré los ojos por el sol del mediodía y lo seguí por el camino de entrada a una casa grande de ladrillos de color beis. Tenía toda la espalda sudada y empezaba a notar cómo se me pegaba el vestido verde de algodón que llevaba—. Ni siquiera hay una botella de agua dentro. Me quedaré esperando a la sombra en el patio, donde no moriré por un golpe de calor, muchas gracias.

Lo oí jurar por lo bajo.

—Venga, relájate —resoplé—. Ni siquiera te darás cuenta de que estoy allí.

Solo Dios sabe la mirada que me dirigió bajo esas gafas de sol oscuras, pero me juego el cuello a que no fue nada agradable. Ese día no estaba yendo como había planeado.

—De todos modos, ¿quién vive aquí? —pregunté—. ¿Alguna nueva novia

que no quieres que conozca? No habrás empezado a tomarte a alguna en serio, ¿verdad?

—No es ninguna novia.

—¿Entonces, quién?

No solo no respondió, sino que se le tensó la mandíbula. Mala señal.

—Llevo esperando todo el año para verte y ahora ni siquiera me quieres a tu alrededor. —Dejé caer los hombros—. ¿Por qué me llamaste?

Él bajó la barbilla y me miró por encima de las gafas de sol.

—Tranquila. Te dije que quería pasar el día contigo para ponernos al día y eso es lo que haremos.

No dije nada.

—Pero primero tengo que quitarme esto de encima, ¿de acuerdo?

El jardín que había delante de la casa estaba bien cuidado. Podría decirse que hasta de forma meticulosa. Pero no había flores ni plantas decorativas. ¿Quién habría hecho aquello? Una cosa era el minimalismo y otra lo insulso hasta el punto de resultar feo. Y esta propiedad había caído en lo último.

Pete se acercó un poco más.

—Es la casa de mi padre.

—¿De tu padre? —pregunté con una sonrisa.

Pete me miró con aspecto cansado y movió la cabeza de un lado a otro.

—Sí. Pero no nos llevamos precisamente bien.

—Vaya.

—¿Peter? —llamó una voz desde la entrada, oculta detrás de la puerta mosquitera de seguridad.

—¿Quieres que regrese al vehículo? —susurré.

—Demasiado tarde —dijo él—. Venga, vamos.

Lo seguí por el camino. Al cabo de un instante oí el clic de una cerradura y la puerta se abrió. Un hombre mayor estaba parado, esperando, con una expresión que distaba mucho de ser una calurosa bienvenida. A pesar de ser fin de semana, iba vestido con unos zapatos relucientes, pantalones de traje gris y una camisa con los botones abrochados hasta el cuello. Y ni una sola arruga.

—Solo quería dejar estos regalos para Christina y los niños —explicó Pete, deteniéndose en el umbral de la puerta.

—Entra —dijo el hombre—. ¿Quién es ella?

—Adele. La hija de mi jefe. Hoy me estoy encargando de ella.

Lo que hizo que pareciera una cría de ocho años, pero me abstuve de hacer ningún comentario.

El hombre respondió con un gruñido.

—Adele, este es mi padre, Carl.

—Hola, señor Gallagher. —Intenté sonreír, aunque no lo conseguí del todo.

Carl me miró con el ceño fruncido.

—Entiendo.

¿Qué entendía exactamente? No tenía ni idea. Aunque tampoco me molesté en preguntarle. Al principio había sentido un nudo de emoción en el estómago por conocer a la familia de Pete y un súbito deseo de causar una buena impresión. Pero Pete tenía razón, cuanto antes nos marchásemos de ese lugar, mejor. Puede que hiciera calor, pero ese hombre parecía frío como la piedra.

El interior de la casa hacía juego con el exterior. Una alfombra blanca y un sofá de cuero de color marfil. Todo se veía impoluto y caro, pero nada acogedor. Como si nadie se hubiera sentado jamás en él para ver la enorme televisión. La única nota de color la proporcionaban un par de fotos familiares en un aparador de teca; imágenes de una pareja de recién casados de aspecto feliz y una familia de cuatro miembros sonriendo en la playa. También había una vieja foto de una mujer elegante de pelo negro que me recordó a Pete.

—No he perdido el tiempo en colocar un árbol de Navidad —dijo con un tono de voz que sugería lo poco que le importaban las tonterías festivas—. Déjalos en el rincón.

—De acuerdo.

—Hay más de lo que pensaba —se quejó Carl—. Voy a tener que llevar una maleta de más.

—Por eso me ofrecí a enviarlas por correo —señaló Pete.

Aquello no pareció aplacar a su padre.

—Muy bien —continuó Pete, esforzándose por ofrecer su mejor sonrisa—. Me está yendo bien en el trabajo. Voy a comprar un terreno a las afueras de Palmwoods. En realidad, me voy a vivir allí la semana que viene.

Carl no dijo nada.

—Me lo voy a tomar con tranquilidad, diseñaré la casa yo mismo y me encargaré de su construcción.

Recibió un simple asentimiento de cabeza.

—Bueno, me alegro de verte, papá —dijo Pete asiéndome del codo para llevarme hacia la puerta—. Que tengas buen viaje. Dile a Christina que la llamaré.

—No te olvides de que en Perth hay dos horas menos.

—No lo haré —repuso Pete antes de darme un ligero empujón e instarme a salir de allí.

Me quedé callada hasta que volvimos al vehículo, en mitad de la calle. Lejos, muy lejos del hombre al que había llamado «padre». Sí, sentía mucha curiosidad. Pero estaba claro que, si Pete no me había querido en la casa de su progenitor, tampoco estaría dispuesto a compartir su historia familiar. Así que me limité a decir:

—Lo siento.

—¿Que no te quedaras en el automóvil? —preguntó con una sonrisa irónica en el rostro—. Sí, claro.

—No. Siento que tengas que aguantar a un padre así.

Pete suspiró, se acercó y me dio una palmadita en la mano.

—Eres estupendo —continuó— y no debería tratarte de ese modo.

—Gracias, pequeña. —La expresión de su rostro y la tensión de sus hombros se fueron suavizando poco a poco—. ¿Qué le vamos a hacer? La familia es complicada. Olvidémonos de él. Ahora solo estamos tú y yo. ¿Qué quieres hacer hoy? Qué narices, ¿qué te apetece hacer este verano?

Sonreí de oreja a oreja.

—Pues la verdad, no tengo ni idea.

Jueves... en la actualidad

A la mañana siguiente, cuando me levanté a eso de las diez, me encontré con que la casa estaba vacía, lo que no me sorprendió: los constructores empiezan a trabajar bien temprano. Yo, sin embargo, estaba de vacaciones y me merecía mis buenas horas de sueño. Pete me había dejado instrucciones para poner en marcha la máquina de café y un cruasán de almendras de la panadería local dentro de una bolsa marrón. Me apostaría todo el dinero que tenía a que todavía salía a correr antes de ir a trabajar, pero teniendo en cuenta el baño que nos dimos la noche anterior y el *whisky* que se bebió, seguro que también había necesitado dormir un poco más de la cuenta.

Tenía un mensaje de Shanti diciéndome que la llamara cuando me despertara. Sin embargo, decidí ponerme unos *jeans* cortos y una camiseta y cruzar la calle para presentarme en casa de mi padre. Después de tomarme el cruasán y un montón de café, por supuesto. La puerta de la casa estaba abierta, y me llegó un soplo de brisa fresca del interior de la enorme y antigua vivienda de estilo Queenslander.

—¿Hola? —dije en voz alta.

Shanti asomó la cabeza desde el despacho de papá con el teléfono pegado a la oreja. En cuanto me vio, sonrió y susurró:

—Sírvete el café que quieras, Adele. No debería tardar mucho. Tu padre está fuera, en la parte trasera.

Asentí y ella continuó con la conversación.

El exterior del hogar a tiempo parcial de mi infancia seguía igual que siempre, pero el interior había cambiado sustancialmente. Ya no estaban todos esos muebles cutres de mi padre. Ahora había un sofá de dos plazas de terciopelo azul pavo real al lado de otro más grande, de color blanco, acompañados por mesitas para lámparas de madera oscura y una gigantesca y larga mesa de café. De las paredes colgaban enormes e interesantes pinturas minimalistas monocromáticas. El conjunto estaba salpicado de tonos platas, azules y un verde esmeralda que le iban a la perfección en forma de adornos y

cojines dispersos. Nunca se me habría ocurrido intentar poner todos esos colores juntos, pero le daban a algunos muebles un fantástico aire retro de los cincuenta. En general, el lugar parecía recién salido de una revista de decoración. Estaba claro que Shanti sabía lo que hacía.

En la parte trasera habían ampliado el porche desde mi última visita. Sin embargo, todavía estaba allí mi jacaranda favorita, dando sombra y provocando un buen desastre en el paisaje. Sus hermosas y pequeñas flores de color púrpura estaban por todas partes.

—Solías decirme que te ibas a la cama. Pero luego bajabas por ese árbol y te ibas corriendo a pasar un rato con Pete —dijo mi padre, de rodillas en el suelo de la nueva sección del porche, con una brocha en la mano.

—No tenía ni idea de que lo supieras.

—Claro que lo sabía —sonrió mi padre—. Me lo dijo él para que no me preocupara si descubría que te habías ido.

—Y yo que creía que era una experta en escabullirme sigilosamente. Solíamos quedarnos a mirar las estrellas.

Un gesto de asentimiento.

—Si te apetece, hay café en la cocina.

—Sí, ya me lo ha dicho Shanti. Aunque ya me he tomado mis tres tazas de costumbre. No me hace falta más. ¿Tienes otra brocha?

Mi padre enarcó una ceja.

—¿Quieres echarme una mano?

—Por supuesto.

—Hay una en la mesa.

Me hice con la brocha y me coloqué lo suficientemente cerca para llegar a la lata de barniz para madera exterior, pero lo bastante lejos para no entorpecer a mi padre. Menos mal que llevaba las gafas de sol; el día estaba soleado y hacía mucho calor. El olor a aceite y madera me trajo un sinfín de recuerdos de mi infancia, cuando veía a mi progenitor trabajar. Bajo ellos también me llegó el aroma a tierra y exuberante follaje. Qué alegría regresar después de haber pasado tanto tiempo en la ciudad.

—Estoy seguro de que Shanti ya tiene planes para las dos hoy —dijo—. Date por avisada.

—Entiendo.

Tras unos minutos de silencio mi padre preguntó:

—¿Estás teniendo cuidado con las astillas? Debería haberte dado unos guantes y algo blando para que apoyaras las rodillas.

—Tú no llevas guantes.

—Porque tengo las manos llenas de callos. Mi piel no es tan suave como la tuya.

—Estoy bien.

—¿Quieres un mono para protegerte la ropa? Ya sabes que si te manchas de aceite luego no se quita.

Me eché a reír.

—Estoy bien, papá —repetí—. No te preocupes.

—De acuerdo, allá tú si luego te pasas el resto del día oliendo a trementina. Puedo decirte por experiencia que no es el olor favorito de Shanti.

Asentí resignada. No era la primera vez que me enfrentaba a una brocha y una terraza. Trabajamos en silencio otro rato más.

—¿Estás lista para la despedida de solteros conjunta de esta noche? —preguntó—. No será nada grande, solo unos pocos amigos en el *pub*. Ninguno de los dos necesita chupitos de tequila ni *strippers*.

—Sí. Suena bien.

—Así puedes conocer a la novia de Pete. —Me miró por el rabillo del ojo.

Mantuve una expresión neutra.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es?

—Parece simpática. Creo que es abogada —dijo—. Todas las mujeres que suele traer parecen majas, aunque ninguna de ellas dura mucho. Por lo visto es lo mismo que has estado haciendo tú.

—Si mal no recuerdo, tardaste bastante en encontrar a Shanti, y mientras tanto no te dedicaste precisamente a languidecer en soledad.

—Tienes toda la razón —reconoció con un gesto de asentimiento.

—Por cierto, me ha caído muy bien.

—Estupendo —sonrió mi padre—. A ella también le gustas. Anoche no dejé de hablar de ti.

Un daceo empezó a acercarse emitiendo un reclamo que inundó el aire. Algunos mieleros chillones protestaron mientras los insectos no cesaban su zumbido constante. Un sonido que era como una ola continua, ascendiendo y

descendiendo de volumen, pero sin desaparecer del todo. La naturaleza, el mundo entero, parecía especialmente vibrante y vivo.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien —respondí—. Ha vendido alguno de sus cuadros y todo el mundo quiere asistir a sus clases. Se le ve feliz.

—Eso está bien.

Esbocé una amplia sonrisa.

—Cree que yo debería mandar todo al garete y viajar por Europa. Quedarme en alguna isla griega durante una temporada o algo por el estilo.

—No me sorprende en absoluto —masculló él—. La respuesta que tu madre tenía para todo era salir corriendo.

—No congeniabais bien.

—No congeniábamos en absoluto. ¿Eso es lo que quieres hacer? ¿Viajar?

—No me importaría conocer algunos lugares, pero no tengo bastantes ahorros —expliqué—. Sídney es muy caro.

—Ven a trabajar con nosotros. Podemos planificar tus vacaciones para que tengas tiempo libre y viajes a los sitios que quieras.

—¿A ti eso del nepotismo no te suena?

Mi padre se sentó sobre los talones y se limpió el sudor de la cara.

—Cariño, te puede ir bien o mal en el puesto, eso solo depende de ti. Yo lo único que te ofrezco es la oportunidad.

—Tú y Pete, querrás decir.

—Cierto. —Se encogió de hombros—. A pesar de todas sus quejas, estará encantado de contar contigo si decides unirme al equipo.

—Mmm. ¿Y si dejo mi vida en Sídney y me mudo aquí y acabo dándome cuenta de que no se me da nada bien el trabajo y tienes que despedirme?

Mi padre hizo una mueca.

—Bueno, mira el lado bueno, para entonces Shanti debería tener la habitación de invitados lista y así tendrás un lugar donde dormir si te quedas en la calle.

—Estupendo —repuse secamente.

—Cariño, siempre has mostrado interés por el negocio. Te gustaba echar un vistazo a los trabajos y ayudar hablando con la gente. —Ahora me miraba completamente serio—. Creo que eres perfecta para el puesto. Helga ha sido una trabajadora ejemplar, pero nunca le ha interesado nada aparte del área

administrativa. Necesitamos algo más. Trabajarás con nosotros, te encargarás de algunas cosas y, a la larga, podemos contratar un administrativo más si lo vemos necesario.

—¿Has hablado de todo esto con Pete?

—Sí, por supuesto.

Me quedé mirándolo.

—Bueno, supuse que tal vez reaccionaría mejor ante la idea de que fueras tú si tenía menos tiempo para pensar en ello —terminó diciendo.

—Muy mal por tu parte. Ahora es tu socio.

Mi padre sonrió.

—Solo ha sido pura estrategia.

—Adele, ¿qué demonios estás haciendo ahí? —preguntó Shanti, que estaba saliendo de la casa vestida con un vestido recto divino—. No solo estás de vacaciones, es que hoy es nuestro día de *spa*. Se supone que tienes que relajarte.

—¿Día de *spa*?

Se llevó una mano a la cabeza.

—¿Se me olvidó decírtelo? He tenido tantas cosas en la cabeza... Pero sí, tenemos que irnos. Tratamientos faciales, masajes, pedicura... pide lo que quieras y lo tendrás. De la cabeza a los pies. Yo invito.

—Vaya. Gracias.

—De nada, pero tenemos que irnos ya mismo.

—De acuerdo. —Me levanté y me quité el polvo de las rodillas—. ¿Voy demasiado informal?

—No —respondió Shanti con una sonrisa—. Vas perfecta.

Mi padre recuperó la brocha manchada y nos guiñó el ojo.

—Divertíos.

El lugar elegido para la celebración de la despedida conjunta de solteros fue el Palmwoods Tavern, de casi un siglo de antigüedad. El lugar tenía una enorme terraza anexa ideal para los acontecimientos nocturnos. Era un sitio abierto, al aire libre, con un montón de bromelias en macetas esparcidas por la zona y un

árbol de mango del que colgaban hileras de lucecitas. Supuse que Shanti estaba habituada a acudir a sitios menos modestos, pero la vi detenerse en un taburete de una de las mesas altas del área acotada para la despedida y empezar a beberse una cerveza tranquilamente. Los invitados parecían ser una mezcla de compañeros de trabajo de la feliz pareja y unos pocos amigos. Mi padre y Shanti me habían llevado allí después de darme una ducha rápida y cambiarme.

Por lo visto, Pete estaba ocupado. Lo que era una pena, ya que me sentía como una mujer completamente nueva. No sabía si estaba mostrando mi maravillosa madurez, como Hazel había sugerido, pero el día de *spa* había sido espectacular. Magnífico en todos los sentidos. Me habían depilado, masajeadado y arreglado de la cabeza a los pies. Me había ofrecido a pagar mi parte a Shanti, pero no quiso oír hablar de ello. La novia de mi padre no se andaba con tonterías en lo que a lujos se refería.

Decidí presumir de mi reluciente pedicura francesa con unos zapatos *peep toe* con cuña, unos *jeans* ajustados que me realzaban el trasero y sacaban el máximo provecho a mis largas piernas y una blusa de algodón blanca suelta que me rozaba alegremente el vientre. El día de *spa* había incluido maquillaje y peinado, así que estaba completamente segura de que debía de estar deslumbrante con mi melena al viento. Con la suficiente confianza para enfrentarme a cualquier cosa, hasta con la última novia de Pete. O eso esperaba.

Y justo estaba tomando una cerveza cuando Pete y la susodicha llegaron. Como era de esperar, la mujer parecía una modelo que había decidido pasar un rato con el común de los mortales. Desde luego, superaba la peor pesadilla de cualquier fémina del montón. Pelirroja de pelo largo y una cara de infarto. No había ni un solo centímetro de su cuerpo que no fuera absolutamente perfecto.

Mierda.

No es que yo fuera fea. Estaba bien. Incluso solían decirme que era guapa. Pero la doble de Nicole Kidman acababa de entrar por la puerta colgada del brazo de mi primer amor.

Pete, por su parte, iba con unas zapatillas negras, *jeans* del mismo color y una camiseta gris ajustada. Maldición. Se le veía tranquilo y guapo como él solo. Por mucho que bromeara con Hazel sobre lo bueno que estaba, era frustrante que alguien tan fuera de tu alcance te afectara de esa manera. Eché un vistazo a mi alrededor en busca de algún bombón superior. Pero no tuve suerte. No había

nadie que se le acercara.

Habían pasado siete años, pero mi libido no parecía haber perdido ni un ápice de la lujuria adolescente que sentí por Pete. Haciendo acopio de toda mi madurez y dignidad, hice todo lo que pude para no fijarme en sus brazos, que pertenecían a los del tipo musculoso y que eran dignos de una oda. Llevaba un nuevo corte de pelo, más corto por los lados y más largo por arriba y peinado hacia atrás, algo de lo que no me percaté. Ni tampoco de toda esa piel bronceada y ese par de impresionantes ojos azul grisáceo. O al menos, eso hubiera deseado.

Cuando nuestras miradas se encontraron fui la primera en apartarla. Aunque se le podía describir como uno de esos hombres megatractivos que hacían que se te mojaran las bragas en cuanto los veías, yo había perdido toda esperanza.

No, olvidad eso... Yo pasaba de él. Lo había superado hacía años. Había salido con otros tipos. Había tenido relaciones sexuales (algunas incluso habían estado bien). Que todavía persistieran algunos de los viejos sentimientos que tuve por él no significaba absolutamente nada. Solo había sido el enamoramiento de una colegiala con poca cabeza. Nada más. Cualquier pensamiento en sentido contrario era una estupidez y un error. Y lo mejor que se podía hacer con las tonterías era no hacerles caso. Sinceramente, ese tipo de sufrimiento y confusión eran el motivo por el que no tenía ninguna prisa por volver allí. Daba igual lo mucho que echara de menos aquel lugar.

—¿Adele? —Shanti me agarró por la cintura—. Quiero que conozcas a mi amigo Jeremy. Se dedica a hacer muebles a medida y adornos para el hogar, aquí en la costa, usando solo maderas recicladas de la zona. Tiene un talento increíble. Incluso ha empezado a hacer envíos a Europa.

—Shanti, eres muy amable. Pero solo soy un humilde carpintero. —Jeremy debía de tener mi edad. Llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una coleta y me saludó con una amistosa sonrisa. Tenía el rostro de un dios griego clásico. Desde el punto de vista artístico era un modelo digno de escultura. Aunque carecía de la idiosincrasia que tanto me atraía de Pete. Mierda, otra vez estaba pensando en él—. Encantado de conocerte, Adele.

—Hola, igualmente —dije, estrechándole la mano. Tenía la piel cálida.

Shanti le dio una palmadita en el hombro antes de volverse hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Adele, ¿no tiene unos ojos preciosos?

«Dios mío».

El hombre solo se echó a reír.

—Jeremy, esta es Adele, la hija de Andrew —continuó Shanti—. Una joven brillante, además de guapa.

Debajo de todo el maquillaje con el que me habían acicalado de una forma tan profesional pude sentir mi rostro arder.

—Es cierto. ¿Sabes, Jeremy? Está planteándose mudarse desde Sídney para unirse al negocio familiar y ayudar a expandir la empresa —prosiguió la novia de mi padre—. De ser así, hablarás con ella de cualquier trabajo a partir de ahora.

Jeremy alzó ambas cejas.

—¿En serio?

—Sí —dijo Shanti—. Pero todo es supersecreto. Todavía no ha tomado una decisión. Confío en que nos ayudes a persuadirla.

—Ya veremos —dije, intentando controlar la inmensa vergüenza que estaba sintiendo—. De momento, solo estoy aquí por la boda.

—Una boda a la que ha venido sin acompañante —informó Shanti en voz baja—. Un dato interesante.

«Dame fuerzas».

—Shanti...

—¿Qué? —preguntó, batiendo las pestañas—. ¿Es que una recién estrenada madrastra no puede ayudar a su encantadora hijastra a conocer gente?

Me eché a reír. Era una situación incómoda. Bastante incómoda, de hecho.

—Está bien. Creo que ya me has ayudado bastante. Gracias.

Jeremy me miró como diciendo «no te queda otra».

Por suerte, Shanti se despidió de nosotros y se marchó adonde estaba mi padre.

—Lo siento —murmuré.

Jeremy se limitó a sonreír.

—No conozco a nadie que avasalle a la gente con tanta elegancia como Shanti. Estás demasiado ocupada complaciéndola para detenerte a pensarlo. Es excepcional.

—Tienes razón. Es como la aplicación *Tinder*, pero hasta arriba de esteroides. Él esbozó una amplia sonrisa.

—Adele, ¿te apetece otra copa?

—Es una idea estupenda.

—Perdona. Eres Jeremy Karas, ¿verdad? —inquirió la pelirroja, acercándose al lugar donde Jeremy y yo habíamos estado sentados bebiendo durante un par de horas.

Era un hombre muy simpático y una magnífica distracción para el rollo ese de «Pete con una mujer despampanante al lado». Bueno, «había» sido una magnífica distracción... hasta que la mujer despampanante decidió dirigirse a nosotros. Nos volvimos educadamente hacia ella.

Pete estaba a su vera, por supuesto. Sus ojos volaron hacia mí cuando me volví hacia ellos. «¡Basta!». ¿Volar dónde? Si hubiera sido cualquier otro hombre del planeta, hubiera jurado que me estaba mirando. Pero aquello era imposible. Pete estaba por encima de esas tonterías, sobre todo cuando tenía al lado a una supermodelo. Además, era yo. Y ya me había dejado bastante claro la opinión tan poco favorable que tenía de mí.

Mientras tanto, la pelirroja sonreía como una tonta a Jeremy. O quizá solo se estaba mostrando amable. No lo sabía; mi estado de ánimo llevaba una década funcionando de forma un tanto extraña.

—Leona Addams. Tengo una de tus mesas auxiliares —dijo ella—. Absolutamente exquisita.

—Muchísimas gracias. —Jeremy le ofreció una expresión de bienvenida profesional. Seguro que vendía un montón de sus muebles y adornos con esos ojos verdes tan somnolientos y seductores—. Me encanta saber que la estás disfrutando.

Ella jugueteó con la copa de vino blanco que tenía en la mano y permitió a los hombres que hicieran las oportunas presentaciones.

—Yo soy Pete. —Hizo un gesto de asentimiento al más joven—. Encantado de conocerte. —Ambos se estrecharon la mano—. Me gustó mucho lo que hiciste en casa de los Johnson.

—Gracias —repuso Jeremy—. Hay que ver las cosas que uno puede hacer

cuando no hay ningún límite, ¿eh?

—Exacto —se rio Pete—. Adele. Estás muy guapa.

Alcé mi *gin-tonic*.

—Gracias. Tú también.

—A mí no me has dicho que estoy guapa —señaló la mujer.

Pete la miró, esbozando una lenta sonrisa.

—Porque tú siempre estás fantástica. Decirte solo «guapa» sería subestimarte. «Tierra, trágame».

—Leona, esta es la hija de Andrew, Adele —dijo Pete.

Extendí la mano para saludarla. Sus esbeltos dedos apretaron los míos de forma flácida, desdeñosa. Me pareció bien. En el fondo ella tampoco me gustaba. Tendría que haberme quitado los zapatos para contar todas las maneras en que Leona y yo éramos diferentes, y aún no tendría suficientes dedos de las manos y de los pies. Parecía del tipo de mujer que iba elegante y deslumbrante las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. A mí me había costado seis putas horas de *spa* parecer decente. Qué injusticia.

—¿Te estás quedando en casa de Peter? —me preguntó.

—Sí. Solo unos días.

—Qué bien. —Me miró con ojos curiosos. Después se bebió lo que quedaba de vino y dejó el vaso sobre la mesa—. Tengo que madrugar.

—¿Tienes que irte? —inquirió Pete.

Menos mal que no se quedaba a dormir. Lo último que necesitaba era estar tumbada sobre la cama oyendo cómo chirriaba la de Pete, ya fuera de forma real o imaginaria. Hubiera preferido que me clavaran un hacha en la cabeza.

—Llámame. —Ella le colocó una mano sobre el pecho y se acercó para darle un beso mientras Pete la agarraba por la cintura. Menos mal que no fue con lengua, o habría tenido que arrancarme los ojos. Después de un instante, lo miró ardientemente y borró los restos de lápiz de labios que le había dejado—. He oído hablar de una marisquería fabulosa a la que deberíamos ir. Por lo visto hace los mejores cangrejos de la costa. ¿Qué te parece mañana por la noche?

—Qué idea tan estupenda. —Le ofrecí mi sonrisa más forzada—. ¿Verdad, Pete?

Él me miró, molesto.

—Soy alérgico al marisco. Como puede ser que recuerdes, Adele.

—Oh. —Leona frunció el ceño y apretó con fuerza su bolso de diseño—. Jeremy, ha sido un placer conocerte. Adele, estoy segura de que volveremos a vernos.

—Te acompaño a la puerta. —Jeremy se puso de pie—. También tengo que madrugar.

—Me ha encantado charlar contigo —dije con una sonrisa.

Él me apretó la mano y dijo:

—Sabes que en cuanto me vaya Shanti estará mandándome un mensaje para asegurarse de que tengo tu número de teléfono.

—Sí, soy consciente. Toma, apunta el tuyo en mi móvil. —Le pasé mi teléfono—. Esto no quiere decir que ninguno de los dos vaya a usarlo, pero al menos estaremos protegidos ante el inevitable interrogatorio de Shanti.

Tras otros tantos asentimientos, apretones de manos y buenas noches ambos se marcharon. Entonces Pete se sentó a mi lado, me quitó la copa y le dio un trago.

—¿Llevas viéndola un tiempo y todavía no sabe que el marisco te puede matar? —pregunté con delicadeza—. ¿De qué hablas con todas esas mujeres?

—No sé. De cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas —repitió—. ¿Es que te vas a poner a darme consejos para mis citas? ¿Debemos cenar a la luz de las velas mientras nos intercambiamos nuestras listas de alergias? Ahora entiendo por qué no te dura ninguna relación.

—Muy gracioso. Pero pensaba que al menos le habrías contado la historia de cuando comiste gambas de adolescente y te hinchaste como el muñeco de Michelín. Aquello siempre me hacía reír.

Pete sonrió durante un momento, no supe si al acordarse de lo que le pasó o por el recuerdo de mí partiéndome de risa con la historia. Entonces su mirada se oscureció y se puso a mirar el *gin-tonic*.

—No hablo con ellas como hablo contigo. Hablaba. Como hablaba contigo.

En ese instante empezó a sonar una vieja canción del grupo Ausie Crawl y algunos de los trabajadores de la empresa de mi padre se pusieron a vitorear en la mesa contigua. Por lo visto estaban aprovechando al máximo la barra libre. Tenían vasos vacíos por todos lados.

—No lo sé —dije yo—. Creo que hay muchas cosas de las que no hablamos.

—Tenía que guardarlas para la edad apropiada. —Tomó otro sorbo de mi copa y me la pasó con una risa—. Y dices que el *whisky* está asqueroso.

—El Bombay Sapphire es un regalo del cielo y no quiero oír nada en contra.

Nos quedamos sentados en silencio durante un minuto, mirando lo que teníamos a nuestro alrededor y oyendo la música. Una pareja se estaba besando apasionadamente en un rincón oscuro y había un sinfín de conversaciones ruidosas por todos los lados. Incluso Shanti se estaba riendo encantada, con la cabeza echada hacia atrás. Mi padre estaba sentado a su lado, como un centinela, simplemente observándola disfrutar. Me pareció un gesto muy bonito.

—Siento haber sido un poco borde con tu novia —dije al cabo de un rato.

Pete se recostó en la silla, con el tobillo apoyado en una rodilla.

—No sé si usaría con ella la palabra «novia». Somos amigos.

Ja.

—¿Así que Jeremy Karas?

Me encogí de hombros.

—Me lo presentó Shanti. Parece majo.

—Seguro. —Tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de metal—. Y es un tipo con mucho talento. Todo un artista. No me importaría comprarme una de sus piezas, pero cuestan un riñón.

—Bueno, te estás haciendo mayor. No puedes ponerte a despilfarrar el dinero así como así. Tienes que ahorrar todo lo que puedas para la Viagra.

—Esa es una generalización burda y discriminatoria por razón de la edad, jovencita —dijo Pete todo serio—. Y en absoluto aplicable a este caso en concreto.

—La confianza en uno mismo es importante. Te entiendo.

—¿Sabes? Creo que no te dieron suficientes azotes en el trasero cuando eras pequeña.

Me reí.

—Además —continuó él—, cuando te pones nerviosa siempre saltas con alguna ocurrencia relacionada con el sexo.

—No, no lo hago. —Fruncí el ceño—. Estás empezando a imaginarte cosas. Debe de tratarse de un caso de demencia senil precoz. Qué lástima.

Pete se limitó a negar con la cabeza.

—El caso es que se me hace difícil preocuparme mucho por lo que digo

cuando estoy contigo. —Me encogí de hombros—. Estoy completamente segura de que cerré la puerta de mejor amiga hace años. En cierto modo es liberador. Puedo decir lo que pienso.

—No me había dado cuenta de que te contenías. Jamás. —La tenue iluminación proyectaba sombras fascinantes sobre sus mejillas, en la dura línea de la mandíbula. Incluso en la pequeña hendidura de su barbilla—. ¿Entonces te gusta?

—¿Jeremy? Claro. —Me puse a jugar con la rodaja de limón de mi copa y la empujé hacia abajo.

—No tengo muy claro que sea tu tipo.

—¿Por qué?

Ahora fue él el que se encogió de hombros.

—No lo sé, solo es un presentimiento.

—¿Sabes? Esto es lo que me perdí cuando era más joven. Tus consejos para salir con chicos. Aunque vas a tener que ser más específico que un simple presentimiento. Pero puedo hacerte todas las preguntas que siempre he querido hacer a un hombre y tú me darás toda la información que necesito.

La arruga entre sus cejas se hizo más pronunciada.

—¿Sobre qué?

—¡Sobre sexo!

—No voy a hablar contigo de sexo.

—Pero ahora tengo la edad apropiada —dije.

—En absoluto, ahora somos demasiado mayores para tales frivolidades. —Vi cómo alzaba ligeramente una comisura de su boca. Al menos seguía consiguiendo hacer que se riera cuando quería.

—¿De modo que la última vez que estuve aquí era demasiado joven y ahora soy demasiado mayor?

—Efectivamente —asintió él—. Hubo un lapso de cuatro minutos, hace unos tres años, en el que este tema de conversación hubiera sido apropiado. Qué pena que te lo perdieras.

La música cambió a Cold Chisel y en la mesa contigua volvieron a aplaudir y gritar entusiasmados. Alguien gruñó: «Ese Barney».

—Dios, hacía años que no oía esta canción —dije—. Están poniendo todos los clásicos.

—¿Qué pasa? ¿Ahora solo vas a cafeterías para *hipsters*?

—En algún lugar tendré que encontrar mi tostada de levadura natural con aguacate machacado. —Sonreí y me llevé la punta del dedo a la boca para chupar las gotas de ginebra que quedaban en él. La elegancia ante todo.

La mano de Pete se detuvo y su mirada se hizo más intensa.

—Sabes, en algunas cosas has cambiado. Pero en otras sigues siendo la misma.

—¿Y qué esperabas?

—No lo sé.

Me aclaré la garganta.

—Tengo una teoría.

—¿Cuál?

—Que las personas se van sintiendo más cómodas consigo mismas con el paso de los años.

Él asintió despacio.

—Tiene sentido.

—De hecho, creo que viene de mi mejor amiga, Hazel. Es terapeuta. A veces nos ponemos a divagar sobre filosofía, el crecimiento emocional y el bienestar. O sobre pop coreano. Al fin y al cabo, los BTS le importan a todo el mundo.

—¿Pop coreano? ¿Y quién leches son los BTS?

Solté un bufido y puse los ojos en blanco.

—Estás un poco desfasado, ¿no?

—Por lo visto, un montón. —Se echó a reír—. Menos mal que estás aquí para sacarme de dudas. ¿Por qué no traigo otra ronda y me pones al día?

Vi como su alta figura se abría paso entre la multitud y entre la abarrotada barra. Sí, estaba claro que los trabajadores de mi padre estaban dando buena cuenta de la barra libre.

—Oye. —Una voz fuerte y pastosa me sacó de mi ensimismamiento. Un hombre joven se había acercado a mí con los ojos rojos por la euforia del alcohol. Con un brazo delgado rodeaba el cuello de un amigo de mayor edad, pero igualmente ebrio, aunque era difícil saber quién sostenía a quién.

—Soy Fitzy —se presentó—. Y este es mi compañero, Larry. ¿Puedes ayudarnos a resolver una apuesta?

—No sé —dije con cautela.

—Larry dice que tú fuiste la que tendió la «tetatrapa» a Pete cuando Andrew le pegó hace todos esos años. —El tipo hizo un gesto en mi dirección con la cerveza medio vacía.

—«Tetatrapa» —sonrió Larry con complicidad. ¿Quién sabía la cantidad de cervezas que habían tenido que tomar para inventarse esa tontería?

—Qué tremendamente originales e hilarantes sois —mascullé.

Dejé caer los hombros. Quizá había puesto demasiadas esperanzas en que la gente se fuera a olvidar por completo de aquel escándalo después de tanto tiempo. Seguro que si volvía dentro de cincuenta años todavía habría jóvenes del sector de la construcción riéndose de la historia de la hija del jefe que enseñó las tetas en su decimotavo cumpleaños.

Era como una especie de leyenda urbana.

—Pero yo he dicho que es imposible que seas tú porque tienes un par de melones increíbles y nadie se quejaría por haberles echado un buen ojo. —A su lado, Larry asintió al razonamiento de su amigo con la vehemencia que solo puede mostrar una persona completamente borracha—. Es pura lógica.

—De todos modos —continuó Fitzy—. Estábamos hablando de que, si fueron tan impactantes como para dejar fuera de combate a Pete, tal vez podrías... ¡Ay!

La cabeza de Fitzy se inclinó de forma violenta hacia un lado, arqueándose hacia arriba para dejar expuesta su oreja derecha. A su lado estaba Pete, con gesto furioso. Tenía enganchado en el puño el lóbulo de la oreja del hombre más bajo y lo retorció hacia arriba. Fitzy se puso de puntillas, con las piernas tensas mientras intentaba elevarse lo suficiente para aliviar el dolor. Pero lo único que consiguió fue ponerse cara a cara con Pete, que fruncía el ceño, iracundo.

Las risas pararon.

—Creo que ya es suficiente, Matthew —gruñó Pete. Por lo visto, «Fitzy» solo era para los amigos, y en ese momento Pete no tenía un aspecto demasiado amistoso.

Incluso de puntillas, el hombre de menor edad apenas alcanzaba la estatura de Pete. Larry, por su parte, se marchó corriendo. Se comprende que decidió que lo mejor del compañerismo era la discreción.

—Sí, jefe —chilló Fitzy, que de pronto parecía más sobrio—. Lo siento, jefe.

—Discúlpate con la señorita. —Pete volvió a retorcerle la oreja para que me mirara, como si se tratara de una marioneta que se moviera a su antojo.

—Lo siento, señorita —tartamudeó—. Se... Señora.

Pete volvió a colocarlo de forma que ambos volvieron a estar frente a frente.

—No volverás a hablar con ella —dijo entre dientes—. Ni siquiera la mirarás.
¿Estamos?

—Sí, jefe.

—Si sales de aquí lo suficientemente rápido puede que el lunes por la mañana me haya olvidado de todo esto.

Cuando Pete lo soltó, Fitzzy se fue tambaleando a los brazos de Larry con una mano sobre la oreja.

—Lo siento —se disculpó Pete.

—No pasa nada. —Podía haber continuado la noche (y mi vida) lejos de aquella escena tan, pero que tan divertida. Y aunque era inevitable que tarde o temprano sucediera, no tenía ninguna necesidad de formar parte de ella. Me puse de pie y terminé lo que quedaba de mi copa—. ¿Eres consciente de que podría haberme encargado de esos dos tipos yo sola?

—Es uno de nuestros empleados y, en cierta medida, esto podría considerarse como una reunión de trabajo. Muy a mi pesar, soy responsable de su comportamiento.

No me había convencido del todo.

—Sé que puedes cuidar de ti misma, Adele.

«Mierda». Ahora incluso mi padre nos estaba mirando. Lo que era un ejemplo excelente de por qué volver a estar entre toda esta gente era una idea nefasta. Incluso los que no habían estado presentes en la fiesta de mi decimoctavo cumpleaños habían oído hablar de lo que sucedió. Era una auténtica vergüenza.

Pete colocó una mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Por qué no nos vamos? No tenemos por qué quedarnos.

—Pues sí.

Nos abrimos paso entre la multitud en dirección a mi padre.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—No. Creo que estoy empezando a notar los efectos del viaje —le dije antes de darle un beso en la mejilla—. Estoy deseando irme a dormir. Buenas noches, Shanti. Y gracias otra vez por lo de hoy.

Ella me agarró la mano y me dio un apretón.

—¿Seguro que estás bien?

—Absolutamente.

—¿La llevas a casa? —preguntó mi padre a Pete, que estaba parado detrás de mí.

—Sí —respondió él.

—Adele, mañana quiero saber todo lo que piensas de Jeremy —ordenó Shanti.

Esbocé una sonrisa como respuesta.

Mi padre volvió a mirarme con gesto interrogante. No se había creído lo que le había dicho. Después, miró a los hombres de la mesa.

—Ha llegado la hora de que terminen con la fiesta. Ya han tenido suficiente por esta noche.

—Buena idea —acordó Pete—. Hasta mañana.

Con la mano que todavía tenía apoyada en la parte baja de mi espalda me guió hasta la salida. No debería haberme tocado. El calor que desprendía su piel traspasando la fina tela de mi blusa era demasiado inquietante. A mi mente acudieron con suma facilidad pensamientos sobre cómo sería sentir su tacto en otros lugares. Como sus dedos deslizándose por mi brazo hasta llegar a los míos para entrelazarlos con los suyos. Así como otras imágenes más pornográficas en las que no voy a entrar. Cuando se trataba de Pete, mi imaginación podía pasar de lo dulce a lo explícito en cuestión de segundos.

Aparte del sonido y las luces, la noche era tranquila. Por encima de nosotros voló un murciélago de la fruta como una sombra oscura sobre el cielo nocturno. El aparcamiento todavía estaba medio lleno a las diez de la noche.

Nos separamos al llegar a la parte trasera de su vehículo, una *pick-up* de cabina doble relativamente nueva. Y no, el hormigueo que sentía en la zona donde hasta hacía un instante había estado su mano no era debido a eso; seguro que me había salido una erupción o algo parecido. Los *jeans* fueron una bendición para subir al asiento del copiloto. En los asientos traseros había un montón de papeles, algunas herramientas y un par de prendas de ropa. Olía a serrín, un poco a tierra y a una pizca de colonia. Y puede que también a café.

El motor cobró vida y en la radio empezó a sonar Vance Joy. Me quedé contemplando el cielo.

—Me encanta esta canción.

—¿Sí? —Pareció complacido.

Había una cierta intimidad en estar encerrados en un habitáculo tan pequeño a oscuras; una sensación especial que me resultaba familiar y con la que me sentía cómoda. Tampoco era que el trayecto a casa nos fuera a llevar mucho tiempo. Dejamos atrás una tienda de regalos, una agencia de noticias, una farmacia y otros lugares similares. Al salir de la ciudad, de camino a la carretera, pasamos por un par de granjas de piñas y algunos campos de árboles frutales y embalses. Hacía más o menos una década que la mayoría de las grandes propiedades se habían vendido y dividido para construir urbanizaciones. Fue una lástima. Mi padre se había comprado un terreno hacía quince años, fuera de la carretera principal, alejado del ruido y las prisas. Cuando Pete empezó a trabajar para él habló con una mujer que poseía otro terreno cerca, puesto que le encantaba la zona y ella no iba a hacer nada con él.

—Ya verás como enseguida se olvidan —dijo Pete cuando accedió al camino de entrada—. Como si ellos no tuvieran nada de lo que arrepentirse.

—En realidad me da igual.

Aparcó el vehículo en el garaje adyacente a la casa.

—Cuidado al bajar.

—Tendré cuidado al bajar —sonreí—. No hace falta que me trates como si fuera una niña.

—No te estoy tratando como a una niña; me preocupo por ti.

No supe qué decir.

—Tu padre me mataría si te haces el más mínimo rasguño estando a mi cargo.

—Claro. Aunque teniendo en cuenta que eres el hombre que me animaba a trepar por los árboles y a jugar al fútbol, no creo que le inquiete tanto.

Él se rio por lo bajo.

—Si crees que no le voy a demostrar a tu padre que estás a salvo conmigo hasta el final de los días, has malinterpretado la situación.

—Parece que suelo hacerlo a menudo. —Lo seguí por las escaleras de entrada—. Pero dudo de que vaya a estar por aquí mucho tiempo, así que no hace falta que dediques tu vida a la causa.

Metió las llaves en la cerradura, abrió la puerta y encendió la luz.

—¿En serio no te interesa el trabajo?

—¿Quieres que diga que sí?

—Mmm. —Lanzó la cartera y las llaves a la mesa del comedor—. Después

de toda esa charla de cerrar la puerta, parece que te preocupa muchísimo lo que pueda pensar.

—Ni siquiera me lo plantearía si no me quieres allí. Últimamente procuro no complicarte la vida. Por norma general.

Él apoyó el trasero sobre la mesa y me observó con interés.

—A ver, es lo lógico, ¿no? —continué, alzando las manos—. Que tuvieras que verme todos los días en el trabajo te supondría un problema, no estarías cómodo... Y eso es lo último que quiero. A ninguno de los dos nos gustaría pasar por una situación así.

—Cierto. Pero no paso mucho tiempo en la oficina.

—Aun así...

Se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—¿Y si no tengo ningún problema con que entres en la empresa?

—Entonces supongo que tendría que pensármelo.

No dijo nada.

—Da igual. Gracias por traerme a casa y por todo lo demás. —Indecisa, di un paso para dirigirme hacia la zona de la casa que ocupaba de forma temporal. Antaño, solía interpretarlo mejor. Predecir cuál era su estado de ánimo o tener una vaga idea de lo que le pasaba por la cabeza. Ahora, nada de nada.

—De nada —dijo él—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Pero ninguno de los dos nos movimos. Entonces él se llevó la mano a la nuca, se volvió y preguntó:

—¿Te apetece nadar un rato?

—Ah, sí. ¿Por qué no?

—Estupendo. Te veo abajo.

Capítulo 5

Hace ocho años

—¿Chocaste la camioneta de Pete directamente contra un poste?

—En realidad fue marcha atrás.

Por lo visto el dato adicional no ayudó. El rostro de mi padre continuó contraído y tremendamente disgustado.

—Estábamos practicando el aparcamiento en batería marcha atrás y Pete creyó que era mejor no hacerlo cerca de otros vehículos —expliqué—. Así que tomamos como referencia un cubo de basura en un lado y el poste en el otro.

—Y te diste con el poste.

—Sí.

—No con el cubo, que podría haberse caído y poner todo perdido de basura, pero no se habría roto nada.

—Papá, no lo hice aposta. Fue un accidente.

—La verdad es que lo estuvo haciendo bastante bien un rato —dijo Pete, sentado en el sofá con una botella de cerveza en la mano—. Hasta que el pie se le resbaló del embrague y... ¡zas!

Ahora la mirada de disgusto de mi padre fue para Pete.

—¿Qué tal el cuello? —pregunté.

Pete se encogió de hombros.

—Viviré. Aunque el portón trasero de la camioneta está bastante jodido.

—Esa lengua —gruñó mi padre.

—Lo siento.

Alcé las manos.

—Necesito practicar si quiero aprobar el examen. Tengo diecisiete años, como bien sabes.

—Sí, y por lo visto también tienes edad para chocar los vehículos contra cosas.

Pete se rio por lo bajo y bebió otro trago de cerveza antes de frotarse el hombro. Tenía unos hombros muy bonitos, anchos y musculosos. Esperaba no habérselos dañado del todo.

—¿Sabes? Esto está siendo muy difícil. Ahora mismo me siento muy mal —dije—. ¿Es necesario que te recuerde que te llamamos y dijiste que dejabas que Pete me enseñara a conducir?

—Pero no esperaba que te chocaras con nada o le rompieras la camioneta en la primera clase. —Mi padre empezó a caminar de un lado a otro, lo que nunca era buena señal—. ¡Santo Dios!, ¿esto es lo que significa tener una hija adolescente?

—Puede que no te hayas dado cuenta, pero llevo siendo adolescente hace unos cuantos años —dije, acurrucada en un rincón del sofá.

No me iba a poner a llorar, porque sería una estupidez. Mi padre no tenía por qué enterarse de que me había deshecho en lágrimas después del accidente. Puede que el impacto no pareciera gran cosa a ojos de un espectador, pero había sacudido nuestros cuerpos de forma violenta. Pete, por supuesto, se había tomado todo el asunto con una tranquilidad exasperante, aunque a mí me había dejado consternada. Eso sí: no iba a dejar que mi padre se diera cuenta.

—Míralo por el lado bueno —señalé—. Solo tienes que aguantarme seis semanas al año. ¿Cuántos vehículos puedo estropear en tan poco tiempo?

—Será mejor que no lo descubramos —masculló Pete.

—Cariño, sabes que no me refiero a eso.

—Siento haberla liado y haber interrumpido tu trabajo.

Con las manos en las caderas, mi padre agachó la cabeza y respiró hondo varias veces.

—Está bien, me lo merecía.

Silencio.

—Déjame que te deje algo muy claro —continuó al cabo de unos segundos,

mirándome fijamente—. Adele, eres mi hija y te quiero. Cuando me llamaste para decirme que habías tenido un accidente, me llevé el susto de mi vida.

No estaba muy convencida.

—La idea de que no puedo protegerte... de que hay cosas en este mundo que pueden hacerte daño... —Soltó un suspiro—. Solo me alegro mucho de que estés bien.

Tragué saliva.

—De acuerdo.

—Y de todos modos este idiota se merece tener un vehículo de empresa.

Pete esbozó una cándida sonrisa antes de levantar la cerveza en mi dirección.

—Muy bien, pequeña. Sabría que al final me vendrías bien en algo.

Mi padre se echó a reír.

—Si ella lo abolla, al menos la reclamación al seguro se hará a través de la empresa.

Por extraño que parezca, Pete dejó de sonreír al oír aquello.

Jueves por la noche... en la actualidad

Cuando llegué a la piscina, Pete ya estaba en el agua, flotando alegremente en el lado más profundo. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad, ya que la iluminación era tenue. Lo justo para poder bajar las escaleras sin caerte de bruces.

—Hola —dije en voz baja.

—Hola.

Sentí, más que vi, su mirada sobre mi cara, sobre todo mi cuerpo. Como era de esperar, a mis pezones les encantó tanta atención. ¡Traidores!

Aunque era posible que se hubiera fijado en ellos en el bar, esto era nuevo e inesperado. Muy diferente a la forma en la que solía mirarme. En el pasado siempre me había mirado con el cariño con el que se observa a un cachorro. No sé. Puede que solo me lo estuviera imaginando.

—Salta —me animó.

—No.

Su risa era grave, profunda y perfecta. Puede que aquello no fuera tan buena idea.

—Pete, tú más que nadie deberías saber que no es prudente alentarme a hacer cosas al tuntún.

Él soltó un resoplido. Entonces nadó con sus fuertes brazos hasta que llegó al borde de la piscina.

—Pero ahora no se trata de tomar una decisión sin pensarla. Esto es solo por diversión. Salta, Adele.

Con mucho cuidado, entré en el agua... usando las escaleras.

—No lo voy a hacer.

—Qué bikini más bonito.

—Gracias. —Me metí hasta que el agua me llegó a los hombros. Me había recogido los rizos que tanto habían tardado en arreglarme en un moño—. No me salpiques. No quiero que esta noche se me moje el pelo.

—Como quieras.

En el borde, vi la botella de *whisky* escocés, otra de ginebra y otra de tónica. Incluso había cortado un limón en rodajas. Para que luego dudara de su hospitalidad.

—No sé si he elegido una buena marca. El tipo de la tienda me dijo que esta era la mejor.

Me coloqué a su lado y examiné la botella de ginebra.

—Hendrick es perfecto. Gracias.

—¿Lo es? Bien.

—Mi hígado nunca sobrevivirá a este viaje.

Él se rio.

—Yo tampoco suelo beber tanto.

—¿Te estoy llevando a la bebida?

—Puede que un poco. —Me miró y después se entretuvo sirviendo la ginebra, la tónica y, por último, aunque no menos importante, la rodaja de limón. Un *gin-tonic* sin una rodaja de limón no sirve para nada y no permitáis que nadie os diga lo contrario.

—No sé si sentirme honrada u ofendida.

—Pequeña, ¿por qué no nos limitamos a ser nosotros mismos? —Soltó un suspiro y me pasó la bebida—. Toma.

—Gracias.

En cuanto se sirvió sus de dos a tres dedos de *whisky* sin hielo chocó su vaso contra el mío.

—Chin-chin.

—Por empezar a ser nosotros mismos.

Ambos nos dedicamos a beber de nuestros vasos, el uno al lado del otro, flotando en el borde de la piscina. Se le veía impresionante con el pelo mojado echado hacia atrás y los músculos de sus hombros y brazos al aire. Sentía el corazón latiendo desahogado dentro de mi pecho, enloquecido por nada. Porque no estaba pasando nada y tampoco iba a suceder nada. Estaba claro. Bueno, quizá, y si tenía mucha suerte, puede que al final termináramos volviendo a ser amigos o algo parecido. Y entonces no lo habría perdido para siempre.

Eso sería estupendo.

—¿Qué tal van las cosas con tu madre? Pero de verdad.

—Bien. Aunque ya sabes que ella y yo siempre nos hemos llevado bien. —

Me encogí de hombros—. Ella tiene su vida y yo tengo la mía. La mayor parte del tiempo solo quiere estar en su estudio, viajar para pintar o dar sus clases. Ese es todo su mundo.

—Creí que habías seguido su vena artística durante una temporada.

—¿Yo? —Me eché a reír—. No. Pinto bien, pero no como ella. Siempre he preferido los libros a los pinceles.

—¿Y lo de escribir? ¿Siempre tuviste un diario?

—Sí. Está lleno de detalles lascivos sobre ti.

—Qué bien —repuso secamente—. ¿Pero probaste a hacer periodismo?

—Fui a un par de clases y sinceramente... —Negué con la cabeza—. Eran tremendamente duros y competitivos. Ahí fue cuando me di cuenta de que, si no estaba dispuesta a mostrar esa actitud tan despiadada, no me gustaba tanto como pensaba.

—Mmm.

—Simplemente, no era lo mío.

Pete dio otro sorbo al *whisky*.

—¿Y qué me dices de todos esos viajes que dijiste que querías hacer?

—Viajar por todo el mundo cuesta un montón. Además, en mi actual puesto de trabajo no les hace mucha gracia que los empleados nos tomemos vacaciones al mismo tiempo. Lo que hace bastante difícil planear un viaje como Dios manda. Pero algún día lo haré.

Hizo un gesto de asentimiento, pero después se limitó a mirarme sin decir nada.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿De mí?

—¿Así que Leona?

—Ya tocamos ese asunto. Háblame de tus amigos.

—No. Ahora es mi turno de preguntar —dije, dando un buen sorbo al *gin-tonic*. Ah, los placeres de la vida—. ¿Qué tal con tu padre? ¿Ha superado que no trabajes detrás de un escritorio?

Su risa fue breve y reflejó una pizca de dolor.

—Así que es cierto que solía hablar contigo de todo tipo de cosas, ¿verdad? Me considera una causa perdida. Mi hermana es la que se encarga de hacerlo feliz. Tiene dos niños pequeños y dirige una sucursal bancaria. Es *Superwoman*.

—Vaya. Bien por ella.

—Sí. En cuanto a mí, sigue pensando que solo me dedico a golpear trastos con un martillo. Lo que lo convierte en una conversación muy interesante en Navidad.

—Si hubieras seguido los pasos de tu padre y te hubieras dedicado a las finanzas...

—Exacto.

Solté un resoplido.

—Menuda tontería, aunque seguro que estarías precioso con traje. Construyes casas para las personas. Ayudas a crear esas fabulosas obras de arte en forma de edificios a lo largo de la costa. Si no es capaz de verlo, pasa de él.

Sonrió.

—Gracias.

—Es la verdad.

—Tal vez debería llevarte como acompañante las próximas Navidades, para que puedas defender a este pobre viejo —bromeó.

—Me interesa.

—Lo tendré en cuenta. —Se rio—. ¿Tienes muchos amigos en el sur?

—Tengo a mis dos compañeras de piso, Hazel y su novia, Maddie. Son buena gente.

—Bien.

—Si te soy sincera, cuesta mucho encontrar espíritus afines con los que realmente puedas ser tú misma. No sé si alguna vez te diste cuenta, pero tengo un sentido del humor que puede resultar un tanto raro... La gente no siempre me entiende. Así que no tengo muchos amigos, solo un par de amigas íntimas.

Él volvió a asentir.

—No abundan las personas con las que se pueda ser uno mismo —dije.

—Tienes razón. —Su mirada se tornó seria.

—¿Por qué me miras así?

—No quiero interrumpir nuestra fase de ser nosotros mismos —empezó—, pero siento curiosidad por algunas cosas...

—¿Cómo cuáles?

Él gimió y se echó el pelo hacia atrás.

—Casi que prefiero no preguntar, pero necesito saberlo. Esa noche, ¿qué es

exactamente lo que tu mente de dieciocho años imaginaba que sucedería?

Hice una mueca.

—¿En serio?

—Sí. Lo siento.

Podía ahogarme a mí misma. Puede que funcionara.

—Es que... no consigo entenderlo —prosiguió él—. ¿Hice algo que te llevara a pensar que había algo más entre nosotros?

—Mierda. De acuerdo. —Di buena cuenta de mi bebida porque se trataba de una situación de emergencia total—. No fue nada de lo que hiciste, aparte de respirar... y ya sabes, la ciencia dice que no puedes dejar de hacer eso y seguir con vida. Así que no fue por tu culpa.

—Bien.

Hice otra mueca.

—Supongo que pensé que, si podía expresar a lo grande mi deseo y amor eterno por ti, entonces te percatarías de mi floreciente condición de mujer.

—¿Y esa era la parte en la que me enseñabas los pechos?

—Sí —reconocí—. Pero no puedes pasar por alto las palabras, Pete. Porque hubo palabras. Estuve practicando mi discurso horas y horas. Aunque luego me olvidé de la mayor parte por el pánico que sentí y el alcohol que había tomado. Eran palabras poéticas, de peso, que se suponía influirían en ti y te decantarían a favor de la rectitud y determinación de mi causa.

—¿En la rectitud de tu causa? —Alzó ambas cejas y sí, también bebió—. Jesús. ¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo?

—No lo sé. ¿Quedarte extasiado?

—Venga, en serio. ¿Cómo pensaste que reaccionaría?

—¿Que cómo pensé que reaccionarías? —Suspiré—. Así, en frío, todo apuntaba a que seguramente me dirías que dejara de comportarme como una imbécil y que me volviera a poner la ropa.

Él soltó un bufido.

—Suenan bien.

—Pero, por supuesto, en el fondo también tenía la pequeñísima esperanza de que de pronto te quedaras atónito y sorprendido al darte cuenta de que sentías lo mismo por mí. Y después vendría la tanda de los besos apasionados y la parte de la noche en que perdería la virginidad.

—Joder, ¿se suponía que tenía que desvirgarte en medio del pasillo de la casa de tu padre? —preguntó con gesto algo consternado—. Debes de pensar que tengo un buen par de pelotas.

Me reí.

—En la fantasía terminábamos yéndonos a otro lugar. A tu casa. Tal vez a tu camioneta. Donde hubiera menos posibilidades de que nos descubrieran.

—Ajá. ¿Y cómo creíste que iba a reaccionar tu padre?

—Espera un momento. —Levanté una mano—. Al fin, ¡por fin! tenía dieciocho años. Su opinión en todo el asunto no me importaba mucho. Pero en mi escenario ideal, al día siguiente habríamos ido a verle los dos juntos de la mano y le habríamos contado que nos habíamos enamorado y que estábamos destinados a estar juntos. Puede que hasta hubiera de por medio un anillo de compromiso. No lo sé... esa parte estaba un poco incompleta.

—Joder —dijo él, negando con la cabeza.

—Eso ya lo has dicho.

—Merece la pena repetirlo. —Se frotó la cara para quitarse el agua—. Sabía que no tenía que haber preguntado.

—Sí, pero lo has hecho. Demasiado tarde para arrepentirse. Era joven, tonta y estaba enamorada —expliqué—. No tuve muy en cuenta la realidad, las consecuencias ni cosas como esas. A eso le añades el alcohol... y eso fue todo.

Pete masculló algo por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—Que no estabas enamorada de mí. Solo creías que lo estabas.

Ah, no.

—Pete, reconozco que gran parte de lo que sucedió fue porque lo malinterpreté, estaba completamente equivocada o incluso por pura estupidez. Pero no me digas cómo me sentía. Porque sé perfectamente cómo me sentía.

—¿Ah, sí? —dijo con tono sarcástico.

—Sí. Que fuera una adolescente no significa que no lo estuviera.

—No lo tengo muy claro.

—Oh, venga ya —dije—. Es un hecho que mucha gente conoce a sus parejas cuando son jóvenes.

—Puede —repuso él—. Pero analicemos tus sentimientos en un contexto más amplio.

—Bien.

Se detuvo a beber otro sorbo de *whisky*, aunque estaba claro que estaba reflexionando sobre el asunto.

—Entonces, ¿debo entender que en todos los años que han pasado desde que sucedió aquello no has conocido a nadie, ni has estado con nadie de... digamos... una forma íntima y real como nuestra amistad platónica y no te has dado cuenta de que sientes por esa persona más de lo que sentías por mí?

—No —dije simple y llanamente.

—¿No?

—No.

Arrugó la frente antes de negar con la cabeza.

—Puede que todavía no te hayas enamorado de verdad.

—Me enamoré. Sufrí un montón. Y al final logré recomponerme y seguir adelante.

Un gruñido.

—Y también me gustaría añadir —continué—, que el sexo no equivale necesariamente a una auténtica intimidad. Desde el punto de vista físico es esencial, eso es cierto. Pero compartir tus pensamientos más profundos, tu corazón y tu alma, ser quien realmente eres delante de alguien... ese es un nivel completamente diferente.

—Eras una adolescente. Todavía no sabías quién eras realmente. —Soltó un suspiro—. Y por lo visto tampoco sabías nada sobre sexo.

—No seas tan condescendiente. Estaba empezando a descubrirlo.

Otro maldito movimiento de cabeza.

—Oye, has sido tú el que ha preguntado. Siento si no te ha gustado la respuesta, pero es la verdad. De todas formas, da igual, puedes seguir creyendo lo que quieras. —Me encogí de hombros y tomé otro sorbo de mi bebida—. Tú sí has estado enamorado, ¿verdad?

—Una o dos veces.

—¿Y a qué edad te enamoraste por primera vez?

Antes de responder, volvió a suspirar, metió la cabeza debajo del agua (procurando que el vaso de *whisky* permaneciera intacto, por supuesto) y salió al cabo de un instante.

—No lo sé. A tu edad. Puede que unos años más joven.

—¿De quién?

—De una chica con la que trabajé. Era una de las vendedoras de una empresa de materiales de construcción. —Esbozó una sonrisa—. Compré un montón de cosas que no necesitaba solo para poder verla todos los días. Estuve a punto de arruinarme.

Me reí.

—Vivimos juntos durante un año más o menos. —La sonrisa desapareció de su rostro—. Pero quiso casarse y tener niños y yo no.

—¿Crees que alguna vez querrás?

—No lo sé. —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Y tú? ¿Quieres el lote completo de matrimonio con hijos, pequeña?

Sonreí.

—Suenas adorable. Aunque, sinceramente, tampoco lo sé. Ninguno de los hombres con los que he salido ha despertado ese tipo de interés en mí.

—Todavía tienes mucho tiempo por delante.

—Comprometerte a estar con alguien día tras día es una responsabilidad enorme. —Moví la mano por la superficie del agua y me quedé mirando las ondas—. Aceptas pasar el resto de tu vida con esa persona, pero hay un montón de cosas que pueden salir mal. No quiero elegir al hombre equivocado y terminar divorciada como mis padres.

—Mmm.

—Acabaron detestándose. No fue nada agradable. Ahora están bien, sí, pero lo cierto es que no quieren saber nada el uno del otro.

—Entiendo lo que dices. Es un riesgo.

—Lo es. —Emití un quejido—. Dios, esta conversación se está volviendo demasiado sensiblera.

Pete se terminó su *whisky*.

—Será mejor que me vaya a la cama. No todos estamos de vacaciones y podemos dormir lo que nos dé la gana.

—Venga ya. —También me terminé el *gin-tonic* y dejé el vaso a un lado de la piscina—. Te levantarías pronto de todos modos. Eres uno de esos bichos raros a los que les encanta madrugar.

Sonrió.

Extendí los brazos.

Al verme, frunció el ceño y se detuvo.

—No puedes tenerlo todo a la vez, Pete. O bajo tu platónica mirada sigo siendo una niña, en cuyo caso nos abrazamos, o me consideras algo tentador, en cuyo caso tienes todo el derecho del mundo a mantener las distancias.

Entornó los ojos aún más y luego tragó saliva.

—Supongo que un buen abrazo estaría bien.

Me acerqué a él, le rodeé el cuello con los brazos y apoyé la cabeza en su hombro. Caramba, qué bien me sentía. Con toda esa cálida piel y ese cuerpo musculoso presionando contra mí... Bueno, he de reconocer que yo era la que hacía la mayor parte de esa presión, si no toda. Y que era innecesaria. Él, por su parte, vaciló y me dio un par de palmaditas en la espalda con esas manos enormes que tenía. Pero no se alejó. Bajo su piel salobre pude detectar un atisbo de su aroma, de su colonia. Ese hombre me hacía la boca agua. Y ni siquiera me sentí mal por ponerlo en esta situación.

—¿Lo ves? ¿A que no ha sido tan malo? —pregunté.

Le oí tomar una profunda bocanada de aire.

—No.

Suspiré de alegría.

—Bueno, se acabó. —Noté sus fuertes manos en mis caderas, separándonos. Volvía a tener esa sonrisa forzada—. Hora de irse a la cama. Yo... ah... sí...

—Gracias por la conversación. —Fui hacia las escaleras—. ¿Llevo las botellas dentro?

—No. Ve a dormir —dijo— Ya me encargo yo. Buenas noches.

Capítulo 6

Hace ocho años

—¿Y qué me dices de ese?

—Mmm. No. —Bebí un sorbo de mi granizado de café, mirando a los transeúntes—. Pero esa es guapa.

Con los ojos ocultos detrás de las gafas de sol, Pete se desplomó en la silla de la cafetería, completamente relajado.

—Puede que te gusten las chicas.

Puede que me gustara «él». En realidad, me gustaba él. Pero también podía desear la luna y obtendría el mismo resultado.

—¿Sabes? Supongo que lo importante es la persona, no lo que tenga entre los pantalones.

—Creo que eso es demasiado maduro para mí. —Se encogió de hombros y luego asintió—. Pero seguro que tienes razón.

Era el Boxing Day* y habíamos decidido evitar los centros comerciales abarrotados y las playas llenas de gente buscando una agradable y tranquila cafetería. Debido a su situación familiar tan desastrosa había convencido a mi padre el día anterior para que invitara a comer a Pete con nosotros en el Palmwoods Tavern. Pete decía que podía cocinar, pero a mi padre se le daba fatal. Además, había estado demasiado ocupado como para ir a comprar. Llevábamos más de una semana subsistiendo con comida para llevar. Salir a comer fuera era la única solución.

Y a mí me venía bien.

—¿Has llamado a tu hermana por Navidad? —pregunté—. Christina, ¿verdad?

—Sí. —Una sombra cruzó su rostro—. Es unos años más joven que yo. Nos llevamos bien, pero nunca hemos mantenido una relación muy estrecha. Vive al otro lado del país. Seguramente para no tener que pasar mucho tiempo con mi padre.

—¿Dijiste que tenía hijos?

Se encogió de hombros.

—En edad escolar. Son adorables. Sube fotos de ellos en Facebook.

Asentí.

—Si te soy sincero —continuó—, hablo más contigo que con ella. Tal vez debería adoptarte como hermana pequeña y subir fotos tuyas en Facebook. —Sonrió—. ¿Qué te parece?

—Que no soy tu hermana pequeña.

Pete se quitó las gafas. De pronto tenía el ceño bastante fruncido, aunque el gesto no iba dirigido a mí.

—¿Qué?

—Ese imbécil de ahí que te está mirando —dijo—. Sí, te veo. Quítale los ojos de encima.

Efectivamente, vi a un surfista, de pie en la barra, esperando su café. Sonrisa bonita. Cuerpazo. No como el de Pete, pero no todos podíamos ser la perfección personificada.

—¿No estábamos aquí sentados examinando a la gente que hay fuera? —pregunté.

Pete hizo caso omiso a mi comentario y siguió despotricando.

—¿Por qué no te pones una puta camiseta? Ahora no estás en la playa, capullo. —Estaba claro que ya no nos preocupábamos por las palabrotas. Pete continuó mirando al chico mientras salía de la cafetería, con la boca apretada en una tensa línea y el cuerpo en alerta—. Como respuesta a tu pregunta, ese tipo debe de tener por lo menos veinte años. Demasiado mayor para ti; solo eres una niña.

Ahora fui yo la que frunció el ceño.

—Pero no lo voy a ser siempre.

—Por ahora sí lo eres.

Viernes... en la actualidad

A la mañana siguiente, gracias a los *gin-tonics*, me dolía un poco la cabeza. Volví a ponerme el bikini, unos pantalones cortos y una camiseta, me tomé un analgésico y me puse en movimiento. Caloundra, una localidad conocida por sus playas estaba a solo quince o veinte minutos conduciendo. Tardé un rato en encontrar aparcamiento en la playa Kings y después fui a la piscina de mar. Hacer surf me parecía un poco violento y tampoco estaba segura de que pudiera aguantar muchas olas en el estado en el que me encontraba.

Me dejé puestas las gafas de sol para no perder las retinas por la luz solar. Había un montón de familias y niños gritando alegres. El café y unos huevos benedictinos me harían resucitar. Logré encontrar una cafetería cerca de la playa donde sentarme y observar las palmeras, la arena blanca y la cristalina agua azul en el horizonte. Qué belleza.

Que yo supiera, el único acontecimiento programado para ese día era una cena barbacoa con la familia de Shanti. Lo que, por suerte, me daba un margen de un montón de horas para recomponerme. Entre el largo viaje que había hecho desde Sídney y la frecuencia con la que estaba bebiendo alcohol me sentía un poco débil. Necesitaba ese rato para relajarme.

Hice el trayecto de vuelta a casa con las ventanillas bajadas y disfrutando del aire fresco en la cara, lo que consiguió que casi volviera a sentirme una persona. Cuando llegué, para mi sorpresa, teniendo en cuenta que solo era mediodía, me encontré con el vehículo de Pete aparcado.

Él mismo me estaba esperando en las escaleras de entrada con las manos en las caderas. Iba vestido con unos pantalones cargo y una camiseta con el logo de la empresa, con lo que no debería haber tenido un aspecto tan estupendo, pero, por supuesto, lo tenía.

—¿Dónde narices has estado?

Levanté las cejas.

—En la playa. ¿Por qué?

—¿Y no podías haber avisado a alguien adónde ibas o responder al teléfono?

Vaya.

—Se me olvidó mirarlo.

—¿Que se te olvidó mirarlo?

—Sí. ¿Puedes hacer el favor de decirme qué terrible emergencia ha ocurrido para justificar esta reacción por tu parte?

Pete ladeó la cabeza y me miró, apretando la mandíbula. Fruncía mucho el ceño, pero en su mirada noté cierta indecisión. Entonces se dio la vuelta y entró enfadado en la casa.

Madre mía. Pues nada.

Me quité los restos de arena que traía en las sandalias y recogí la toalla húmeda y el resto de mis cosas tomándome mi tiempo. Porque ninguna persona con dos dedos de frente se apresuraría a seguir a un oso malhumorado a su guarida. Poseía algunos instintos de supervivencia, aunque no solían hacerse notar muy a menudo. Además, ¿qué leches? Yo en pleno síndrome premenstrual tenía menos cambios de humor que este hombre.

—Creía que no querías mojarte el pelo —me dijo con tono acusador en cuanto entré. Estaba sentado en una de las sillas del comedor.

—Cambié de opinión.

Soltó un gruñido.

—En serio, ¿qué problema tienes? —pregunté, algo enfadada conmigo misma. A pesar de que me había aclarado en una de las duchas que había en la playa, tenía el largo pelo todo enredado y lleno de sal. Me lo recogí en alto para apartármelo del cuello, sudoroso. El día prometía ser sofocante—. Siempre me recomendabas ir a la playa para que se me pasara la resaca. Creí que merecía la pena probarlo.

Otro gruñido.

—¿Es que ahora vamos a comunicarnos en el lenguaje de las cavernas? —pregunté—. Porque no tengo muy claro que vaya a funcionar.

—No estoy de humor para tu sarcasmo.

—Yo tampoco estaba de humor para que me gritaran en la entrada como si fuera una niña pequeña que hubiera cometido alguna travesura. Así que supongo que estamos en paz.

El azul claro de sus ojos se volvió como el hielo.

—Pete. —Agarré con fuerza la correa de mi bolso—. ¿Qué te pasa?

—Tu padre me pidió que pasara por aquí y te recogiera —explicó, mirando a la pared más alejada—. Quiere que estés presente en una reunión de negocios. Que te hagas una idea de cómo va todo. Ver lo que piensas.

—Anoche no mencionó nada de una reunión.

—Intenté llamarte para que lo supieras, pero no contestabas al teléfono.

—No, estaba dándome un baño en la playa —informé con voz tranquila y sin golpearle con el bolso en la cabeza, por mucho que me hubiera gustado. Por simple curiosidad, saqué el teléfono del bolso. Cinco llamadas perdidas. Eso era un número considerable—. Después decidí desayunar y me dejé el teléfono en el vehículo. Cuando volví no me acordé de revisar las llamadas y mensajes que tenía.

Volvió a apretar la mandíbula.

—Estaba preocupado.

—¿En serio?

—¿Y si hubieras tenido un accidente o algo parecido y no tuviera ni idea de dónde estabas?

—De acuerdo. —Respiré hondo. Ahora por lo menos habíamos progresado. No es que no tuviera a gente que se preocupara por mí, pero esto me parecía un poco más fuerte de lo normal—. ¿Qué te parece si en el futuro me aseguro de dejarte una nota?

—¿Y mirarás las llamadas y los mensajes que tengas?

—Lo haré.

Relajó un poco los hombros.

—Bien.

—Ahora, discúlpate por haberme echado la bronca en vez de hablarme de tus preocupaciones como un adulto.

Me miró directamente a la cara.

Yo me quedé esperando.

Luego, por fin, soltó un suspiro y dijo:

—Lo siento. No debería haberte hablado de ese modo. Yo... solo...

—Estabas preocupado. Lo entiendo.

—¿Estás lista para irnos?

—No. —Me rasqué el cuero cabelludo y noté la sal—. Necesito una ducha rápida y cambiarme de ropa.

Respondió con un seco movimiento de barbilla.

—No tardes mucho, por favor, la gente está esperando.

La reunión era entre mi padre, Pete y los segundos al mando de los dos equipos de construcción. Se habló del progreso de los trabajos que actualmente se traían entre manos (aunque, con la gente de vacaciones y la inminente boda de mi padre, las cosas estaban un poco paradas), de cómo cuadrarlos con futuros proyectos y de cotilleos del sector. Entretanto, me quedé sentada en un rincón con una taza de café tomando unas pocas notas en el teléfono. En realidad, hasta que los otros hombres se marcharon, nadie me hizo mucho caso. Lo que me pareció bien.

—¿Estás entretenida con algún juego? —preguntó Pete—. ¿Te hemos molestado?

—La verdad es que estoy haciendo algunas búsquedas y tomando unas cuantas notas. —Le ofrecí mi sonrisa más profesional—. Parece que la empresa va tan bien como siempre. Si me uno a vosotros, Helga puede ponerme al día de todos los detalles administrativos. Pero si queréis que me encargue de hacer de enlace con algunos clientes y asuntos similares voy a necesitar ampliar los conocimientos básicos que ahora tengo de todo esto.

—Y eso te supondría un duro proceso de aprendizaje —dijo sin más.

Mi padre frunció ligeramente el ceño.

—Te dije que no sería fácil, cariño. Aunque por supuesto que nos tendrás para apoyarte en todo momento.

—Entonces supongo que también queréis que piense en maneras de expandiros, ¿no? —pregunté.

—Entre otras cosas.

—¿Está es la sala donde soléis hablar con posibles clientes?

—Sí —respondió mi padre—. Si es que vienen. Normalmente, aquí solo solemos firmar papeles. Al principio somos nosotros los que vamos a verlos a ellos para echar un vistazo al lugar.

Asentí.

—De acuerdo.

—La oficina en conjunto podría ir mejor con un poco de trabajo y veo que aquí no tenéis ningún ordenador. Hoy en día muchos de vuestros proveedores solo tienen las listas de inventario y fotos en línea.

—Para eso están las tabletas. —Mi padre señaló con la mano el dispositivo que estaba en la mesa que tenía enfrente.

—Pues por la misma razón podríais considerar poner también aquí una pantalla de ordenador —dije—. Entiendo que la mayoría de los proyectos os llegan por el boca a boca, ¿verdad?

—Cierto —contestó mi padre—, referencias de contratistas y clientes.

—Seguramente sea porque vuestra página web es un asco. ¿La habéis actualizado en los últimos quince años? —ironicé—. Si queréis llegar a más tendréis que ponerla al día. Para empezar, la información que ofrecéis es escasa. También podríais considerar subir imágenes de calidad de alguno de vuestros trabajos previos. E incluso quedaría bonito si las enmarcarais y las colgarais por aquí.

Pete solo parpadeó.

—¿De modo que tu contribución es que pongamos las cosas más bonitas?

—¿Qué tal si os actualizáis a este siglo y hacéis que la empresa sea más accesible a nuevos clientes potenciales?

—Ella tiene parte de razón. —Mi padre se rascó la cabeza, reflexionando sobre todo lo que les había dicho.

—Tampoco tenéis un buen posicionamiento en las búsquedas en línea. Puede que merezca la pena mirarlo.

—Eso suena a un montón de dinero —se quejó Pete.

—¿Habláis de expandiros, pero no queréis invertir en mercadotecnia? —repliqué.

—Oye, ¿qué os está pasando? —inquirió mi padre con un tono algo elevado—. Pensaba que ya habíais arreglado vuestras diferencias.

Pete se quedó callado, pero las malas vibraciones no decayeron ni un ápice.

—Eso es todo lo que tengo que contaros por ahora. —Recogí mis cosas y me puse de pie—. No te estreses, papá. Te casas mañana. Solo tienes que pensar en cosas felices.

Mi padre suspiró y también se puso de pie.

—¿Entonces ya hemos terminado?

—Sí —dijo Pete mientras daba golpecitos en la mesa con el bolígrafo.

—Cariño, ¿te apetece ayudarme a preparar el jardín trasero para la barbacoa de esta noche? —preguntó mi padre—. Incluye subir escaleras y trepar a árboles para colocar luces.

—Suenan estupendo. Pero antes me gustaría hablar un rato con Helga.

—Por supuesto.

La barbacoa del viernes por la noche consistió fundamentalmente en una cena con la extensa familia de Shanti, que había volado desde Darwin. Eran buena gente. Muy dicharacheros. Menos mal, ya que me sentía un poco abrumada por todo. Sí, hablaba con gente en el trabajo y hacía vida social de vez en cuando. Pero esto era más intenso. Ahora una barbacoa familiar implicaba unas dos docenas de personas y un escandaloso y exótico festín. Había una variedad increíble de alimentos. Panes y salsas turcas, platos enormes de entremeses, un sinfín de ensaladas distintas y deliciosas carnes a la parrilla. Antes de darme cuenta, me había llenado tanto que me era imposible comer más.

Y el plan de dar descanso a mi hígado una noche tampoco estaba yendo muy bien. Cada vez que terminaba un vaso, enseguida venía alguien y me ponía otro en la mano. El primo de Shanti era dueño de una pequeña bodega y había vino por todos lados. Un vino que estaba delicioso.

Mientras tanto, Pete seguía comunicándose conmigo con gruñidos y miradas hostiles. Un lenguaje de lo más intrincado. Tan rico, variado y lleno de matices. No. Logramos no acercarnos el uno al otro la mayor parte del tiempo.

—Adele, ¿cómo estás, querida? —preguntó Shanti en voz alta. Creo que llevaba un par de copas de más. ¿Quizá por los nervios de antes de la boda?

—Bien, bien. ¿Y tú?

—Fantástica. ¿No es una noche maravillosa? —Me tomó por la cintura y me acercó a ella—. ¡Y tú estás increíble!

—Me pones el ego por las nubes.

—¿Qué? Solo digo la verdad.

Ambas nos reímos.

Me había puesto un vestido entallado a media pierna de Cambray que me gustaba especialmente. Tenía un bonito escote en forma de uve lo suficientemente bajo como para descartar llevar un sujetador normal, pero seguía siendo elegante. Llevaba los mismos *peep toes* que la noche anterior y me había recogido el pelo.

Shanti chasqueó la lengua.

—Se te ha puesto la nariz roja por el sol.

—Maldita sea.

Mi padre se acercó para inspeccionar la leve quemadura solar.

—Te dije que te pusieras un sombrero.

—Llevaba crema protectora.

Pete estaba cerca de nosotros. Casi nada más empezar la noche lo habían arrinconado dos hermanas de Shanti. Desde luego, no podía culparlas por su buen gusto con los hombres. Incluso aunque hoy me hubiera puesto de los nervios. No tenía por qué haber mostrado esa actitud en la reunión. Si no me quería en la empresa, solo tenía que ser valiente y decirlo.

Sonreí.

—También fui a nadar un rato a la playa esta mañana. Puede que me quemara allí.

—Tienes que tener más cuidado —dijo Shanti.

—No volverá a pasar. Lo prometo.

—Andrew, su vaso está casi vacío. —Shanti tomó mi todavía medio llena copa de vino y se la pasó a mi padre.

—¿Qué estás bebiendo, cariño?

—El Sémillon, gracias.

En cuanto mi padre se marchó, Shanti me susurró al oído.

—Qué raro que no haya venido Leona.

—¿Estaba invitada?

—Pete suele traerla a este tipo de cosas. Me pregunto si habrán discutido. Está más bajo de ánimo de lo que habría esperado. —Recorrió con la mirada el par de docenas de invitados a la barbacoa—. Estás realmente encantadora esta noche, querida.

—Tú también.

Me dio un abrazo con aquel glamuroso caftán arremolinándose a su alrededor en un derroche de colores.

—Pete terminará recuperando el juicio y estoy segura de que volveréis a ser buenos amigos.

—Lo estamos llevando bien —señalé—. Aunque, por desgracia, parece que tengo un don para enfadarlo.

—Sí, tu padre lo mencionó...

Shanti se volvió hacia donde sus hermanas seguían acaparando a Pete. Sus hermanas eran igual de hermosas que ella. Quizá por eso él no se había llevado a Leona. Acostarse con alguien en las bodas era una bonita y añeja tradición. Como era de esperar, Pete estaba deslumbrante. Iba con unos pantalones negros y una camisa blanca, remangada hasta los codos, que llevaba con un par de botones abiertos en el cuello. Malditos fueran él y esa belleza tan viril que poseía y que ostentaba frente a mis narices.

—Debe de resultarle muy extraño haberte conocido cuando eras una adolescente y que, de la noche a la mañana, vuelva a verte hecha toda una mujer y tan guapa —afirmó Shanti—. Se le ve muy empeñado en vigilarte esta noche.

Me lamí los labios.

—Tal vez piensa que me voy a poner a bailar encima de una mesa en cualquier momento.

Shanti se rio.

—Eso sería todo un espectáculo.

—Aquí tienes. —Mi padre me dio una copa de vino llena. Y teniendo en cuenta su tamaño, como me bebiera todo ese vino podía liarla bien gorda.

—Gracias.

—¿Qué tal la visita a la oficina de hoy? —preguntó Shanti.

—A Helga le encanta la idea de que Adele la releve —dijo mi padre—. Y, por lo que a ella respecta, cuanto antes mejor.

—Porque Helga tiene lugares mejores en los que pasar el rato. —Sonreí—. Me enseñó un montón de fotos de su jardín y de sus nietos. Incluso tiene en mente un gran plan para dar un golpe de estado y ocupar la presidencia del club local de croquet.

—Bien por ella. Ahora todo depende de ti, cariño.

Shanti se puso a aplaudir.

—Tengo mucha ilusión porque esto funcione y te tengamos mucho más cerca de nosotros, Adele.

—Yo también. A tu tía le gustaría hablar cuando estés lista. —Mi padre le ofreció un brazo a Shanti y se marcharon.

En ese momento, Pete debió de sentir que lo estaba observando y me miró. Entonces comenzamos una muy madura y civilizada guerra de miradas. Ni loca iba a ser la primera que apartara la vista, daba igual lo alterada que me hiciera sentir por dentro. Seguro que él estaba pensando en distintas formas de matarme. Sería mejor que esa noche durmiera con la puerta cerrada. Con una silla bloqueando el pomo o algo parecido. Era importante planearlo con tiempo.

Al final, se excusó con sus acompañantes y se acercó a mí decidido.

—Adele.

—Si te supone un problema que acepte el trabajo, me gustaría que me lo dijeras. En serio.

Él alzó ambas cejas.

—Vas directa al grano.

—Creo que es lo mejor, ¿no te parece?

No dijo nada.

—Sí o no, Pete. Es muy sencillo —insistí, hablando en voz baja—. No te preocupes por mi padre. Simplemente le diré que no me interesa. Pero esta vez quiero tu opinión sincera.

—¿Mi opinión sincera? —preguntó con sonrisa de tiburón—. Muy bien. Creo que, si vuelves y aceptas el trabajo, te aburrirás al poco tiempo y te marcharás y volverás a dejar un lío de cojones.

—¿Eso es lo que piensas?

Alzó la barbilla.

—Sí, eso es lo que pienso.

—Vaya. De acuerdo. —Sinceramente, me había dejado un poco consternada. Dejé caer los hombros. Sentí como si todo el aire hubiera abandonado mis pulmones. Creía que nos estábamos llevando mejor. Qué rápido podían cambiar las cosas—. Gracias por ser tan sincero conmigo. Tan brutalmente sincero.

—De nada.

Me bebí la mitad de la copa. Era necesario.

—Mira —empezó él—, cuando hoy he llegado a casa y no estabas... Durante

un segundo, he pensado que habías hecho las maletas y habías vuelto a Sídney.

Me quedé congelada.

—Espera, ¿qué?

—Sí. Creía que te habías ido sin decir palabra.

—Pero si todas mis cosas seguían allí. —Arrugué mi quemada nariz con incredulidad—. Solo fui a la playa.

—Cierto. Enseguida me di cuenta. —Hizo un gesto de asentimiento—. Pero ¿no te parece revelador que yo creyera que quizá te habías ido, que encontrara esa idea creíble, aunque solo fuera un segundo?

—Sí, Pete. Demuestra lo neurótico que eres.

—No puedes evitar hacerte la listilla, ¿verdad? —Esbozó una amplia sonrisa antes de tragar saliva—. Pero ahí está la clave. No confío en ti, pequeña. A eso se reduce todo.

—No «quieres» confiar en mí.

—Tal vez. ¿Hay alguna diferencia?

Mi sonrisa estuvo a punto de desvanecerse.

—Así que en realidad da igual lo que haga o diga. Nunca vas a perdonarme.

Él alzó el vaso en mi dirección.

—Que pases buena noche.

HAZEL: Si estás despierta, tenemos que hablar. Y si no, deberíamos hablar de todos modos.

YO: Estoy despierta y bien despierta.

HAZEL: Te llamo.

—Tienes que ponerme al día —dijo Hazel en cuanto respondí al teléfono.

—Hola para ti también.

—¿Cómo va todo en la tierra del eterno sol?

Solté un resoplido.

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Oh, Dios, conozco ese tono de voz. ¿Qué has hecho?

—Está bien. —Tomé una profunda bocanada de aire—. Hablamos y lo abracé.

—¿Lo abrazaste o te abalanzaste sobre él? Dime la verdad.

—Solo lo abracé, en serio —dije—. Mi pelvis se comportó de la forma más recatada posible.

—Ajá. ¿Y ya está?

—Por lo visto, eso fue suficiente. Se ha pasado todo el día de un humor de perros.

—Menudo capullo.

—Oh, sí —acordé yo—. No confía en mí y soy lo peor.

—No sé. Debiste darle un abrazo de la leche.

—Ni siquiera le acaricié la espalda. Fue todo muy contenido. —Me dejé caer sobre la cama—. ¿Qué tal Maddie y todo lo demás?

—Bien, estupendamente. Somos unos aburridos vejestorios. Ahora tenemos que vivir la vida a través de ti. ¿Qué más me cuentas?

—Mmm, conocí a la novia. Aunque él dice que es más bien una amiga.

—Oh.

—Abogada. Espectacular. Delgada.

—Que le den —dijo ella.

—Sí.

—¿Vas a intentar volver a abrazarlo?

—No creo que lo recibiera de muy buen agrado —respondí—. ¿Qué quieres que haga? ¿Lo ataco en los pasillos a oscuras? ¿Me acerco sigilosamente cuando esté dormido?

—Estoy segura de que ambas opciones se considerarían como una agresión.

—Entonces mejor no. De todos modos, ahora mismo preferiría darle una patada.

—Mmm.

—Nos estábamos llevando muy bien —expliqué—. Incluso compartimos pensamientos y sentimientos.

—Los sentimientos son aterradores.

No dije nada.

Hazel continuó:

—Sobre todo para alguien como tú, que normalmente los evita.

—¿Esa es tu opinión profesional?

—Mi opinión profesional es que, entre el divorcio tan complicado de tus padres y este tipo rechazándote a lo grande cuando tenías dieciocho años, decidiste no involucrarte sentimentalmente con nadie —apuntó—. En su mayor parte al menos. Así era más seguro, ¿verdad?

—No digo que las emociones sean el enemigo, porque parecería una loca. Pero todos sabemos que lo son.

—Sí, pero ahora has permitido que regresen a tu vida y están pasando cosas.

—Ya no... Él se ha cerrado a mí por completo —reconocí.

Ella soltó un sonido gutural.

—Siento que todo se haya ido a pique.

—Sobreviviré. Gracias por escucharme y proporcionarme un diagnóstico.

—No tienes por qué darlas. Llámame si estás a punto de cometer alguna locura más grande de lo normal y necesitas hablar.

—Ja. Seguro. Te lo prometo.

—Buenas noches.

* N. de la Trad.: día festivo que tiene lugar el 26 de diciembre en algunos países anglosajones, entre ellos Australia, que tiene su origen en una antigua tradición de la Edad Media de hacer regalos o donaciones a los sirvientes y a los más pobres, pero que actualmente se ha convertido en una jornada de compras, descuentos y ofertas comerciales similar al *Black Friday* o Viernes negro.

Capítulo 7

Hace ocho años

—Adele Margaret Reid, ¿te has escapado?

—Puede. —Sonreí—. ¿Y tú cómo sabes mi nombre completo?

Pete se encogió de hombros.

—No lo sé, se lo debí de oír a tu padre alguna de las veces que se enfadó contigo.

—Tienes buena memoria.

Se sentó en un tronco frente a la fogata con un vaso de *whisky* en la mano. Detrás de él se extendía su nueva y humilde morada, un cobertizo que incluía una cocina y baño pequeños y que apenas le dejaba espacio para poco más que un futón y una televisión. Yo me habría vuelto un poco loca en un lugar tan diminuto. Pero Pete consideró que era suficiente para vivir mientras ahorraba dinero y construía la casa de sus sueños.

—Por cierto, será mejor que le digas a tu padre que estás aquí.

—Pero si estoy enfrente. —Me senté a su lado, intentando ponerme cómoda sin que se me clavara alguna astilla. Puede que haber ido con unos pantalones cortos de pijama y una camiseta de tirantes no hubiera sido la mejor idea del mundo—. Además, cuando me marché, estaba roncando tan fuerte que el tejado temblaba. Me he traído el teléfono, por si se despierta. No te preocupes.

—Mmm.

—Estamos en pleno verano, ¿para qué necesitas un fuego?

—Por la atmósfera. —Me percaté del aire un tanto bobalicón de su sonrisa. Así como de la relajación que mostraba su rostro y sus ojos aletargados.

—¿Estás borracho? —pregunté, bastante asombrada.

—Me he tomado un par de vasos.

—¿Sabes? Creo que es la primera vez que te veo afectado por el alcohol.

Pete resopló.

—Pero si me has visto beber antes.

—Sí, pero no tan borracho.

—No lo estoy,

—Entonces, ¿por qué estás a punto de caerte del tronco?

Echó el trasero hacia delante y me miró serio. Como si hubiera sido yo la que había movido el tronco o algo parecido. Imbécil.

Me volví un poco para que no se diera cuenta de que estaba sonriendo.

—Así que mi vecino.

—Es verdad, somos vecinos —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Es estupendo, ¿verdad?

—Sí.

—Siempre me gustaron las hogueras e ir de acampada —dijo, retomando el tema anterior como suelen hacer los borrachos—. Fuimos un par de veces antes de que mi madre se pusiera enferma. Mi padre, para variar, se quitaba el palo que siempre llevaba metido en el trasero y se relajaba un rato. Pescábamos un poco. Y hacíamos excursiones.

—Suená bien. Pero pescar es asqueroso.

—Entonces lo tacharé de la lista de cosas que tenemos pendientes de hacer.

—Bien. —Me quedé mirando las llamas, perdiéndome en ellas—. No sé cómo eres capaz de atravesar con un anzuelo a un pobre e inocente gusano.

—Oh, no. A ellos les encanta. Es como si les dieran un masaje.

—No creo. —Me eché a reír—. ¿Sabes? Si estuviera aquí en invierno podríamos asar malvaviscos, cocinar salchichas y cosas parecidas.

—También podemos hacerlas en verano. Mañana traeré comida.

—¡Bien! —exclamé—. Adivina cómo me he escapado.

—Mierda. ¿Qué hiciste?

—Bajé por el árbol que está junto a la ventana de mi habitación. Como un *ninja*.

—Como te caigas y te rompas algo, tu padre me mata.

—No seas tonto. —Le revolví el cabello oscuro. Era grueso y sedoso. Me encantaba—. Estaría demasiado ocupado colocando barrotes en mi ventana.

—Cierto. —Me quitó la mano—. No me fastidies el peinado, pequeña. Volví a reírme.

—Venga ya. Pero si no tienes ningún peinado. Recibí un gruñido como respuesta.

—Entonces, ¿no hay ninguna chica de esas que dices que solo son tus amigas con la que sentarte alrededor de la fogata?

Pete soltó un suspiro.

—Antes estuve en una fiesta, pero me apetecía pasar un rato solo.

—¿Quieres que me vaya?

—No, no. No me molestas. —Me dio unas palmaditas en la rodilla. Pero entonces pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y retiró la mano a la velocidad del rayo. Vaya. Solo había sido un gesto de camaradería, sin ninguna connotación sexual. Anda que no estaba siendo prudente.

—No habrás conducido tu propio vehículo en el estado en el que estás — quise saber.

—Por supuesto que no. Me trajo un amigo.

Me puse a pensar en lo que acababa de decir.

—Me acabo de dar cuenta de que conozco a alguna de esas chicas que dices que son tus amigas, pero que nunca me has presentado a ninguno de tus amigos que de verdad son amigos.

—¿Qué narices acabas de decir?

—Ya sabes a lo que me refiero.

Bebió otro poco más de *whisky*. Johnnie Walker. Olía fatal.

—Adele, eso es porque eres una jovencita de diecisiete años y casi todos ellos son una panda de capullos mucho mayores que tú. Nada recomendables para ti.

—Qué tontería. Seguro que son majos.

—No voy a arriesgarme —sentenció él.

—Supongo que necesitas pasar un rato lejos de mí, aparte del trabajo y las horas de sueño.

—Sí, eso también —se rio él.

Le di un codazo en las costillas, propiciando que casi volviera a caerse del

tronco. Apenas mantenía el equilibrio. Estaba claro que había bebido mucho.

—En realidad son buenos tipos —dijo al cabo de unos segundos—. Algunos son estupendos. Pero tú eres...

—¿Solo una cría?

—Iba a decir joven y guapa. No es que crea que vayan a tirarte los tejos—. Frunció el ceño—. Pero puede que después de unas cuantas cervezas dejaran de verte como la hija del jefe.

—Bueno, eso no es justo —me quejé—. Ebrios o sobrios, ellos son los únicos responsables de sus actos y de cómo tratan a la gente. No yo.

—Lo sé. Pero es preferible evitar cualquier problema, ¿de acuerdo?

No dije nada.

—Puedes ir a beber a casa con amigos de tu misma edad. Dentro de uno o dos años. No tengas prisa por eso. Aunque también puedes pasártelo bien sin necesidad de emborracharte —continuó—. ¿Sabes? Quizás estaría bien que te divirtieras sin probar ni una gota de alcohol.

—Pete, ¿de verdad crees que soy guapa?

Su ceño se pronunció aún más.

—¿Cómo? Sí, por supuesto que lo eres. Al menos para mí.

—Gracias. Yo también creo que eres guapo —dije. Oh, Dios mío. El corazón estuvo a punto de salirse del pecho—. ¿Puedo dar un sorbo? Nunca he probado el *whisky*.

—Ni de coña.

—De acuerdo.

Sábado... en la actualidad

—Buenos días.

—Sí —dije yo.

Y con esa única palabra le lancé mi mirada más sospechosa. Se la había ganado. Después de las palabras que me había dedicado la noche anterior, no venía a cuento que estuviera de pie en la cocina, con solo un pantalón de pijama de color gris claro, una manopla para horno de rayas azules y blancas en una mano y una sonrisa en los labios. Me daba igual a quién perteneciera aquella casa, esa sonrisa tenía que desaparecer. Y también podía haberse puesto una camiseta. Como si necesitara seguir viendo aquel vientre plano, los pectorales y el resto del envoltorio. Por el amor de Dios. Someterme a los pezones de aquel hombre antes del mediodía era pedir demasiado. Ni tampoco debería ser bueno considerar que el vello en las axilas era atractivo.

Estaba claro que algo andaba bastante mal dentro de mí.

—Tienes una cara muy rara —dijo él.

—No es cierto.

—Está bien. Bueno, toma asiento. —Señaló con la espátula los taburetes que había al lado de la encimera de la cocina—. ¿Café?

—No, gracias.

—Con leche y sin azúcar, ¿verdad?

—No hace falta, en serio. Shanti debe de estar esperándome.

La sonrisa por fin se esfumó.

—Pequeña...

—Hoy tenemos que hacer muchas cosas. —Me volví—. Será mejor que me vaya.

—Tienes que comer y sabes que no eres persona sin un café.

Mmm. En eso tenía razón.

—Siéntate. Por favor —insistió.

Decirle que no era más difícil de lo que parecía.

—Está bien.

Respire hondo unas cuantas veces antes de dejar sobre la mesa del comedor el vestido que llevaría puesto para la boda junto con los zapatos, el bolso y el neceser con el maquillaje. Después me subí a un taburete y él colocó delante de mí una taza llena de bendita cafeína.

—¿Te apetecen unas tortitas? —preguntó.

—Unas tortitas me vendrían estupendamente. Gracias.

Hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué planes tenéis para hoy?

Primero me bebí una buena parte del café porque lo necesitaba.

—La gente que se va a encargar de peinar y maquillar a Shanti llegará en breve. Un selecto grupo de personas más cercanas nos vamos a arreglar juntas. Por lo visto solo mujeres.

—Bien. —Sonrió antes de seguir cocinando—. Para Shanti un selecto grupo pueden ser unas cien. Estate preparada.

Antes de darme cuenta tenía frente a mí un plato con tortitas, compota de frutos del bosque y requesón y cubiertos envueltos en una servilleta. Desde luego, se le daba de lujo hacer la pelota, aunque no tenía ni idea de por qué se molestaba. Me había dejado bastante claro lo que pensaba de mí la noche anterior.

—Deberías haber sido chef —dije a modo de pulla.

Pete hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Demasiado estresante. ¿No te has fijado en lo que se gritan los unos a los otros y los berrinches que tienen en ese tipo de programas?

—¿Acaso el trabajo que tienes ahora es de una relajación absoluta?

—No es tan malo. Es cierto que estoy más ocupado desde que me hice socio, pero me gusta. Y es lo que mejor se me da.

—¿Nunca has pensado en independizarte, en crear tu propia empresa?

—Sí, pero... Me gusta trabajar con tu padre y formar parte de algo más grande—. Siento que pertenezco a un lugar, ¿me entiendes?

Asentí mientras me llevaba un trozo de comida a la boca. Cualquier cosa que me impidiera conversar sería bienvenida. Estaba muy enfadada con él. Ese era el problema con Pete y conmigo. Que me importaba. Quería saber lo que pensaba, cómo se sentía. Era algo que me salía de forma natural. Y me estaba resultando tremendamente difícil expresar mi ira no haciéndole caso. Además, me moría

por saber cosas de él. Era lo que tenía haberme pasado siete años sin tener una sola palabra de él. Más me valía clavar la vista en la comida y tener la boca ocupada masticando.

—¿Está rico?

Tomé otro sorbo de café.

—Ya sabes que me gusta como cocinas.

—Solo quería cerciorarme.

Silencio.

No se sentó en el taburete que había al lado, sino que escogió el que tenía enfrente de mí. Necesitaba uno de esos antifaces de dormir o algo similar. Un biombo. Cualquiera cosa que me distrajera de ese cuerpo medio desnudo. Lo primero que iba a hacer cuando regresara a Sídney sería acostarme con alguien. Con cualquiera. Solo porque no me hubiera funcionado antes no significaba que no lo fuera a hacer ahora. Sí, si atendíamos a las estadísticas, era poco probable que fuera a ayudarme, pero no perdía nada por intentarlo. Una amiga de la universidad tenía una fe absoluta en los penes. Decía que siempre la animaban cuando lo necesitaba. Y teniendo en cuenta que estudió Medicina, algo debía de saber.

—¿En qué piensas? —preguntó Pete.

—En nada.

—Tonterías, tu cabeza nunca está en silencio. —Se llevó a la boca un trozo de tortita y requesón. Incluso su forma de comer era varonil, con esa mandíbula moviéndose decidida y los labios cerrados. Tampoco era que me imaginara que había muchas otras maneras de hacerlo. Pero, por alguna extraña razón, cuando era él el que lo hacía, quería mirar. Qué cosa más rara. Y no voy a empezar a hablar de lo cachonda que me ponía ese cuello tan fuerte.

—Parece como si te estuviera doliendo algo —dijo.

—Sí, la cabeza —mentí yo—. Seguramente por el vino de anoche.

Sin decir ni una palabra, se levantó y me trajo un vaso de agua y unas aspirinas. Le ofrecí una breve sonrisa de agradecimiento y me tomé dos. Tendría que haber salido disparada por la puerta en cuanto lo vi. Hubiera sido lo más inteligente. Había creído que regresar, que volver a verlo, me ayudaría a resolver algunos problemas del pasado, pero lo único que había conseguido era que ahora me sentía un poco deprimida. Al día siguiente, por la mañana bien temprano,

metería mi equipaje en el maletero y me marcharía antes de que le diera tiempo a levantarse. No sería un gesto cobarde y grosero, sería una jugada inteligente. Sí, tenía un plan.

—Come más despacio. Si sigues tragando así de deprisa te vas a poner mala.

—No soy una niña. Puedo decidir perfectamente la velocidad a la que quiero comer.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Ah, sí? —pregunté realmente interesada. Teniendo en cuenta la forma como había actuado, no tenía ni puta idea. Bien podía volver a tener dieciséis años, con él todo el rato advirtiéndome sobre esto y lo otro. Recordándome que tenía que ponerme un sombrero y no leer y andar al mismo tiempo para no chocarme con ningún poste. Como si aquello hubiera pasado más de dos veces como máximo.

—Sí —repuso en voz baja—. Puedo llamar a Shanti y decirle que llegas tarde por mi culpa, si eso te ayuda a ir con más calma.

—No. No pasa nada.

—Entiendo. —Dejó los cubiertos en la mesa, con la mandíbula tensa—. Estás comiendo así de rápido porque no quieres estar cerca de mí.

Me quedé callada.

—Adele... —soltó un suspiro.

—Mira, hoy tengo un montón de cosas en la cabeza —dije, cortando por lo sano—. ¿Podemos, por favor, dejarlo estar? —Me miró claramente desdichado. Casi me dio pena. «Casi»—. Por favor —repetí.

—En algún momento tendremos que hablar. —¿Para que me dijera todo lo que le viniera en gana? De ningún modo—. Lo que dije anoche... Mira, simplemente no quiero que vuelvas a marcharte pensando que te odio.

—No pienso eso. —Aunque de alguna manera sí lo pensaba. También creía que tenía un cincuenta y un por ciento de gilipollas. Pero qué le íbamos a hacer. Estaba claro que ni él ni su pésimo carácter formarían parte de mi vida en el futuro. Así que, allá él.

—Hablares más tarde. Después de la boda. —Se frotó la nuca como si también tuviera dolor de cabeza. Solo que el suyo sí era real.

—De acuerdo. —Asentí con la cabeza para enfatizar la mentira—. Después de la boda me parece bien.

La ceremonia fue preciosa. A mi padre se le veía inmensamente feliz y orgulloso con su esmoquin. Y Shanti llevaba un vestido blanco con los hombros al descubierto con un drapeado de ensueño. Habían contratado un restaurante en las colinas, con una terraza trasera con vistas que se extendían hasta el océano. Pronunciaron sus votos a la puesta de sol. Habíamos hecho todas las fotos posibles antes, así que pudimos relajarnos y disfrutar de la ceremonia. La luz roja y dorada fue desvaneciéndose poco a poco hasta dar paso a los violetas y azules. Los faroles se encendieron cuando se pudo ver la primera estrella. Los daceles y otras aves de la zona se volvieron locas.

A Pete daba asco verlo con su elegante traje negro. Si es que «asco» podía usarse para describir la perfección masculina personificada. Qué capullo. Casi me entraron ganas de hacer como los perros y ponerme a montarle una pierna, como me sugirió Hazel en una ocasión. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, con un moderno estilo *Pompadour* que le sentaba demasiado bien. No había rastro de su barba de tres días: iba todo afeitado y lucía una sonrisa divertida. Hasta podía decirse que estaba feliz de verdad por mi padre y que le hacía gracia la sonrisa bobalicona de loco enamorado que tenía el viejo.

Por mucho que no quisiera mirarlo, mis ojos siempre terminaban clavados en Pete.

—Aquí tienes —dijo Jeremy, el invitado no tan de sorpresa. Shanti se saldría con la suya. Me sonrió mientras me pasaba un vaso—. *Gin-tonic*, ¿verdad?

—Sí, perfecto, gracias.

—Te importa si... —Hizo un gesto hacia la multitud.

—Por supuesto, estoy bien aquí.

—Entonces vuelvo dentro de un minuto. —El apuesto artista se dirigió hasta los invitados para saludar a alguien que conocía. Seguro que Shanti le había pedido que estuviera pendiente de mí. Le habría dicho que no conocía a nadie y solo Dios sabía qué otras tristes historias para mantenerlo pegado a mi lado. Desde luego que el hombre me gustaba, pero no estaba buscando tener una cita.

Los camareros iban de un lado a otro con bandejas llenas de aperitivos. Mi favorito, el queso de cabra envuelto en jamón. Aunque en realidad todos los

pinchos estaban buenos: tartaletas de aceitunas, rollitos en papel de arroz, todos.

—Bonita ceremonia —dijo Leona.

—Sí. —Me limité a sonreír. No podía hablar y comer al mismo tiempo. Hubiera sido muy vulgar por mi parte.

Leona, por su parte, hacía que todo el mundo volviera la cabeza hacia ella con su vestido tipo combinación beis. Para que luego hablaran de alfombras rojas... aunque tampoco era que yo no fuera arreglada. El vestido *fit & flare* estilo años cuarenta azul marino con flores blancas sacaba el máximo provecho a mi figura. El equipo de estilistas de Shanti me había recogido el pelo formando una cascada de elegantes rizos, y el brillo de labios que llevaba podía eclipsar a los mejores. Incluso me había dejado los ahorros de Navidad en un par de sandalias Havana Forties de Loubotin. No se podía negar que el conjunto infundía toda la seguridad en mí misma que necesitaba. En la tienda me había sentido poseída por el espíritu de Ava Gardner en todo su esplendor. Sin embargo, al lado del atractivo natural de Leona me sentía más como una cría jugando a los disfraces.

—¿Qué tal está yendo tu visita? —preguntó ella.

—Bien, gracias.

—Pete me dijo que eres licenciada.

—Sí, me gradué en Humanidades.

—Ah. —No se volvió con la suficiente rapidez como para ocultar la sonrisa que esbozó—. ¿Y te ha servido de mucho?

—Sí, por increíble que parezca.

Me miró sin parecer muy convencida.

—Estupendo.

No le dije nada.

—Tenía la esperanza de que coincidiéramos para tener una charla de chicas.

Aquello no tenía buena pinta.

—Supongo que conoces a Pete desde hace tiempo —continuó con una sonrisa que no me inspiró la más mínima confianza. Tenía los dientes demasiado brillantes. Seguro que eran coronas—. Como él trabajaba para tu padre y todo eso, me dijo que érais muy amigos.

«Érais». Me sentí un poco dolida.

—Mmm.

Ella hizo un gesto de asentimiento y bebió un sorbo de champán.

—Llevamos saliendo desde hace tiempo, pero Pete es un poco reservado, como estoy segura de que sabes. Cuando le llamo la atención sobre ese detalle, no le sienta nada bien. Dice que habla contigo y con tu padre.

—¿Ah, sí?

—Sí. Así que me preguntaba si podrías ayudarme. Le tengo mucho cariño. Pero hay muchos asuntos de los que nunca quiere hablar y no tengo ni idea por qué. —Se acercó un poco más, con una sonrisa aún más ancha. Mis niveles de confianza hacia ella descendieron por debajo de cero. Se echó su brillante pelo rojo sobre un hombro—. Por ejemplo, apenas habla de su familia. ¿Sabes algo de ellos?

—Leona...

—No es que no esté contenta con nuestra relación —prosiguió con un tono demasiado distendido para el asunto que estábamos tratando—. Es una compañía maravillosa y muy bueno en... cómo decirlo... a la hora de satisfacer las necesidades de una mujer. Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí. —Por el amor de Dios. No estaba siendo precisamente sutil.

—Pero me gustaría conocerlo mejor, ¿me entiendes?

—Por favor, para. Para ya. —Vi como abría la boca, pero ninguna palabra salió de ella—. Leona, sea cual sea vuestra relación, Pete es el único que debe decidir lo que quiere contarte o no sobre su vida.

—Oh, por supuesto. —Se lamió los labios. Se había puesto roja de vergüenza—. Jamás se me ocurriría sugerir que traicionaras su confianza.

¿Una charla de chicas? Ja. En serio, era increíble pensar que Pete hubiera conseguido que una mujer que parecía tan segura de sí misma, tan capaz de llevar el control, pudiera rebajarse a usar una excusa tan patética como aquella para intentar manipular a otra. Los hombres eran un asco. Aunque todavía eran peores los asuntos del corazón.

—Perdona, pero tengo que... sí. —Conseguí zafarme de ella de una forma un tanto burda, escondiéndome dentro del restaurante. Me fije en los manteles de lino blanco llenos de cubiertos de plata relucientes y con unos centros consistentes en macetas con orquídeas. Me alivió comprobar que no había ninguna tarjeta con los nombres de los comensales. Lo último que necesitaba era que me hubieran sentado al lado de Leona para compartir más charlas de chicas. Esa noche ya había agotado mi cupo de sentirme incómoda.

De pronto me sentí furiosa por dentro. Por muy triste que fuera haber perdido a una madre a tan temprana edad y tener como padre a un soberano imbécil, Pete también tenía su parte de culpa por ser un atrofiado emocional. Por mostrarse siempre tan cerrado. Aunque yo tampoco era la más indicada para hablar. No tenía unas relaciones de lo más exitosas. Durante años, mi madre se negó a hablar de mi padre. Cualquier pregunta al respecto era como hablar con una pared e inmediatamente después cambiaba de tema. En cuanto a mi padre, o pronunciaba el nombre de mi madre con un tono que destilaba condena, o se enfadaba y se marchaba. Ninguno de los dos había sido un ejemplo de amor y perdón. ¿Pero al final no llegabas a una edad en la que tenías que hacerte cargo de tu propia mierda?

Todo el mundo tenía su propio bagaje emocional. Aunque creo que la mayor parte del tiempo logré dejarlo en un lugar bien guardado y no permití que interfiriera en mi vida. Era evidente que todavía no había conocido al hombre adecuado. Así de sencillo. Algún día aparecería mi príncipe azul y me olvidaría de que Pete alguna vez existió. Dejaría atrás la forma en la que conseguía que mi corazón se acelerara y mis rodillas se doblaran con una sola mirada. Sí, mi príncipe y yo tendríamos unas relaciones sexuales increíbles y no cruzaría por mi mente ni un solo pensamiento de otro hombre. Mantendríamos el tipo de conversaciones que duran hasta el amanecer, en las que el tiempo dejaba de existir y el mundo exterior se desvanecía, y simplemente desnudaríamos nuestras almas el uno al otro. Además, cualquier pelea ocasional se resolvería de inmediato y para satisfacción de ambos. Ni siquiera podrían llamarse «peleas», sino más bien «ligeros desacuerdos sin sentido». Del tipo de «no has cerrado la pasta de dientes». Por supuesto, jamás de los jamases serían del estilo de «no has bajado la tapa del inodoro», porque eso era una marranada.

Dios bendito. Aquello empezaba a sonar como un cuento de hadas. Debería hacer que Hazel me echara un vistazo, no fuera a ser que estuviera delirando de verdad. Mientras tanto, me quedaría allí, de pie, tomando profundas y calmantes bocanadas de aire aunque todavía quisiera golpear a alguien. Desde luego, esa no era la forma en la que quería celebrar la boda de mi padre. Puto Pete.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el susodicho, que salía del pasillo trasero que llevaba al baño. Con ese traje estaba guapo como el pecado. Quería agarrarlo por la corbata y hacer cosas muy malas con él. De esas sudorosas y

enfadadas para quitarme de encima todo el malhumor y el dolor que sentía en el corazón.

—Solo he tenido una pequeña conversación con tu chica, de esas de amigas. Pete me miró confundido.

—¿Qué?

—Con Leona. Es obvio, ¿no?

—¿Qué pasa con ella?

—Le dijiste que hablas con mi padre y conmigo de tus cosas.

Apartó la mirada.

—Puede que lo hiciera.

—Vaya una forma de meterme en medio de tu pseudorrelación.

Me miró como si fuera yo la que estaba loca. Lo que avivó aún más mi furia.

—De hecho, es curioso, pero lo que dijo me aclaró algunas cosas. —Descansé la mano en el respaldo de la silla, con el *gin-tonic* todavía disponible—. En ese momento estaba a salvo, ¿verdad? Por eso hablabas conmigo, porque no te involucrabas emocionalmente cuando te sincerabas conmigo. Al fin y al cabo, yo solo era una cría.

Él ladeó la cabeza.

—¿Y se supone que tengo que saber a lo que te refieres?

—Oh, creo que puedes resolverlo si lo intentas. —Sonreí—. Aunque no voy a dejarte en la inopia. Leona sentía curiosidad por ti y creyó que yo respondería a algunas preguntas sobre tu pasado.

Madre mía. Ahora fruncía tanto el ceño que creí que se le juntarían las cejas.

—Qué solo debes de sentirte —continué—. Pasas el rato con todas esas mujeres pero nunca te abres a ninguna de ellas.

—Adele...

—Por eso perdiste los papeles cuando hablamos la otra noche.

—No sé de qué estás hablando.

—Y por eso ayer te portaste conmigo como un gilipollas y esta mañana me has preparado esas tortitas cargadas de remordimiento. —Lo miré con los ojos entrecerrados, juntando todas las piezas del rompecabezas—. Eres incapaz de decidirte, ¿verdad? Eres una contradicción en ti mismo. Por una parte, una mujer adulta ha logrado colarse detrás de tu muro y no te ha gustado. Porque podría significar algo, ahora, conmigo, podría ser real.

—Tonterías.

—Pero por otra, me echaste de menos, del mismo modo que yo te eché de menos a ti—. Incliné la cabeza de un lado a otro—. Si hasta te escribí alguno de esos poemas malos.

—¿Has terminado? —Se volvió hacia las ventanas y se apretó el nudo de la corbata negra—. Deberíamos volver.

—Solía estar a salvo, pero ahora no.

Se enderezó, echando los hombros hacia atrás, con la mirada fija.

—Aunque la conexión que compartíamos todavía sigue ahí —dije con una sonrisa—. Oh, no. Eso rompe todas tus reglas de no involucrarse emocionalmente. Las alarmas en tu cabeza deben de estar sonando a todo volumen. ¿Qué vas a hacer, Pete?

—Regresar a la puta fiesta —murmuró—. Tú haz lo que quieras.

—Está bien.

Se marchó con elegante rapidez. Me sentí un poco emocionada al verlo huyendo, entendiéndolo. Al menos un poco. Quizá no debería haberme alegrado tanto por haberle puesto de mal humor. Aunque, en términos generales, parecía vivir en ese perpetuo estado de ánimo. De lo que no me arrepentí en absoluto fue de haber traicionado a Leona. En primer lugar, ella no tendría que haberme puesto en esa tesitura.

—Te odio.

—Si te soy sincera, tú tampoco eres una de mis personas favoritas —dije yo.

Estaban los borrachos felices, los borrachos que se movían dando tumbos, los borrachos a los que les daba por llorar y luego, por lo visto, también estaban los borrachos como Leona. En su mayor parte taciturnos y resentidos. Estaba claro que de su boca no iba a salir ningún «te quiero, amiga». Estaba sentada languideciendo en un rincón con un vaso de Chardonnay en la mano y el maquillaje impecable (solo Dios sabía cómo se las apañaba para conseguirlo).

—Me ha dicho que no quiere volver a verme —dijo, arrastrando las palabras.

Mantuve la boca cerrada.

—Le has dicho que estaba cotilleando para que nos peleáramos. Reconócelo.

—Leona, eso lo has conseguido tú sola, sin la ayuda de nadie —señalé yo—. Tal vez la próxima vez te lo pienses dos veces antes de intentar sonsacar información personal sobre tu novio a una completa desconocida. Es un comportamiento bastante chungo.

Casi no me sentía culpable. Casi.

Me coloqué delante de ella para taparla al resto de la estancia. No había necesidad de que vieran el estado de embriaguez en el que estaba. Tampoco la culpaba. Sabía de primera mano lo que se sentía cuando Pete te relegaba al olvido. Dolía.

Ya habíamos terminado de cenar y se habían pronunciado todos los discursos posibles. Shanti y mi padre estaban en la pista de baile, con la mayoría de los invitados, dándolo todo en una especie de discoteca retro. Pete estaba bailando con una de las hermanas de Shanti. Entre tanto, mi cita y algunos otros compañeros de trabajo estaban bebiendo y conversando en una de las mesas. Estaba segura de que Jeremy había ido a la boda más por los posibles contactos que pudiera obtener que por colarse en mis bragas. Algo que en realidad me parecía bien.

Leona se puso recta e hizo todo lo posible por parecer que no estaba borracha.

—Era una conversación privada. No tenías por qué irle con el cuento.

—Oh, por favor. Te pasaste de la raya y lo sabes —dije yo—. Invasión de su privacidad y me pusiste en una tesitura de mierda. —Me enfrenté a su ceño fruncido haciendo lo propio—. ¿Querías saber cosas de él? Bien, pues aquí tienes: es un cascarrabias hijo de puta que se niega a abrirse a nadie y que además es rencoroso como él solo.

Leona hizo un mohín.

—Quiero irme a casa.

—Me parece bien. —Desde luego, era lo mejor. A nadie le apetecía recordar la boda de mi padre y Shanti como la fiesta que terminó con una pelea de borrachos en medio de la pista de baile. Su día tenía que ser perfecto. Lleno de felicidad y amor—. ¿Quieres que llame a un taxi?

—He venido en mi automóvil. —Arrugó la frente—. Creo que me he metido en un pequeño lío.

Mierda. Tendría que hacer que Pete se ocupara de ella. Sería lo justo. Pero me

di cuenta de que las probabilidades de sacarlo de la pista de baile sin alarmar a mi padre y a Shanti eran más bien nulas. Y también quería evitar que alguno de los dos se recriminara aún más cosas.

—Muy bien —anuncié—. Te llevaré a casa.

—¡No vas a conducir mi Lexus!

—Bueno, pues eso o llamar a un taxi para que te lleve a casa y mañana llamar a otro para venir a recoger tu vehículo.

—¿Y cómo volverás tú?

Solté un suspiro de resignación.

—Pediré un taxi desde tu casa.

Miró por los ventanales que iban desde el suelo hasta el techo y contempló la oscuridad.

—Bueno, supongo que, teniendo en cuenta las circunstancias, es lo menos que puedes hacer.

Me mordí la lengua. Leona tenía razón, a pesar de que se había pasado un montón con ese intento de manipularme y que yo tenía todo el derecho del mundo de ir a quejarme a Pete. Pero lo cierto era que, de haber sabido que el capullo le daría la patada, habría mantenido mi estúpida boca cerrada.

—¿Nos vamos o qué? —Cuanto antes dejara todo esto atrás mejor.

—Sí, sí —dijo ella antes de ponerse de pie a trompicones. Después mantuvo la cabeza alta—. Hablaré con Pete cuando esté en condiciones y preparada para hacerlo.

—Ajá.

—Entrará en razón. Hacemos una pareja estupenda —continuó mientras escoltaba su borracho trasero hasta la salida del restaurante con una sutileza exquisita.

Con un poco de suerte, los recién casados estarían demasiado ocupados para percatarse de mi ausencia. No me apetecía irme, pero ni loca quería arriesgarme a que Leona montara un numerito. Más tarde mandaría un mensaje a mi padre y a Shanti inventándome alguna excusa. Lo más probable era que a Jeremy no le importara. A Pete desde luego que no. Si estaba furioso con Leona, seguro que también tenía su parte para mí. Y en general ya había superado la confusión emocional que me producía tratar con él. Sí, estaba harta. Me había gustado pasar unos días con mi padre y conocer a Shanti. Pero la verdad era que a todos

nos iría mucho mejor si al día siguiente me metía cuanto antes en mi automóvil y me largaba de allí.

Capítulo 8

Hace siete años...

—¿«Reina Adele»? —pregunté, alzando las cejas.

—¿Qué? ¿No te gusta? Lo he hecho yo mismo. Incluso dibujé esas pequeñas estrellas de ahí, ¿las ves? —Pete me rodeó con su fuerte brazo, bajando el vergonzoso cartel con el que me había estado esperando. Menos mal—. Me alegro de volver a verte, pequeña.

—Yo también.

—Aunque con retraso, felices dieciocho. —Me dio un beso en la mejilla. Habría preferido uno en la boca, pero a falta de pan, buenas eran las tortas.

—Gracias. —Sonreí—. ¿Está mi padre en el trabajo?

—Ah, sí. Estaba liado con un asunto, así que le dije que te recogería yo. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

La gente pasaba a nuestro lado empujándonos; la zona de llegadas del aeropuerto estaba atestada, ya que las universidades y colegios estaban en plenas vacaciones de verano. Tiré hacia abajo del borde de mi camiseta para taparme el vientre. El primer año de universidad había traído una buena cantidad de fiestas, con los consiguientes atracones de comida. Era bastante común, aunque no impedía que me sintiera acomplejada frente a él, lo que me daba mucha rabia. Por lo menos ahora podía llenar un bikini. Todo tiene su lado bueno, incluso la celulitis en el trasero.

Una mujer pasó por delante de nosotros y se comió a Pete con los ojos. Me sorprendió que no se hiciera un esguince cervical. ¡Por Dios! Me agarré a su brazo y le ofrecí la más cálida de mis sonrisas. Esperaba que pareciéramos dos amantes que acaban de volver a verse. Como si Pete fuera todo mío. Una podía soñar.

—Vamos a recoger tu maleta —dijo él, guiándome a través de la multitud hacia la cinta de equipaje—. ¿La has cargado mucho este año? Espero no romperme la espalda.

—Yo te veo muy fuerte.

El muy payaso flexionó los bíceps con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué? ¿Te refieres a estas armas? ¿Te parecen aceptables?

—Oh, por favor, no los llames «armas».

—¿No te gustan?

—Ni lo más mínimo.

Se echó a reír.

—Bueno... —Me acurruqué contra él—. Ahora tengo dieciocho años. Soy una adulta en toda regla. Ya no puedes volver a dejarme cuando te vayas de juerga los sábados por la noche.

Abrió los ojos sorprendido.

—Sí puedo.

—No. Voy a ir contigo.

—De ningún modo —dijo—. Olvídate de eso.

—¿Por qué no?

—Para empezar, porque tu padre me mataría. —Me miró de arriba abajo. Cuando llegó a la zona de mi pecho frunció el ceño e hizo un gesto de negación con la cabeza—. No vas a venir. Tendría que pasarme toda la noche quitándote de encima a los moscones.

Oh, venga ya.

—No lo harías.

—Sí lo haría—sentenció él—. Te quedarás en casa, pasando tiempo con tu padre. Por eso has venido.

—Oh, vamos. Sabes que trabaja las veinticuatro horas del día.

—La respuesta sigue siendo «no».

—Quéjate todo lo que quieras, Pete —dije con una amplia sonrisa—. Pero

este año las cosas van a cambiar.

Sábado por la noche... en la actualidad

Cuando regresé a medianoche vi que en la casa de mi padre había luces y se oía música. Supuse que en el restaurante habrían terminado echándolos. Por mi parte, no solo me había quedado prácticamente sin un centavo, sino que estaba agotada. Leona vivía en una lujosa torre de apartamentos en Noosa, a casi una hora de la costa. Menuda sorpresa, nada agradable, que me llevé cuando me enteré. Y teniendo en cuenta que era sábado por la noche, me había pasado un buen rato esperando un taxi. Un taxi cuyo trayecto había sido el más caro de toda mi vida.

Había cumplido mi penitencia. Cualquier atisbo de culpa que me quedara por haberle contado a Pete lo del intento de fisgoneo de Leona había desaparecido, erosionándose minuto a minuto en el viaje de vuelta cada vez que aumentaba la cantidad en el taxímetro.

Pete debía de estar al otro lado de la calle, en la fiesta, porque su casa estaba completamente a oscuras. Perfecto. Así podía irme a la cama sin tener que verlo y poner la alarma para que sonara bien fuerte y temprano antes de que él se despertara. Lo más seguro era que quisiera dormir hasta tarde después de la boda. Con un poco de suerte, podríamos pasar otros siete años sin vernos, lo que sería ideal para todos los involucrados. Le mandaría un mensaje a mi padre disculpándome por haberme perdido el fin de fiesta alegando que tuve dolor de cabeza y me acosté. La feliz pareja se iría de luna de miel por la mañana. Ahora que habíamos recuperado el contacto esperaba que siguiéramos viéndonos a menudo en el futuro.

De todos modos, para el hipotético caso de que Pete estuviera en casa, decidí no encender la luz y quitarme los zapatos nada más entrar. Por muy bonitos que fueran, mis pies necesitaban un masaje, o al menos estar en remojo un buen rato. Por desgracia para ellos, y para el resto de mi cuerpo, no tendríamos nada de aquello. Solo yo en una cama solitaria con el corazón destrozado.

Dentro había una tenue iluminación ambiental gracias a la luz de la luna que entraba por las ventanas de la cocina. La suficiente para que pudiera ir a la

habitación de invitados sin chocarme con nada. Sobre todo si usaba la encimera de la cocina como guía.

—Mira quién está entrando a hurtadillas —dijo una voz en la oscuridad.

Pegué un salto (literalmente) y estuve a punto de tirar los zapatos y el bolso.

—Mierda. No te había visto.

—Evidentemente. —Estaba sentado a la mesa del comedor, con un vaso y una botella de *whisky* delante. Lo único que destacaba de su figura era su camisa blanca, el resto estaba sumido en las sombras—. ¿Llevaste a Leona a su casa sin problemas?

—Sí.

—Gracias. Te vi sacarla de la fiesta. Debería haberme ocupado yo de ella, pero seguramente haya sido mejor así.

—Estaba muy borracha. Y no creo que a nadie le apeteciera presenciar ningún numerito.

—Mmm. —No dijo nada más.

Esa era la oportunidad que estaba esperando.

—Bueno, ha sido una noche muy larga...

—He estado pensando en lo que dijiste antes.

—¿Ah, sí?

La botella de *whisky* golpeó el vaso mientras se servía un trago.

—Sigo pensando que te equivocas.

—Cómo no.

Dejó la botella sobre la mesa, se puso de pie, agarró el vaso y caminó hacia mí. Cuanto más se acercaba, mejor podía ver su aspecto, como el pelo revuelto y que se había desabrochado los tres primeros botones de la camisa, ofreciendo un atisbo de su increíble pecho. Me fijé en que también se había remangado hasta los codos y que se había quitado los zapatos y los calcetines. Verlo de esa guisa tocó una fibra en mi interior. Empecé a respirar un poco más rápido y mis muslos se tensaron. Tenía que reconocer que mi corazón y mi vagina no podían ser más predecibles. Incluso después de todos los propósitos que esa noche me había hecho sobre irme de allí a toda prisa, evitarlo, seguir con mi vida, conocer a mi príncipe azul y el resto de las mierdas en las que pensé mientras el taxímetro se iba comiendo lo que quedaba de mis ahorros.

—¿Te gustó la boda? —preguntó.

—¿Q... Qué?

Estaba demasiado cerca.

—La boda. Estuvo bien, ¿verdad?

—Sí.

Desde el otro lado de la calle nos llegaron débiles acordes de música. Parecía que estuviéramos a miles de kilómetros de distancia. Sin dejar de mirarme, bebió un buen sorbo de *whisky*. Lo único que podía oler era el aroma a malta, su colonia y el leve toque a sal de su piel. A fin de cuentas, esa noche hacía calor y había estado bailando con un traje puesto. No estaba nada contento; conocía las señales demasiado bien. La tensión en la mandíbula y la forma en que me miraba. Todo acalorado e intenso.

—De modo que has estado aquí sentado a oscuras, bebiendo y meditando, ¿no? —pregunté—. Muy constructivo, sí señor.

—¿Qué tenía que decir Leona?

Me reí.

—Oh, no. No vais a volver a meterme en medio de los dos. ¿Por qué no intentáis solucionar vuestros problemas como personas normales y habláis entre vosotros?

—Eres una listilla, Adele. —Ladeó la cabeza—. Siempre tienes una respuesta para todo, ¿verdad?

—Disfruta de tu *whisky*, Pete. —Me volví—. Me voy a la cama.

—¿Qué prisa tienes? —Unos fuertes dedos me agarraron del brazo; no con mucha presión, solo la suficiente para que me quedara en mi sitio.

—Gracias, pero esta noche ya he cubierto mi cuota de borrachos gilipollas. — Sonreí.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Estás enfadada.

—Estoy cansada.

—Estás enfadada y cansada. Yo también. Aunque menos esto último. En realidad no tengo nada de sueño.

—Bien por ti.

Se terminó la bebida. Después, pasó por delante de mí y dejó el vaso vacío en la encimera de la cocina.

—Hazme compañía.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó con fingido interés—. Pensaba que te encantaría poder seguir echándome la bronca un poco más.

Aparté la mirada.

—Hemos terminado.

—No, no lo hemos hecho.

—Por supuesto que sí. —Tiré del brazo para zafarme de su agarre—. Hemos terminado, Pete. Nuestra amistad o lo que mierda sea ahora... Se ha acabado, *kaput*, fin. He tardado siete años, pero esta noche al fin he abierto los ojos.

—¿Sí?

—Sí —repuse—. Me niego a seguir sintiéndome así por ti. Es una pérdida de tiempo absurda.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Sabes? —continué—. Hasta tengo un plan.

—¿Y cuál es?

—Por la mañana voy a regresar a casa y me voy a tirar a todo hombre disponible que conozca hasta encontrar al adecuado. —Sonreí de forma forzada. Tenía que ser una sonrisa horrible, nada agradable de ver—. Y ya no volveré a pensar en ti jamás.

Le vi apretar los dedos de las manos hasta formar sendos puños. Me gustó saber que no era la única a la que le afectaba todo aquello. Puse mi mano en su pecho y le miré directamente a la cara. Yo también podía divertirme con su juego de invadir el espacio personal de forma intimidatoria. Iba listo si creía que me iba a acobardar.

—A ti te funciona, ¿no? —pregunté. Tal vez debería haber sido un poco más precavida ante la dureza que mostraba su semblante, la furia que brilló en sus ojos. Pero ya no podía detenerme—. ¿Por qué no iba a hacerlo conmigo?

—Parece que lo tienes todo planificado.

—Saldré temprano. Dudo que volvamos a vernos pronto. —Me acerqué más a él y me puse de puntillas. Ese era el final. Sabía que después me dolería, pero ahora ni siquiera podía decir que lo lamentara. Llevaba tanto tiempo con esa tormenta en mi interior, comiéndome la cabeza y sufriendo. El amor no correspondido era un coñazo—. Adiós, Pete.

Se suponía que se trataría de un beso leve. Incluso casto.

Pero en el momento en que mis labios tocaron los suyos todo cambió. En cuanto sentí sus callosas manos sujetándome ambos lados de la cara, abrí la boca en un jadeo. Su lengua penetró en mi interior, poseyéndome. Dios bendito. Me olvidé por completo del bolso y los zapatos, que cayeron al suelo de golpe. Ese beso no era para nada lento o relajado. Pete me estaba devorando. Sí, el beso estaba cargado de todas y cada una de las emociones, de la ira y de la frustración que bullían entre nosotros. Su lengua me provocaba, me saboreaba, me estaba volviendo loca. Entonces se separó ligeramente para succionar y mordisquearme el labio inferior. Deslizó una mano alrededor de mi cuello y me apretó con la otra el trasero. Su agarre era firme, hasta un poco rudo. Estaba tratando mi cuerpo como si le perteneciera, y yo tampoco me quedé atrás.

Por lo visto la experiencia era un grado, porque lo único que pude hacer fue intentar seguirle el ritmo.

Me aferré a su camisa abierta, pegándome a él; necesitaba estar lo más cerca posible. Si hubiera podido me hubiera fundido con él. También me di cuenta de que, en determinadas circunstancias, el sabor del *whisky* hacia maravillas en mí. Noté contra mi cadera su dura erección, empujando. Oh, Dios mío. Yo le había hecho eso. YO. ¡Increíble! Aunque tampoco me quedaba corta, mi cuerpo era puro líquido y mi centro estaba anhelante y vacío. Le necesitaba dentro de mí. Tenía la sensación de que había estado esperando toda una vida.

—Pete, por favor.

—Caray —murmuró él, con su cálido aliento contra mi oreja.

Busqué a tientas el resto de los botones de la camisa. Pero mis dedos no parecían querer cooperar. Era más fácil tirar de ella hacia arriba. Por suerte, él decidió ayudar y se la sacó por la cabeza. Mejor así, con más piel al descubierto. Estaba tan caliente y era tan suave... Una delicia para el tacto. Con toda esa carne prieta de los pectorales y el vientre plano.

Rasgó la cremallera trasera de mi vestido y arrastró la tela por mis hombros. Soltó un gruñido desde lo más profundo de su garganta; un gruñido de frustración, de impaciencia. Estaba convencida de que había oído el sonido de la seda desgarrándose, pero no me importó. Sus manos y boca parecían cubrir cada centímetro de piel que iba desnudando, acariciándome y saboreándome por todos los lados. El vestido se quedó atascado en mis caderas. Por ahora, me servía.

Ni siquiera se molestó en desabrocharme el sujetador, simplemente tiró de una de las copas de encaje para liberar mis pechos. Mis senos llenaron su cálida palma mientras los sopesaba. Los apretó y me frotó el pezón con el pulgar. La punzada de dolor que sentí, seguida de su ardiente beso, hicieron que la cabeza me diera vueltas y mi cuerpo suplicara más. Era incapaz de pensar mientras recibía aquellos besos profundos y húmedos. Poco a poco, Pete nos bajó hasta el suelo. No había tiempo para nada más. Solo la urgente necesidad de tenerlo dentro de mí.

Noté la dura y fría madera pulida contra la espalda. Tenía las piernas abiertas, con él entre ellas. Lo único que pude ver fue su ancho pecho cerniéndose sobre mí y un brazo sosteniendo todo su peso. Os juro que estaba tan preparada que la humedad me llegaba hasta los muslos. Con cualquier otro hombre me habría avergonzado, pero él tenía que saberlo, tenía que entenderlo. Siempre había sido él.

—Pete, necesito...

—Lo sé —dijo en un áspero murmullo.

Verlo absolutamente centrado en mí, justo ahí, en ese momento, hizo que me derritiera por dentro. Me lo había imaginado tantas veces así, había soñado con aquello. Y ahora ahí estaba, mirándome fijamente cargado de deseo. Parecía como si su piel se estirara sobre los acentuados pómulos y su atractivo rostro. Como si estuviera tan fuera de control y tan sobreexcitado como yo. Como si no fuera la única sintiendo todo aquello.

Me subió el vestido antes de desabrocharse el cinturón y abrirse la cremallera de los pantalones.

—Va a ser duro y rápido.

Asentí.

De un solo movimiento, rápidamente, se bajó los pantalones y la ropa interior. Me apoyé en un codo de inmediato; ni loca iba a perderme aquello.

«¡Madre mía!», pensé en cuanto vi su pene. ¡Menudo tamaño!

Si el deseo no hubiera estado palpitando por todo mi cuerpo, con esa intensidad y anhelo, puede que hubiera dudado un instante. Pero Pete envolvió los dedos en su gruesa longitud y apretó. Se me hizo la boca agua, se me contrajo la zona baja del vientre. Ambos estábamos jadeando, desesperados. Le vi respirar hondo, como queriendo tranquilizarse. Tomárselo con calma.

Con una mano trazó una línea desde mi ombligo y fue descendiendo a mi sexo a través del vello púbico. Me acarició ligeramente el clítoris con el pulgar, humedeciéndome aún más, acrecentando mi deseo. Deslizó sus dedos en mi interior, empujando profundamente, metiéndolos y sacándolos lentamente. Primero dos; luego tres. Su mirada nunca abandonó mi entrepierna. Una entrepierna que sentía hinchada e hipersensible. Mejor que nunca, y eso que apenas acabábamos de empezar.

—Estás muy mojada. —Entonces volvió a agarrarse el pene y lo dirigió hacia la hendidura de mis labios vaginales—. Caray, eres preciosa.

Se me contrajeron las entrañas, me sentía tan vacía. Su boca cubrió la mía, de forma voraz y exigente, obligándome a bajar y acostarme de espaldas. A continuación retiró mi ropa interior y empujó, duro y rápido, tal y como había prometido. Me quedé sin aliento, con el corazón desaforado. Dios, sentir su miembro estirándome, esa gruesa longitud enterrándose en mí... Tenía una mano al lado de mi cabeza y con la otra me agarraba con fuerza la cadera, sujetando mi cuerpo para que lo recibiera. Al día siguiente tendría magulladuras. Las pruebas directas de ese momento. Estaba tan ansiosa por él, por que me mordiera y me hiciera el amor. Que me poseyera con dureza y me dejara dolorida.

Se retiró y volvió a embestir con más fuerza. La fricción era perfecta. Cargada de electricidad. Encendiéndome por dentro. Solté un gemido. La manera en que me miraba... era indescriptible. Me agarré a sus hombros. Tenía la piel brillante y resbaladiza. Ardiente como el fuego y tan real. Me atrapó con la mirada haciendo que fuera imposible que mirara a otro lado aunque quisiera. Ese hombre me tenía completamente cautiva.

Sus envites eran demoledores. Piel chocando contra piel y gotas de sudor cayendo de su cuerpo sobre el mío. Los gruñidos que soltaba cada vez que me penetraba eran brutales, salvajes. El fuerte aroma a sexo y sudor impregnó el cálido aire de la noche. En ese momento no sabía si Pete me quería o me odiaba, pero no me importó.

La tensión se fue enroscando cada vez más en mis entrañas. La sangre corría rauda por mis venas, latiendo en mis oídos. Tenía cada músculo rígido, mi cuerpo necesitaba alcanzar la liberación. Y cuando llegó, lo hizo a lo grande. Una oleada de placer que se apoderó de todas mis terminaciones nerviosas. Arqué la espalda, empujando contra él, temblando de la cabeza a los pies. El

orgasmo continuó, recorriéndome por entero, arrastrándome con él. Me sentía confundida y orientada a la vez, completa e incompleta. Entonces él gritó y sus caderas volvieron a chocar contra mí, empujando su pene tan profundo que creí que era parte de mí. Cómo me hubiera gustado que fuera así.

Sentí el peso de su cuerpo sobre el mío, la calidez de su aliento contra mi nuca. Le acaricié la espalda hasta llegar a su cabello húmedo. Me agarré a él sumida en un estado de absoluta felicidad.

—Te estoy aplastando —murmuró, y salió de mí.

Intenté protestar, pero no sirvió de nada.

Se movió despacio, como si le hubieran golpeado. Un automóvil, o tal vez un rayo. No sé. Pero al final su enorme cuerpo colapsó en el suelo a mi lado. Los dos nos quedamos tumbados bocarriba, mirando el oscuro techo, tratando de recuperar el aliento. Al cabo de un rato, oí el crujido de la tela cuando se subió los pantalones y se vistió de cintura para abajo. El sonido de la cremallera al cerrarse fue demasiado fuerte. Como si me estuviera culpando de algo. Aunque eso último seguro que fue producto de mi imaginación.

—¿Estás bien? —preguntó con voz tranquila.

—Creo que me has destrozado. En el buen sentido de la palabra.

Se puso de pie sin decir nada.

Aproveché la oportunidad para colocarme el sujetador y arreglarme un poco, aunque estaba convencida de que me había roto el vestido. Así que eso era sexo furioso. Y con Pete había sido alucinante. Todavía estaba temblando por dentro. Aunque tenía que calmarme, porque tenía el presentimiento de que ese increíble momento estaba a punto de acabarse.

—Vamos —dijo él, ofreciéndome una mano.

Dejé que me ayudara a levantarme, ya que no estaba segura de que me fueran a responder las piernas. Me sentía débil y un poco mareada. Apoyarme en él me habría venido de fábula, pero Pete me soltó la mano y el espacio entre nosotros se llenó de una inquietante incomodidad.

—Te he estropeado el peinado —señaló él.

—Da igual.

Hizo un gesto hacia su dormitorio.

—Voy a...

Y no era ninguna invitación. Más bien una declaración oficial de su intención

de escapar de allí. Intenté sonreír, pero apenas podía mirarlo a los ojos. No cuando ni siquiera sabía lo que me encontraría.

—Yo...mmm... me voy a dar una ducha.

Pete asintió.

—Bien.

Varios golpes sordos me despertaron a eso de las cinco. Fuera, el mundo era gris, empezaba a volver a la vida. Los pájaros estaban montando un buen jaleo. Pero eso no fue lo que me sacó del sueño. Salí al porche trasero descalza y me dirigí hacia el extremo de la casa. Iba despeinada, con unos pantalones cortos finos y una camiseta de tirantes; desde luego, no el mejor atuendo para aquel frío amanecer.

Un saco de boxeo colgaba al final del porche. Y allí estaba Pete, vestido solo con un par de *joggers*, pantalones cortos y unos guantes, golpeando el saco sin piedad. Tenía la piel sudorosa y el pelo, húmedo, le caía en mechones. Solo Dios sabía si había dormido algo.

Y pensar que el sexo había sido salvaje y tan intenso.

Lo observé en silencio contemplando cómo flexionaba y tensaba los músculos. La furia y la concentración que desprendía su rostro. Era guapo. Como una obra de arte. *Hombre iracundo por la mañana tras tener increíbles relaciones sexuales*: así llamarían a la obra, a la escultura o lo que fuera. Todo el mundo iría corriendo a ver esas fosas nasales dilatadas y el grueso cuello. La ancha y potente espalda y la esbelta cintura.

Al final terminó advirtiéndome mi presencia por el rabillo del ojo. Su mano enguantada detuvo el saco para que dejara de balancearse. Se quedó mirándome, sus fuertes hombros subiendo y bajando con cada respiración. Sus ojos parecían torturados. Atormentados. Resultaba asombroso el odio por sí mismo que reflejaban, el dolor...

Sentí como si me abofetearan con tal fuerza que estuve a punto de retroceder un paso. Me ardía la cara, todo me daba vueltas. Maldito fuera por eso. Yo no lo había obligado a besarme hasta magullarme los labios. Ni a tener relaciones

sexuales en el suelo. Fue él el que empezó. Sí, yo había sido una participante más que dispuesta, pero no lo había forzado a hacer una mierda. ¿Y ahora tenía la poca vergüenza de mirarme de ese modo? Tragué saliva con fuerza, conteniendo las lágrimas. No iba a llorar. Al menos, no en ese momento.

—No te preocupes, Pete —dije—. Será nuestro pequeño y sucio secreto. Entonces me di la vuelta y me marché.

Capítulo 9

Hace siete años

—Veo una yurta.

Pete arrugó la cara.

—¿Una yurta? ¿La vivienda de los nómadas mongoles? ¿En serio esa es la brillante idea que te ha mantenido despierta media noche?

—¡Sí! Piénsalo un poco —dije yo—. Una estancia central con un gran poste en el medio y el techo ascendiendo hasta una claraboya en lo alto. Sería increíble.

De día, el terreno que había adquirido era un paraíso verde con imponentes alcornoques y un pino bunya. Bajo ellos había algunas banksia. En la parte trasera, donde daba más sombra y el suelo estaba más húmedo, crecían algunas plantas tropicales, como lirios del pantano, aves del paraíso y bromelias.

Se rascó la barba de tres días.

—No tengo muy claro que quiera vivir en una yurta. ¿No están hechas con piel de cabra o algo parecido?

—Usaremos madera. Ninguna cabra sufrirá daño alguno en la construcción de esta casa.

—Mucho mejor —apuntó él—. Es más fácil conseguir árboles.

—La cocina, el salón y el comedor irán en el espacio abierto central. —Hice un círculo con el brazo a modo de demostración. Luego, a ambos lados, dos alas con las habitaciones, los baños y lo que quieras. Y pondremos un porche techado

tipo galería a lo largo de la parte trasera para pasar el rato.

—¿Y todo eso lo vamos a hacer con madera? —Ladeó la cabeza, mirando el terreno. Estaba claro que todavía no le había vendido por completo la idea. Qué tonto.

—Sí.

Agarró un palo e hizo un rápido bosquejo en la tierra, junto a las cenizas de la fogata de la noche anterior. En días como ese hacía demasiado calor para estar dentro del cobertizo. Sobre todo cuando soplaba una brisa fresca en el exterior. Ya habíamos estado en la playa, comiendo con su última amiga. Monica, Melissa o algo parecido. Pero como siguiera haciendo ese bochorno nos veía volviendo allí. Maldito fuera mi padre por no haber hecho una piscina, solo porque no quería ocuparse de ella durante todo el año para usarla únicamente seis semanas. Qué egoísta.

—Vas a poner una piscina en la parte de atrás, ¿verdad? —pregunté. Hizo un gesto de asentimiento—. Bien.

—Estaba pensando traer una de esas viejas casas prefabricadas Queenslander —informó él—. Y renovarla como hizo tu padre. Seguro que es mucho más fácil.

—Pero mi idea es mejor.

Parpadeó.

—Pero yo soy el que tiene que hacer todo el trabajo.

—Pero es nuestro sueño.

—Es «tu» sueño, pequeña. Yo solo quiero deshacerme de este cobertizo. Puse mi cara más triste con una pizca de decepción.

Pete soltó un suspiro.

—Lo pensaré. Aunque no te prometo nada.

—De acuerdo. —Sonreí de oreja a oreja—. Te haré algunos bocetos.

—Lo digo en serio. No prometo nada.

Domingo por la mañana... en la actualidad

Cuando salí con la maleta a cuestas me lo encontré sentado frente a la encimera de la cocina, pensando; aunque ahora con una taza de café. «Dame fuerzas». Heathcliff habría transmitido menos. Hubiera preferido que Pete se quedara en su habitación. Habría sido muy amable por su parte no llevar esto más lejos.

Pero no.

Por su aspecto, se había duchado: llevaba el pelo mojado y echado hacia atrás, unos pantalones cortos limpios y una camiseta de algún grupo de música de hacía años. El viejo y suave algodón le quedaba demasiado bien. Daba igual. «Adele, puedes hacerlo». Me había puesto un alegre vestido veraniego con motivos de hierba y mariquitas para que se notara lo poco que ese hombre influía en mi estado de ánimo, mi vida y en todo en general. Shanti y mi padre ya debían de estar camino del aeropuerto para tomar su temprano vuelo a Bali. No tenía nada más que hacer allí. Nada que me retrasara.

Me iría directamente a la puerta, hacia mi automóvil, hacia la carretera. Ese era el plan. Caray. Tenía intención de marcar un récord de velocidad de mujer arrastrando una maleta pesada. Alguien debería cronometrarme.

Aun así, lo primero era lo primero. Me aclaré la garganta en busca de dignidad, aunque seguramente fracasé.

—Iba a mandarte un mensaje —dije, asintiendo con la cabeza mientras él seguía sentado con su café—. Anoche nos olvidamos de la protección.

Lo vi abrir los ojos.

—Tomo la píldora y suelo hacerme análisis de forma regular. Supongo que tú también, ¿no?

—Ah, sí —respondió él. Parecía un poco consternado—. Sí, claro.

Era bueno saberlo.

—Mierda. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera lo pensé...

—Yo tampoco. No se me ocurrió hasta que empezó a caerme por la pierna.

Enarcó ambas cejas hasta formar una línea que denotaba que no le había impresionado mucho.

—¿Ibas a explicarme eso en un mensaje?

—¿Qué? ¿Hubieras preferido un telegrama?

—Preferiría una conversación entre adultos.

—Igual que yo, pero por lo visto perdimos la oportunidad hace años — ironicé, apretando el asa de la maleta—. Aunque dudo bastante de que alguna vez la tuviéramos.

Se llevó la taza de café a la boca. Sin embargo, por alguna extraña razón, la dejó de un golpe en la encimera antes de haberle dado un sorbo. Después, empujó el asiento hacia atrás y se acercó a mí. Yo, por puro instinto de supervivencia, levanté una mano y retrocedí un paso; gesto que no lo detuvo. Todo lo contrario, vino directo hacia mi mano hasta que mi palma empujó contra su pecho.

—Has estado llorando.

—No es verdad.

—Adele —dijo con un tono increíblemente dulce.

—Está bien, puede que sí. Pero no es asunto tuyo.

—Yo creo que sí.

—Muy bien, no estamos de acuerdo. —Enderecé los hombros—. Es hora de que me vaya.

—No.

—Hasta otra, Pete. Ha estado bien. —Traté de rodearlo, pero el muy capullo me agarró por los hombros. Con la complexión que tenía, sabía que no iba a conseguir nada empujándolo, ni siquiera con las dos manos. Si la maleta no hubiera estado en medio le habría propinado una patada en la espinilla.

—Tenemos que hablar —indicó él.

—De ningún modo.

—Escúchame...

—Que te den, Pete. —Le golpeé el pecho con las manos, negándome a sucumbir. Todo estaba volviendo a resurgir, aunque no creía que jamás se hubiera ido. El dolor, la ira, el sufrimiento que me causaba. Todos esos sentimientos estúpidos que debería haber dejado atrás hacia años. Todo aquello se agolpó en la punta de mi lengua, dispuesto a salir, incluso contra mi voluntad —. Sinceramente, estoy harta de tus tonterías. De tu angustia existencial o lo que sea que te pase. Eres un coñazo, lo sabes, ¿no? Anoche me deseabas. Empezaste

tú. Pero acabé sintiéndome como una mierda. Se terminó, ¿me oyes?

Dio una patada a la maleta para quitarla de en medio y me acercó a él hasta que me tuvo contra sí. No hice caso a las lágrimas que empezaban a caerme con la esperanza de que se detuvieran en algún momento. De todos modos, estaba demasiado enfadada para que me importara. El muy idiota podía creer lo que le diera la gana.

—Sí, se ha terminado —repetí. Durante un instante me quedé sin habla. Mierda—. Me voy a ir a casa y...

—Por favor, no vuelvas a decirme eso de «todo hombre disponible» —dijo por encima de mi cabeza. Oí su voz retumbando en su pecho—. No creo que pueda soportarlo.

—Me importa una mierda lo que puedas soportar, gilipollas. Y deja de mecarme. No soy una cría.

—Lo que tú digas.

—No intentes calmarme, imbécil.

No se molestó en contestar, ni yo me molesté en volver a hablar. Supongo que me quedé sin insultos, de momento, y me dolía la garganta. Me acurruqué contra él, con el corazón destrozado. Daba igual lo mucho que intentara tranquilizarme y lidiar con todo aquello, simplemente me salió de dentro. Más sollozos, hipos y sufrimiento. Solo quería estar enfadada, pero las lágrimas seguían fluyendo.

En algún momento en medio de mi colapso, Pete me tomó en brazos, me llevó al sofá y me sentó sobre su regazo. Luego siguió abrazándome con fuerza. Al final, después de un rato, dejé de llorar y todo se quedó en silencio.

Vaya. Aquello había sido... intenso.

Sabía que alguno de los dos tenía que decir algo, pero no tenía claro quién debería ser el primero. Estaba segura de que Pete era mucho más rápido que yo, así que salir gateando y correr hacia la puerta no era una opción. Saqué un pañuelo de papel del bolsillo y me soné la nariz. Qué erótico. Me fijé en que su camiseta tenía un enorme parche de humedad en la parte delantera. Los sentimientos eran tan molestos. Tal vez debería hacerme una lobotomía. Creo que nunca me había sentido tan enfadada y deprimida al mismo tiempo. Sin embargo, ahora que la tormenta había pasado, era plenamente consciente de lo que tenía que hacer.

—Creo que es la primera vez que una mujer me llama «coñazo» —dijo.

—¿Sí? Pues ya era hora.

—Mmm.

Me retorcí en su regazo, mostrándole todas las señales posibles para que me soltara. Pero los brazos que tenía a mi alrededor no se movieron ni un ápice.

—¿Pete?

—¿Sí?

—Esto... Necesito beber agua.

Sin apenas hacer esfuerzo, me levantó y me llevó hacia la cocina.

—Puedo ir andando.

No se molestó en contestar. En cambio, me dejó sobre la encimera mientras llenaba un vaso de agua y me lo entregaba.

—Gracias —dije yo, dispuesta a terminar con todo aquello.

Él se apoyó contra el frigorífico de acero inoxidable, con los brazos cruzados.

—No suelo quedarme para las peleas.

—Podrías haber dejado que me fuera.

—No quiero que te vayas —anunció, mirándome con intensidad.

Me quedé esperando.

—Adele, no estaba golpeando el saco porque me arrepintiera de haberme acostado contigo.

—Entonces, ¿por qué?

—Mi angustia existencial, como la llamaste, se debía a que no me sentía mal por lo que había sucedido entre nosotros.

Parpadeé.

—Explícate, por favor.

—Hay un montón de buenas razones por las que no deberíamos haberlo hecho. —Me miró con los ojos entrecerrados—. El problema es que en realidad no me importa.

—¿No?

—No.

—Ajá. —Qué raro—. A ver si lo he entendido bien. ¿Te odiabas a ti mismo por no odiarte a ti mismo?

—Sí, podría decirse así. Quiero que te quedes un poco más. ¿Puedes hacerlo?

Abrí la boca, pero fui incapaz de pronunciar palabra alguna.

Se separó del frigorífico y se acercó a mí. Lo que no presagiaba nada bueno.

Me sentía mucho más segura, más controlada, con él al otro lado de la cocina.

—Tenemos que ver qué sucede entre nosotros —continuó—. Y nunca lo sabremos si te metes en ese vehículo y te largas.

Apreté el vaso.

—¿Qué puedo hacer para convencerte? —quiso saber.

—No lo sé...

Me quitó el vaso de la mano y lo dejó a un lado. Luego posó las manos en mis rodillas, acariciándomelas suavemente con los dedos. Contemplé todo el proceso con desconfianza y con las piernas firmemente cerradas. Si a mi piel no le gustara tanto... En ese momento me habría ayudado mucho ser un poco alérgica a él. Nada excesivamente molesto o que produjera mucho picor, lo justo como para querer tenerlo lejos. Para darme tiempo a pensar.

—¿Te hice daño? —preguntó. Deslizó los pulgares por debajo de la falda del vestido para rozarme los muslos—. Anoche fui bastante rudo contigo. Más de lo que suelo ser.

—Estoy bien.

—Estupendo.

Los dedos fueron ascendiendo disimuladamente. Me resultó raro verle hacerme aquello. Le había visto desplegar ese tipo de sutilezas con sus novias. Como ofrecerse a ponerles crema en la espalda. Ocasionales besos en el cuello o apoyar la mano sobre sus piernas cuando iba conduciendo. Juegos previos intrascendentes. Carantoñas. Caricias adecuadas para sitios públicos y miradas indiscretas como la mía.

—Dime algo —pidió él—. Me aterra cuando te quedas callada y no sé qué es lo que está pasando por tu cabeza.

Solté un suspiro.

—Pete.

Detuvo su excursión por debajo de mi falda y me agarró el cuello con una mano para darme un beso en la frente.

—Por favor, quédate.

—¿Por qué?

Me miró fijamente a los ojos durante tanto tiempo que empecé a preguntarme qué era lo que pasaba también por su mente.

—¿Por qué debería quedarme, Pete?

—Para que podamos ver adónde nos lleva esto. Porque me importas y no quiero perderte otros siete años más. —Volvió a sujetarme las piernas, pero ahora con más firmeza—. Por eso, Adele.

—¿No se trata solo de sexo?

—Mira... Lo que hicimos anoche... Fue inaudito. Y mentiría si te digo que no quiero más.

—¿Eras virgen? Debería haber dicho algo, haber intentado ser más suave contigo.

—Ja, ja.

Aunque me quedaba otra semana más de vacaciones, no sabía qué hacer. Con Pete no estaba a salvo. No en mi estado actual, tan aparentemente frágil. El sexo no debería ser tan complicado y nunca había involucrado mis sentimientos hasta ese grado. Era peligroso.

—¿Adele?

—¿Sabes que lo que hiciste me dolió? Me destrozaste el corazón.

Él hizo un gesto de dolor.

—Lo sé. Lo siento.

—¿De veras?

En ese instante parecía muy perdido. Supongo que jamás me había visto dudar ante sus palabras. No en algo de tanta importancia. Me sostuvo las manos y se puso a pensar.

—Anoche, cuando llegaste, dijiste que estabas cansada y solo son las seis de la mañana, así que supongo que no has dormido mucho.

—No mucho.

—No. Yo tampoco. —Me agarró de las caderas, bajándome de la encimera para colocarme frente a él—. ¿Qué te parece si te vienes a dormir un rato conmigo? Así, si al final decides marcharte más tarde, no te quedarás dormida al volante ni tendrás ningún accidente.

—No sé.

—Deja que cuide de ti. Por favor.

Hice un breve gesto de asentimiento.

Me tomó de la mano y me llevó hacia el pasillo que conducía a su dormitorio. Supongo que tenía razón. Estaba a punto de soltar un bostezo enorme. Incluso sentía los huesos cansados y débiles. Y eso que la noche anterior, durante la

boda, solo me había tomado una copa. Por lo visto, los nórdicos tienen una palabra para definir la incomodidad posterior al desenfreno. Tal vez eso era lo que me pasaba. A pesar de que no se podía hablar estrictamente de alcohol, sí que me había comportado de forma desenfrenada. Sinceramente, la noche anterior había estado tan desenfrenada que me sorprendería que me quedara una sola pizca de lujuria. El persistente dolor entre mis piernas me dijo que no.

Además, quizá también estaba emocionalmente exhausta después del berrinche que había protagonizado. Tenía sentido.

El dormitorio de Pete era grande, con el techo alto y las paredes pintadas de verde oscuro. Había una cama tamaño matrimonio desecha, con las sábanas blancas desordenadas. Parecía que no había sido la única en pasarme toda la noche dando vueltas. Me fijé en un cuadro de pájaros ibis y enredaderas que colgaba de la pared. Era bonito.

—Venga —dijo él, llevándome hacia el colchón. Se encaramó en el centro, se tumbó y me puso a su lado, muy cerca de él. Después colocó las almohadas y me abrazó la cintura.

Estaba acurrucada con Pete, en su cama. Menuda sorpresa.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

Rozó con los labios una porción de piel desnuda de mi hombro.

—Duerme, Adele. Ya lo solucionaremos más tarde.

Me gustaría decir que no fui capaz de calmarme, que tenerlo abrazándome de ese modo me hizo sentir mal. Pero evidentemente no fue así. Todo lo contrario, me dormí al cabo de un rato, a pesar de la luz de la mañana que entraba a raudales por las puertas francesas abiertas.

Me desperté sola, con la puerta del dormitorio cerrada. El despertador de la mesita de noche daba las cuatro de la tarde. ¡Mierda! Llevaba durmiendo diez horas. Una buena prueba de que había acabado exhausta. Las sábanas olían a Pete y estuve tentada de quedarme allí un rato más. Como era de esperar, tenía el vestido hecho un asco. Las mariquitas ya no se veían tan alegres como antes.

Tampoco era que hubiera ayudado mucho mi estado de ánimo de aquella mañana. Había cosas que no podían solucionarse tan fácilmente, ni siquiera con un vestido con bolsillos.

Seguí el olor a comida hasta el salón. Pete estaba en la cocina lavando una tabla de cortar de madera en el fregadero. En el horno se estaba cocinando algo. Algo muy bueno.

—Huele a asado de los buenos.

—Y debería estar listo muy pronto.

—¿Has dormido algo?

—Sí —respondió mientras se secaba las manos en un paño de cocina—. Me desperté hace un par de horas. Supuse que necesitarías comer algo antes de irte. —Me detuve en seco—. Si te vas.

—Estoy famélica. Bien pensado.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—No es que quiera que te vayas, quiero dejarlo bien claro. Pero también he mirado el agua y el aceite de tu vehículo, por si acaso. En verano, por aquí, es muy fácil que se sobrecaliente. Es más, quizá deberías hacer que te revisen los neumáticos cuando regreses. Los delanteros se ven un poco gastados.

—Gracias. Lo haré.

Como no sabía muy bien qué hacer con las extremidades, terminé abrazándome a mí misma. La forma en que me miraba hizo que volvieran a resurgir todos mis nervios. Dios, en ese momento no me hubiera venido mal un poco de tranquilidad. De relajación. La situación y todas aquellas incertidumbres me estaban volviendo loca. Por lo visto, cuando el hombre del que llevas enamorada una eternidad por fin empieza a prestarte atención del modo en que deseas, puede ser bueno y malo. Estaba acostumbrada a que hubiera una tensión sexual no resuelta por mi parte. Pero ser la receptora de esa mirada de «te lo haría aquí mismo»... era mucho más.

Mucho más halagador, sobrecogedor, inquietante. No sé.

—¿Qué es lo que de verdad quieres, Pete?

—Ya te lo he dicho. —Se acercó un paso, y luego otro y otro más hasta que deshizo con dulzura la barrera de mis brazos cruzados y tomó mis dos manos—. Quédate un poco más, Adele. —No solía tener tantos problemas para respirar—. Veamos qué pasa.

—Ya sabes lo que va a pasar —dije con tono más que sospechoso—. Volveremos a acostarnos. Después te asustarás y tal vez decidas que haber intercambiado fluidos corporales conmigo haya sido la mayor equivocación de tu vida. Entonces yo tendré que abusar sexualmente de ti una vez más y salir huyendo. Sinceramente, es agotador.

—Suenas complicado.

—No te burles de mí.

—No osaría. —Intentó reprimir una sonrisa. Capullo—. ¿Y si tratamos de dejar a un lado la angustia existencial y tus abusos sexuales y nos limitamos a disfrutar de nuestra mutua compañía?

—Lo de la angustia existencial te ha dejado preocupado, ¿verdad?

—Nunca me han acusado de tenerla antes. Creo que me hace parecer profundo, ¿no te parece? —Se inclinó y me besó suavemente en la mejilla. Tenerlo tan cerca me dejaba un poco mareada. La sensación de su aliento sobre mi cara, su cuerpo allí mismo. Estaba tan embriagada que me resultaba prácticamente imposible pensar con claridad.

—Estás siendo muy amable.

—¿Acaso no puedo serlo?

—Depende. ¿Es el tipo de amabilidad con la que esperas practicar sexo?

Soltó un resoplido.

—Es el tipo de amabilidad con la que me doy cuenta de que me he comportado contigo como un imbécil desde que llegaste y con la que espero poder hacer las paces.

No dije nada.

—No tienes una opinión muy buena de mi persona ahora mismo, ¿verdad?

—Sé cómo actúas, amigo. Y cómo eres con las mujeres. —Retrocedí un poco para poder mirarlo mejor a los ojos. Todavía tenía gesto divertido: la curva de la boca, la expresión... pero en su mirada había un atisbo de preocupación. Bien—. Eres muy, muy amable con ellas. Haces malabares, las mantienes físicamente cerca, pero guardas las distancias mental y emocionalmente. Y luego pones la etiqueta de «esporádico» en la relación para estar a salvo.

Entrecerró los ojos.

—Eso es lo que hago, ¿eh?

—Sabes que sí. Y si ni siquiera puedes ser sincero conmigo, entonces no

tenemos nada de qué hablar.

—Espera. —Me agarró con más fuerza de las manos, se las acercó a la boca y luego las sostuvo contra su pecho. Entonces me miró a los ojos, ahora mortalmente serio—. Está bien, Adele, supongamos que tienes razón. De todos modos, esa mierda no funcionaría contigo. Por lo visto, me conoces demasiado bien.

—¿Entonces qué tienes pensado?

—Que estemos un tiempo juntos y nos conozcamos como adultos.

Me detuve a pensarlo.

—Lo que siento por ti no es esporádico. Nunca lo ha sido.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Pero lo que no sé es adónde nos puede llevar esto.

Me parecía justo. Puede que nos conociéramos desde hacía tiempo, pero añadir sexo a nuestra relación era algo nuevo. Y nadie podía garantizar qué iba a pasar en esta nueva fase. No de verdad. Sin embargo, todavía sentía miedo y preocupación revoloteando en el estómago.

Tenía mucho que pensar.

—Dame de comer y ya veremos.

Tomamos la temprana cena en el porche trasero, a la sombra. Con el sol todavía brillando en lo alto del cielo, las gafas de sol eran un complemento imprescindible. Comimos cerdo asado en salsa de manzana casera, patatas, zanahorias y col china. Cené con la determinación de alguien que no solo evitaba la conversación, sino que también se moría de hambre.

—¿En qué piensas? —preguntó cuando terminé el último bocado.

—En que algún día serás un excelente esposo —dije, alzando en su dirección mi vaso de agua.

Sonrió.

—Me molesta que intentes etiquetarme con tus normas de género.

—¿Te acuerdas de cuando vivías en el cobertizo y lo único que tenías era esa porquería de barbacoa? —pregunté—. Aun así, hacías pescado a la parrilla,

kebabs de piña, mazorca de maíz a la brasa y... Dios, no sé qué mil cosas más. Todas las noches de la semana cocinabas algo elaborado.

—Me gusta comer bien.

—Mi padre se preguntaba por qué casi nunca comía en casa.

—Lo siento, preciosa —dijo él—, pero tu padre no tiene ni idea de cocina.

Ambos nos quedamos callados un instante. Puede que conmocionados por el tono tan cariñoso combinado con la mención a mi padre.

—Creía que pedir *pizza* vegetariana cubría mi ingesta necesaria de verduras —ironicé yo—. Estoy segura de que lo hacía para que, cuando mi madre llamara, pudiera decirle que me encontraba bien.

—Habría funcionado si no le hubieras quitado la mitad de los ingredientes.

Hice una mueca.

—Solo el chile y los champiñones. Estaban asquerosos.

—Recuerdo haber intentado enseñarte a cocinar.

—No soy tan mala —me defendí—. No se me da tan bien como a ti, pero me apaño.

—¿Todavía cenas leche con cereales? —preguntó torciendo la boca. Me hubiera encantado poder verle los ojos tras las gafas—. Sé sincera.

Me reí.

—A veces.

Negó con la cabeza.

—¿Quién te enseñó? —pregunté. Me jugaba el cuello a que no fue su padre.

—Ah. Bueno... —Se volvió y miró hacia el horizonte—. Cuando a mi madre le diagnosticaron el cáncer, estuvo mucho tiempo enferma y prácticamente nos alimentamos de comida congelada. Cosas horribles. Carne dura y verduras pasadas. Los pasteles al microondas y los saladitos de salchichas eran otro de los platos favoritos de mi padre. Estaban asquerosos. Chrissie y yo subsistimos a fuerza de lonchas de queso y salsa de tomate.

—¿Todo junto?

—No digo que no fuera un asco. —Sonrió de oreja a oreja—. En todo caso, al lado vivía una de esas típicas abuelas italianas. Siempre estaba cocinando, haciendo comidas deliciosas. Así que, como te puedes imaginar, Chrissie y yo empezamos a dejarnos caer por allí suplicando por lo que les sobraba como si fuéramos huérfanos. No creo que haya ninguna abuela italiana en el mundo

capaz de negarse a alimentar a unos niños.

—Por lo que cuentas debía de ser una buena persona.

—Sí.

—¿Y te enseñó?

Alzó un hombro.

—Cuando iba a su casa, siempre me encargaba hacer algo. Después, cuando mi madre murió, a mi padre le daba igual dónde estuviéramos mientras no le estorbáramos. Chrissie solo leía o se iba a casa de una amiga, al otro lado de la calle. Pero yo no podía estar quieto. Algunos días me iba en bicicleta. Otros días pasaba el rato en la cocina de la abuela. Y me di cuenta de que me gustaba. No es que mi padre no me dejara cocinar en casa, demasiado lío o lo ensuciaría todo. Lo más probable era que ni siquiera supiera lo que estaba haciendo y podía terminar quemando la casa. Pero me juré a mí mismo que, cuando fuera mayor, jamás volvería a comer ese tipo de asquerosidades.

—Tu padre es un imbécil.

—Cierto.

Una zordala trinó desde un árbol cercano y ambos compartimos una sonrisa. Ahí estaba de nuevo un poco más de la vieja camaradería y soltura con la que solíamos desenvolvernos. Si no me sintiera como en casa cuando estaba con él, haría que me resultara mucho más fácil resistirme. Pero mientras que mi cerebro tenía claro que debería oponerme a sus encantos, mi vagina solo podía pensar en volver a hacer el amor con ese hombre. Montones de veces. Por supuesto que lo más inteligente hubiera sido proteger mi corazón y salir pitando de allí. Volver a la ciudad y a mi aburrido trabajo. Echaba de menos a mis amigos, no me malinterpretéis. Hazel sobre todo estaría esperando que la pusiera al día. Pero dejar Sunshine Coast siempre me destrozaba el corazón. Me pasaba semanas decaída y apesadumbrada. A mi madre la ponía de los nervios, Sídney tenía sus ventajas, pero aquí tenía más espacio y menos tráfico y caos. Y también más Pete.

—Tú te has encargado de cocinar, ahora me toca fregar. —Me puse de pie y empecé a recoger los platos. Gracias a Dios, no me había dicho nada de irme. Mejor, porque todavía no tenía una respuesta.

—Podemos hacerlo entre los dos.

Llevamos toda la vajilla y los cubiertos a la cocina. Pete tiró las sobras a la

basura mientras yo enjuagaba los platos para meterlos en el lavavajillas. Estábamos terriblemente cerca de protagonizar uno de esos momentos de dicha doméstica. Como en los viejos tiempos, cuando pasábamos el rato juntos, sin hablar de nada que tuviera especial importancia y limitándonos a disfrutar de nuestra mutua compañía, tal y como él había dicho. De vez en cuando nos rozábamos. Lo normal que puede esperarse cuando estás trabajando codo con codo en un espacio confinado. Pero estos toques implicaban algo más. De alguna forma eran más emocionantes y relevantes.

—Si te apetece, hay un poco de helado —dijo cuando terminamos—. Creo que de higos o de miel y almendras.

—Suenan apetecibles, pero estoy llena.

—Bueno, ¿quieres ver un rato la tele o salir a nadar? ¿Qué te apetece? —preguntó con tono desenfadado, cruzándose de brazos—. Lo más seguro es que la autopista todavía vaya cargada. Todo el mundo estará volviendo a su casa después de un fin de semana de playa. Es mejor que esperes un poco.

—Supongo que sí.

Frunció el ceño y se rascó la mejilla.

—Luego está lo de conducir de noche...

—¿Qué pasa con conducir de noche?

—No sé... Es solo que... ya sabes... si pasa algo y te pilla sola, a oscuras, en medio de la nada...

—Para eso tengo un teléfono.

—Sí, claro. ¿Pero vas a ir por la carretera de la costa o por la de interior?

—Por la de interior —respondí.

Hizo una mueca.

—Algunas de esas zonas... ¿Quién sabe siquiera si hay cobertura?

Le ofrecí mi mirada más sospechosa.

—Tú decides, por supuesto —terminó de decir él.

—Gracias —repuse secamente.

—Lo único que quiero es que estés a salvo.

—¿Y desnuda?

—¿Qué? No, no, no. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Yo no he dicho nada de eso, ¿verdad?

Alcé la barbilla dudosa.

—Es verdad —continuó él—. Cualquier pensamiento relativo a la desnudez solo es producto de tu mente sucia, Adele. No mío. Yo solo estoy aquí, preocupándome por tu bienestar mientras estás completamente vestida porque esa es la clase de hombre que soy.

Salí de la cocina, intentando reflexionar todo lo que me traía entre manos. Aunque no podía dejar de distraerme por la forma en que me miraba mientras me seguía. De vez en cuando se apartaba, pero luego continuaba igual. Era como si tuviéramos una conexión invisible que nos mantenía unidos. Y ninguno de los dos quería romperla. Sin embargo, allí estaba mi maleta, al lado de la puerta. Todavía esperando a que tomara una decisión.

Maldita sea. No podía hacerlo. Tenía la sensación de que, si me iba, no solo sería una cobarde, sino que estaría cometiendo un error. ¿Pero a quién quería engañar? En realidad quería el sexo, las complicaciones y todo lo demás. Lo quería todo de Pete. Siempre lo había querido y seguramente siempre lo querría.

—De acuerdo, me quedo —dije por fin—. Pero solo un día o dos.

—¿En serio?

—Aunque solo lo hago porque estás siendo muy patético y se te ve muy necesitado. Das mucha pena, en serio.

—Lo que haga falta. —Se encogió de hombros—. Incluso estoy dispuesto a derramar alguna que otra lágrima para ganar unos días extra.

—Mmm. Vamos a tomarlo con calma.

Su sonrisa me derritió de la cabeza a los pies. Estaba bien jodida.

Capítulo 10

Hace siete años

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Jugar al billar y tomar algo. —Le di un golpecito con la botella de cerveza—
—Me alegro de verte, Pete.

Saludó con la cabeza a la pareja de muchachos del trabajo con los que estaba jugando y a los que les había estado dando una paliza. No estábamos apostando ni nada por el estilo. Sin embargo, la victoria sabía a gloria y era definitivamente mía.

—Por fin están dando fruto todas esas horas que me he pasado en el bar de la facultad. —Sonreí—. ¡Vivan los estudios universitarios! —No me devolvió la sonrisa—. Oh, relájate.

—¿Sabe tu padre que estás aquí?

—Sí. Aunque tampoco es que importe mucho porque, como bien sabes, ya tengo dieciocho años.

Más ceño fruncido. No tenía que ser bueno para él. Lo vi mirar los pantalones azul marino, la blusa blanca y las sandalias con cuña que llevaba antes de dar un trago a la cerveza. Creía que iba guapa, aunque, por la cara que puso, no debía de estarlo tanto.

—Termínate esa botella y te llevo a casa —dijo. O más bien ordenó.

—¿Estás de coña? Estoy teniendo una racha ganadora.

Pete se inclinó hacia mí.

—Sí, te están dejando ganar con la esperanza de colarse en tus bragas. Espabila, pequeña.

Me volví hacia la mesa de billar y hacia los dos muchachos que me acompañaban. Eran aprendices de electricista que trabajaban para uno de los subcontratistas de mi padre. Ambos bastante majos; uno de ellos, además, estaba como un tren y lo sabía. No era que estuviera interesada. Simplemente estábamos pasando el rato en plan amistoso y no llegaríamos más lejos. Por desgracia, mis afectos pertenecían al hombre que estaba a mi lado y que no tenía la menor idea de ese detalle.

—Vaya. —Deslicé el brazo alrededor de sus hombros y lo miré con recelo—. Escúchame atentamente, Pete. Ahora mismo estoy pasando un buen rato de una forma totalmente aceptable y, de hecho, previsible para una persona de mi edad. Si no puedes lidiar con ello... Te quiero, en serio. Eres mi mejor amigo. Pero tienes que dejar de actuar de una forma tan exagerada y de comportarte como un idiota.

—¿Estoy siendo un idiota?

—Sí. —Me separé de él, continué con la partida e hice todo lo posible por pasar de él y de sus palabras. Como si no fuera capaz de ganar al billar por mí misma.

Pete volvió con los trabajadores de mi padre con los que había venido. Aunque no dejé de sentir ni un solo momento sus ojos clavados en mí, enfadados e indignados. Seguro que le hubiera encantado sacarme de allí tirándome del pelo y darme una muñeca o algunos bloques de construcción para que me pusiera a jugar. Golpeé la bola blanca con el taco y fallé por completo el tiro. Todo por su culpa.

—Me toca —dijo uno de los muchachos. Craig, creo que se llamaba. Sí, Craig y Brandon.

Había pillado a Brandon mirándome el trasero un par de veces cuando fui a por un trago. Pero podía no prestarle atención con facilidad. Todo lo contrario que me pasaba con la furibunda mirada de Pete, que estaba empezando a molestarme. Ojalá hubiera podido golpearle en la cabeza con el taco de billar. Por desgracia, era ilegal.

En la sala se oían las bolas chocando unas con otras y *On My Mind* de los Powderfinger a todo volumen. Era viernes por la tarde y aquello estaba

abarroto de gente que celebraba que la semana de trabajo había llegado a su fin.

Mi alegría, sin embargo, se había esfumado.

Una de las camareras se había parado ante la mesa de Pete y le había dado un abrazo prolongado y demasiado afectuoso que me dijo que esos dos se habían acostado antes. ¡Qué sorpresa! Me habría puesto loca de celos, pero ¿qué iba a conseguir con eso? Como Pete acababa de dejar claro, para él siempre sería una cría.

—Adele —dijo Craig, dándome una palmada en el hombro—. ¡Has perdido!

—Mierda. De todos modos, ya me iba tocando pagar una ronda.

Brandon sonrió de oreja a oreja.

—Tú encárgate de las cervezas y yo le doy una paliza de tu parte.

—Me parece bien.

La siguiente hora la pasamos más o menos igual. Jugué dos partidas más; gané una y perdí otra. Para cuando Pete, don Cortarrollos, volvió a acercarse, iba un poco borracha y había empezado a relajarme de nuevo.

—¿Cómo vas? —preguntó.

—Bien.

—Tienes razón, lo siento. —Soltó un suspiro—. Me he pasado de la raya. ¿Me perdonas?

Me detuve en seco.

—¿En serio? Sí.

—Estoy seguro de que eres la leche con un taco de billar. ¿Jugamos una partida?

—Si quieres.

Sonreí nerviosa y él tiró de mí para darme un abrazo. El muy imbécil incluso me dio un par de palmaditas en la cabeza. Y encima no gané esa partida. Apenas pude concentrarme, pues estaba demasiado ocupada mirándole el trasero cuando se fue a por otra bebida.

Domingo por la noche... en la actualidad

—¿Por qué susurras?

—Porque estoy escondida en el baño —expliqué—. Te estoy llamando en secreto.

Hazel soltó un suspiro.

—Jesús. Por fin has conseguido lo que querías ¿y ahora estás escondida en el baño, volviéndote loca?

—Sí.

—Mira —dijo—, por lo que me has contado, el hombre está siendo razonable. Necesitáis tiempo para comprobar en qué estado está vuestra relación y ver si puede funcionar ahora que ambos sois adultos y que habéis metido de por medio las relaciones sexuales.

—De acuerdo. Sí. Tiene sentido.

—Así que pregúntate a ti misma: «¿Me está entrando un ataque de pánico?».

—No lo sé, pero estoy aterrada.

—De hecho, si lo piensas bien, también tiene sentido.

—No puedo pensar... mi cerebro va demasiado deprisa.

—Claro, porque por fin estás a punto de obtener todo lo que siempre has querido. ¿Y si sale mal?

—Exacto —dije, dejando caer los hombros.

—Has tenido un montón de tiempo para convertirlo en prácticamente un dios. Quizá también te preocupe que él esté a la altura de las expectativas, Adele. O si vas a ser lo suficientemente buena para él.

—Por favor, apenas lo considero digno de besarme los pies.

—Bien, me gusta tu actitud. —Se echó a reír—. Sigue pensando así. O al menos que ambos os merecéis ser felices. Pero solo vas a conseguir resolver todo esto si dejas de esconderte en el baño y te enfrentas a la situación.

—Sí. Porque creo que, si seguimos hablando de la situación, lo único que voy a lograr es preocuparme más y seguir confundida.

—Pues deja de hablar y actúa —dijo—. La relación física en una pareja es

una forma de comunicación tan importante como las palabras.

Hice un gesto de asentimiento, aunque en realidad mi amiga no podía verme.

—Cierto. Así que lo que debería hacer es salir y acostarme con él. Estaría perdida sin ti, Hazel.

—Lo sé.

—Puedo hacerlo.

—Seguro —me animó—. Vete a por él y déjalo exhausto.

—Gracias. Eso haré.

—Tengo que dejarte... Maddie quiere que le cuente novedades del culebrón en el que se ha convertido tu vida.

Fruncí el ceño.

—No es tan malo.

Hazel se limitó a reír y me colgó. Amigos. ¿Para qué servían?

En cualquier caso, seguí su consejo y dejé de esconderme. La casa estaba tranquila, en silencio. Salí al porche trasero. En el horizonte, el sol se estaba poniendo, dándole al ambiente esa suavidad y bruma propias del crepúsculo. Pete estaba haciendo largos en la piscina, con sus musculosos brazos abriéndose paso a través del agua. No quería volverme inmune a la imagen de ese hombre. Sobre todo cuando estaba medio desnudo. Quería las mariposas revoloteando, el placer. Para siempre jamás, o al menos durante el tiempo que pudiera.

Se detuvo y me sonrió, tocando con los pies el suelo de la piscina.

—Hola, ¿vienes?

Me agarré la falda del vestido con las manos.

Estaba tan cansada de preocuparme. Había estado todo el día dándole vueltas a la cabeza, lo que me había dejado mentalmente exhausta. Además, ¿qué sentido tenía cuando solo te alejaba del lugar donde realmente querías estar?

—El agua está estupenda —dijo, nadando hacia un lateral de la piscina—. ¿Por qué no vas a por tu bikini?

—No. —Hice un gesto de negación con la cabeza.

No más demoras o excusas. No más miedos ni soledad. Salté. El agua me golpeó, rodeándome, cerrándose en torno a mi cabeza. La falda del vestido y mi pelo flotaban a mi alrededor. Me vi invadida por una extraña oleada de alegría, por una sensación de libertad. Salí a la superficie, con una sonrisa en la cara y exhalé con fuerza.

—Has saltado.

Hice un gesto de asentimiento y fui hacia el lateral para poder abrazarme a su cuello y envolver mis piernas alrededor de su cuerpo. Su brazo nos ancló al borde, mientras que su otra mano bajaba hasta mi trasero. Así de cerca Pete era exquisito, con el cabello oscuro mojado echado hacia atrás y esa mirada entrecerrada. Nadie me había mirado jamás como lo hacía él en ese momento. Como si yo fuera algo más que un enigma por resolver o un cuerpo por conquistar. Pero como si también tuviera una parte de él en mi interior. Me estaba mirando como si realmente le importara, como si me viera de verdad, y ni siquiera me había dado cuenta de cuánto había echado en falta eso en los demás.

—Hola —volvió a decirme.

—Hola.

Me eché hacia atrás el pelo, apretando los muslos en torno a él. Era tan firme y tan real. Tampoco era que hasta ese momento solo me hubiera entretenido con muñecos hinchables. Pero los otros habían sido unos críos, unos muchachos imberbes, mientras que él era todo un hombre. La diferencia era palpable en todos los sentidos.

Me percaté de que, aparte de estar agarrándome el trasero, no había hecho ningún otro movimiento. Que estaba esperando.

Noté su duro pene contra mi centro. Me apreté contra él, necesitando más. Dios, qué gusto. Él y yo juntos. Toda la sangre de mis venas y mis sentidos parecieron centrarse en el punto en el que casi estábamos unidos. De no haber sido por su bañador y mi ropa interior, en ese momento nos habríamos encontrado en una posición mucho más placentera.

—Puede que haber saltado completamente vestida no haya sido tan buena idea —comenté.

—¿No?

—Aunque ya es demasiado tarde para preocuparse.

—Cierto.

Lo besé con fuerza, de forma exigente, y él respondió agregando su propia necesidad. Nuestros labios se abrieron, nuestras lenguas se buscaron. Ese hombre elevaba mis ansias a cotas insospechadas. Quería, no, necesitaba, su boca, su ardor y su pene en lo más profundo de mi ser. Sus dedos se clavaron en mis nalgas instándome a que me apretara aún más. Nuestras lenguas se

enredaron. Dejé escapar un gemido. Besar lo ahora me resultaba tan natural, ese dar y recibir, nuestro mutuo deseo. Se volvía cada vez mejor, crecía con cada beso. Esa boca estaba hecha para la mía, nuestros cuerpos se ajustaban a la perfección.

—Frótate contra mí. —Me mordisqueó el cuello, el hombro—. Muéstrame cuánto lo deseas, Adele.

Su glándula presionó contra mi centro, contrayéndome la vagina. Como siguiera así, alcanzaría el orgasmo yo sola. Sexo sin penetración en la piscina. O mejor dicho, sexo «mojado» sin penetración en la piscina. Lo que fuera. El caso es que estaba en la gloria. Habíamos dejado de lado las preocupaciones e inhibiciones. Solo había cabida para aquella lujuria en estado puro.

—Podíamos haber estado haciendo esto todo el día. —Solté un suspiro—. Soy una completa idiota.

Pete se rio, su pecho reverberó contra el mío.

—No lo eres, preciosa. Teníamos que resolver algunas cosas.

Arquee el cuello para darle mejor acceso. Sus mordiscos me enardecieron aún más.

—Además —continuó en un murmullo—, esas horas de sueño te van a venir muy bien. Te espera una noche de lo más ocupada.

—¿Oh?

—Pero no en la piscina ni en el puto suelo. Esta vez vamos a tomárnoslo con calma y vamos a hacer las cosas bien.

—¿Y eso no incluye sexo en la piscina?

—En la cama es mucho mejor —dijo, llevándome hacia las escaleras—. Sal.

Desgraciadamente, muy a mi pesar, me bajó. Nada más salir de la piscina, noté la tela húmeda pegada al cuerpo. Iba goteando. Me bajé la cremallera y me quité el vestido, que cayó al suelo con un sonoro «plas». Pete se quitó el bañador y descubrió la longitud de su miembro. Por lo visto, el agua fría no tenía ningún efecto en él. O al menos no era rival para mi movimiento de pelvis. Gracias a Dios, los árboles, la distancia, la tenue luz del anochecer y una valla nos mantenían a salvo de la vista del vecino. Aunque decidí seguir con la ropa interior empapada puesta. Pete había visto mis muslos y mi tripa antes, pero un trozo de tela no le haría ningún daño a mi confianza.

—Nada de ropa mojada en la casa —dijo con voz baja y áspera—. Quítatelo

todo.

—Pero si ya he entrado otras veces en bikini.

—Es una nueva regla. —Agarró una toalla, se secó con un par de movimientos, la hizo un lado y se sujetó el pene—. Ahora, por favor.

—Pensaba que querías tomártelo con calma.

—Estoy esperando.

Puto mandón. Me desabroché la parte trasera del sujetador y me bajé las tiras de los hombros para liberar los pechos y los pezones, que ya tenía enhiestos. Y todo eso bajo su atenta mirada. Después, agarré la cinturilla de las bragas, me deshice de la última prenda que llevaba y la tiré al suelo. Puede que Pete hubiera estado dentro de mí, pero estar ahí desnuda, delante de él, seguía resultándome incómodo. Sin embargo, al ver aquella ardiente mirada recorriéndome de arriba abajo, ignoré el impulso de cubrirme con las manos, o incluso de taparme con una toalla.

—Gracias —dijo simple y llanamente.

Entonces se acercó y me agarró de la mano para llevarme dentro. Nos dirigimos directamente a las puertas francesas abiertas que daban a su dormitorio. En el techo, el ventilador se movía en círculos lentos. Las sábanas aún estaban revueltas. La cama de Pete. Todavía tenía la sensación de estar en terreno vedado. Un lugar mítico y legendario. Aunque tal vez solo lo fuera en mis fantasías eróticas. Se detuvo a mi espalda y deslizó las manos por mi cintura mientras alineaba la polla en la hendidura de mis glúteos.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí.

Bajó una mano hasta los pliegues de mi sexo, me acarició con suavidad y logró que volviera a humedecerme. Con la otra se dedicó a jugar con un pezón, frotando sobre él con el pulgar una y otra vez. Me apoyé en él, buscando la curva de sus caderas y el comienzo de la suave redondez de su trasero. Mi cuerpo parecía relajarse y tensarse a la vez. Como si quisiera derretirme allí mismo y trepar sobre él como un mono. Sin embargo, lo que hice fue separar más las piernas para que sus dedos tuvieran mejor acceso a mis labios vaginales. Si le diera la más mínima oportunidad, sería capaz de jugar conmigo hasta volverme loca. Afianzó el brazo sobre mi pelvis y hundió los dedos en mi interior, penetrándome con ellos. El placer hizo que me pusiera de puntillas. Y

ese pulgar jugando con mi clítoris...

—Te tengo —dijo, rozando con los dientes el lóbulo de mi oreja. Me retorcí sobre sus dedos, apretando los músculos de la pierna todo lo que pude—. No tienes ni idea de las ganas que tengo de follarte.

—Pues hazlo.

—Primero tienes que correrte.

Me molestó verlo tan tranquilo y controlado. Alargué la mano y agarré su gruesa polla, acariciándola. El gruñido que soltó hizo que me hirviera la sangre. Quería poner a ese hombre de rodillas, poseerle del mismo modo que él hacía conmigo, lo supiera o no. Pero lo que más necesitaba en ese instante era saborearlo.

—Espera —dije, intentando zafarme de su agarre—. Quiero...

—¿Qué quieres, preciosa? Dímelo.

Aproveché que apartó las manos para darme la vuelta. Su boca cubrió la mía, dándome un beso ardiente, húmedo y apasionado, logrando que apenas pudiera pensar con claridad. Pero era una mujer con una misión muy importante. Rompí el beso y me arrodillé, agarrándole el miembro. El glande era de un intenso púrpura; las venas se marcaban por toda su longitud. Era un pene bonito. Bastante impresionante. No tan largo como para entrar en el plano del dolor, pero sí con un buen grosor. Lo suficiente como para que necesitara un poco de práctica antes de poder rodearlo por completo con los labios. Me di cuenta de que, de repente, Pete se había quedado completamente quieto. Supongo que ahora tenía toda su atención.

Sujeté su pene con firmeza y lamí una gota de líquido preseminal antes de recorrerlo con la lengua desde la punta hasta la base. Los dos podíamos jugar a ese juego. Me metí el glande en la boca y empecé a succionar con suavidad para ir tragando poco a poco. Noté sus dedos apartándome el pelo de la cara. Estaba claro que le gustaba mirar. Abrió un poco las piernas, para acomodar la postura, mientras respiraba con fuerza, bajando y subiendo el pecho ostensiblemente. Podía sentir sus ojos clavados en mí, su absoluta concentración.

Con la mano libre le acaricié el muslo y la cadera. La sensación de aquella cálida piel sobre mis dedos era perfecta. Profundicé la succión, antes de sacarla por completo, arañando ligeramente con los dientes el envés. Usé la mano libre para acunarle los testículos y rodearlos antes de tirar de ellos un poco.

—Joder —murmuró.

Clavé la punta de la lengua en la sensible zona del borde de la corona. En ningún momento dejé de acariciarlo, dándole a su pene el trato que merecía. No me iba a dejar ningún truco en la manga. Cualquier cosa con tal de tenerlo excitado y al borde del orgasmo, tal y como él hacía conmigo. Al notar otra gota de líquido preseminal gemí. La vibración hizo que su polla se hinchara aún más, palpitando en mi lengua.

—Jesús, Adele, espera.

—¿Mmm? —Lo miré parpadeando, lamiéndome los labios—. Todavía no he terminado.

Me agarró de los brazos, me obligó a ponerme de pie y me apoyó contra el colchón.

—Preciosa, esto se te da de lujo y te juro que estoy deseando correrme en tu boca, pero después. Ahora te quiero en la cama.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado —me corrigió él—. Ahora, tumbate sobre el colchón.

Me eché hacia atrás, pero no fui lo suficientemente rápida, pues me asió de los tobillos y los separó para dejar espacio para su cuerpo. Después, se subió encima de mí, lo que hizo que fuera consciente del intenso calor que emanaba su cuerpo. Deslicé las manos por sus brazos, le acaricié el cuello y le desordené el pelo. No me cansaba de tocarlo. Ni me cansaría en una buena cantidad de años.

—Mírame —me dijo con voz grave y exigente.

—Eso hago. Eres magnífico.

Me sonrió y me besó. Un beso un poco húmedo y muy, muy voraz. Su pene descansaba sobre mí, suave como la seda, pero a la vez tan duro como el acero, haciendo que mi útero llorara y se contrajera de deseo. Lo rodeé con las piernas instándole a que se pegara más a mí. Sabía que había dicho que nos lo tomáramos con calma, pero habíamos superado esa fase.

—Oye —dijo—. Necesito saber si quieres que use o no preservativo. Lo que quieras me parece bien.

Oh.

—Ambos estamos limpios y yo estoy tomando la píldora.

—Sí. Claro que sí.

Asentí y rodé con él, tumbándolo sobre su espalda. Evidentemente, él me

dejó. Dudaba que pudiera hacer que se moviera lo más mínimo sin su permiso. Me senté a horcajadas sobre él y me incliné hacia delante mientras apoyaba mi peso sobre una mano y con la otra lo guiaba hacia mi entrada. Luego me hundí despacio, muy despacio, sintiendo todo su grosor en mi interior. Me quedé sin aliento, cerré los ojos. No existía nada más que esa cama. No me importaba nada más que la sensación de todo lo que él tuviera que ofrecerme y lo que yo le diera a cambio. Cuando estuve apoyada del todo en su pelvis, abrí los ojos y me apreté los pechos. Era demasiado consciente de cada centímetro de mi cuerpo. Todas mis terminaciones nerviosas parecían bullir de placer y anticipación.

—Qué bien me siento. —Sonreí.

—Y esas son mías. —Reemplazó mis manos con las suyas y empezó a jugar con los pezones—. Cabálgame.

Como si necesitara su permiso. Elevé y bajé las caderas, aumentando el ritmo gradualmente. Aunque no tenía ninguna prisa. Ahora que lo tenía dentro de mí, solo quería disfrutar de aquella sensación. De la forma en que su pene se deslizaba dentro y fuera de mí, de aquella fricción perfecta. Pete se recostó por completo en el colchón, ofreciendo una visión soberbia sobre las arrugadas sábanas blancas. Necesitaba verlo así, tenerlo. Su mirada se oscureció, se le dilataron las pupilas hasta el punto de que casi desapareció el iris azul grisáceo de sus ojos.

En el pasado había sido una cría enamorada hasta las trancas que, en plena locura adolescente, enseñó los pechos a un hombre que estaba fuera de su alcance; un gesto que solo podía terminar en rechazo y vergüenza. Pero ahora ahí estaba, montándolo, haciéndolo mío por completo.

El orgasmo fue acrecentándose poco a poco, consolidándose entre mis caderas. Formando una opresión que intensificaba mi sensibilidad hasta que lo único que me importó fue alcanzar la liberación. Sus manos guiaron mi cintura, instándome a ir más deprisa, a cabalgarlo con más dureza. El dormitorio se llenó de sonidos húmedos y el aire de la noche se impregnó del aroma a almizcle del sexo.

—Eso es —murmuró—. Esto es increíble.

De pronto me dio un cachete en la nalga con la palma de la mano. Una punzada de dolor me recorrió por entero. Una y otra vez. Grité, embistiendo contra él, corriéndome como nunca. Todo en mi interior se contrajo antes de

explotar y lanzarme a la completa oscuridad. Aquello era hermoso... y aterrador... y mucho más.

Sus fuertes manos me agarraron y Pete se arqueó debajo de mí para penetrarme hasta el fondo. Entonces gimió y se vació en mí. Yo no pude hacer otra cosa que desplomarme sobre su pecho, como si mis huesos se hubieran transformado en gelatina. Tenía la piel perlada de sudor y los pulmones a punto de colapsar. Me rodeó con sus brazos, lo que me vino tremendamente bien. Alguien tenía que mantenerme unida antes de que me deshiciera en pedazos.

Al cabo de un rato, Pete levantó la cabeza mientras me acariciaba el trasero.

—Vaya, Adele, tienes el trasero todo rosa. Solo el lado derecho. Mi lado derecho, no el tuyo.

—Lo sé, gracias —dije con la voz amortiguada contra su pecho—. Y lo noto.

—Solo era una observación.

—No eres nada gracioso.

—Claro que sí.

Ahora fue él el que nos dio la vuelta, recuperando su anterior posición encima. Luego empezó a besarme, suavemente y con dulzura al principio y después con ardientes y prolongados besos que hicieron que la cabeza me diera vueltas. Volví a perder el aliento y tuve que aferrarme con fuerza a sus hombros. Entonces salió de mí. No me gusto que abandonara mi cuerpo, la sensación de perderlo. Aunque si era sincera, a mi vagina no le vino mal el descanso. La noche anterior había sido bastante intensa y esa noche tampoco nos habíamos tomado las cosas con calma.

Se tumbó a mi lado y sonrió. A decir verdad, se le veía contento.

—Gracias por quedarte.

—De nada.

Lunes

Dormí hasta casi el mediodía del día siguiente. Estaba claro que había entrado en modo «vacaciones eróticas», que era mucho mejor que el de «vacaciones normales». Con todas esas hormonas de la felicidad inundando mi cuerpo. El arrebató del amor y todo ese rollo.

Después de la cama, Pete me había hecho el amor contra la pared de la ducha. Luego me desperté al amanecer sintiendo su dura erección penetrándome desde detrás. Hacer la postura de la cucharita con Pete estuvo muy bien y trajo todo tipo de beneficios, como que jugueteara con mis pechos antes de continuar acariciándome hacia abajo para asegurarse de que estaba húmeda y lista. Cuando terminamos, él se fue a trabajar y yo seguí durmiendo. Podía decirse que estaba teniendo una jornada absolutamente increíble y apenas era mediodía.

Pete llegó al atardecer, cuando el sol desaparecía bajo las colinas y el ambiente refrescaba un poco. En ese momento yo estaba comprobando lo que había en el frigorífico.

—Cariño, ya estás en casa —dije con una sonrisa.

—Hola. —Esbozó una ligera sonrisa y me dio un rápido beso en la mejilla. Olía a sudor y a serrín—. ¿Qué haces?

—Estaba pensando que hoy me toca a mí preparar la cena.

—Ajá.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Bien. —Se llenó un vaso de agua y se lo bebió de un trago—. No te preocupes por la cena. Seguro que enseguida preparo algo.

—No me parece justo que tengas que hacerlo todo tú. —Se quedó mirando el porche trasero. No parecía muy convencido—. Por cierto, tu diseño de cocina es mucho mejor que mis ideas —afirmé. Me negaba a dejarme llevar por el desánimo—. Esta isla tan grande es muy útil.

—Gracias.

—Me había planteado hacer el papel de ama de casa de los cincuenta. Ya sabes, recibirte en la puerta vestida de forma elegante, con tus zapatillas de estar

por casa en la mano y un Martini en la otra.

Aquel comentario hizo que me ganara otra rápida sonrisa.

—Con el bikini basta.

—He estado nadando antes. El agua está estupenda. ¿Quieres darte un chapuzón?

Me miró con el ceño fruncido.

—Puede que más tarde.

—De acuerdo.

Notaba algo raro en el ambiente. Una vibración en la que no confiaba. Eso de que evitara mirarme a los ojos y que fuera tan parco en palabras... Tal vez había tenido un día duro y necesitaba un poco de tiempo para desconectar. O quizá solo se trataba de uno de sus putos cambios de humor y de opinión. «No. No saques conclusiones precipitadas. No pasa nada».

—¿Te traigo una cerveza? —pregunté.

Se limitó a negar con la cabeza. Decidí sentarme en el sofá y encendí la televisión. En un canal de cine estaban poniendo *El castillo*, una conocida comedia australiana y un clásico donde los hubiera. Al cabo de un minuto, Pete se dejó caer en el otro extremo del sofá. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Puedes bajar un poco el volumen, por favor?

—Por supuesto —repuse yo.

Exhaló, pasándose las manos por el pelo.

—¿Te importa si miro los resultados del críquet un momento?

—Sin problema.

Le pasé el mando a distancia, pues no tenía ni idea de en qué canal podía estar. Puede que fuera uno de los deportes favoritos del país, pero a mí nunca me había atraído especialmente. Cambié de posición, acurrucándome con un cojín. Él, por su parte, se dedicó a mirar la pantalla con el mismo ceño fruncido de antes.

—¿Pasa algo? —inquirí por fin.

Suavizó la expresión.

—Es solo que...

Esperé.

—Supongo que estoy acostumbrado a tener toda la casa para mí cuando llego

del trabajo.

—Oh.

—Normalmente, las mujeres solo se quedan una noche —informó, con la vista clavada en la televisión.

Así que estábamos en una de esas situaciones de «follamos y luego cada uno por su lado». «Bien, bueno es saberlo». Y eso después de haber insistido en que me quedara. Qué curioso que esto surgiera ahora, justo después de que empezáramos a dormir juntos. En ese momento no me sentía precisamente bienvenida.

—Mira —dije—, creo que te voy a dejar un poco de espacio y voy a salir un rato, a cenar y tomar algo.

—¿Qué? —Volvió la cabeza hacia mí al instante—. No... Adele.

—No pasa nada.

—No, no tienes que hacer eso.

—Seguro que a ambos nos viene bien estar un rato solos para aclarar nuestras ideas. —Sonreí—. Nada del otro mundo.

Me puse de pie y me coloqué el bikini para asegurarme de que no enseñara más de lo debido. Después apoyé una rodilla en el sofá y le di un beso en la frente.

—Voy a cambiarme. Estaré fuera al menos un par de horas —dije—. Así estarás un rato tranquilo.

Me agarró, tiró de mí y me colocó en su regazo. Estaba sentada a horcajadas sobre él, mirándolo cara a cara. Sus hermosos ojos delataron que en ese momento por su mente cruzaban un sinfín de pensamientos.

—No tienes que irte.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que eso es precisamente lo que tengo que hacer?

Apretó los labios.

—No quiero que salgas sola.

—Nunca lo llevaste bien, ¿verdad? De modo que no quieres que salga sola, pero ahora tampoco te apetece tenerme muy cerca.

Nada.

—¿Qué respondes, Pete? —Simplemente me miró—. Porque quiero ayudarte a que tomes las decisiones adecuadas.

—¿Que quieres ayudarme a que tome las decisiones adecuadas? —farfulló él —. ¿Qué soy? ¿Un crío de cinco años?

Me encogí de hombros.

—No quieres tu juguete, pero tampoco quieres que lo tenga nadie más. ¿Te parece eso muy maduro?

—Adele, no eres ningún juguete. —Me abrazó con fuerza, atrayéndome contra él—. Yo solo...

Apoyé la cabeza sobre su hombro, esperando.

—Tienes razón, no estoy siendo muy coherente. —Me acarició la espalda nervioso, recorriendo mi columna vertebral, intentando apaciguarme—. Me ha pillado un poco desprevenido encontrarte tan cómoda en mi casa. Me he sentido desconcertado un instante, eso es todo.

Me quedé callada.

—Y lo que es peor, era como si pertenecieras a este lugar —continuó en voz baja—. Aunque en cierta forma también es tu casa. Fuiste tú la que tuvo la idea. Todavía guardo tus bocetos en el despacho. ¿Te acuerdas de todas las horas que pasamos pensando en el diseño?

—Ambos la imaginamos juntos.

—Sí, lo hicimos.

Silencio.

Siguió acariciándome los brazos, los hombros. Dedos callosos tocando suavemente mi piel, reconfortándonos tanto a él como a mí.

—Guardo las distancias con las mujeres con las que mantengo alguna relación. Así soy yo.

—Mmm.

—El problema es que tú llevas fatal lo de los límites.

—Solo cuando se trata de ti.

—Y cada vez que pienso en que te puedes ir, te juro que estoy a punto de tener un puto ataque al corazón. Lo odio.

—Entonces, ¿cuál es tu respuesta?

—Te quedas donde estás y me das una oportunidad para acostumbrarme a esto. —Sus dedos subieron hasta mi cuello y me lo masajeó. Sentí el fuerte latido de su corazón contra mi pecho—. Quiero acostumbrarme a esto.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió tajante, con total confianza—. Aunque debería darme una ducha. Llevo todo el día de un lado para otro y debo de oler fatal.

—No creo que todavía estemos listos para separarnos. —Lo besé en el cuello—. Además, me gustas como estás.

Me agarró con más fuerza. Una respuesta que fue más que suficiente. Nos quedamos sentados durante horas, acurrucados y viendo la televisión. Como solían hacer las parejas normales. Después de nuestra conversación, ya no me molestaron tanto sus ocasionales cambios de canal para ver cómo iban los resultados del críquet. Y conforme la noche fue avanzando y *El castillo* llegaba al clímax, fue haciéndolo cada vez menos.

Martes

El estridente sonido del teléfono nos despertó a eso de las cuatro de la madrugada. Pete busco a tientas en la oscuridad el móvil en la mesita de noche.

—Hola... Madre mía, ¿está bien? —La voz al otro lado de la línea continuó, incrementando con cada palabra el gesto de preocupación de Pete—. Por supuesto. Si hay algo que podamos hacer, por favor dínoslo... Muy bien. Gracias por contármelo.

Ya completamente despierta, me senté y encendí la lámpara.

—¿Qué pasa?

—Helga ha sufrido un ataque al corazón —me explicó, incorporándose y apoyándose contra el cabecero—. Madre mía —repitió.

Me estremecí por dentro. Helga llevaba tanto tiempo trabajando para mi padre que se había convertido en una parte inamovible de su mundo. Que le pudiera pasar algo desafiaba el orden natural de las cosas.

—¿Se va a poner bien?

—Creen que sí —respondió—. Por lo menos ahora mismo está fuera de peligro. Pero ha debido de ser grave. Su hija estaba devastada. —Le toqué la rodilla con la mano, intentando reconfortarlo. Su rostro normalmente bronceado estaba pálido a la tenue luz de la lámpara—. Me he quedado de piedra. Esta mañana en la oficina estaba perfectamente bien... Me refiero a ayer por la mañana. —Se le veía consternado—. Estaba liada con todo el papeleo del proyecto Toohey.

Incluso a mí me costaba asimilarlo.

—Helga lleva con papá desde que empezó.

—Me sabe fatal molestarlo durante su luna de miel —se quejó Pete, antes de soltar un suspiro de resignación—. Pero será mejor que lo llame. Helga es como de la familia.

—Sí, mi padre querrá saberlo. —Me bajé de la cama, intentando poner en orden mis pensamientos—. ¿Quieres ir al hospital?

—Parece que toda su familia ya está allí. —Hizo un gesto de negación con la

cabeza—. Y está aislada en la zona de recuperación. Solo seríamos un estorbo.

—De acuerdo. ¿Te apetece un café?

—Sí, por favor.

—¿Qué te parece si me meto en Internet y hago que le manden unas flores al hospital lo antes posible? —pregunté. Necesitaba hacer algo más—. ¿Está en Nambour?

Pete asintió, como si le aliviara ver que al menos había algo de lo que sí podíamos encargarnos.

—Eso estaría fenomenal. Gracias. —Frunció el ceño—. Necesitará un tiempo para recuperarse. Es un asco tener que pensar en eso ahora, pero siempre ha sido una pieza fundamental en el trabajo y dudo que vaya a volver en breve.

—Puedo echaros una mano en la oficina estos días —me ofrecí—. Al menos hasta que podáis contratar a alguien de forma temporal y se organice un poco.

Esbozó una leve sonrisa y me colocó una mano en la nuca para atraerme hacía él y darme un beso.

—Gracias, preciosa.

El cariño que vi en sus ojos y la dulce curva de su sonrisa me desarmaron por completo. Casi estuve a punto de decirle que lo quería. De dar un paso al frente y exponer mi estúpido corazón. Necesitaba contener la lengua.

En su lugar le devolví la sonrisa y dije:

—No me las des. No me cuesta nada.

Capítulo 11

Hace siete años

—¿Sabes, Pete? Nunca he sido una gran forofa de tus novias.

—Me dejas muy sorprendido —dijo con tono monótono—. Aunque siempre tuve la sensación de que escondías algo detrás de esa adulación y todas esas cosas bonitas que decías sobre ellas.

Hice caso omiso de su sarcasmo.

—Pero esta... ¿Cómo has dicho que se llama?

Pete sonrió, ofreciendo un perfil perfecto mientras el sol se ponía sobre el océano.

—Serena.

—Eso, Serena. —Lo grabé a fuego en mi memoria—. Pues Serena tiene la mayor cara de asco que he visto en mi vida.

Se echó a reír y me tiró un poco de arena con el pie. Estábamos dando un paseo por la playa de Mooloolaba, con los zapatos en la mano, sintiendo la cálida arena bajo los pies y la fresca brisa que provenía del agua. Uno de esos momentos tranquilos. La cita de Pete, mientras tanto, estaba sentada en uno de los bares de moda de la playa, con un vodka con tónica, leyendo la revista *Vogue* e intercambiando mensajes con alguien desde su teléfono. No quería que se le rayara la pedicura. Lo que por lo visto hacía la arena.

—No seas mala —dijo él.

Me encogí de hombros.

—Solo estoy constatando un hecho. En el momento en que lo declaren deporte olímpico, tiene la gloria asegurada. Se va a llevar todas las putas medallas de oro.

—Esa boca.

—Ya tengo dieciocho. —Puse los ojos en blanco—. ¿No se te ocurrió preguntarle si le gustaba la playa antes de traerla aquí para una cita?

—¿A quién no le gusta tomarse algo al lado del agua y pasear por la playa?

—Por lo que parece, a Serena.

—Pensé que sería romántico. —En cuanto me vio reír, preguntó—: ¿Qué? — Y encima tuvo el descaro de parecer ofendido.

—Oh, por favor. Me estás contando una patraña. Si de verdad querías ser romántico con ella no me habrías traído. —Negué con la cabeza—. Te has cansado de ella, reconócelo. No volveré a ver a Serena.

Alzó un hombro.

—Tiene unos gustos muy caros. Pero es simpática.

—No es simpática. Está buena, que es diferente.

No respondió.

—¿Alguna vez has pensado en salir con alguien con quien de verdad te apetezca estar fuera de la cama? ¿Con quien te lo pases bien con la ropa puesta? —Fui hacia la orilla en busca de conchas. Pequeñas olas rompían en ella y me mojaban los pies—. Oh, el agua está estupenda. ¿A que no te atreves a meterte?

—¿Qué? —Una ligera arruga apareció en su frente—. Tengo los *jeans* y la camiseta puestos. No voy a entrar.

—Es un reto, Pete. No puedes rechazarlo.

—Claro que puedo.

—Siete años de mal sexo.

—No hables de sexo —gruñó—. Todavía estoy asimilando que ya tienes la edad legal para beber.

—Doble reto.

—Pequeña.

Me adentré un poco más en el mar, dando patadas al agua para salpicarlo. Al ver que no era suficiente, ahuequé las manos para mojarle como Dios mandaba.

—Deja de ser tan superficial, Pete. Y vente conmigo a las profundidades.

—Te estás empapando el vestido y está viniendo una ola.

—No me importa. Me estoy divirtiendo.

—Adele. —Avanzó unos pasos; los suficientes para mojarse la parte inferior de los *jeans*. Después me hizo un gesto con la mano para que fuera hacia él. Pero me fijé en que estaba sonriendo; señal de que también se lo estaba pasando bien —. Venga, no hagas el loco.

Lo salpiqué un poco más y, efectivamente, al cabo de un instante una ola me alcanzó, haciendo que la falda hasta las rodillas del vestido de algodón amarillo que llevaba se me pegara a los muslos y al trasero. ¿Pero qué narices? Me caí de espaldas (podéis imaginaros la elegancia con la que me zambullí). Cuando logré salir a la superficie, farfullando, me lo encontré riendo, con una sonrisa de oreja a oreja. La mejor imagen que el mundo podía ofrecermé.

—¿Estás contenta? —preguntó, ahora con el agua llegándole hasta las rodillas.

—Casi. —Con mechones de pelo colgando alrededor de mi cara como si fuera un monstruo marino y empapada de la cabeza a los pies, me abalancé sobre él y le di un abrazo de cuerpo entero—. Ah, ¿no es estupendo?

—Sí, fantástico —repuso él—. Gracias.

Entonces me hizo la mujer más feliz del planeta y se quitó la camiseta azul marino. Dios, tenía un cuerpo de infarto. Músculos esculpidos. Digno de mirar.

—Ven aquí —dijo—. Pequeña, tu vestido... Anda, ponte esto.

—¡Ups! —Me puse a reír. El agua había hecho que el vestido se me transparentara un poco. Pete negó con la cabeza—. Pero ya estás mojado. Podrías meterte un rato.

Y eso fue lo que hizo, tirándome hacia la siguiente ola antes de zambullirse en ella.

Martes... en la actualidad

—¿Cómo lo llevas?

—¿Quieres la respuesta sincera o la fácil? —pregunté.

Pete ni siquiera pestañeó.

—La sincera. Siempre.

—Bueno, hasta donde puedo decir, los archivos de Helga se basan en una especie de sistema numerológico místico que se remonta al principio de los tiempos —dije con la vista clavada en la pantalla del ordenador. Era alrededor del mediodía, pero llevar allí desde bien temprano y todas las tazas de café que me había tomado me habían pasado factura—. Es posible que tengamos que acudir a *La clave de Salomón* para resolverlo. Eso, o a los *Manuscritos del mar Muerto*. Aunque todavía no estoy muy segura. En realidad, todo está aquí, lo sé. Pero todavía no he podido encontrar la mitad. —Pete se quedó callado—. Lo resolveré —dije, decidida.

—Sé que lo harás.

Le sonreí brevemente.

—Tus mensajes están en el escritorio, y también tengo como un billón de preguntas para cuando tengas un minuto.

—De acuerdo. —Apoyó los codos en la parte más alta del mostrador de recepción—. ¿Alguien te ha molestado?

—¿Qué? —Tardé unos segundos en darme de cuenta de a qué se refería—. ¿Por el incidente de las tetas de hace tanto tiempo?

—Sí.

Alcé un hombro.

—No, solo un par de miradas divertidas. Lo previsible.

—Avísame si va a más.

—Muy bien.

Solo Dios sabía la cantidad de chismes que podrían circular si la gente se enterara de que estábamos juntos. Si es que estábamos juntos, claro estaba. Algo éramos, aunque no sabía muy bien qué. Bueno, cada cosa a su tiempo.

—Voy a hacer un par de llamadas y luego responderé a tus preguntas —dijo, de camino a su despacho.

Seguro que era un error comerse al jefe con los ojos, pero el polo de la compañía, los pantalones cargo y las botas de punta de acero le quedaban de muerte. En serio.

—¡Adele! —gritó casi en cuanto entró en su despacho—. Ven aquí, por favor.

Puse el teléfono en modo buzón de voz y me alisé el vestido negro de algodón *fit & flare* estilo retro. Cuando hice la maleta, no estaba pensando precisamente en meter ropa de trabajo. Además, necesitaba hacer la colada. Podía parecer un poco informal, pero con las sandalias, un brazalete de plata y la elegante coleta, me atrevo a decir que se me veía bien. Incluso competente. No como para enfrentarme al indescifrable reino de información de Helga, pero sí como para parecer que tenía una idea de lo que hacía.

Al detenerme en el umbral de la puerta, Pete levantó la vista sentado ante su escritorio.

—¿Ha llamado Leona?

—Sí.

Simplemente se me quedó mirando.

—No he sido borde ni nada parecido, si eso es lo que te preocupa —indicé—. Creo que ni siquiera se ha dado cuenta de que era yo. Supongo que porque no esperaba que fuera yo la que contestara el teléfono.

—¿Qué ha dicho?

—Solo que quiere hablar contigo.

Había dejado las gafas de sol, la tableta y otras cuantas cosas en un lado del escritorio. La verdad es que era bastante limpio y ordenado. Su despacho era bastante sencillo, con muebles de aspecto robusto y una estantería llena de archivos. Y en ese momento estaba sentado en su silla de oficina, mirándome.

—¿Qué? —pregunté.

—Cierra la puerta.

Fruncí el ceño, pero hice lo que me pedía.

—Echa el pestillo.

—Mira, los dos estamos muy liados —dije—. Si tenemos que hablar de esto, ¿no podemos hacerlo después, por favor?

Se levantó de la silla y rodeó el escritorio.

—Estás estresada.

—Tengo un montón de cosas que hacer. —Me crucé de brazos—. Y me gustaría tener todo organizado y listo para cuando venga la persona sustituta.

Pasó por delante de mí y echó el pestillo.

—¿Te molesta que haya llamado? —quiso saber.

Me encogí de hombros.

—¿Le devolverás la llamada? —pregunté yo.

—Responde a mi pregunta.

—Responde tú a la mía —dije con un tono cada vez más duro.

Me miró a los ojos como si fuera capaz de leerme la mente o algo por el estilo. Dios, esperaba que no pudiera.

—En la boda me dijo que te llamaría después de unos días —expliqué—. Así que no me ha sorprendido.

—Eso no me dice cómo te sientes.

—Y nada de esto me dice si vas a devolverle o no la llamada.

—Vaya una actitud que está mostrando mi nueva empleada —dijo con gesto neutro. Inexpresivo.

—Contesta a la pregunta, Pete. —Empezaba a sentirme demasiado frustrada. Cerré las manos formando sendos puños—. ¿Y bien?

No dijo nada.

—¿Por qué te estás comportando como un gilipollas con respecto a este asunto?

Él alzó la barbilla.

—¿Le hablas a tu jefe con esa boca?

—Le chupo la polla con esta boca.

Por un momento, cerró los ojos y se humedeció los labios.

—Caray, eres una mocosa muy difícil.

—¿No estoy cualificada para el trabajo? Qué lástima.

—Oh, preciosa —dijo, invadiendo mi espacio personal con una especie de oscura advertencia en su mirada—. No tienes ni idea.

Su boca se apoderó de la mía, su lengua exigiendo entrar. Por supuesto que le di permiso, siempre se lo daría. No podía hacer otra cosa. A pesar de la distracción que había supuesto la llamada de Leona, el sistema numérico de Helga y cualquier otro asunto que estuviera estresando mi mente, solo había

espacio para él. Nuestros dientes chocaron, las lenguas se enredaron, inclinamos las cabezas para tener mejor acceso el uno al otro. Me besó hasta dejarme sin aliento, aplastando todas las dudas y temores que ni siquiera sabía que tenía. Me sostuvo la cara con las manos. Luego las deslizó por mi cuello, seguidas de su ardiente boca. Con una mano me agarró de la nuca mientras que con la otra tiró del tirante del vestido, allanando el camino para sus excitantes besos. Me masajeó los pechos por encima de la tela, succionado con su boca. Le tiré del pelo, atrayéndolo contra mí. En lo referente a hacerlo en el trabajo, era mi primera vez y estaba siendo memorable.

Hasta que alguien llamó a la puerta y ambos nos quedamos petrificados.

—Jefe, ¿estás dentro? —preguntó una voz.

—¿Qué pasa?

—Tengo una duda con respecto al trabajo de Meriel.

—Estoy contigo dentro de cinco minutos, Neil —dijo Pete—. Estoy terminando de repasar unos detalles con Adele.

—Entendido. —Unos pasos pesados se alejaron de la puerta.

Con las manos en mi cintura, me llevó al interior del despacho.

—Inclínate sobre el escritorio. Va a ser rápido.

—¿Q... Qué?

—Ahora, por favor. —Me dio la vuelta, instándome con una mano en la espalda a que me inclinara sobre la mesa. Después noté que me subía la falda y me bajaba la ropa interior hasta las rodillas. Desde luego, no se andaba con tonterías.

—No irás en serio.

—¿Eso es un no? —preguntó, deteniéndose.

—Por supuesto que no. —Afiancé la postura—. Date prisa antes de que venga alguien más.

—Recuerda que solo estamos repasando. Tienes que estar callada.

Entonces me dio una palmada en una nalga y... Dios bendito. Tuve que morderme el labio para no gritar. Mis pechos se aplastaron contra el escritorio mientras mis pulmones luchaban por conseguir más oxígeno. Tensé todos los músculos de las piernas elevando el trasero en busca de más. Me dio otra palmada en la otra nalga, calentándome ambos glúteos. Seguro que ya los tenía rosas. ¿Qué tenía ese hombre con los azotes? Si no me provocaran tanto placer,

se hubiera enterado de lo que era bueno.

—Me encanta esta imagen, Adele.

Le habría replicado de forma sarcástica, pero había dejado atrás todo pensamiento coherente. No tenía palabras.

—¿Estás húmeda, preciosa?

—Mmm —asentí.

Pasó una mano por debajo de mi estómago, en busca del clítoris y los labios vaginales. Me los acarició con la punta de los dedos, excitándome aún más. Durante todo ese tiempo, no dejó de frotar su enhiesta erección, todavía dentro de la ropa, contra mí. Me penetró con dos dedos con suavidad, moviéndolos despacio. Pero no había tiempo para más juegos preliminares. En cuanto obtuvo una respuesta satisfactoria a mi buena predisposición, retrocedió y pude oír el sonido de la hebilla del cinturón y la cremallera de los pantalones.

Temblé de expectación. Imposible no hacerlo sabiendo lo que ahora sabía. Pete era extremadamente talentoso en esas lides. Aunque ahora no podía verle como me hubiera gustado, lo que me molestaba bastante. Ofrecía una imagen espléndida incluso medio desnudo. Pero en el ángulo en el que estaba no podía volverme lo suficiente para mirarlo. Me estaba perdiendo una visión espectacular. Aun así, a pesar de estar de cara al escritorio y sin poder mirar, saber lo que estaba a punto de hacerme también tuvo su punto de emoción.

El grueso glande pujó contra mi entrada. Alcé las caderas, buscándolo. Me penetró hasta el fondo con una dura estocada.

—Madre mía —murmuró—. Esto cada vez es mejor. No me extraña que no tenga suficiente de ti.

Retrocedió y embistió con más fuerza, sin darme tiempo a recuperar el aliento. Había enrollado mi coleta en un puño y me estaba follando a conciencia. Me vi abrumada por un mundo de sensaciones. Con esa postura, su polla hacía maravillas en mi interior, tocando un punto tremendamente sensible. Mis pechos golpeaban contra la mesa una y otra vez. Tenía la vagina en llamas. Sus caderas chocaban con mi trasero y tuve que morderme los labios para contener todos los gemidos y gruñidos que amenazaban con escapar de mi boca. Era cierto que teníamos que hablar de algunas cosas. Pero mientras tanto, el sexo duro, aquella sesión salvaje, estaba siendo un método perfecto de comunicación. Me puse de puntillas, empujando hacia atrás, tomando todo lo que él podía ofrecerme.

—Eso es —gruñó él.

Cuando extendió la mano para volver a alcanzarme el clítoris, supe que estaba perdida. Una caricia, dos...

—¡Pete! —grité. Esperaba que no muy alto.

Cerré los párpados, una plétora de estrellas explotó en mi interior. Mi cuerpo, mi mente. Toda yo estaba invadida por la euforia. Una oleada interminable de dicha que me arrasaba por dentro. Mi orgasmo desencadenó el suyo, sus caderas se estrellaron contra mí. Enterró su polla todo lo que pudo y me agarró con fuerza. Fue un momento perfecto.

Me acarició la espalda, los muslos desnudos. Después se retiró y oí los sonidos que hacía al vestirse. Tardé un minuto en encontrar la energía suficiente para despegarme de su escritorio. Cuando por fin lo hice, Pete ya me estaba subiendo la ropa interior y alisándome la falda.

—Nunca he tenido relaciones sexuales en el trabajo —dije, con la voz un poco áspera—. He oído que ese tipo de cosas no están muy bien vistas.

Me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia él.

—Esto era importante.

—Mmm.

Me besó en el cuello, en la mejilla.

—Y ahora dime, Adele. ¿Crees que voy a llamar a otras mujeres?

—Supongo que la respuesta es que no.

—Vaya que lo es. —Su voz retumbó en mi oído mientras me abrazaba con más fuerza—. Ella y yo hemos terminado. La otra noche le dije todo lo que tenía que decirle. ¿Estamos?

—Estamos.

—No te faltaría al respeto de ese modo.

Tragué saliva.

—Entendido.

—Bien —dijo él. Entonces frunció el ceño—. ¿Has mordido los documentos financieros que tenía encima de la mesa?

—Dijiste que tenía que estar callada.

Me dio la vuelta, estudiándome. Me frotó el labio inferior con el pulgar y me acarició la mejilla con los nudillos. Aproveché la oportunidad para peinarlo con los dedos, más que complacida con su aspecto desaliñado. En mi cabeza, sus

palabras no paraban de dar vueltas y vueltas. No iba a llamarla. No me faltaría al respeto de esa manera. Eso tenía que ser importante, significativo. Seguro que quería decir que era mío.

—Por cierto, hoy he hablado con la familia de Helga —dijo en voz baja—
Está estable, está mejorando.

—Me alegro. Estaba preocupada.

—Ahora se te ve mucho menos estresada. —Sonrió y me besó suavemente en los labios. En sus ojos brilló una especie de satisfacción masculina—. De hecho, se te ve muy bien follada.

—Ese ego, Pete.

—En absoluto. Es importante mostrarse orgulloso del trabajo bien hecho.

Sonreí.

—Y esta noche volveré a hacértelo —continuó en un ronco murmullo—. Aunque más despacio y de forma mucho más sonora.

Me humedecí los labios hinchados.

—¿Ah, sí? Estoy deseando que llegue el momento.

—Creo que deberíamos intercambiar anécdotas malas que hayamos tenido durante el sexo.

Pete levantó la vista de su filete y ensalada y enarcó una ceja.

—Ya sabes —continué—, como parte de nuestra fase de conocernos siendo adultos. —Hice una pausa para tomar un sorbo de vino. Bueno, puede que ya llevara unos cuantos vasos. Había tenido un día duro en todos los sentidos.

—Sinceramente, es la peor idea que he oído nunca.

—¿Qué? ¿Por qué?

Pete se limitó a seguir masticando.

—Una compañera de habitación me sorprendió haciéndolo. Rompí una cama. Mordí sin querer a un tipo y otro terminó con la espalda hecha polvo cuando intentábamos follar contra la pared —dije—. Tuve que llevar al pobre al hospital. —Pete dejó caer los cubiertos y se quedó mirando a la nada con gesto dolorido—. Te toca. —Sonreí de oreja a oreja.

—No, absolutamente no.

—¿Por qué no? —pregunté. O más bien gimoteé. Lo que fuera.

Levantó un dedo.

—En primer lugar, porque odio imaginarme a otro tocándote.

—¿Estás celoso? ¡Qué simpático!

La cara que puso dio a entender que no estaba muy de acuerdo.

—¿Cuáles son las otras razones?

—En segundo lugar —otro dedo se unió al primero—, eres mi mujer. Se supone que tengo que impresionarte para que creas que soy perfecto y que no hago nada mal. Ese es mi cometido aquí. No parecer un estúpido incompetente.

—Sí... el problema es que te conozco demasiado bien —dije—. ¿Te conformarías si te digo que creo que eres casi perfecto e increíblemente sensual?

Lo pensó durante un instante y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Eso me sirve.

—Pero sigo queriendo oír tus anécdotas.

—No te voy a contar nada. —Volvió a hacerse con los cubiertos y se terminó lo poco que le quedaba de comida en el plato—. ¿Sueles hablar de este tipo de cosas con otros hombres?

—No, por supuesto que no —respondí, arrugando la nariz—. Esta clase de anécdotas es embarazosa.

—Así que, básicamente, soy un privilegiado.

—Confío en ti. —Me encogí de hombros—. Y estoy acostumbrada a hablar contigo de prácticamente todo.

Pete negó con la cabeza.

—Nunca sabía qué decir cuando te quejabas de tu período.

—Es verdad, tu mirada adoptaba esa expresión... Yo creo que era pánico puro y duro. —Me eché a reír—. Qué buenos tiempos aquellos. —Me miró de forma severa—. ¿Te das cuenta de que solo lo hacía para tomarte el pelo?

—Sí, lo sé.

—Oh, por favor. Te encantaba cuando venía y ponía patas arriba tu mundo tan aburrido, serio y ordenado.

—Cierto. —Torció la comisura de la boca, formando el atisbo de una sonrisa—. Está bien. ¿Cómo rompiste la cama?

—Bueno, eso fue durante la universidad —señalé—. Era una de esas camas

individuales de pino y supongo que había tenido demasiada actividad para lo vieja que era. Algunas de las láminas del somier cedieron y el colchón cayó directamente al suelo, haciendo muchísimo ruido.

Su sonrisa se hizo más grande.

—¡Tu turno!

—No.

—Venga, solo una.

—Déjalo, Adele. No te voy a contar nada.

Le sonreí, él me sonrió y... mierda. Volvía a estar irremediablemente perdida. Los sentimientos eran lo peor.

—Te compré tarjetas de cumpleaños cada año y nunca te las envié —confesé—. ¿No te parece raro?

Suavizó la mirada.

—No, la verdad es que no.

—Todavía las tengo guardadas en una caja en mi habitación de casa.

—¿Escribiste algo en ellas?

—Sí. —Exhalé—. Ahí es donde están escondidos los poemas malos de los que te hablé.

—Tal vez podrías dármelas en algún momento.

Asentí levemente.

—Tal vez.

Silencio.

—¿Cómo mordiste a alguien sin querer? —inquirió con un tono de voz similar a como si acabara de confesarle que era una asesina.

—Ah, bueno...

—Fue en el pene, ¿verdad?

—Por supuesto. En cualquier otro sitio hubiera sido una nimiedad.

Entrecerró los ojos.

—Estábamos haciendo el tonto después de cenar en su casa —dije—. Me metí debajo de la mesa para hacerle una mamada, pero había menos espacio del que creí. Él se excitó, alzó la rodilla y me golpeó y...

—¡Ay!

—Si te soy sincera no fue tan malo —suspiré—. No hubo sangre ni nada parecido. Le pusimos hielo encima y la hinchazón fue bajando.

—Qué divertido —dijo secamente.

Me puse a reír. El estado de semiembriaguez en el que me encontraba provocó que me sumiera en una cómoda calidez. Entre eso y la compañía, había pocas cosas que no diría o haría. Pete siempre había sido muy peligroso para mí en todos los sentidos.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—¿Preferirías que tuviera un comportamiento más socialmente aceptable? Que fuera más educada y no dijera lo primero que se me pasara por la cabeza.

Negó con la cabeza una sola vez.

—Rotundamente no.

Me quedé callada.

Sin decir una palabra, Pete se levantó de la silla y rodeó la mesa. Fuera, en la noche, un búho ululó desde las sombras de un árbol cercano. En el suelo, las velas de cítricos expedían finas columnas de humo que proyectaban sombras en el porche. Otra noche de verano perfecta. Sin embargo, algo en mi interior hacía que no me sintiera cómoda, que estuviera inquieta. Como si al contar todas esas tonterías me hubiera expuesto demasiado. No hay nada peor que dejar al descubierto todas tus inseguridades por accidente. Qué mal.

Pete se arrodilló junto a mi silla con la cara seria.

—Mírame, Adele. —Obedecí—. Me gustas. Tal y como eres. Adoro cada pensamiento loco que cruza por tu cabeza y cada historia que tengas que contarme, por muy rara que sea... Quiero oírlas todas.

—Tú también me gustas. —Recorrí con los dedos su perfil, acariciando la suave piel debajo del ojo y el pómulos. La áspera barba de tres días. Pete volvió la cabeza y me besó la palma de la mano.

—Vamos dentro, preciosa.

Capítulo 12

Hace siete años

—Ven conmigo —dije mientras lo arrastraba por el pasillo vacío.

A nuestro alrededor lo único que se oía era la fiesta. Voces altas y música todavía más alta. La vibración de muchos pies golpeando el suelo. Mi padre había dicho que era una fiesta para mí. Sin embargo, la mayoría de los presentes eran sus amigos, compañeros de trabajo y vecinos. La tarta había sido todo un detalle, pero la mayoría estaba allí para celebrar la Nochevieja.

—¿Qué pasa? —preguntó Pete.

—Vamos a un lugar tranquilo donde podamos hablar. —En el mismo instante en que toqué el pomo de la puerta, Pete hizo que ambos nos detuviéramos en seco.

—Espera un momento... no hace falta que nos metamos en tu dormitorio. Dime lo que sea aquí.

—Pero...

—Adele, ¿qué sucede?

Fruncí el ceño, me sentía como sumida en una neblina, producto sin duda del alcohol que había bebido. Puede que el ron no fuera mi mejor aliado después de todo. Pero necesitaba un poco de coraje en forma de líquido para hacer la última jugada. Para reivindicar mi derecho. Solo Dios sabía las horas que había dedicado a mi peinado y maquillaje. Había pagado el vestido azul con cuello *halter* y los tacones con el dinero que me habían regalado por mi cumpleaños.

Por primera vez, Pete no había venido acompañado de una cita. Se daban las condiciones perfectas. Definitivamente, esa sería la noche.

Lo que iba a hacer era correcto. No podías sentir tanto por alguien y hacer algo equivocado.

—¿Pequeña? —Se inclinó hacia mí. Su sonrisa era cálida y amable, su aliento tenía un ligero olor a *whisky*—. Dentro de poco comienza la cuenta atrás para la medianoche. ¿No quieres ir donde están todos los demás?

Aquello era más difícil de lo que me había imaginado.

—Oye —dijo con un tono increíblemente agradable—. ¿Te encuentras bien?

Dejé de contenerme y aplasté mi boca contra la suya. Sin dudarlo. Durante un instante, Pete se quedó petrificado. Entonces me agarró de la parte superior de los brazos y me echó hacia atrás.

—¿Pero qué narices? —preguntó, con gesto confundido, completamente sorprendido.

—Estoy enamorada de ti —solté sin más—. Quiero que estemos juntos. Piénsalo, Pete. ¿No crees que tiene sentido?

—Mierda.

—¿Quién te conoce mejor que yo? —continué, decidida a que no me disuadiera. O todo o nada—. Antes no podíamos, pero ahora ya soy lo suficientemente mayor para...

Arrugó las cejas y la frente se le llenó de líneas de expresión.

—Eres solo una niña.

—No lo soy.

—Sí. Sí lo eres.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡No soy una cría! —Y para demostrárselo, tiré del nudo del cuello de mi vestido. La tela cayó y mostré mis más que adecuados pechos. ¡Tachán, tachán, tetas!

La cara que puso Pete... Prácticamente se le saltaron los ojos. Y puede que no en el buen sentido. Mierda.

—¿Qué narices está pasando aquí? —tronó la voz de mi padre por el pasillo, casi sacudiendo toda la puta casa.

Abrí la boca y me tapé inmediatamente con las manos.

—Papá. ¡No!

Pero era demasiado tarde. Mi padre se abalanzó sobre Pete con el puño en

alto. Oí el sonido de un hueso fracturado seguido de salpicaduras de sangre y el aullido de Pete. ¡Jesús! Los gritos inundaron el pasillo. En un abrir y cerrar de ojos, los invitados a la fiesta se apiñaban para ver de dónde provenía todo aquel alboroto (compañeros de trabajo, familia, todo el mundo). Temblando, busqué el lazo del vestido, tratando de recuperar desesperadamente un poco de dignidad mientras todas las voces y ojos sorprendidos se dirigían hacia mi persona. Pero algunos nudos, una vez desatados, no son tan fáciles de volver a hacer.

Y así fue como mi fiesta se convirtió en una pesadilla.

Miércoles por la noche... en la actualidad

The Spirit House estaba a veinte minutos de la costa, en el interior de Yandina. Se trataba de un restaurante construido sobre un estanque rodeado de exuberantes jardines tropicales. Era una maravilla. Había lámparas de estilo asiático y muebles de madera oscura, además de un sinfín de aromas increíbles que provenían de la cocina.

—¿Qué te parece? —preguntó Pete, sentado enfrente de mí.

—Creo que me va a gustar esta cita.

—Has estado trabajando duro; te lo mereces. —La luz de la vela que había sobre la mesa parpadeó y proyectó sombras sobre las zonas más marcadas de su mandíbula y pómulos—. Y hoy estás espectacular. Ese vestido te sienta de maravilla.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

Y lo estaba. Llevaba unos pantalones de vestir oscuros y una camisa blanca con los botones superiores desabrochados. El cuello de Pete tenía un no sé qué muy seductor. Ya le dedicaría su tiempo más tarde. Yo, por mi parte, me había puesto el vestido entallado de Cambray, pues la última vez que lo había usado (la noche del viernes de la barbacoa antes de la boda), como no habíamos estado precisamente de buenas, seguro que ni se había fijado en él. Aunque, por la forma en que me miraba el escote en forma de uve (un escote bajo, aunque sin llegar a ser soez), me di cuenta de que ahora sí estaba apreciando mi vestido como merecía. Estaba hecho a medida, y con forro, y era lo suficientemente elegante para una cita nocturna en un buen restaurante. Me había dejado el pelo ondulado suelto y me había maquillado con cuidado. La noche lo requería. Era nuestra primera salida pública como pareja.

Alcé mi *Thai basil* daiquiri (sonaba raro, pero sabía de muerte).

—Por mi victoria sobre el sistema de archivo de Helga.

—¿Lo has descifrado?

—Bloques de números —expliqué—. Es tan obvio cuando lo piensas. Pero después, cuando los archivos os llegaban a ti o a mi padre, los archivábais por

los nombres de los clientes. De modo que trabajabais con dos sistemas a la vez. Estoy creando una segunda colección en el ordenador principal de todos los proyectos actuales y futuros guardados por nombre para facilitar el acceso a la información cuando llame la gente.

—Bien hecho.

—No me di cuenta de que las entradas de actualizaciones las hacíais de forma manual.

Pete ladeó la cabeza.

—Siempre le hemos enviado los archivos por correo electrónico. ¿No te parece bien?

—Creo que deberíais hablar con una empresa especializada en este asunto. Vuestros dispositivos deberían vincularse y actualizarse automáticamente cuando estéis cerca. Sería mucho más eficiente. Y habría menos probabilidades de que se produjera cualquier error humano.

—No puedo decir que tu padre sea un gran forofó del cambio.

—Cierto, pero creo que sería bueno para el negocio. Y eso es lo que realmente le gusta a mi padre.

Se recostó en la silla, mirándome como si fuera la primera vez que lo hiciera o como si acabara de encontrar algo nuevo en mí. Últimamente lo hacía mucho.

—Tenía razón cuando dijo que eras la persona adecuada para el puesto.

—Eres muy amable al decirlo.

—Solo digo la verdad. ¿Te lo has pensado un poco más?

Exhalé y me volví para mirar el agua. Las luces se reflejaban en la superficie.

—Hay un montón de cosas que tengo que sopesar.

Pete asintió despacio.

—Sí, tienes razón.

Nuestra relación era frágil y reciente. Quería respuestas, pero sabía que era mejor no presionarlo. O por lo menos no mucho.

—Me pediste que me quedara un poco más, no que me mudara.

—Adele, no sé cómo afectaría eso a lo que hay entre nosotros, si eso es lo que estás preguntando. Estoy viviendo esto día a día. —Extendió la mano y agarró la mía. Entrelazamos los dedos. Los suyos, más grandes y más morenos, contrastaban con los míos, de piel pálida y delicada. Quizá, si terminara mudándome, podría ponerme un poco más morena. O al menos conseguir una

mayor colección de pecas.

—Tú eres la única que tiene que decidir si quiere mudarse aquí y aceptar el trabajo —siguió diciendo mientras me frotaba el dorso de la mano con el pulgar.

—Lo sé. —Tomé un sorbo de mi bebida y puse mis sueños en modo de espera. Resulta duro tener paciencia cuando lo que siempre has deseado está al alcance de tu mano. Quería que me dijera que me quedara. Para siempre, no solo por ahora. Y también quería muchas más cosas. Lo que sentía por él hacía que me fuera muy difícil olvidarme de todo y disfrutar del momento. Seguro que él también estaba pensando en la reacción de mi padre cuando se enterara de lo que estaba sucediendo entre nosotros. Al menos era un asunto que sí había pululado por mi mente. Pero era una mujer adulta. Mi padre tendría que superarlo.

—¿Ha pasado alguna otra cosa interesante en el trabajo? —preguntó él, cambiando de tema.

—Matthew me invitó a tomar algo.

—¿Que hizo qué?

—Sí, ahora nos llevamos bien. —Sonreí—. Relájate, ¿quieres? Creo que es su forma de intentar disculparse por fastidiarme la despedida de solteros.

—Mañana Fitz y yo vamos a mantener una charla.

—No hace falta.

Pete no pareció muy convencido.

—Le diré que no se acerque a ti.

—Ahora mismo estamos trabajando juntos —dije yo—. Tendremos que tener algún tipo de interacción, ¿no crees?

Él masculló algo por lo bajo que no logré oír.

Llevábamos dos días de lo más ocupados. Cada momento que compartíamos en la intimidad estábamos hablando o haciendo el amor. Éramos insaciables. Ambos estábamos faltos de sueño, dejándonos llevar por la lujuria y otras sensaciones igual de buenas. La excitación y los nervios que comporta algo nuevo. Siempre había sabido que Pete tenía buen apetito, pero nunca había practicado tanto sexo en mi vida. La forma en que me miraba cuando a veces me buscaba hacía que me preguntara si era igual para él. Si los dos estábamos fuera de control, entonces no había problema. Pero la necesidad tenía que ser mutua. Eso sí que lo tenía claro.

Nos trajeron la comida, pato con curri verde para mí y carne con guarnición

para él. Olía estupendamente, pero por desgracia nos obligaba a separar nuestras manos.

Todo sabía delicioso. Nunca había mimado tanto mi paladar. Cuando gemí de placer, Pete me miró con una intensidad total, como si me prefiriera a mí antes que al menú. Más tarde, quizá.

—Pete —dijo una voz familiar, de pie junto a la mesa—. Qué alegría verte. Se puso tenso.

—Leona.

—Y estás aquí con Adele. Qué bien. —Nos miró a ambos. Durante un microsegundo frunció el ceño, pero lo disimuló inmediatamente con una sonrisa—. Esperaba haber sabido de ti hoy. Tenemos que hablar.

—Ya te dije todo lo que tenía que decir.

Leona lo miró fijamente, con los ojos entrecerrados de ira. Supongo que no estaba acostumbrada a que le dijeran «no» a menudo.

—No queremos entretenerte más —continuó él, como clara despedida.

Leona se alejó un tanto temblorosa.

Me sentí mal por ella. Aunque nadie la había obligado a invadir la intimidad de Pete. Sin embargo, con nuestro festival de lujuria en pleno apogeo, se me había olvidado lo eficaz que ese hombre podía ser para excluir a la gente de su vida. Era un poco escalofriante. Lo había sufrido en mis propias carnes. Siete largos años de silencio. Quizá lo había heredado de su padre. En mi interior tenía la teoría de que los problemas de abandono y rechazo, la muerte de su madre seguida de la incompetencia de su padre y la completa falta de cuidado de sus hijos habían formado esa parte del hombre al que amaba. No obstante, yo tampoco era un ejemplo a seguir en lo que a relaciones se trataba. La más larga que tuve duró cuatro meses y estaba convencida de que solo estaba conmigo por el sexo y porque era demasiado educado como para dejarme sin ninguna explicación. Tanto Pete como yo éramos un desastre en esas lides. Tal vez, solo tal vez, pudiéramos funcionar juntos. Crear algo bueno.

—¿Qué tal tu plato? —preguntó con una sonrisa. Pero se notaba que no teníamos el mismo estado de ánimo de hacía un rato.

Le respondí con una sonrisa que me salió con menos facilidad que antes.

—Muy rico.

Cuando volvimos al vehículo al final de la velada sostuvo mi mano un poco más. Y también lo hizo de camino a casa, y cuando subimos la escalera y entramos a la vivienda. Pero no conseguimos recuperar el buen humor que habíamos tenido al iniciar la cena. Quizá Leona nos maldijo. Estoy segura de que sentí su mirada letal desde el otro lado de la sala en varias ocasiones. Qué situación más incómoda.

—La cita no ha salido como tenía pensado —dijo Pete antes de darme la vuelta y abrazarme—. A ver si puedo arreglarlo. Ven aquí, preciosa.

Su boca me sedujo. Su beso me subyugó con tal facilidad que me dio hasta vergüenza. Estaba loca por él. Nuestras lenguas bailaron juntas, las manos tocando con avaricia. El hambre nunca se iba del todo. Siempre estaba allí, esperando a la próxima oportunidad. El amor, la lujuria y la obsesión estaban peligrosamente cerca.

No sabía muy bien si el sexo era la forma que teníamos de exponer nuestro verdadero yo y así poder comunicarnos de verdad. O si usábamos el sexo para evitar hacer exactamente eso.

—Esta noche estabas totalmente comestible —susurró con voz ronca, obligándome a retroceder—. Sube a la encimera, Adele.

—¿Aquí mismo?

—Sí. Estoy harto de esperar.

Quitó de en medio un taburete, me alzó en brazos y me colocó en el borde de la encimera.

—Recuéstate —ordenó,

Estaba claro que Pete tenía algo pensado. Deslizó las manos por mis piernas y me despojó de la ropa interior en un abrir y cerrar de ojos. Me subió la falda del vestido, me abrió las piernas y me poseyó con la boca. Con la boca.

—Oh, madre mía, Pete.

Tenía una pierna colgando de su hombro y la otra apoyada a un lado. No era la postura más elegante, pero no me importó. No cuando Pete me estaba comiendo como si fuera un postre. Como si hubiera estado ansiando devorarme toda la noche. Me lamió con la lengua mientras sus dedos mantenían mis labios

abiertos. Antes de darme cuenta estaba empapada, hinchada y deseosa. Más que lista para él. Pero no me estaba dando su pene. No, me estaba follando con la lengua.

—Tienes un coño precioso —murmuró.

La vibración de sus palabras contra mi vulva me estremeció por completo. Lo agarré del pelo, apretándolo contra mí (aunque él tampoco había hecho ningún intento por separarse, todo lo contrario). La tensión fue acumulándose en mi interior. Su boca succionaba mis labios hinchados arañando suavemente con los dientes la sensible carne. Entonces dirigió la lengua sobre mi clítoris, rodeándolo una y otra vez.

—Estoy a punto de... —jadeé.

Pete gimió contra mi centro.

—¿Pero qué demonios...? —El grito rompió por completo el clima. Se trataba de una voz de hombre grave. Y no era la de Pete.

—¡Papá!

Pete se quedó congelado, con la cabeza enterrada entre mis piernas. «Mierda». Si hubiéramos ido directos al dormitorio, habríamos tenido algún aviso de que íbamos a tener visita. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

—¡No me lo puedo creer! —bramó mi padre.

—¿En serio? —preguntó Shanti—. Te aseguro, Andrew, que a mí no me sorprende en absoluto.

Pete se pasó la mano por la cara y después quitó con cuidado mi pierna de su hombro y me bajó la falda. El corazón se me salía del pecho. Aunque ahora por una razón distinta.

—¿Nos permitís un momento, por favor? —preguntó Pete, con voz tensa.

Mi padre soltó unos cuantos tacos más y Pete me miró. Mi padre y Shanti se pusieron de espaldas, supongo que para concedernos un poco de intimidad. Menudo desastre. Aunque también era cierto que habrían terminado enterándose de lo nuestro tarde o temprano. Sin embargo, la tensión que mostraba la cara de Pete no era buena señal.

—Con cuidado —dijo cuando me ayudó a bajarme de la encimera.

Mis piernas eran dos flanes temblorosos. Maldición. Solo Dios sabía dónde podía estar mi ropa interior. Habíamos tenido demasiada prisa. Pete se quedó allí de pie, mirándome. Y sus ojos eran fríos, distantes. Se me cayó el alma a los

pies.

—Pensé que podía confiar en ti —espetó mi padre—. Por eso te pedí que fueras mi socio.

—Por supuesto que puedes confiar en él —le reprendió Shanti—. Tranquilízate.

—¿Entonces por qué cojones me lo he encontrado haciéndole eso a mi hija?

—Por favor, querido, baja la voz.

Mi padre soltó un gruñido.

—Tiene veinticinco años, no dieciocho. —Shanti estaba de espaldas a nosotros, con las manos en las caderas—. Tiene edad más que suficiente para decidir por sí misma con quién quiere estar.

—Pero él tiene cuarenta.

—Y yo soy ocho años mayor que tú. ¿Acaso eso importa?

—Muy bien, ya estamos decentes —anuncié yo mientras me cruzaba de brazos, gesto que mostraba que estaba claramente a la defensiva.

—Sentimos muchísimo haber vuelto sin avisar, querida. —Shanti esbozó una sonrisa serena—. Tu padre estaba muy preocupado por Helga y lo que estaba sucediendo, así que pensé que podíamos disfrutar de nuestra luna de miel en otro momento. Además, estaba haciendo muy mal tiempo. Regresaremos a Bali cuando haga más sol. Será mucho más bonito.

Asentí e intenté sonreír. No lo conseguí.

—Bali no es el asunto que nos ocupa ahora mismo. —Mi padre fulminó a Pete con la mirada.

Y Pete parecía la culpabilidad personificada. Como si lo hubieran sorprendido *in fraganti*. Tenía las manos y la mandíbula apretadas.

—Dijiste que era ella la que sentía todas esas tonterías. —Mi padre me apuntó directamente con el dedo, con el cuerpo completamente rígido—. Que no volvería a ocurrir nada parecido.

—Los sentimientos de tu hija no son ninguna tontería —terció Shanti—. Ambos son adultos, Andrew. Si quieren mantener relaciones sexuales en la encimera de la cocina es asunto suyo. No nuestro.

Las fosas nasales de mi padre se ensancharon.

—Cariño, ¿puedes no meterte en este asunto?

—No.

—Shanti...

—Te estás comportando de una forma absolutamente ridícula y, si no tienes cuidado, vas a echar a perder la relación con tu hija y con tu socio. —Shanti abrió los brazos y se acercó hacia mí. La encontré a medio camino—. Lo siento, cariño.

Le devolví el abrazo sin mediar palabra. Mi interior era un completo caos. Sentí el brazo de Shanti alrededor de mi cintura y su sólida y fuerte presencia a mi lado. Algo que necesitaba: pasar del éxtasis al dolor en menos de dos minutos era demasiado.

—No quise que sucediera nada —dijo finalmente Pete.

—¿Entonces a qué viene esto? —quiso saber mi padre. Pete no contestó. Solo se pasó una mano por el oscuro cabello y apretó los labios—. Jesús, Pete, ¿tanto te costaba mantener la polla dentro de los pantalones en lo que respectaba a mi hija?

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? —pregunté, volviéndome a Pete. De pronto tenía un nudo en la garganta—. ¿En serio?

—Adele, cariño. —Mi padre soltó un suspiro—. Sé que has estado enamorada de él durante mucho tiempo. No estoy enfadado contigo.

Levanté una mano.

—Para. Por Dios, papá, simplemente para. No soy una niña. Y esta vez sí que no tiene nada que ver contigo. Necesito que lo entiendas y que no te metas.

Mi padre simplemente parpadeó, aunque inmediatamente después frunció el ceño.

—Pero... —Farfulló algo, aunque se quedó en silencio.

Daba igual. Mi cupo de machos idiotas con los que lidiar ya había llegado al límite. Me aparté de Shanti, pues necesitaba enfrentarme yo sola a Pete. Como una adulta.

—Dijiste que querías que viéramos adónde nos llevaba esto juntos —dije—. Que odiabas la idea de que me fuera. Que yo te importaba y que querías acostumbrarte a lo nuestro, que querías que me quedara. ¿Y ahora qué estás diciendo, Pete? ¿Que lo sientes?

Él me miró en silencio.

—Dime algo. Ayúdame a entenderlo.

—Quería decir todo aquello. —Respiró hondo antes de soltar un suspiro—. Pero tú solo tenías planeado quedarte unos cuantos días. No estabas segura de nada más, así que pensé que podríamos disfrutar de un tiempo juntos. Creí que era eso lo que querías.

Ahora fui yo la que se quedó callada.

Empezó a ruborizarse.

—Venga, Adele. Sabes que es complicado. Tu padre iba a regresar.

—Sí —apunté yo—. Y ya ha vuelto y lo sabe. Así que la peor parte ha pasado. La pregunta es, ¿qué vas a hacer ahora?

—Esta es mi vida aquí. No son solo unas vacaciones.

—¿En serio crees que solo eres una aventura para mí?

Bajó la mirada al suelo. Gilipollas.

—Querías que nos conociéramos como adultos. Pues bien, esto es lo que soy —sentencié—. Y jamás permitiría que mi trabajo, mis amigos, mi familia, o incluso la distancia, me digan con quién tengo que salir. No si quiero estar con alguien de verdad.

No respondió.

—Voy a recoger mis cosas —informé, yendo hacia la habitación.

—Te echo una mano. —Shanti me siguió.

No supe lo que mi padre y Pete se dijeron o no el uno al otro. Me importaba bien poco. Mi único objetivo era meter todas mis cosas en la maleta antes de echarme a llorar o hacer otra estupidez similar. No me derrumbaría. No podía. Al menos no hasta que estuviera a salvo en el dormitorio de mi infancia, al otro lado de la calle. A oscuras, con una almohada sobre la cabeza que amortiguara el llanto. Solo entonces dejaría que las lágrimas fluyeran.

Jueves

Conseguir un empleado temporal en esa época del año no fue tan sencillo como esperaba. Todas las empresas de la zona tenían a personas de vacaciones que necesitaban a alguien que los sustituyera. O eso, o los sustitutos también estaban de vacaciones. Así que pasé otro día de mis vacaciones en el escritorio de Helga, recopilando listados e información para mi eventual remplazo. También empecé a hablar con agencias de colocación para que buscaran a una persona permanente que reuniera los requisitos necesarios. Puesto que, obviamente, no iba a ser yo.

Para ser sincera, estaba deseando marcharme de allí. De aquella casa, de aquel pueblo, del mundo entero. Lo único que quería era construir una nave espacial y lanzarme al espacio exterior. Pero no huiría. No, en esta ocasión no me iría con el rabo entre las piernas. Había que hacer un trabajo y me quedaría allí por mi padre, por Helga y porque había dicho que lo haría. Y ni siquiera una trivialidad como un corazón roto me detendría. Eso sí, en cuanto arreglara todo lo relativo al puesto de trabajo, haría las maletas y me iría cuando y como yo quisiera.

Mi padre había estado callado desde la noche anterior. Contenido. Creo que Shanti estuvo hablándole toda la noche sobre lo que era y no aceptable como progenitor de un hijo adulto. Me había dicho que no hacía falta que fuera a la oficina. Que se las apañarían solos. Pero era una tontería, sabía perfectamente el lío que tenían. Helga era la encargada de que todo aquello funcionara. Ese parte del negocio eran sus dominios y empezaba a sospechar que había guardado la información como si de un bien preciado se tratara. No en el mal sentido, sino en plan «no te metas en mi terreno o te daré la paliza con fotos de mis nietos».

Pete, por su parte, había estado trabajando todo el día. Lo cual era bueno: cuanto menos nos viéramos, mejor. Algo así como nunca jamás. ¿Cuántas veces tenía que romperte el corazón la misma persona antes de que espabilaras? Esa era la cuestión. Y estaba muy equivocado si pensaba que por mandarme flores me iba a calmar.

Cuando llegó a la oficina era tarde. Más tarde de lo que yo tenía pensado estar

allí. Pasó junto a mi escritorio lanzándome alguna que otra mirada de reojo. Puto cobarde. No le hice caso en absoluto. Una táctica que funcionó increíblemente bien hasta que lo oí llamarme a gritos desde su despacho. Me tomé mi tiempo y me dirigí allí paseando, más que caminando. A veces la guerra se ganaba con pequeñas batallas.

—¿Qué están haciendo estas flores aquí? —preguntó, mirando al ofensivo jarrón lleno de rosas rojas y flores tropicales. Tenía que reconocer que eran espectaculares.

—No las quería.

—¿Y crees que yo sí?

Me crucé de brazos y me encogí de hombros.

—Si quieres, dáselas a Leona. Me da exactamente igual.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué vas? —pregunté.

—Espera. ¿Crees que he tenido algo que ver con esto?

Ahora sí que me dejó confundida.

—¿No las mandaste tú?

Arrancó el pequeño sobre con el ceño fruncido y lo abrió para leer la tarjeta. Debía de haber tenido un día duro, pues tenía el rostro cubierto de polvo y era obvio que estaba igual de enfadado que yo.

—«Querida Adele» —leyó—, «he oído que sigues todavía por aquí. Llámame. Jeremy».

—¿En serio? Vaya.

Me tendió la tarjeta, pero yo me limité a rechazarla.

—Shanti ha debido de estar ocupada —dije—. Supuse que era un cobarde intento tuyo para hacerme la pelota.

Le vi pasar la lengua por el interior de la mejilla.

—Pensé en enviarte algunas. Pero me imaginé que me las tirarías a la cara.

—Ese jarrón tiene pinta de ser muy pesado. Te dolería.

—Cierto.

—Déjame adivinar —dije, dándome golpecitos en el labio con el dedo—. ¿Ibas a hacer uso del clásico «espero que todavía podamos ser amigos»?

—En realidad diría algo mucho más que eso. —Se recostó en la silla, mirándome. Cabrón.

—¿«Siento haberte metido la polla y cambiar después de opinión»? —Apoyé la cabeza en el marco de la puerta, poniéndome un poco más cómoda—. Puede que con la fuente adecuada se viera bien en una tarjeta. Incluso escrito a mano con letra bonita.

—¿Tú crees?

—Oh, sí. Si lo piensas, es bastante poético.

Alzó ambas cejas.

—Lo reconozco, anoche me entró un ataque de pánico. Pero creo que lo mejor para ambos es que lo dejemos.

Vaya. Qué decepción más grande. Sinceramente, no tenía nada que decir.

—Entiendo que tal vez este no sea el mejor momento para que hablemos de esto —continuó él—. Que estamos en el trabajo y que además tienes todo el aspecto de querer cortarme las pelotas y hacerte unos pendientes con ellas. Así que, por favor, ¿puedes sacar estas flores de aquí?

—Pete, Pete, Pete. Dáselas a Leona o a cualquiera que sea la siguiente en tu lista de amigas con derechos. Aún mejor, regálaselas a Helga y alégrale el día. Me da igual. —Solté un suspiro—. O simplemente puedes ver cómo se marchitan mientras contemplas la fragilidad de la vida y meditas sobre lo que todo esto significa. Aunque puede que ya lo hayas averiguado y estar solo sea lo mejor. ¿No terminamos muriendo todos solos?

—Adele —dijo entre dientes.

Moví los dedos a modo de despedida y me di la vuelta. Me encontré con mi padre, que me estaba esperando. Me jugaba el cuello a que lo había oído todo, y no de forma precisamente sutil.

—¿Lista para irnos, cariño? —preguntó, haciendo caso omiso de Pete. La relación que tuvieran era asunto de ellos.

Al igual que la nuestra era solo de nuestra incumbencia. Y yo ya estaba harta.

—Por supuesto.

Capítulo 13

Jueves por la noche

—¿Por qué habéis servido la mesa para cuatro?

—Porque he invitado a alguien a cenar —dijo Shanti mientras daba los toques finales a los platos de salmón, patatas *baby* y espárragos—. ¿Puedes empezar a llevar estos, por favor, querido?

—¿A quién has invitado? —pregunté con una clara sospecha en mente.

Mi padre, mientras tanto, hacía lo que le habían mandado. El matrimonio lo había suavizado. Aunque diría que Shanti lo había domesticado hacía años.

La noche se había presentado demasiado húmeda y sin nada de brisa, así que decidimos meternos dentro y poner el aire acondicionado, lo que me dio la oportunidad de probar el nuevo comedor formal. Allí Shanti había escogido el mismo estilo de fusión de lo clásico con pinceladas modernas. Un precioso y antiguo aparador de caoba a juego con la mesa y las sillas, con las paredes pintadas de un tono azul pavo real. El toque de color era deslumbrante.

—Ah, Peter —dijo Shanti con su acostumbrada sonrisa serena—. Llegas justo a tiempo.

Venía con un ramo de flores autóctonas en una mano y una botella de vino en la otra. Me alegró ver que traía una cara que delataba lo tremendamente incómodo que se sentía. Tal y como debía ser.

—¿Sigues pensando que esto es una buena idea? —preguntó mi padre sin molestarse en haber sonado demasiado directo.

—Somos una familia. Si bien es cierto que la hemos creado nosotros mismos. —Shanti sacó una silla y se sentó con suma elegancia—. Así que nos comportaremos como tal, con independencia de quién esté enfadado y decepcionado con quién.

Nadie se atrevió a llevarle la contraria.

—¿Para quién son esas flores, Peter? —preguntó con curiosidad—. Son muy bonitas.

—Pensé que te gustarían —respondió él, retomando su sombría sonrisa.

Qué capullo.

—Qué detalle por tu parte. Ponlas en el aparador —señaló Shanti—. Gracias.

Mi padre se sentó y se distrajo bebiéndose una cerveza.

—¿Cómo va el trabajo de Meriel?

—Bien. —Pete hizo un gesto de asentimiento y se sentó a mi lado. Mierda—. Adele, ¿te apetece un poco de vino? Te gustaba el Sémillon, ¿verdad?

A Shanti se le iluminó la cara.

—Qué gesto más bonito, Peter. Estoy segura de que a Adele le encantará tomar una copa.

—O también podría meter una pajita directamente en la botella —susurró.

—¿Qué has dicho, querida?

—Que sí me apetece una copa.

Pete sirvió la ofrenda alcohólica en la copa que tenía enfrente y la llenó casi hasta arriba. Muy inteligente por su parte.

—La cena tiene un aspecto estupendo —dije, levantando la copa en dirección a mi madrastra—. Gracias por cocinarla para nosotros.

Shanti volvió a resplandecer.

—Un placer. Me encanta haber podido pasar más tiempo contigo.

—Hablando de eso, mañana regreso a Sídney —informé—. La agencia de colocación ha llamado esta tarde con buenas noticias. Han encontrado a una mujer que puede sustituir a Helga y que empieza mañana por la mañana. Le he dejado un montón de instrucciones, estoy segura de que se las arreglará perfectamente.

Mi padre frunció el ceño.

—Creí que por lo menos podrías quedarte hasta el fin de semana.

—Prefiero evitar el tráfico del fin de semana. —Le ofrecí una breve sonrisa.

—¿Te has pensado un poco más lo del trabajo? —preguntó Shanti, con los ojos abiertos y cargados de inocencia. ¡Ja!—. Tu padre me ha dicho que has hecho un trabajo magnífico esta semana y estoy segura de que todos estaríamos encantados de tenerte aquí de forma permanente. ¿Verdad, Andrew? ¿Peter?

—Por supuesto que sí —respondió mi padre.

Pete forzó una sonrisa.

—Claro. Esta semana has demostrado de sobra tu valía. El trabajo es tuyo si lo quieres.

—Gracias —repuse, contemplando mi plato.

—¿Qué te parece? —Mi padre me observó al otro lado de la mesa—. ¿Cariño?

Todas las miradas estaban clavadas en mi persona. En menudo brete me estaban poniendo. Me llevé la copa de vino a la boca y le di un par de sorbos. Teniendo en cuenta el reciente desastre emocional, el escrutinio al que me estaban sometiendo era extremo. Con un poco de suerte, el corrector habría disimulado lo peor de mis ojeras. Un corazón roto no le venía nada bien al cutis. Pero yo tenía toda la culpa, por haber vuelto a caer en sus redes. Por pensar que de verdad teníamos una oportunidad. Que ambos éramos un desastre en las relaciones con nuestro propio encanto. Supongo que dos errores en realidad no daban como resultado un acierto.

—Puedes ir, dar las dos semanas de preaviso —dijo— y volver enseguida.

Tomé una profunda bocanada de aire.

—Gracias, papá, pero no. Yo...

—Es por Pete, ¿verdad? —inquirió mi padre con voz plana. Lúgubre.

—Ya hemos hablado de esto —intervino Shanti, colocando la mano en el brazo de mi padre—. Andrew, tenemos que dejar que lo resuelvan por sí solos. Si esa es la razón y por ahora no puede verse feliz aquí, entonces que así sea. Tal vez las cosas cambien en el futuro.

Mi padre frunció el ceño y bebió un trago de cerveza. Yo le di un sorbo al vino y Pete permaneció sentado a mi lado, completamente rígido. Así que la cena no estaba resultando de lo más festiva. Vaya una sorpresa.

Shanti se hizo con su copa de vino tinto.

—Por ahora, dejemos que Adele regrese a Sídney, donde sin duda encontrará a alguien que vea exactamente lo guapa y maravillosa que es, que haga que se

enamore perdidamente de él y que consiga que se olvide de que nuestro Peter alguna vez existió. En un abrir y cerrar de ojos no será nada más que un triste recuerdo en su memoria. Mientras tanto, Peter puede volver a tener relaciones sin sentido basadas en encuentros sexuales esporádicos con mujeres que apenas le gustan.

En ese momento, Pete también empezó a beber. No podía culparlo.

Mi padre lucía la sonrisa de satisfacción más intensa que jamás le había visto. Desde luego, tenía un gusto excelente en lo que a mujeres se refería. Shanti era la mejor. Además, estaba empezando a sospechar que no era necesariamente la persona enfadada de la noche, con la que todos estaban decepcionados. Mi nueva madrastra había sacado las uñas por mí de forma magistral.

—Por Adele y su nuevo y brillante futuro.

—Gracias. —No sabía si echarme a reír o a llorar—. Has estado... Gracias.

—No hay de qué, cariño.

—¿Qué estás haciendo aquí, Adele?

Era cerca de la medianoche cuando llamé a su puerta, por lo que no me extrañó que abriera en pantalones de pijama y nada más. Hazel y yo habíamos mantenido una prolongada conversación telefónica. Pero analizarlo todo punto por punto, intentando ordenar las piezas del rompecabezas, no me había servido de nada. Me había metido en la cama y me había pasado horas despierta, mirando el techo. Aunque puede que asaltar la fortaleza de Pete en pantalones de pijama, una camiseta de tirantes y descalza tampoco fuera la mejor de las ideas.

—Me he dado cuenta de que hay algunas cosas que tengo que decirte antes de irme —dije.

Se echó hacia atrás e hizo un gesto con el brazo para que entrara.

—Claro, pasa. Creo que hoy no me han insultado lo suficiente.

—Creo que mi corazón roto gana por goleada a tu leve incomodidad por unos cuantos insultos recibidos —espeté—, así que te aguantas.

La puerta se cerró detrás de mí. Me fijé en que sus ojos estaban llenos de arrepentimiento, lo que me enfureció aún más que la cara de «pobrecito yo» que

había lucido hacía solo unos instantes. Mejor sería que no lo mirara directamente. Además, aquel torso desnudo era una distracción que no podía permitirme en ese momento. Esos pectorales con sus atractivos pezones marrones. Con esa capa de vello que descendía, transformándose en una línea que desaparecía bajo la cintura de los pantalones...

—Anoche me dejé unas bragas —dije—. ¿Dónde están?

—No lo sé.

—Encuétralas y luego envíamelas a casa. No quiero que te quedes con ningún recuerdo.

Apretó los labios de tal forma que prácticamente desaparecieron.

Fruncí el ceño, pero puse los brazos en jarras y decidí hacerle la pregunta que había venido a hacer.

—Si sabías que ibas a romper tan pronto como lo vieras conveniente, ¿por qué permitiste siquiera que lo nuestro empezara?

—Porque no lo sabía.

—Oh, venga ya.

—Sí, había muchas probabilidades, pero...

—¿Pero qué?

Tensó la mandíbula.

—No lo sé, ¿de acuerdo? No pensé a largo plazo o en las consecuencias, yo solo...

—Querías follarme.

—Quería estar contigo. —Empezó a caminar de un lado a otro—. Jesús, Adele. Regresaste con esa boca de listilla que tienes, plantándome cara como solías hacer, hecha una mujer y poniéndome a cien. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—¿Qué tal no pensar con la polla para variar?

—Esto no es solo culpa mía. Tú también quisiste acostarte conmigo.

—Porque creí que había una posibilidad de que por fin me vieras. De que te abrieras conmigo. Pero sabías que nunca sucedería. Abrirte es algo que está fuera de tu radar. —Le di un empujón en el pecho, obligándolo a retroceder—. ¿Por qué todavía no has solucionado tus problemas, eh? Tienes cuarenta años y cuando se te presenta cualquier tipo de vulnerabilidad emocional sigues huyendo como si fueras un crío asustado. ¿Qué mierda te pasa, Pete?

—Puede que no quisiera que mi vida diera un vuelco basándome solo en los tres días que hemos estado juntos —repuso él—. Quizá no soy de los que toma decisiones importantes por un capricho, como haces tú.

—En primer lugar, estuve de acuerdo en ir día a día. Pero cuando llegó la hora de la verdad no dijiste nada de eso. ¿Y un capricho? —pregunté incrédula—. ¿Lo dices en serio, Pete?

—¿Y si no soy la persona que crees y al final decides que esto no es lo que quieres?

—¿Crees que no te conozco?

—Creo que te has hecho una imagen de mí en tu cabeza. Como hacen todas las adolescentes enamoradas.

—Oh, Pete, te aseguro que no te tengo en un pedestal.

—Adele...

—Te quiero, imbécil.

Se detuvo en seco, con el rostro pálido.

—No me quieres.

—Sí, te quiero. Para mi desgracia.

Lo único que hizo fue mirarme.

—Y no eres un ser imaginario en mi cabeza o alguien a quien tenga idealizado —continué, volviéndolo a empujar—. Sé perfectamente quién eres. Sé de dónde vienes. Caray, si hasta conozco tus problemas, y no es que pueda resolverlos por ti. Sé que perder a tu madre y que tu padre pasara de vosotros abrió una herida en tu interior que todavía no se ha curado. Puedes parecer tranquilo y despreocupado, pero por dentro eres como una férrea armadura. Imposible de atravesar. Apenas confías en nadie, mucho menos permites que alguien se acerque lo suficiente como para que puedan volver a hacerte daño.

Parpadeó y apretó de nuevo los labios en una dura línea.

—Conozco tus defectos y tus virtudes. He oído casi todas tus historias y te he contado las mías. Me abrí contigo como nunca he hecho con nadie. —Otro empujón. Le estaba plantando cara tal y como acababa de acusarme—. Dame una respuesta mejor que un «me pareció una buena idea en su momento», Pete. Dime que sentías algo por mí.

—Yo...

—Dímelo.

Pero no dijo nada. Santo cielo.

Me llevé algo más que una desilusión enorme. Una pesada losa con la que cargaría el resto de mi vida, pero no lloraría. Pete no se merecía ni mis lágrimas ni mis emociones. Nunca más. Sin decir ni una sola palabra, salí por la puerta y regresé a casa de mi padre y Shanti. Puede que oyera un murmullo cuando abandoné la vivienda. Una vez en la calle, y como iba descalza, me tome con calma lo de caminar por el asfalto. No quería hacerme daño. Ya había tenido dolor suficiente para toda una vida.

—Adele —gritó detrás de mí—. Espera.

No le hice caso y seguí andando por el jardín delantero y el costado de la casa. No había nada más que decir. Habíamos terminado. Tenía que reconocer que hacía una noche magnífica para que todo se derrumbara, con la luna brillando intensamente y miles de estrellas centelleantes.

—Oye —siseó en voz baja—. No te puedes marchar así.

—¿Quieres que nos estrechemos las manos? ¿Que nos abracemos? ¿Qué?

—¿Podrías...? —Me agarró del brazo, obligándome a detenerme.

Me zafé de él.

—Se acabó, Pete. Aquí es donde nuestros caminos se separan. Así es como funciona.

—¿Has bajado por el árbol?

Me encogí de hombros antes de subir al primer punto de apoyo del tronco. Me sentía tan estúpida y vacía.

—Si supieran que, después de todo lo que ha pasado, he vuelto a arrastrarme ante ti...

—No te has arrastrado ante nadie. Casi me has dado una paliza.

—Tal vez ambas cosas no sean tan diferentes. Y baja la voz.

Por suerte, la casa no estaba muy lejos del suelo. Aunque sí lo suficientemente alta como para que no fuera nada aconsejable salir de la ventana de mi habitación dando un salto estilo *ninja*.

—Espero que estés teniendo cuidado —dijo él.

—Y yo espero que te den.

Pete soltó un resoplido.

—Gilipollas —mascullé, intentando aferrarme a la ira que sentía. Era mucho mejor que la profunda tristeza que amenazaba con hundirme por completo.

A pesar de los años que llevaba sin trepar por el árbol del patio trasero, no me resultó difícil llegar a la rama que daba a la ventana abierta. Avancé despacio, tomándomelo con calma.

—Esto es absurdo —susurró él—. Estás entrando a hurtadillas en la casa de tu padre, en plena noche, como si fueras una adolescente.

—Y esta será también la última vez que lo haga. ¿No te parece conmovedor? Se quedó callado.

—En el futuro no vamos a ser amigos —informé—. No seremos nada.

—No digas eso.

—Dame una alternativa.

Otra vez silencio.

Me senté junto a la rama que daba a mi ventana tratando de pensar en unas últimas palabras. Cualquier cosa que tuviera que decirle. Pete estaba de pie en el suelo, con las manos en las caderas, mirándome. Y ahí fue cuando oí el crujido. De pronto, todo, incluida yo misma, nos vinimos abajo.

La zona de urgencias del hospital estaba bastante tranquila a las dos de la madrugada. Ya le habían curado el corte a Pete y le habían diagnosticado una leve conmoción cerebral. Ahora descansaba en la cama de la habitación junto a la mía. Tenía la mayor parte del rostro blanco como las sábanas, pero un lateral de la frente había empezado a mostrar una espectacular amalgama de tonos grises y púrpuras. Le herida le había hecho un corte limpio en la ceja izquierda. Cuando se curara, le daría un toque canalla de lo más apuesto.

—Seguro que terminarás pareciéndote a un pirata. —El imbécil se merecía que lo sacara de sus casillas. Vaya noche—. A las mujeres les encantan las cicatrices. Con esto subirás de nivel. Deberías agradecermelo.

Ni siquiera abrió los ojos.

—Cállate, Adele.

—Callaos los dos —ordenó mi padre, sentado en una silla al lado. A pesar de que habían pasado unas cuantas horas, su rostro cansado todavía reflejaba lo enfadado que estaba.

Shanti se limitó a ofrecerme una débil sonrisa. Hacía una hora que había terminado de reírse a conciencia. No es que no se preocupara por nuestras contusiones. Pero había encontrado muy divertida toda aquella situación. Supongo que éramos más entretenidos que un *reality* de la televisión.

—Ya podéis iros —informó el enfermero amablemente. Por lo menos había alguien que todavía me hablaba.

Ni que hubiera puesto a Pete directamente debajo de la rama para luego hacer que se rompiera en el momento preciso o hubiera obligado a un pobre hombre inocente a que intentara atraparme con un trozo de árbol bastante considerable. Vaya una idiotez. Además, yo no había salido precisamente ilesa de todo aquello. Me había fracturado el cúbito, por lo que tendría que llevar el antebrazo escayolado durante una temporada. Por lo menos la escayola era de un bonito color azul. Mi madre siempre me había animado a buscar el lado bueno incluso de las situaciones más complicadas.

—Supongo que ya no puedo volver a Sídney conduciendo —comenté, mientras me bajaba con cuidado de la cama.

Mi padre soltó un gruñido.

—Te vuelves en avión. Te compraré un billete.

—Gracias, papá —dije ante tamaña muestra de afecto parental.

—Me da igual si tienes que ir en primera clase —continuó—. Te marchas hoy mismo. No lo aguanto más. Cuanto antes os separéis, mejor y más seguro para todos.

Pete emitió un sonido que mostraba su completo acuerdo con aquello.

—¿Y qué pasa con mi vehículo?

—De todos modos, tampoco ibas a poder conducirlo en por lo menos seis semanas —apuntó mi padre.

—Ya lo solucionaremos más adelante —intervino Shanti. Incluso ella parecía estar de acuerdo en que marcharme de allí era lo mejor. Me dio unas palmaditas en el hombro—. Muy bien, cariño, vamos para casa. Creo que esta noche ya hemos tenido bastante fiesta.

Volvimos a casa en silencio. Pete estaba dormido o pasando de mí deliberadamente, o tal vez una combinación de ambas. Intenté echar una cabezadita. Estaba agotada y los analgésicos me habían dejado adormilada. Pero aquello estaba llegando a su fin. Otra vez. Y menudo fin. En cuanto llegamos,

los cuatro salimos del vehículo bostezando y extenuados.

—Dormiré en el sofá de Pete por si necesita algo —dijo mi padre.

—Sí, querido. —Shanti le dio un beso en la mejilla—. Te veo durante el desayuno. Que espero que sea bastante tarde.

Mi padre se limitó a asentir.

Me volví hacia Pete para decirle algo, pero lo vi ir tambaleándose hacia su casa en penumbra. No había nada que pudiera hacer. Por lo visto ya lo había hecho todo. Y ni siquiera era por mi culpa. No de verdad.

—Vamos, cariño. —Shanti me agarró por el brazo ileso.

—Ni siquiera se ha despedido de mí.

Shanti me miró sorprendida.

—Tal vez eso significa que no es el final. ¿Quién sabe?

—O que más bien me echa la culpa de todo y me odia —dije con pena—. Creo que esa es la respuesta más probable.

Me rodeó los hombros con el brazo y me apretó con fuerza soltando un suave suspiro en medio de la oscuridad.

—Quizá lo mejor que puedes hacer ahora es marcharte. Es triste, pero a veces amar a alguien no es suficiente. Es posible que algún día, si los astros se alinean, estéis preparados el uno para el otro y volváis a juntaros por las razones correctas.

—Qué idea más bonita. —Esbocé una pequeña sonrisa y nos metimos dentro de casa.

Como era de esperar, no volví a ver a Pete antes de irme.

Capítulo 14

Ocho semanas después

—Hoy toca comida india.

—¿Qué has traído? —preguntó Hazel.

Maddie y ella estaban acurrucadas en el sofá ofreciendo la viva imagen de la felicidad y el amor al atardecer. Ah, esa complicidad. Apenas me dolía verlas. A ellas, a una pareja cualquiera por la calle... ya no me molestaba. Sí, era cierto que al principio había sido un lastre vivir con personas que estaban enamoradas. Pero había superado lo de Pete. Lo había superado por completo. Al fin y al cabo, la vida era algo maravilloso y estaba llena de oportunidades y experiencias como para desperdiciarla en algún capullo con pene.

Dejé la bolsa de deliciosos platos picantes en la encimera de la cocina.

—Pollo *tikka masala*, cordero con *rogan josh*, algo vegetariano con queso *paneer*, salsa *raita*, encurtidos y pan *naan* de queso y espinacas. Todo lo necesario para celebrar que por fin me han quitado esa escayola espantosa.

Maddie sonrió.

—Bien. Nosotras también tenemos algo para ti.

Vi una bolsa de papel marrón sobre la mesa. Qué raro.

—¿Qué es? —pregunté.

—Ábrela —me instó Hazel, poniéndose de pie.

Maddie me miró con ojos cautelosos.

—De acuerdo. —Agarré la bolsa—. Hoy he echado la solicitud para otro

trabajo; es para un puesto en las oficinas de una empresa de importación de material de fontanería. Los inodoros italianos son lo más, ¿verdad?

—Qué gracia que traigas a colación los inodoros —comentó Maddie.

—¿Por qué? —En cuanto abrí la bolsa la dejé caer con un grito ahogado. Si hubiera contenido una serpiente venenosa me hubiera impactado menos—. ¿Pero qué cojones...?

—Respira hondo —dijo Hazel, usando su tono de terapeuta. Ese que te hacía querer confesar tus secretos más oscuros o llorar por la infancia que habías tenido. O ambas cosas a la vez.

—No me hace gracia —me quejé—. ¿Por qué narices me habéis comprado esto?

—No se trata de ninguna broma.

Maddie recogió la prueba de embarazo y me la enseñó con una especie de sonrisa en los labios.

—Tienes todos los síntomas. Ya va siendo hora de que lo compruebes.

—No.

—Sí —replicaron a la vez.

—Solo fue una gastroenteritis.

—¿De seis semanas? —Maddie alzó ambas cejas.

—Parecía que vomitar era tu nuevo pasatiempo —agregó Hazel, y no precisamente para ayudar.

—Y no nos olvidemos de las tetas. —Maddie soltó un suspiro y se metió un mechón de pelo rubio rizado detrás de la oreja—. Te han crecido por lo menos una talla.

—Yo diría que dos —dijo Hazel.

—¡Dejad de atosigarme! —chillé—. Oh, Dios mío.

—Adele, sé sincera. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste el período?

—He pasado una época de mucho estrés. Y el estrés puede afectar al cuerpo. Estás estudiando Medicina, Maddie. Sabes que esto pasa. Díselo.

Hazel ladeó la cabeza.

—Maddie fue la que tuvo la idea de comprar la prueba.

—¿Por qué no haces pis en el palito lo antes posible y salimos de dudas? —preguntó Maddie, en adelante conocida como «la Traidora».

—Porque no tiene sentido. Va a dar negativo. —Estaba flanqueada por dos

amigas que estaban completamente equivocadas. Las amigas más equivocadas del universo, habidas y por haber.

—Entonces no pasará nada, ¿verdad? —Hazel sonrió—. Nos tomaremos una copa de vino y comeremos todo ese delicioso curri que has comprado.

—Por cierto, querer comida picante es un indicio enorme —apuntó Maddie.

—No, no lo es. Solo indica que se me ha antojado...

Oh, mierda. No.

Maddie empujó la prueba en mi mano. Cerré los dedos, ahora entumecidos, con el cerebro a punto de colapsar. No podía ser. Era imposible. Tenía que tratarse de un error horrible, terrible. Las tetas más grandes eran un regalo de Dios y seguro que el vómito lo había provocado un virus. Cualquier cambio repentino en mi cintura solo era una extraña anomalía. Además, los *jeans* ajustados terminarían pasando de moda.

—No hace falta que cunda el pánico —dijo Hazel volviendo a usar ese irritante tono de voz calmado—. Pero es mejor saberlo con certeza, ¿verdad?

Pues no.

Empecé a sudar profusamente por la espalda y el corazón me latía al doble de velocidad. Tragué saliva, por alguna extraña razón sentía fatal la garganta y todo lo que había debajo de ella. Más estrés. Solo se trataba de eso. Pero esta vez me lo estaban infligiendo mis, en breve, exmejores amigas. La próxima vez me cercioraría de rodearme de personas que no se preocuparan por mi bienestar físico ni se percataran del tamaño de mis pechos o de cualquier vómito persistente. Así todo sería mucho más sencillo.

—Está bien —dije al cabo de un rato, cuando logré recuperar la voz. Ambas asintieron y esbozaron sendas sonrisas de ánimo—. De acuerdo. —Todavía apretaba la prueba de embarazo—. Voy a hacérmela ahora mismo.

—Te queremos —dijo Maddie—. Buena suerte.

—Sea cual sea el resultado, lo solucionaremos —prometió Hazel—. Todo va a ir bien.

Los cuartos de baño eran sorprendentemente cómodos tanto para estancias cortas

como más prolongadas. Tenías agua. Instalaciones para cuando tu vejiga o intestinos lo requirieran. E incluso podías darte un largo y agradable baño caliente cuando quisieras.

Aunque en ese momento no estaba muy por la labor.

Estaba sentada en el suelo de baldosas de terracota abrazándome las rodillas. En el borde del lavabo que tenía sobre mi cabeza estaba la temida prueba de embarazo. Aunque, si me negaba a mirarla, podía hacer como si no existiera. Sí, si seguía sin hacer caso a esa maldita cosa, mi vida no corría peligro de dar un giro de ciento ochenta grados. Estaba a salvo. Ligeramente aterrorizada, pero a salvo.

—¿Lista para salir? —preguntó Hazel al otro lado de la puerta.

—No.

—Han pasado casi dos horas.

—Estoy bien —mentí.

—De acuerdo. —Soltó un suspiro—. Sal cuando estés preparada.

La verdad era que mi estómago llevaba un rato quejándose. Con toda esa maravillosa comida india enfriándose mientras yo estaba atrapada allí con esa cosa.

En el apartamento había gente hablando. Oí una voz más grave de la que Hazel o Maddie podrían imitar. Mierda. Habían debido de pedir refuerzos. Me pregunté quién podría ser. Quizá la patrulla de las pruebas de embarazo. No pude entender lo que decían, pero seguro que nada bueno.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Adele?

Me erguí, completamente sorprendida.

—¿Pete?

—Sí, soy yo —dijo con su habitual tono grave y áspero—. ¿Quieres que entre?

Asentí con la cabeza, pero respondí con un «no».

—Hazel y Mat...

—Maddie —le corrigió la propia Maddie.

—Lo siento. —Se aclaró la garganta—. Hazel y Maddie dicen que te estás haciendo una prueba de embarazo. Menuda sorpresa.

—¿Se lo habéis contado? —grité—. ¡Joder, chicas!

—Lo siento —se disculpó Maddie—. Pero vio la caja sobre la mesa.

Aquello no tenía sentido.

—¿Qué? ¿Cómo? Si la tengo aquí dentro conmigo.

Hazel suspiró.

—Compramos otra para el caso de que diera positivo y quisieras hacerte una segunda prueba para estar segura. Si te entró un ataque de pánico al ver una, imagínate lo que te hubiera pasado con dos.

—Está bien —dijo Pete—. ¿De verdad crees que puedes estar embarazada?

Fruncí el ceño.

—¿A qué has venido?

—Te he traído el automóvil. Supuse que lo necesitarías cuando te quitaran la escayola.

—Se la acaban de quitar hoy mismo —confirmó Maddie.

—Estupendo —dijo él—. De todos modos, tenía que arreglar unos asuntos de la empresa por aquí, así que...

Pues claro que no había ido allí por algún motivo romántico tipo «no puedo vivir sin ti». Maldito fuera mi estúpido corazón por esperar lo contrario. Después de las innumerables charlas que me había dado a mí misma para olvidarme de él, todavía había una parte de mí (la más tonta seguro) que seguía haciéndose ilusiones. Tenía que tratarse de un mal hábito. Debería existir algún tipo de rehabilitación del hombre equivocado. Terapia, asesoramiento y quizás alguna clase de tortura para casos extremos como el mío. Lo que fuera necesario para sacar al hombre en cuestión de tu cabeza.

—¿Puedes salir, por favor? —preguntó él.

No dije nada.

—Venga, preciosa. Me siento como un imbécil hablándole a una puerta.

—Sí, bueno, yo también me siento como una imbécil sentada en el suelo del cuarto de baño, demasiado asustada para ver el resultado de la prueba —le dije mientras me secaba una lágrima—. Pero esto es lo que hay—. Silencio—. Y no me llames de ese modo.

—¿Podrían dejarnos un rato a solas, señoras? —inquirió.

Oí unos pasos arrastrándose y a Hazel susurrándole que le cortaría la polla si me molestaba lo más mínimo. Después, otra vez silencio.

—¿Un bebé? ¡La leche! —Ahora oí su voz más cerca y más abajo, como si

también se hubiera sentado al otro lado de la puerta—. No sé qué decir.

—Todavía no sabemos seguro si hay uno.

—Mmm.

—Nunca hemos hablado en serio del asunto de los niños. Sin ninguna razón en particular, solo por curiosidad, ¿cómo te sentirías si tuvieras uno?

—Sinceramente, mi experiencia como hijo fue una mierda. Así que nunca encontré ninguna razón de peso para infligir algo similar a otra persona —dijo—. Además, tampoco he tenido el mejor ejemplo a seguir a la hora de criar a un niño como es debido. ¿Y si termino cagándola?

—No lo harías. Te preocupas. Mira lo bien que se te dio con la cría con la que tuviste que cargar todos esos veranos. Casi fueron tus mejores momentos.

Se quedó callado durante unos segundos antes de preguntar.

—¿Y tú qué? Me refiero a lo de los niños.

—Claro, quizás algún día. Pero no ahora.

Uno de los grifos estaba goteando. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo ruidosos que podían llegar a ser. El diminuto sonido hizo eco en el pequeño baño hasta que pareció un trueno.

—¿Qué quieres hacer si estás embarazada, Adele?

—No lo sé. —Me llevé las manos a la cabeza y me apreté los ojos cerrados—. Yo solo... no lo sé.

Más silencio.

—La verdad es que los asuntos de empresa que tenía que resolver en la ciudad eras tú —reconoció él—. Te he traído el automóvil porque te echaba de menos—. Fruncí el ceño un tanto incrédula—. Después de que te marcharas, bueno... estuve un tiempo enfadado contigo por lo del árbol.

—Pero eso no fue culpa mía.

—No habría pasado nada si no te hubieras dedicado a trepar árboles en plena noche como si estuvieras chalada. Eres consciente de que la gente no suele hacer ese tipo de cosas, ¿verdad? Lo pregunto en serio.

Puse los ojos en blanco. Un gesto sofisticado y de superioridad que él se perdió gracias a la puerta de madera que se interponía entre nosotros.

Silencio.

—Me retrasé con la píldora cuando estaba de vacaciones —confesé, solo para quitarme un peso de encima—. Me la tomé en cuanto me acordé. Pensé que no

habría ningún problema. Pero si estoy embarazada, será por mi culpa.

—Si existe ese bebé, estoy bastante seguro de que los dos tenemos la misma responsabilidad —dijo—. Podía haberme puesto un preservativo, pero no quise. Jamás había hecho eso antes, pero me gustaba demasiado estar dentro de ti sin nada de por medio.

No supe qué decir.

—¿Lo has mirado ya? —preguntó, con tono más suave.

—No.

—Tendrás que hacerlo en algún momento.

—Lo sé.

—Adele, te apoyaré hagas lo que hagas.

—Gracias. —Me quedé quieta—. ¿Cómo me las voy a arreglar para cuidar de un bebé? En mi vida no hay cabida para un niño; al menos no en este momento.

Pete no dijo nada. Lo más probable era que estuviera ocupado con su propio ataque de pánico al otro lado de la puerta. Lo que me pareció bastante justo, la verdad.

—Hazel y Maddie son estupendas —continuó—, pero estoy segura de que no entraba en sus planes tener que compartir la casa con un bebé tan pronto. Los bebés son ruidosos y necesitan cosas. Montones de cosas. Tendré que buscar otro sitio para vivir. Supongo que tendré la baja por maternidad, así que en el trabajo no tendría por qué tener ningún problema...

—¿Te quedarías en Sídney?

Me limité a concentrarme en respirar durante un instante; necesitaba calmarme a toda costa.

—Sinceramente, no sé lo que haría.

—Si estás embarazada, quiero que sepas que podemos criar juntos a nuestro hijo. No quiero ser el gilipollas ausente que solo envía dinero. Tú y el bebé necesitaríais más que eso y desde luego tú te mereces más que eso.

—¿Querrías que me mudara al norte?

—Querría que mi hijo estuviera cerca de mí, por supuesto. —De su garganta salió una especie de sonido—. Lo que quiero decir es que me gustaría que los dos estuvierais cerca de mí para poder ayudar. Caray, solo... Estoy intentando averiguar qué es lo adecuado en una situación como esta.

—Yo también.

Nada.

—¿Me echaste de menos? —quise saber.

—Sí.

—¿Podrías explayarte un poco más? —pregunté—. Se te veía muy convencido con todo ese rollo de que no querías que pusiera tu vida del revés y ahora aquí estás.

Esta vez el suspiro se pareció más a un gemido.

—Y lo estaba. O eso creía. Me gusta mi vida tal y como es, Adele. He trabajado muy duro hasta lograr que Andrew me hiciera su socio. Tardé años en construir mi casa, en conseguir todo tal y como lo quería, tal y como siempre lo había imaginado. Por fin tengo mi propio espacio, una casa de la que estar orgulloso, dinero para hacer algunas cosas y un par de buenos amigos. Y entonces regresaste.

Me quedé callada.

—Pensé que, cuando te fueras, todo volvería a ser igual, pero no pude seguir adelante —terminó diciendo—. No quería hacerlo. Estaba todo el rato pensando en ti y...

—¿Y qué?

—Vuelve conmigo al norte. Ahora.

Abrí los ojos de la sorpresa.

—Da igual si estás embarazada o no. He estado pensándolo y creo que deberías regresar y aceptar el trabajo. Eso es lo que he venido a decirte. Lo del vehículo solo ha sido una excusa. —«Vaya»—. Está claro que eso es lo que habrías hecho si lo nuestro no se hubiera ido a la mierda.

Me encogí de hombros. Probablemente tenía razón.

—Puede que las cosas entre nosotros funcionen o no —continuó—. No tengo ni idea. Pero no he venido aquí para no formar parte de tu vida. Pase lo que pase, siempre hemos sido amigos. Quiero volver a tener eso. Siempre lo he querido. —«Vaya», volví a repetirme a mí misma—. Supongo que estoy pidiendo que tengas paciencia.

Qué interesante. Aunque también había dicho algo muy parecido sobre ver cómo iban las cosas entre nosotros antes y no había terminado bien. Quizá no estuvimos el tiempo suficiente para que él pudiera descubrir qué era lo que sentía por mí y su ofrecimiento actual era sincero. Al fin y al cabo, solo

habíamos estado juntos unos días. O puede que esta fuera la forma de tenerme cerca, pero manteniendo las distancias, como había hecho con todas las mujeres con las que había tenido algo similar a una relación. No lo tenía claro. Aunque dadas las actuales circunstancias, seguramente teníamos problemas más urgentes que resolver.

—Dime algo —me instó.

Alcé el brazo para hacerme con la prueba de embarazo. Dos líneas rosas. Mis entrañas dieron un tripe salto mortal.

Iba a ser madre. Dios bendito.

En ese momento, un conjunto de células se estaba desarrollando en mi útero, compuesto por mi persona y el hombre al que había amado, para bien o para mal, desde tiempos inmemoriales. Era algo tan grande, tan increíblemente fuerte, que mi cerebro apenas podía procesarlo. Las consecuencias de este suceso serían para siempre.

—¿Adele?

—Lo he mirado. —Apenas me salió la voz.

—Bien.

—Estoy embarazada.

Una pausa.

—Bien.

—Creo que quiero quedármelo. —Las dos líneas rosas se volvieron un borrón. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba consternada, asustada y no sé qué más—. No puedo... es una parte nuestra, ¿entiendes?

—Abre la puerta, por favor.

Me puse de rodillas, quité el pestillo y retrocedí.

La puerta se abrió con mucho cuidado y Pete apareció. Tenía el pelo revuelto, como si hubiera estado pasándose la mano por él, como solía hacer cuando estaba estresado. Sus ojos estaban cansados, llevaba barba de tres días y tenía la ropa completamente arrugada.

—¿No paraste a dormir en un hotel? ¿Has venido directamente hasta aquí? —pregunté.

Bajó la vista hacia mí y asintió.

—Tenía que verte.

—Yo también te he echado de menos.

Pete no se fue a un hotel, pero durmió en el sofá.

Maddie y Hazel se tomaron muy bien lo de tener un invitado. No sé si a él le hizo mucha gracia lo del sofá, pero nuestra posible relación había sufrido muchos vaivenes y en ese momento estaba demasiado nerviosa para ponerme a pensar en nada. Puede que en el futuro lo nuestro terminara funcionando. O puede que no.

Como era de esperar, Pete dio un paso al frente e hizo lo que todo hombre responsable haría. En cuanto decidí que volvería al norte con él, se hizo cargo de la parte más dura de vaciar mi habitación y recoger un montón de pertenencias más. Cargó con las cosas más pesadas, alcanzó los objetos que estaban más altos y abrió los tarros más difíciles. Cubrió todos los clichés masculinos. Pero ahora manteníamos una especie de amistad un poco rara.

Otra ronda de pis sobre una segunda prueba y un análisis en el médico al día siguiente confirmaron que llevaba a nuestro hijo en mi interior. Se me revolvió el estómago y estuve a punto de vomitar de los nervios sobre el escritorio del pobre doctor. Pete se mantuvo ocupado con los preparativos de la mudanza mientras yo trabajaba las dos semanas de preaviso en el trabajo. Bueno, en realidad semana y media. Dadas las circunstancias, mi jefe tuvo el detalle de dejarme ir unos días antes.

—¿Qué es esto? —le pregunté el siguiente viernes por la tarde, parada en la calle donde estaba situado el edificio de apartamentos en que el hasta ese momento había vivido. En esta ocasión llevaba una bolsa de comida china. Si el feto quería unas galletas de la fortuna para nuestra pequeña fiesta de despedida, ¿quién era yo para negarle nada a ella/él/ellos?

—Hola, ¿cómo ha ido tu último día de trabajo? —inquirió Pete con una gran sonrisa.

—Bien. Gracias. —Ladeé la cabeza mientras contemplaba el nuevo y deslumbrante Subaru Forester aparcado en la calle. Ese junto al que Pete se había colocado orgulloso, balanceando un juego de llaves—. ¿Te has comprado un nuevo todoterreno?

—¿Recuerdas que estuvimos hablando de que tu vehículo no era el más

adecuado para llevar una silla de bebé y todo eso?

—¿Cuando lo llamaste «pequeña y peligrosa chatarra de mierda» que lo único que te provocaba eran unas ganas enormes de tirarlo a una zanja?

—Reconozco que quizá fui un poco duro.

Dio una palmada a un costado del Subaru.

—Pero esto es otra cosa y tiene unos elevados estándares de seguridad además de un montón de espacio.

—Muy bien.

—Y cabe todo lo que tenías en tu habitación.

—Estupendo. Gracias por ocuparte de la mudanza y disfruta del vehículo.

—No es mío. —Colocó las llaves en mi mano con una sonrisa—. Sino tuyo.

—Yo ya tengo uno.

—No, tienes una pequeña y peligrosa chatarra de mierda que Maddie está dispuesta a comprar debido a lo poco que gasta en combustible. Siento ser un poco duro. Otra vez.

—¿Me has comprado un automóvil?

—Tu color favorito era el azul, ¿verdad?

—No puedes comprarme un automóvil como si nada, Pete.

—Ya lo he hecho. —Me dio un beso en la mejilla—. De nada.

—No, yo...

—Adele, necesitas algo adecuado para ti y para el bebé —señaló—. Este vehículo es muy bueno. No demasiado grande para que resulte difícil aparcarlo, pero con todas las características que querías. Venga, dame esa bolsa. Tiene pinta de pesar.

—Gracias. —Con gesto tenso, miré el mando del vehículo—. No me siento muy cómoda con que te gastes tanto dinero en mí.

—No ha sido tanto.

—Lo es, y ni siquiera lo hemos hablado —espeté—. No puedes tomar decisiones por los dos así como así.

—Quería que fuera una sorpresa. Tómatelo como la suma de todos los regalos de cumpleaños que no te he hecho durante los últimos siete años.

—No me vengas con tonterías —dije, cada vez más frustrada—. Sabías que esto me suponía un problema, así que simplemente lo hiciste por tu cuenta en vez de hablarlo conmigo para que pudiéramos tomar una decisión juntos.

Me lanzó una mirada dolida y, en cierto modo, de enfado.

—Quiero cuidarte.

—Y yo quiero que me ames. Como ves, no siempre podemos conseguir lo que queremos. —Me detuve de repente, pensando en lo que acababa de salir por mi boca. Mierda—. Finge que no he dicho eso.

—Preciosa...

Por Dios. Agaché la cabeza.

—Han sido las hormonas. Sé que no estamos en ese punto. Lo sé...

No dijo nada.

Como decían los Rolling Stones, y como acababa de decir yo misma, no siempre podíamos conseguir lo que queríamos. Además, por el bien de todos, también necesitaba mejorar eso de no mostrar mis emociones tan alegremente. Desde que Pete se había enterado de lo de mi embarazo, había hecho todo lo que había podido, consintiéndome en exceso. Aunque el bebé implicaba que siempre tendríamos esa conexión entre nosotros, lo sentía más como un final que como un comienzo. Sabía que querría a nuestro hijo y, por defecto, puede que también a mí. Pero no de la forma que yo quería. Como había dicho, había venido a Sídney para que recuperáramos nuestra amistad. Para hacer las paces por haberme desalentado a que me mudara al norte y aceptara el trabajo. Sí, me había echado de menos. Sin embargo, aquello no era suficiente. No de verdad. Íbamos camino de terminar como mis propios padres, unidos por un niño en lugar de por el amor y afecto mutuo. Su matrimonio había sido una explosión a cámara lenta; algo de lo que fue insoportable formar parte.

Tenía que dejar a un lado mis deseos y convertir al bebé en mi prioridad. Era lo más inteligente que podía hacer.

—El todoterreno es una pasada, gracias —dije al fin—. No obstante, te pido, por favor, que en el futuro hables conmigo antes de hacer alguna compra importante.

—Lo haré. —Me rodeó los hombros con un brazo y me dio un beso en la frente—. Lo estás haciendo fenomenal. Sé que estás cansada y que no te has encontrado muy bien. Creo que eres extraordinaria, ¿de acuerdo?

Empezaron a escocerme los ojos y se me hizo un nudo en la garganta. Las hormonas eran lo peor.

—Hace mucho tiempo que no tenía a nadie a quien quisiera cuidar —

continuó—. Cuando eras una adolescente solo necesitabas que te entretuvieran y te dieran de comer y de beber. Fácil. Ahora todo se ha vuelto más complicado.

—Darme de comer y de beber. Haces que parezca una res.

Se rio.

—No más sorpresas, te lo prometo.

—Gracias. También he estado pensando en lo de irme a vivir a tu casa, a la habitación de invitados —informé—. Fuiste muy amable al ofrecérmelo, pero voy a tener que rechazarlo. Necesito mi propia casa, mi propio espacio. He tomado una decisión.

Hizo una mueca que demostraba que aquello no le había hecho mucha gracia.

—Venga, vamos a comer —proseguí—. Se va a enfriar la comida.

Y esa fue la última noche que pasé viviendo en Sídney.

Primero llamamos a Shanti y le dijimos lo del bebé. Fue más fácil así. Después, ella se lo contó a mi padre, que, como era de esperar, dio unos cuantos gritos, aunque al final Shanti logró calmarlo. Y en cuanto tuvo tiempo de acostumbrarse a la noticia, todo el mundo estuvo oficialmente encantado.

Cuando Pete y yo llevamos a mi madre a cenar, también se entusiasmó. Luego le dijo a Pete que tenía un físico impresionante y le preguntó si quería posar para su clase de iniciación al dibujo artístico con modelo. Rechazó la oferta cuando se enteró de que se suponía que tenía que hacerlo desnudo. Puede que el toque de locura que me caracterizaba me viniera por parte de madre.

Creo que Hazel y Maddie estaban preparadas para quedarse el apartamento para ellas solas. O al menos, para entregar el testigo de tener que lidiar con mis cambios de humor hormonales a otra persona. Aunque echaríamos mucho de menos salir de fiesta, beber vino y pasar la noche juntas. Al día siguiente, Pete y yo hicimos el trayecto de doce horas hasta el norte en mi nuevo todoterreno.

Si bien Pete se salió con la suya con el asunto del vehículo, no lo consiguió respecto a dónde iba a vivir. No iba a cambiar de opinión en eso.

—Me gustaría que lo reconsiderases —dijo, mientras aparcaba en el camino de entrada de la casa de mi padre y Shanti.

Abrí la puerta del Subaru.

—Ya lo hemos hablado.

—Sí, pero creo que te equivocas.

—Eso ya me lo has dicho. Un millón de veces. Hola, papá. Hola, Shanti.

Mi padre me abrazó con suavidad, juzgándome en cierto modo con la mirada.

—¿Así que embarazada?

—Lo sé, ¿verdad? ¿Quién hubiera pensado que algo así podría pasar? — Esbocé una sonrisa de oreja a oreja—. Creo que te faltó explicarme algunas cosas, jovenzuelo.

—Tu madre se encargó de darte esa charla cuando tenías doce años. Me aseguré hablándolo con ella en su momento.

—Vaya. Entonces supongo que se me fue la olla.

—¿Es ahora cuando tengo que llamarte «papá»? —preguntó Pete con una sonrisa irónica.

—No lo sé —respondió mi padre—. ¿Es ahora cuando tengo que darte un puñetazo?

—Nada de violencia —les regañó Shanti—. Andrew, sé amable. Peter, no provoques al oso cuando acabas de dejar embarazada a su hija. No es nada inteligente. Y ahora, ¿qué tal el viaje, cariño?

—Muy largo. —Acepté mi correspondiente beso y abrazo—. Me alegro de volver a verte, Shanti.

—Entra y tómate algo fresco. ¿Qué es eso de que te vas a venir a vivir aquí una temporada? —dijo mientras me acompañaba escaleras arriba—. Por supuesto que eres bienvenida. Pero me ha sorprendido bastante. Estaba convencida de que te quedarías en casa de Peter.

Iba a ser una noche muy larga. Y no podría beber ni una gota de alcohol.

—Nos estamos tomando las cosas con calma, centrándonos en el bebé.

—¿No es un poco tarde para eso?

—En esta familia no hemos tenido muy buena experiencia con eso de estar con una persona solo porque tienes un hijo en común con ella —apunté—, como seguro que mi padre te ha dicho. Creo que es mejor que tenga mi propia casa.

—Mmm. —Shanti miró por encima de su hombro—. Cuidado, Peter, parece que estás perdiendo tu toque.

Sí, no.

—Estoy ansiosa porque todos nosotros nos involucremos a tope en la vida de los demás y emitamos opiniones directas y sinceras sobre sus relaciones.

—Esa es su forma de decir «no te metas en mis asuntos» —ironizó mi padre.

—Gracias —dije yo—. Pete y yo solo somos amigos que, de improvisto, vamos a tener un hijo juntos.

Mi padre hizo una mueca.

—Así que amigos, ¿eh? Preferiría verte con un anillo en el dedo, pero lo que tú digas, cariño. Te aseguré después del incidente del árbol que me mantendría al margen. Ya sois mayores para resolver vuestros problemas solos.

Pete solo se rascó la cabeza y me ofreció una tenue sonrisa.

—Está bien, dejaré de entrometerme, estoy segura de que sabéis lo que hacéis. —Shanti me dio un apretón—. ¿Y bueno, Adele, qué crees que será? ¿Niño o niña?

—No tengo ni idea.

—No pasa nada. Compraré ropa para ambos sexos. Me hace mucha ilusión ser abuela. Y tú, ¿estás emocionada con tu inminente maternidad?

—Pues estoy en ello.

—Todo va a ser maravilloso, cariño. Solo espera y verás.

—Hola, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Menudo *déjà vu*, ¿verdad? —Estaba en la puerta de Pete, esa misma noche, alrededor de las doce.

Sí. Iba con los mismos pantalones de pijama provocativos, pero esta vez nada de torso desnudo. Ahora llevaba una sencilla camiseta gris. Qué lástima. Al menos, mis pantalones cortos de dormir y la camiseta de tirantes eran un poco distintos a los de la ocasión anterior. Con las nuevas tetas que el embarazo me había proporcionado había optado por una camiseta con sujetador incluido. Mucho más cómodo que tenerlas de un lado para otro.

—Anda, entra —dijo antes de cerrar la puerta detrás de mí con el ceño fruncido—. No habrás bajado otra vez por el puto árbol.

—La rama está rota. No habría podido ni aunque quisiera. Y tampoco iba a

hacerlo en mi actual estado.

—Gracias a Dios por eso.

—Siento haberte despertado, pero estoy tan cansada —me quejé, con los hombros caídos—. Y no puedo dormir porque el dormitorio de Shanti y de mi padre está junto al mío y están teniendo relaciones sexuales ruidosas.

Pete empezó a partirse el culo.

—Pete, no es divertido.

—Es sábado por la noche. —Se encogió de hombros—. Y son una pareja de recién casados.

—Pero es mi padre. Eso lo convierte en oficialmente asqueroso. Me muero de sueño y su cama no hace más que golpear contra la pared como si estuvieran rodando una peli porno. No está nada bien.

—Venga, vamos. —Me agarró de la mano y me llevó en dirección a su habitación.

Madre mía. En mi cabeza comenzaron a sucederse un sinfín de señales de advertencia y luces rojas.

—Tenía toda la intención de colapsar en la habitación de invitados.

—La cama no está hecha y es medianoche —dijo, apagando las luces a medida que íbamos avanzando—. Ambos nos caemos de sueño. Así es más rápido y sencillo.

—Me iré al sofá.

—No vas a dormir en el sofá. —Me lanzó una sonrisa—. Relájate. Vamos a dormir juntos, no a acostarnos.

Era muy tentador, pero no. Me detuve en seco.

—Pete, detente. No voy a ir a tu habitación contigo. Es... —Sacudí la cabeza ante la idea—. Sigamos con lo de ser amigos que se respetan y no comparten la cama, ¿de acuerdo?

—Está bien. —Apretó los labios—. Deja que vaya a por sábanas para el cuarto de invitados.

—Gracias.

Metió la cabeza en el armario del pasillo y sacó unas sábanas. No se le veía nada contento y sí muy incómodo. En el pasado, hubiera estado más que feliz de meterme en la cama con él y ver adónde nos llevaban las cosas. Bebé nuevo, reglas nuevas.

Además, la anterior política de dejarse llevar por el sexo no me había dado buenos resultados. Salvo el tipo de resultados que obtienes haciendo pis en un palito.

—Siento causarte tantas molestias.

—Adele, no me causas ninguna molestia. Quiero que acudas a mí si necesitas algo.

—La cena estuvo bien.

Fue a la habitación de invitados y yo lo seguí.

—Creo que Andrew estaba bastante tranquilo. Venga, te ayudo a hacer la cama.

—Gracias. ¿Le has contado ya a tu padre lo del bebé? —pregunté, cambiando hábilmente de tema de un progenitor a otro.

—No. —Dejó las sábanas limpias en una silla antes de sacar la bajera ajustable y desplegarla sobre la cama. Me coloqué en un lateral y él en el otro—. Todavía no, aunque lo haré.

—De todos modos, creo que se supone que tienes que esperar hasta que termine el primer trimestre para anunciarlo. —Levanté un hombro—. El aborto espontáneo es muy común en los primeros tres meses de gestación.

—Eh, no te preocupes por eso. Todo va a salir bien.

Pusimos la sábana de arriba, seguida de una manta ligera. Después, cada uno se las apañó para meter una almohada en su funda correspondiente. El silencio se entremezcló con el zumbido de los insectos y las ocasionales carreras y chillidos de una zarigüeya. Fue todo muy pacífico, o al menos debería haberlo sido.

—Listo. —Me subí al colchón y me senté con la espalda apoyada en el cabecero.

—Bien. Bueno, será mejor que te deje dormir. —Pero no se marchó.

—Ahora mismo estoy completamente despierta. Supongo que tú también. Lo siento.

—¿Te importa si me siento un rato aquí contigo? —preguntó, señalando el otro lado de la cama.

—Estás en tu casa.

Se acomodó en la misma postura que yo, solo que dejó un pie en el suelo.

—Nunca creí que terminaría sentando la cabeza de verdad con alguien. Así que seguramente meteré la pata muchas veces. Y sé que ahora tenemos un

montón de cosas encima con lo del bebé y todo eso. Pero tiene que haber un poco de margen para que intentemos hacer que lo nuestro funcione, ¿no crees?

Vaya una forma de dejar la pelota en mi tejado. No dije nada.

—Has estado posponiendo el asunto desde que nos enteramos de lo del bebé —continuó.

—Lo sé.

Se quedó esperando.

—Supongo que, si de verdad te interesa, podríamos salir. —Eso no parecía muy peligroso. Seguro que nadie volvía a terminar con el corazón destrozado después de una cena. Al menos no sin un esfuerzo coordinado—. En plan informal.

—O podrías venirte a vivir conmigo —insistió él—. Ya sabes, solo hasta que encuentres una casa.

—La verdad es que antes he estado mirando algunos inmuebles. Por lo visto he tenido suerte. Hay un par de sitios disponibles cerca de aquí. —Sonreí—. No debería costarme mucho encontrar algo en un plazo razonablemente corto.

—Pero al menos tardarás una semana o dos, ¿no? Sería mucho más práctico si estuvieras aquí.

Refunfuñé por lo bajo.

—No debería tener ningún problema en casa de mi padre y Shanti.

—Repito, recién casados.

Hice una mueca de dolor.

—Estás embarazada. Necesitas una noche de sueño completa. No venir cada dos por tres en medio de la oscuridad.

—No sé.

—Ni siquiera durarás una noche entera allí. ¿Y si entras y los sorprendes haciendo algo en la mesa del comedor? —preguntó—. Sabes por experiencia propia que eso puede suceder perfectamente.

—Oh, Dios. Tendría que arrancarme los ojos.

—Exacto. Y eso sería una lástima. Tienes unos ojos marrones preciosos.

Solté un suspiro.

—Espero que el bebé tenga los ojos como los tuyos. Un pequeñín con ojos azul grisáceo y pelo oscuro.

Se quedó callado. Hablar del bebé como un ser real, con vida propia, todavía

podía hacer que se le helara la sangre. Lo que en parte me daba la razón. El hombre era emocionalmente inestable. No me extrañaba que tuviera mis dudas.

—Y lo llamaremos Neville —proseguí.

Un gruñido.

—No vas a llamar a mi hijo Neville. De ninguna manera. Y no pienses que no me he percatado de que estás haciendo esto para cambiar de tema.

—Sí, ya sé que Harry y Ron se llevaban toda la atención —dije, ahora metida de lleno en el asunto y no solo por cambiar de tema—. Pero Neville siempre fue el verdadero héroe, ¿verdad?

—Adele.

—Además, con los años se convirtió en un tío bueno. Un extra total.

—Por el amor de Dios.

—Y si es niña la llamaremos Minerva. Siempre me encantó la profesora McGonagall. Podía transformarse en un gato. ¿No es lo más?

—No vas a poner a nuestro hijo nombres de personajes de Harry Potter.

—¿Sabes, Pete? Si sigues hablando así vas a hacer que te echen de Pottermore.

—¿Qué cojones es eso?

—¿No formas parte del club oficial de seguidores de Harry Potter? —jadeé—. No me puedo creer que me haya acostado con un no creyente. Me siento sucia.

Oh, ahí estaba su sonrisa traviesa.

—Puedo hacer que te sientas todavía más sucia.

—Olvídalo. Neville y yo necesitamos dormir.

—Neville. —Se rio—. Jesús. ¿Sabes?, por esto es por lo que deberías venirte a vivir conmigo. ¿Quién más te oiría alegremente balbucir todas estas locuras?

—¿Estás oyendo «alegremente»? —ironicé—. No quiero imaginarme cómo te verías oyendo «taciturnamente».

De repente, se puso mortalmente serio.

—Adele, lo siento. Sé que te hice daño y te decepcioné.

—Sueles cambiar de opinión, Pete. Mucho.

—Lo sé. —Exhaló y me lanzó una mirada circunspecta—. Pero ahora también sé que sin ti soy un lamentable e inútil saco de mierda.

Fruncí el ceño.

—Eso ha sonado demasiado específico.

—Puede que tu padre me haya llamado así un par de veces en los últimos meses.

—Vaya. —Esboqué una amplia sonrisa—. Así que mi padre te pone apodos cuando estás conmigo y también cuando no. Debe de ser duro.

—Lo que no quiere decir que no tenga razón en ambas ocasiones. —Soltó un suspiro—. Si unas citas es todo lo que estás dispuesta a ofrecerme ahora mismo, me conformo. Gracias.

Extendió el brazo y me agarró de la mano. Nuestros dedos se entrelazaron por puro instinto. Era como hacer dibujos en la arena a la orilla: las olas los borran como si tal cosa. Pero mi confuso corazón ya no podía soportar más decepciones. Por ahora, solo seríamos amigos, le gustara a Pete o no. Daba igual todos los encantos que pudiera desplegar en las citas.

—Que sepas que siempre serás bienvenida a mi casa —dijo en voz baja—. Pide lo que quieras y lo tendrás, preciosa.

Pero aquello no era cierto. No del todo.

Capítulo 15

La persona sustituta había hecho un trabajo estupendo. Cuando regresé no solo no había nada pendiente, sino que todo estaba actualizado y razonablemente organizado. Ni yo ni la oficina éramos muy distintas a la última vez que había estado allí. Aunque mi cintura, ahora en expansión, me había obligado a descartar parte de mi guardarropa. Por suerte, tenía algunos vestidos de verano más sueltos. Ese día llevaba un falda hasta la rodilla y un suéter verde sin mangas y con un cuello que no mostraba demasiado mi recién aumentado escote.

Comodidad ante todo.

Pero también era un atuendo que quedaba muy bien con un brazaletes de resina ámbar y unas sandalias. Tal vez podría llevar eso del embarazo con estilo. O al menos sobrevivir con un poco de mi dignidad intacta. Había algunos murmullos y miradas disimuladas por parte de los empleados, pero nada demasiado malo, sobre todo teniendo en cuenta que yo misma habría catalogado mi estado como el escándalo local del siglo.

La noche del domingo también la pasé en la habitación de invitados de Pete. Shanti hizo todo lo posible por parecer inocente, pero yo estaba convencida de que era perfectamente consciente del efecto que sus noches de sexo desenfrenado tendrían en mí. Vaya dos enfermos estaban hechos. Echándome de su casa con sus vulgares y sonoras cópulas. Deberían haberse avergonzado de sí mismos. Como tuviera que volver a escuchar su grito de «sí, mi león, sí» otra

vez, seguro que empezaban a sangrarme los oídos. Los padres que mantenían relaciones sexuales iban contra natura y debería existir una ley que lo prohibiera. Ya pensaría después en qué situación me dejaba esa nueva ley cuando el bebé naciera.

Pete, por su parte, estaba encantado de tenerme de nuevo en su casa y, en el fondo, yo también. Mientras durmiera en mi propio cuarto no cruzaríamos ninguna línea importante. Y solo iba a ser de forma temporal.

Me fijé en un hombre mayor, vestido con un traje de rayas, que entró en la oficina. Contrajo la cara mientras revisaba todo a su alrededor. Por el gesto de asco que puso no debió de gustarle nada. Tardé un rato en reconocerlo. Era el padre de Pete; los años parecían no haber pasado por él.

—¿Está Peter Gallagher?

—Ahora mismo está fuera, pero no creo que tarde mucho en volver.

Me miró fijamente; le salieron unas arrugas en la boca, y no precisamente por una sonrisa.

—¿Tú eres la niña, verdad?

—Sí, soy «la niña». —Giré las ruedas de la silla para colocarme frente a él directamente. Hablé con excesiva cortesía—. En realidad, en cualquier momento, en cualquier lugar del mundo, cuando alguien habla de «la niña», se está refiriendo a mí. ¿A que es increíble?

Frunció el ceño ante mis palabras. Yo me limité a seguir mirándolo con una sonrisa. Ser una listilla casi nunca te solucionaba un problema, pero hacía que fuera mucho más divertido cuando estabas metida en uno.

—Te recuerdo. —Hizo una mueca de disgusto. Si hubiera tenido uno de esos bigotes típicos de los villanos hubiera bordado el papel—. Te trajo a casa ese día.

—Cierto.

—Y ahora estás...

—Papá. —Pete entró en la oficina y dejó su tableta y las gafas de sol en la parte superior de mi escritorio—. No sabía que tenías pensando pasarte por aquí.

—Tu hermana me llamó.

Pete bajó el tono de voz.

—Bien.

—Debería haberme enterado por ti —dijo su padre.

Pete puso los brazos en jarras y lo miró.

—Y te habrías enterado cuando hubiera estado preparado para contártelo.

—¿Cómo has podido ser tan tonto?

—Puede que el embarazo haya sido inesperado, pero Adele y yo estamos muy felices con la noticia.

—Pagarás por este error durante dieciocho años. —Clavó el dedo en el pecho de Pete.

—Papá...

—Esa cría ya te ha echado el guante. Muy pronto tendrás un mocoso desagradecido drenándote hasta la última gota de sangre.

—Ya es suficiente.

—Dejarte cazar por un trozo de carne joven —espetó, salpicando gotas de saliva por los labios—. Creía que eras más listo.

Me puse completamente tensa, pero me quedé quieta y callada.

—¡He dicho que ya es suficiente! —Pete agarró a su padre del brazo y lo empujó hasta la puerta—. ¿Cómo te atreves a presentarte aquí e insultarla? Por esto exactamente no te lo dije, papá. Y esta es también la razón por la que nunca formarás parte de la vida de mi hijo.

El señor Gallagher abrió los ojos como platos.

—¿Q... qué?

—Ni loco voy a permitirte estar cerca de mi hijo —dijo Pete apretando la mandíbula. Le temblaban las manos—. Siento que mamá muriera, pero todos la perdimos. Todos tuvimos que pasar por eso. Y en lugar de ser un padre decente y estar ahí para Chrissie y para mí, en vez de mostrarnos un ápice de amor de vez en cuando, te convertiste en un soberano imbécil que no desearía ni al peor de mis enemigos.

Su padre balbució algo, indignado.

—Se acabó —continuó Pete—. Lo sigo en serio. Acabas de arruinar cualquier mínima posibilidad que hubieras tenido de conocer a tu nieto. Ahora vete de aquí y no se te ocurra volver.

El hombre se irguió y salió corriendo por la puerta. Los oídos me pitaron ante el repentino y sepulcral silencio que se instaló en la oficina. Aunque muy pronto lo sustituyó el sonido de mi corazón acelerado. Mierda.

—Por Dios, qué gilipollas —dijo Fitzzy, parado en el pasillo al lado de mi padre.

Mierda, teníamos a todo un público pendiente. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaban allí. Pete se dio la vuelta; lucía un gesto tenso y una mirada sombría. Era como si se hubiera cerrado por completo. Herméticamente.

—¿Te encuentras bien? —pregunté. No me atrevía a tocarlo.

—Sí —respondió él, recogiendo las gafas de sol, pero dejando la tableta—. Siento todo esto. Y tú... ¿estás bien?

—Sí.

Pete asintió con la cabeza.

—Bien. Bueno. Yo... eh... voy a salir un rato.

Fitzy, mi padre y yo asentimos, pero nadie dijo nada. Contemplamos en silencio cómo Pete seguía a su padre por la puerta, aunque dudaba mucho de que se produjera una de esas escenas de reconciliación lacrimógena en el aparcamiento. Me preocupaba más que le diera un puñetazo a ese desgraciado. Eso sí sería un auténtico desastre. Corrí hasta la puerta acristalada. Nada. No vi al padre de Pete por ningún lado. Al menos había tenido el buen juicio de esfumarse. Pete se subió a la *pick-up*, dio un portazo y salió del aparcamiento dando marcha atrás. Continué mirándolo hasta que desapareció de mi vista.

Mi padre apoyó suavemente las manos sobre mis hombros.

—Estará bien, cariño. Solo dale tiempo para calmarse. Me alegro de que por fin mandara a la mierda a ese imbécil. Ha tardado demasiado.

Asentí.

—Sí. Estará bien.

—Por supuesto.

Pero no lo tenía tan claro.

—No parece un hombre muy agradable —dijo Shanti después de la cena.

—Eso es quedarse corta.

Mi padre se había ido a la cama con una novela de suspense en la mano. Tal vez estaban tomándose un respiro de sus orgías nocturnas. O puede que por fin hubieran aprobado mi nueva ley de prohibir el sexo parental. Gracias a Dios. Shanti y yo estábamos sentadas en el porche delantero para poder estar pendiente

de la casa de Pete. No había dado señales de vida en toda la tarde y ahora, que eran más o menos las diez, su vivienda seguía a oscuras. Había intentado llamarlo, pero no respondió. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué estaría haciendo? ¿En qué estaría pensando? Tenía que haberle dolido cerrarse en banda a su progenitor después de todos esos años. Y aunque seguramente era lo mejor que podía haber hecho, no dejaba de ser su padre.

—A algunas personas no se les debería permitir ser padres. —Shanti giró la copa de vino—. La hermana de Peter debería haber sido más sensata y no soltar la noticia al hombre de esa forma.

—Mmm.

Hacía un rato que había llovido, haciendo que el aire oliera a limpio y a vida. Del suelo ascendían aromas a tierra y a hierba con un leve toque a franchipán, a eucalipto y a otras plantas en flor. Las ranas croaban en el jardín. Resultaba difícil echar de menos las luces de la ciudad estando rodeada de tanta belleza.

Bostecé hasta casi desencajarme la mandíbula.

—¿Por qué no te vas a dormir y hablas con él por la mañana?

—No, voy a esperarlo allí —dije, levantándome de la silla de mimbre.

—¿Y si Pete no quiere hablar?

—Eso depende de él. Solo quiero darle la opción y saber que está bien.

—¿Y si trae a alguien con él? —Sus ojos oscuros brillaban bajo la tenue iluminación—. Cuando está de mal humor, suele beber, y cuando bebe... Bueno, a la gente no siempre le resulta fácil deshacerse de sus hábitos, cariño.

Tragué saliva.

—Entonces supongo que volveré aquí. No soy su dueña... me refiero a que no estamos juntos.

—No quería hacerte daño —dijo en voz baja.

—Lo sé. Pero Pete ha pasado demasiado tiempo de su vida solo.

—Fundamentalmente porque así lo ha querido.

—Sí —reconocí, intentando explicarme—. Si no me quiere allí, entonces me iré. Pero siempre ha sido mi amigo antes que nada. Si otra persona hubiera pasado por lo mismo que ha pasado hoy él, querría que supiera que me tiene a su lado por si necesita hablar.

Shanti se limitó a asentir.

—Siempre tendrás nuestra puerta abierta, cariño.

—Gracias. Buenas noches.

Crucé la calle en pijama y con sandalias Birkenstock. Llevaba el pelo recogido en una descuidada coleta. Como Pete viniera acompañado de alguna chica despampanante, iba a tener un aspecto de muerte. No. Pete no tenía ninguna silla en el pequeño porche delantero. Debería haberme llevado algún cojín. Decidí sentarme en el peldaño superior, que estaba seco, apoyándome contra la barandilla para intentar ponerme más cómoda. Tal vez estaba cometiendo una tontería. Mi vida estaba llena de preguntas. Sobre todo la que quería saber qué leches estaba haciendo. Supongo que, al final, solo haces lo que crees que está bien. Lo que esperas que otra persona hiciese por ti.

Al final, las luces de la casa de mi padre y Shanti se fueron apagando hasta que solo quedó encendida la tenue luz del porche. Ahora solo estábamos yo, la penumbra y mis buenas intenciones. Eso debería ser suficiente.

Horas más tarde, me desperté mientras me levantaban unos fuertes brazos.

—Tranquila, preciosa, soy yo.

—¿Pete?

—Debería haberte dado un juego de llaves —dijo mientras me llevaba dentro. Me dolían las extremidades por haberme quedado dormida en medio de las escaleras, pero su olor familiar y el calor de su cuerpo me hicieron sentir de maravilla. La única luz provenía de una lámpara de la mesa lateral, que brillaba suavemente proyectando sombras sobre su atractivo rostro.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras mi embotada cabeza iba despertando poco a poco.

—Las once pasadas. —Tenía la voz ronca, retumbaba en su pecho, pero era nítida y me estaba agarrando con firmeza. A pesar de lo preocupadas que habíamos estado Shanti y yo al respecto, no había bebido—. Siento haberte tenido esperando ahí fuera.

—No ha sido por tu culpa. Quería cerciorarme de que estabas bien.

—¿Sí? —Parecía sorprendido de verdad—. No tienes que hacer eso. Estoy bien. No pasa nada.

—Es tu padre.

—Sí, bueno, es una mierda de padre. Ya era hora de que cortara toda relación con él —dijo, depositándose con mucho cuidado en la cama.

Me moví hasta quedarme sentada, manteniendo una mano sobre su brazo.

Pete se sentó en el borde de la cama, a mi lado. Se le veía cansado. Sus ojos reflejaban el dolor de un niño con el pesar de un hombre adulto. Me partió el corazón verlo de ese modo. Se quedó mirándome durante un buen rato. En ese momento, el mundo pareció hacerse cada vez más pequeño hasta que solo quedamos los dos en medio de la noche.

—Necesitaba pensar —dijo por fin—. Fui a la playa y estuve paseando un rato, intentando aclarar mi mente.

Me limité a asentir tratando de contener un bostezo.

—Llamé a Chrissie y le conté lo que había pasado. Me pidió perdón. —Se frotó la boca—. Mi hermana todavía cree que algún día conseguirá romper su coraza de hielo y que por fin tendrá un padre que merezca la pena. Creyó que le alegraría saber que íbamos a tener un hijo.

—Ah.

—Sí. —Bajó la mirada hasta mi torso—. Tienes una barriga incipiente, Adele.

—Podría tratarse del pastel, pero prefiero creer que es un bebé.

Sonrió brevemente. Apenas duró un parpadeo.

—Se te ve agotada. Debería marcharme y dejar que duermas.

—Estoy bien. —Busqué su mano y jugueteé con sus dedos—. Pete, si me necesitas, aquí estoy. No me refiero al sexo. No creo... no estamos todavía en ese punto. Pero, sabes que...

—Lo sé. —Ahuecó la mano en mi nuca, acercándose para darme un beso rápido—. Me alegra que estés aquí. Al final de un día jodido, lo único que de verdad necesito es ver tu cara. —Sonreí—. Nada de sexo, pero ¿puedo dormir aquí contigo esta noche?

—Claro. —Me tumbé sobre el colchón, poniéndome cómoda.

Mientras tanto, él se encargó de cerrar la puerta y apagar las luces. Mostrando una fuerza de voluntad sin igual, no miré mientras se quitaba las botas y se desvestía, dejándose solo el *boxer*.

Era gris. Está bien, puede que mirara un poco.

El colchón se hundió a mi lado. Volví a buscar su mano y la llevé por debajo del borde de mi camiseta, hasta mi cintura. Así, piel sobre piel, las cosas parecían mejor. Pete estaba aquí. Estaba bien. O lo estaría.

—Es curioso —dijo en voz baja, ya completamente a oscuras—, cómo crees

que has lidiado con toda esa mierda y que puedes seguir adelante con ello, pero sin embargo continúa escondido dentro de tu cabeza, afectando la forma en que ves todo, cómo vives tu vida.

Le acaricié el dorso de la mano en señal de apoyo silencioso.

—Creí que era más listo, más fuerte. Odio haber permitido que eso sucediera.

—Las relaciones con los padres son complicadas.

Soltó un bufido.

—Sí, lo son.

—Confiar tanto en alguien, necesitarlos cuando eres pequeño e indefenso — comenté—. Todo el mundo está obligado a cometer un error de vez en cuando. Al fin y al cabo, solo somos humanos. Pero algunas personas, como tu padre, son como si ni siquiera lo intentarían. Como si no quisieran hacerlo.

Me acarició la piel con el pulgar.

—Eso no le va a pasar a nuestro hijo, preciosa.

—Lo sé.

—Hora de dejarlo marchar —dijo, poniéndose de lado y reemplazando su mano con la otra—. He terminado con él. Ya no formará parte de mi vida. De nuestras vidas. Hoy he estado pensando mucho.

—¿Ah, sí?

—Sé que no he estado precisamente muy alegre con tu plan, con lo de vivir en tu propia casa y que solo tengamos citas. —Sonrió—. Pero si eso es lo que quieres que hagamos por ahora, me parece bien. Que vayamos viendo dónde nos lleva esto.

Esbocé una sonrisa.

—De acuerdo. Me parece estupendo.

Bajo la tenue luz pude ver el blanco de sus dientes mientras me devolvía la sonrisa. Esperaba que no volviera a romperme el corazón. Que de verdad supiera lo que estaba haciendo ahora, lo que quería. Pero solo el tiempo lo diría.

—Me encanta cómo te queda ese color, querida. Llevas un vestido muy bonito.

—Gracias.

—Espera un segundo. Perfecto. —Shanti retrocedió un paso, contemplando mi recogido. Porque como era de esperar, se le daba de muerte eso de peinar, igual que todo lo demás.

Era sábado por la noche y había terminado de arreglarme en casa de mi padre y Shanti. Formaba parte del plan oficial de citas. A pesar de los nervios que tenía, no me temblaban las manos ni me sudaban demasiado. Menos mal.

—Eres única —dije—. Me encanta.

Shanti sonrió.

—Vas a dejar a Pete fuera de combate.

Me alisé la parte delantera del vestido *bodycon* azul que llevaba de tela suave. Mi vientre todavía no era demasiado grande, pero ahora tenía unos pechos espectaculares. Ya que el embarazo iba a darme unas cuantas curvas de más, decidí lucirlas mientras pudiera. El conjunto lo completaban unos pendientes de plata con forma de lágrima, un elegante peinado cortesía de mi madrastra, los labios rojos y los ojos bien marcados. Estaba lista para salir.

—Peter ya ha llegado —anunció Shanti—. Está sentado con tu padre en el salón.

—Mi padre debe de estar encantado con todo esto.

—Le he pedido que se comporte. Pero es la primera vez que va a enviar a su hija a una cita, así que podemos permitirle algunas concesiones.

—Mmm.

Me siguió hasta el salón. Pete estaba con un gesto algo dolorido y dando frenéticos golpecitos con el pie en el suelo. Mi padre, por su parte, estaba sentado en su silla, con una mirada más que moderadamente hostil. Qué bonito.

—Le he dicho que te traiga a las diez —informó—. Y no estoy bromeando.

—Papá.

—Está bien, a las once —claudicó—. Puede darte un beso de buenas noches, pero tiene que mantener las manos bien guardadas. Estaré vigilando.

Negué con la cabeza.

Pete se puso de pie. Estaba deslumbrante con un traje negro y una camisa blanca abierta en el cuello. Volvía a llevar el pelo con un moderno estilo *Pompadour* que le hacía parecer un dios del sexo. No caí al suelo desmayada de milagro.

—Hola —dijo—. Tengo la sensación de que debería haberte comprado un

ramillete.

—Solo tú estás decente. —Sonreí.

—Dios, estás preciosa. —Se acercó un poco más, mirándome de arriba abajo. Después, deslizó con suavidad una mano alrededor de mi cintura hasta la parte baja de mi espalda y me atrajo hacía él. Olía de maravilla, a él mismo con un toque de colonia—. Soy un hombre afortunado.

—Sí, lo eres —terció mi padre—. Que no se te olvide.

Me entraron unas ganas enormes de alzar la cabeza, besarlo, cancelar la cita e ir directamente a su dormitorio. Pero necesitábamos ir paso a paso. Hacer las cosas poco a poco y de forma correcta. Ver si podía funcionar, lo que sinceramente esperaba. Pero ya había estado en este mismo punto una o dos veces más. No exactamente igual, aunque sí parecido. Sí, ahí estaba de nuevo, con el corazón en la mano y todo lo que quería prácticamente a mi alcance. Puede que esta vez él me correspondiera.

—Como sigas mirándome la boca de esa forma, esta cita va a durar muy poco —murmuró en voz lo suficientemente baja para que mi padre no lo oyera.

Parpadeé.

—Tienes razón. Lo siento.

La clave era tener menos pensamientos carnales. Podía hacerlo. Probablemente. Aunque con la revolución hormonal que tenía y lo guapo que estaba no iba a resultarme nada fácil. El autocontrol nunca había sido lo mío.

Shanti soltó un suspiro de felicidad con la mano apoyada en el hombro de mi padre. Sus ojos nos miraban con cariño, incluso brillaban, como si estuviera a punto de llorar.

—Hacéis una pareja maravillosa.

—¿Estás lista? —preguntó Pete.

Hice un gesto de asentimiento y dejé que entrelazara los dedos con los míos, agarrándome con fuerza.

—No nos esperéis despiertos —dije—. ¡Y gracias!

Mi padre gruñó algo por lo bajo, pero en ese momento Pete alzó la mano libre para despedirse y empezó a sacarnos de allí bajando por las escaleras y llevándonos hasta el camino de entrada donde esperaba su *pick-up*. La noche era perfecta y venía cargada de promesas. Con cuidado, me ayudó a meterme en el asiento del copiloto.

—Puedo apañármelas yo sola —dije.

—No tendrías por qué hacerlo. —Se inclinó y se lamió los labios. En su mirada noté algo raro. Como si en sus ojos se hubiera apagado algo. Justo lo contrario a como te mira alguien con intensidad—. Estamos haciendo lo correcto, ¿verdad?

Asentí un tanto vacilante.

—En vez del *pub* local vamos a cenar como es debido. He reservado mesa en un elegante restaurante con vistas a la playa —explicó—. Hacen la mejor carne que hayas comido en tu vida, te lo prometo.

—Suenan estupendo.

—Muy bien. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Estupendo.

Cerró la puerta despacio y rodeó el vehículo para meterse en el asiento del conductor. Cuando el motor cobró vida, vi cómo se agarraba con fuerza al volante. Parecía que estaba aún más nervioso que yo. Lo que era buena señal. Demostraba que se estaba tomando todo aquello en serio, pensando que era tan importante como yo. Un hurra por el sin prisa pero sin pausa. Mis esperanzas alcanzaron cotas inimaginables.

—Me ha dicho tu padre que hoy fuiste a ver un apartamento en Woombye.

—Sí. Era bonito.

Alzó la barbilla.

—Creo que voy a alquilarlo —dije.

—Estupendo. Eso está muy bien —dijo mientras ponía el vehículo en movimiento y conducía a un ritmo tranquilo por la calle—. Has encontrado una casa bastante rápido.

—Sí.

Flexionó los dedos contra el volante. Se le pusieron los nudillos blancos y apretó la mandíbula.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. De maravilla.

Al llegar a la esquina, se detuvo y miró el tráfico en ambos sentidos. No venía nadie. No se veía ningún otro faro. Pero por alguna razón, seguimos parados.

—¿Pete?

Ninguna respuesta.

—Oye...

—Esto es un asco. —Debió de tragar saliva porque vi perfectamente como se movía su nuez de Adán—. Lo siento. No puedo hacerlo.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—No. —Fue lo único que dijo.

Y sin más, dio marcha atrás y dio la vuelta. Volvimos a casa mucho más rápido de lo que salimos. Los ángulos más marcados de sus pómulos destacaban en su rostro e iba con los labios apretados, formando una fina línea. Esto no podía estar pasando.

—No... no lo entiendo. —Me dolía la garganta. Parpadeé un par de veces para contener las lágrimas. Como si eso me fuera a ayudar.

Nos detuvimos en el camino de entrada y Pete saltó del vehículo. Me di cuenta de que había dejado el motor en marcha, sin duda para escapar de allí cuanto antes. Había sido una completa idiota. Otra vez. ¿Cuándo aprendería? Ni siquiera me molesté en discutir con él cuando abrió la puerta del copiloto, me desabrochó el cinturón de seguridad y me sacó de su puta *pick-up*. Después me agarró de la muñeca y me arrastró de vuelta a casa. Las luces brillantes me deslumbraron; las lágrimas contenidas no me permitían ver con claridad. Mi padre y Shanti estaban en la cocina, preparando la cena. Cuando Pete y yo aparecimos en la estancia Shanti se quedó petrificada y mi padre frunció el ceño. Era como si estuviera teniendo una especie de pesadilla. Todo en mi interior se rompía, haciéndose añicos.

—No voy a salir con tu hija —dijo, con la mano todavía alrededor de mi muñeca como si de un grillete se tratara. No apretaba, pero tampoco la soltaba. Intenté zafarme, pero no me dejó.

Todo el mundo se quedó callado.

—Lo siento, Adele —continuó—. Sé que eso era lo que querías, pero es una tontería.

Mi padre se limitó a soltar una especie de gruñido.

—Explícate, Peter —dijo Shanti, con un cuchillo muy grande en la mano.

Pete, sin embargo, no se percató de la clara amenaza porque estaba ocupado enjugándose una lágrima de la mejilla. Frunció el ceño y volvió a apretar los

labios.

—No hagas eso, preciosa.

Lo miré fijamente, estupefacta.

—No voy a salir con la mujer de la que estoy enamorado y que además lleva a mi hijo en su vientre porque lo echaríamos todo a perder —dijo finalmente—. Nos vamos a casar.

—¿Que nos vamos a qué?

Pete asintió, todo entusiasmado.

—Sí. Nos vamos a casar. Estás viviendo conmigo. Vamos a dejarnos de tonterías, ¿de acuerdo?

Continué mirándolo asombrada.

—No creo que sea bueno para ninguno de los dos. —Volvió a limpiarme otra lágrima con cuidado—. En serio, preciosa, tienes que dejar de llorar. Se supone que tienes que tomarte las cosas con calma. No es bueno que te alteres de esa forma.

Tragué saliva.

—¿Por qué ahora?

—Porque no podemos esperar más, ¿no te das cuenta? —Sus ojos me miraron suplicantes—. Porque si esperamos lo suficiente, entonces tendrás al bebé. Y a mí se me dan muy bien los niños. Me abro a ellos. Tú lo sabes. Ya sea a tu lado, o en la casa de al final de la calle, seré el mejor padre para nuestro hijo.

—Lo sé.

—Y eso me aterroriza.

Parpadeé.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque a los dos nos resultaría muy fácil conformarnos con eso. —Sacudí la cabeza con determinación—. Y no creo que ninguno de los dos se lo merezca. No durante el resto de nuestra vida.

Shanti se aclaró la garganta.

—¿Debo entender, Peter, que ahora mismo estás pidiendo a Adele que se case contigo?

—Efectivamente —confirmó él—. Bueno, no se lo estoy pidiendo. Porque entonces podría decir que no y volver otra vez a eso de ir poco a poco. Te juro que lo he intentado, pero no funciona.

—¿Le estás pidiendo que se case contigo porque la amas?

—Sí.

—Entiendo —dijo Shanti—. Aunque no tengo muy claro que ella sea consciente de ese hecho.

Pete se volvió hacia mí y se humedeció los labios.

—Te quiero.

—¿En serio?

Asintió una sola vez.

—Más que a mi vida. Querías que te viera, Adele, pero eres lo único que veo.

—Vaya. De acuerdo. Esto es... mmm... completamente nuevo. —Tragué saliva ostensiblemente, intentando recomponerme—. ¿Estás seguro? ¿Cuándo te diste cuenta exactamente?

—Después de que volvieras a Sídney.

—Eso fue hace meses.

—Sí. Lo siento —dijo—. Me llevó un poco de tiempo aclararme.

No sabía qué decir.

Mi padre se cruzó de brazos.

—¿Me estás pidiendo la mano de mi hija?

—No —respondió Pete—. Te estoy diciendo que la quiero y que nos vamos a casar. Ella lo es todo para mí. Me ha costado darme cuenta, pero ahora lo sé con certeza.

—¿Estás completamente seguro?

—Sí. Absolutamente. Entonces, ¿todo va bien entre nosotros? —inquirió, mirándome de nuevo—. No me malinterpretes, preciosa. Me encantaría llevarte a cenar, al cine o a donde quieras. Pero no voy a salir contigo en una cita, porque esto no es temporal, ni algo informal ni nada de eso. Somos tú y yo juntos para siempre, ¿entendido?

—Ajá —dije, todavía asimilándolo—. ¿Esto no será algún tipo de reacción al hecho de haya encontrado un apartamento al que irme a vivir?

—No, aunque eso tampoco me hacía la menor gracia.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Necesito un sí, Adele.

—¿Me quieres y eres mío?

—Completamente —contestó sin ningún género de duda.

Reprimí una sonrisa. De pronto, podía volver a respirar y se iba disipando toda la angustia y el dolor de corazón que había sentido hacía unos instantes.

—Vas a tener que pedirme que me case contigo, no solo informarme. No queda bien.

—Sí. —Se rascó la cabeza—. Siento también eso. Tenía un poco de miedo de haber esperado demasiado y haberlo estropeado todo.

—No, no lo has hecho.

Sonrió. Y esa fue una de las cosas más bonitas que había visto en mi vida.

—Me alegra saberlo.

—Dilo otra vez.

Se inclinó y me besó la comisura de la boca, la mejilla, el lóbulo de la oreja.

—Te quiero, Adele. Te compraré un anillo del tamaño de una casa, me pondré de rodillas. Haré lo que quieras... solo necesito que me digas que sí.

—¿Ah, sí? —Me relajé contra la dura longitud de su cuerpo, sonriendo de oreja a oreja. Era una locura enorme. No alcanzaba a comprenderlo. Pero el corazón me latía a toda velocidad, la cabeza me daba vueltas y lo único que podía ver era a nosotros dos juntos. A él y a mí formando una familia. Increíble. Tenía un futuro tan prometedor por delante—. Sí, me casaré contigo. Lo haré.

—Gracias. —Fue todo lo que dijo.

Epílogo

—¿Qué haces viniendo aquí tan sigilosamente?

—Como un *ninja* —agregué—. Tan sigilosamente como un auténtico *ninja*. Eso es lo que querías decir exactamente, ¿verdad?

Pete se echó a reír. La luz me deslumbró mientras mi hombre se acercaba a mí con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué haces viniendo aquí como una *ninja* embarazada, con una llave de la puerta principal?

—No menoscabas mis habilidades —resoplé—. Nosotros, los *ninjas*, siempre vamos preparados.

—Lo siento. —Me agarró por la cintura—. Has decidido rebelarte contra la norma de que los novios no deben verse la noche antes de la boda, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—Me aburría. Y me he puesto nerviosa. Así que he pensado que podía venirme a casa.

A pesar de las protestas de Shanti, habíamos organizado la boda sobre la marcha e íbamos a casarnos solo un mes después de que me lo pidiera. A Shanti le habría encantado organizar una boda por todo lo alto, seguramente después de que el bebé naciera. Pero Pete y yo solo queríamos una ceremonia sencilla en la playa. Quería tomarme las cosas con calma y disfrutar del momento en el que estábamos.

—Buena idea —dijo él—. Te he echado de menos.

—¿Ah, sí?

En vez de responder con palabras, me lo demostró besándome lentamente. Seduciéndome con sus labios. Por supuesto, estuvo más que bien, pero no era suficiente. Nada era suficiente en lo que respectaba a él. Lo siguiente que supe fue que tenía su lengua dentro de la boca y, oh, Dios mío, me encantaba su sabor. Me aferré a su camiseta mientras sus manos me agarraban del pelo, sujetándome. Antes de darme cuenta me tenía arrinconada, apoyada contra la puerta principal. No estaba intentando escapar. Caray, no. Lo que intentaba era encaramarme a él, rodear su cintura con mis piernas y no dejarlo ir jamás. Me asió del trasero, acomodándome encima de él.

—¿Dormitorio? —preguntó, respirando con dificultad. Se le veía tan excitado como yo.

—Aquí. Contra la puerta.

—¿Estás segura?

—Sí, vamos.

Chasqueó la lengua.

—Siempre con tanta prisa. Tenemos que ir más despacio, mi preciosa carga.

—Neville está profundamente dormido —gemí—. Estamos bien dispuestos. Es nuestra última oportunidad de tener sexo fuera del matrimonio. Además, existen muchas probabilidades de que mañana te pases toda la noche quitándome pacientemente las mil horquillas que llevaré mientras yo me siento en algún lado exhausta. Te recomiendo que saques tajada ahora que puedes.

Pete solo se rio un poco más. Dios, me encantaba ese sonido.

En breve tendría una barriga demasiado grande para esta postura. Lo mejor que podíamos hacer era aprovechar la oportunidad. Además, estaba situada en el lugar perfecto para que pudiera frotar su dureza sobre mí. Nuestras bocas se fundieron mientras se bajaba los pantalones y se sacaba el miembro. No hubo tiempo, ni necesidad, de quitarme los holgados pantalones cortos de pijama. Pete simplemente apartó la tela, alineó su pene con mi vulva y lo hundió hasta la base.

—Pete —suspiré, agarrándome a él con todas mis fuerzas.

Enterró la cara en mi cuello y me folló lentamente y sin apenas dificultad. El movimiento de su pelvis penetrándome hasta el fondo era perfecto. La forma en

que su cuerpo acunaba el mío, sosteniéndome contra la puerta, fue preparándome para alcanzar un delicioso orgasmo. Mi clítoris palpitaba al mismo ritmo que el corazón, mis entrañas cobraban vida, sufriendo de necesidad. Cuando frotó la pelvis contra la mía, os juro que mi sangre se convirtió en una lava más ardiente que el sol. Poco a poco fue acelerando las embestidas, aumentando su intensidad. La puerta empezó a traquetear con cada envite mientras que de la garganta de Pete emergían roncós gemidos. Éramos como dos animales a punto de casarse en medio de una especie de frenesí de apareamiento. Le clavé las uñas en el cuello y en la espalda, instándolo a que siguiera empujando. El clímax iba llegando poco a poco, me ardían los pulmones y el corazón me latía desahorado.

Estaba completamente centrada en él, en lo que me estaba haciendo. Nada más importaba.

Cuando por fin alcancé el orgasmo, me atravesó por completo, haciendo que mi mente flotara libre. Mi cuerpo se convirtió en una temblorosa masa de carne. Oí a Pete gritar, embistiendo con su polla más y más hasta que comenzó a disminuir la velocidad.

Cuando terminamos, me bajó con cuidado al suelo y me apartó el pelo revuelto de la cara. Su pecho ascendía y bajaba ostensiblemente, intentando recuperar la respiración.

—¿Estás bien, preciosa?

—Mmm.

—Venir aquí y usarme para relaciones sexuales la noche antes de nuestra boda. —Negó con la cabeza—. Deberías de sentirte avergonzada.

Y lo habría estado si no hubiera estado bostezando.

—Venga. Hora de acostarse, mi ruborizada novia.

Me tomó en brazos y me llevó al dormitorio en plan romántico total. A nuestro dormitorio. Mi ropa ocupaba la mitad del armario, el baño estaba invadido por mis productos cosméticos. Y a Pete no le importaba en absoluto. Había movido el despacho a la habitación que estaba en el otro extremo de la casa para que el cuarto que estaba más cerca del nuestro se convirtiera en la habitación del bebé. Todo iba como tenía que ir. Porque así era como mejor estábamos, juntos.

—Te quiero —susurró, depositándome en medio de la cama antes de

encaramarse también a ella.

—Yo también te quiero.

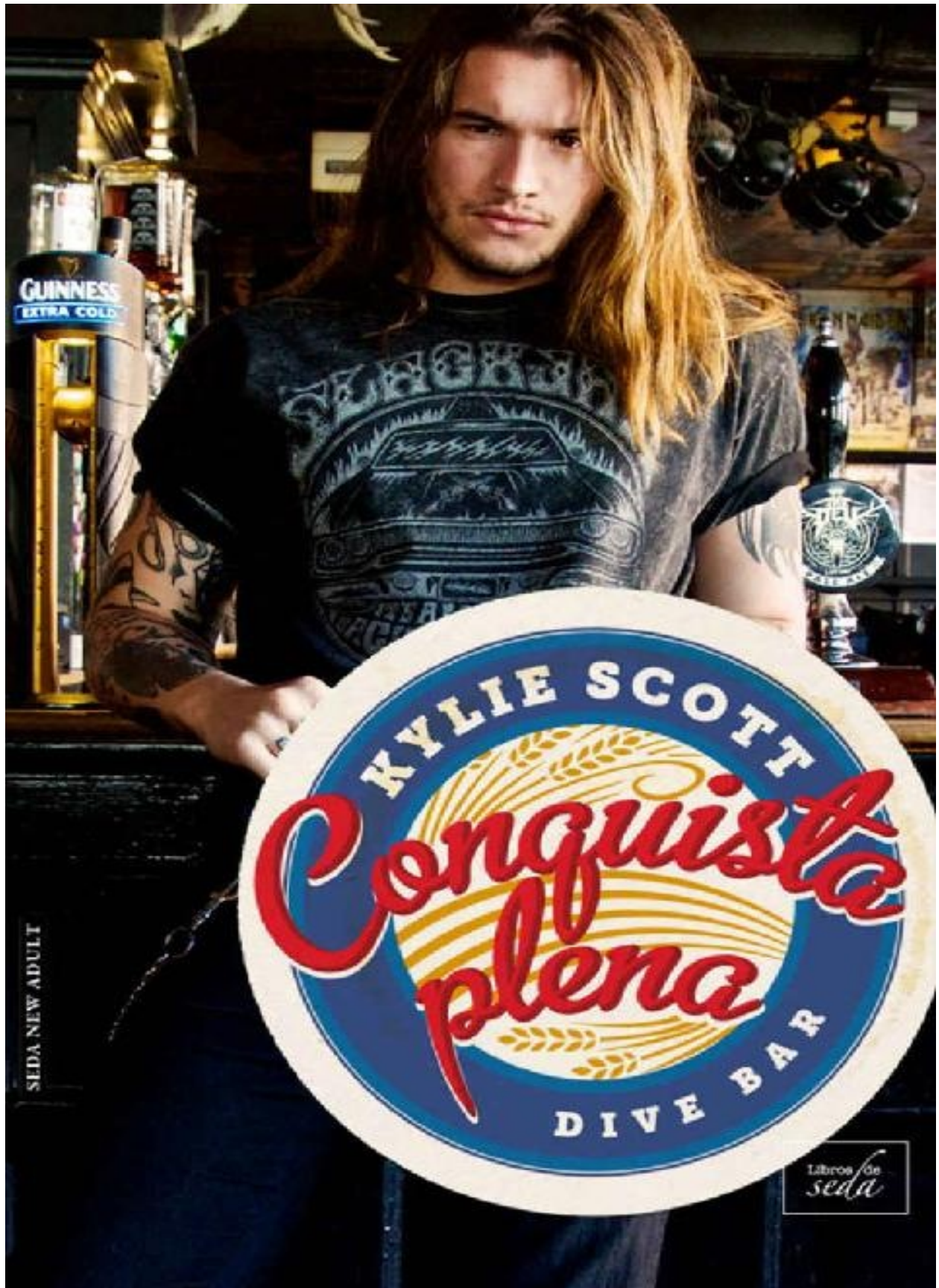
—Menos mal —bromeó—. De lo contrario podría haberme sentido muy incómodo.

Solté un resoplido.

—¿Quieres casarte mañana? —preguntó con un deje de sonrisa en su voz.

—Mmm, ¿por qué no? —Esbocé una amplia sonrisa que rebosaba felicidad. Estaba abrumada por esa sensación que tienes cuando todo el universo es como debería ser. Una sensación tan rara como hermosa.

—Muy bien —dijo—. Parece que tenemos un plan.



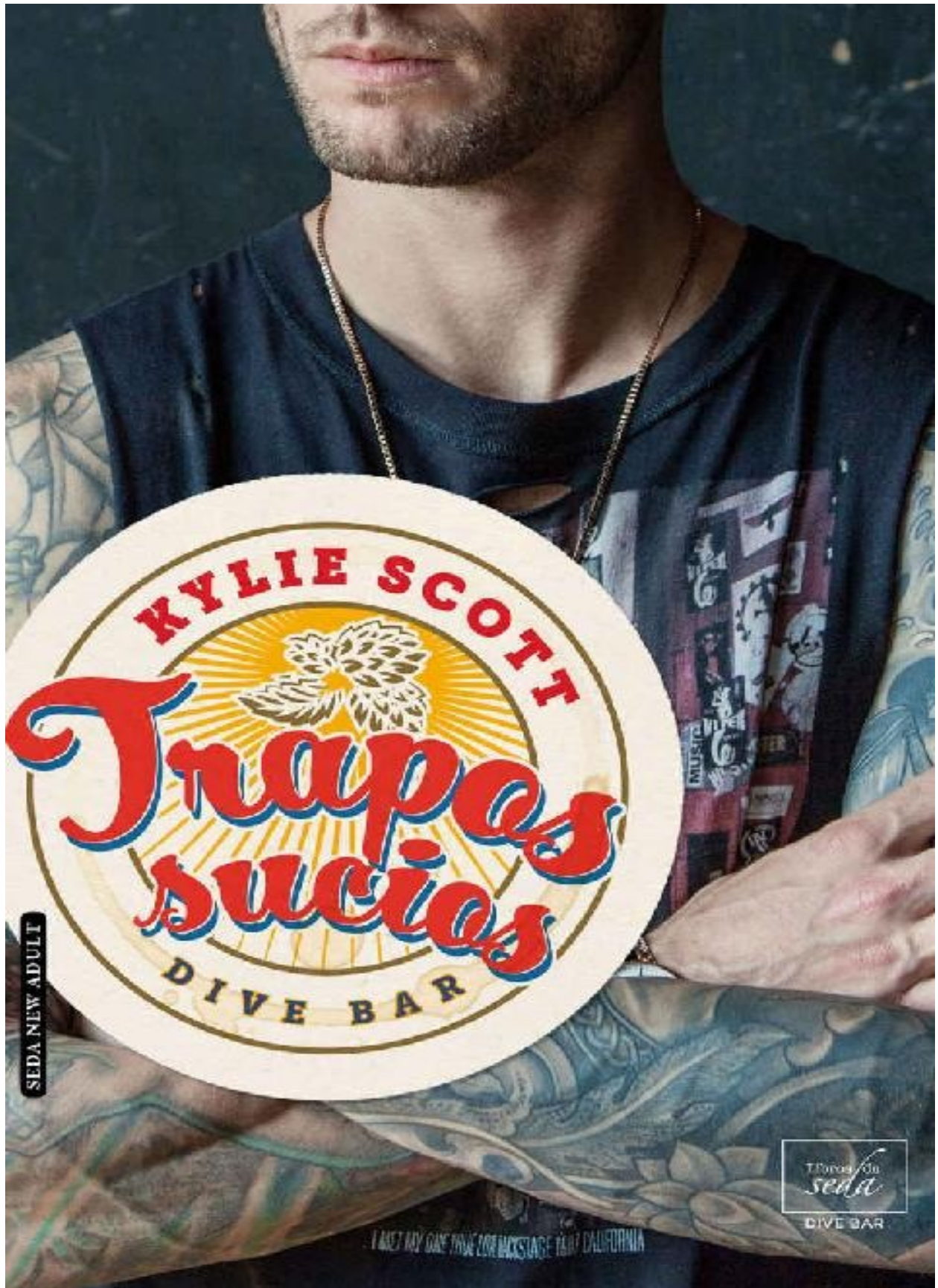
SEDA NEW ADULT

Libros de
seda

CONQUISTA PLENA

Eric Collins es un chico malo y se ha ganado esa reputación a pulso. Por eso, no está teniendo mucha suerte en el amor últimamente... Cuando Jean llega a la ciudad, cree que los dioses del sexo la han enviado justo para él... El problema es que, primero, ella no quiere saber nada de él y, segundo, está embarazada.

Jean está cansada del estilo de vida que ha llevado hasta ahora. Una ciudad pequeña se le antoja el mejor sitio para empezar de nuevo y ser para su futuro bebé la madre buena y cariñosa que ella nunca tuvo. Al saber que ella está embarazada, el dueño del bar de la localidad, Eric, se olvida de ella. Sin embargo, Jean se pone de parto durante una ventisca, su vehículo se sale de la carretera y no será otro que Eric quien acuda para ayudarla. ¿Acaso él podrá dejar de ser un mujeriego para convertirse en el hombre de su vida?



KYLIE SCOTT

Tropas
Sucias

DIVE BAR

SEDA NEW ADULT

Tropas Sucias
seda
DIVE BAR

1 AND 1/2 HRS. GOLF TROVE 200 BACKSTAGE TALK CALIFORNIA

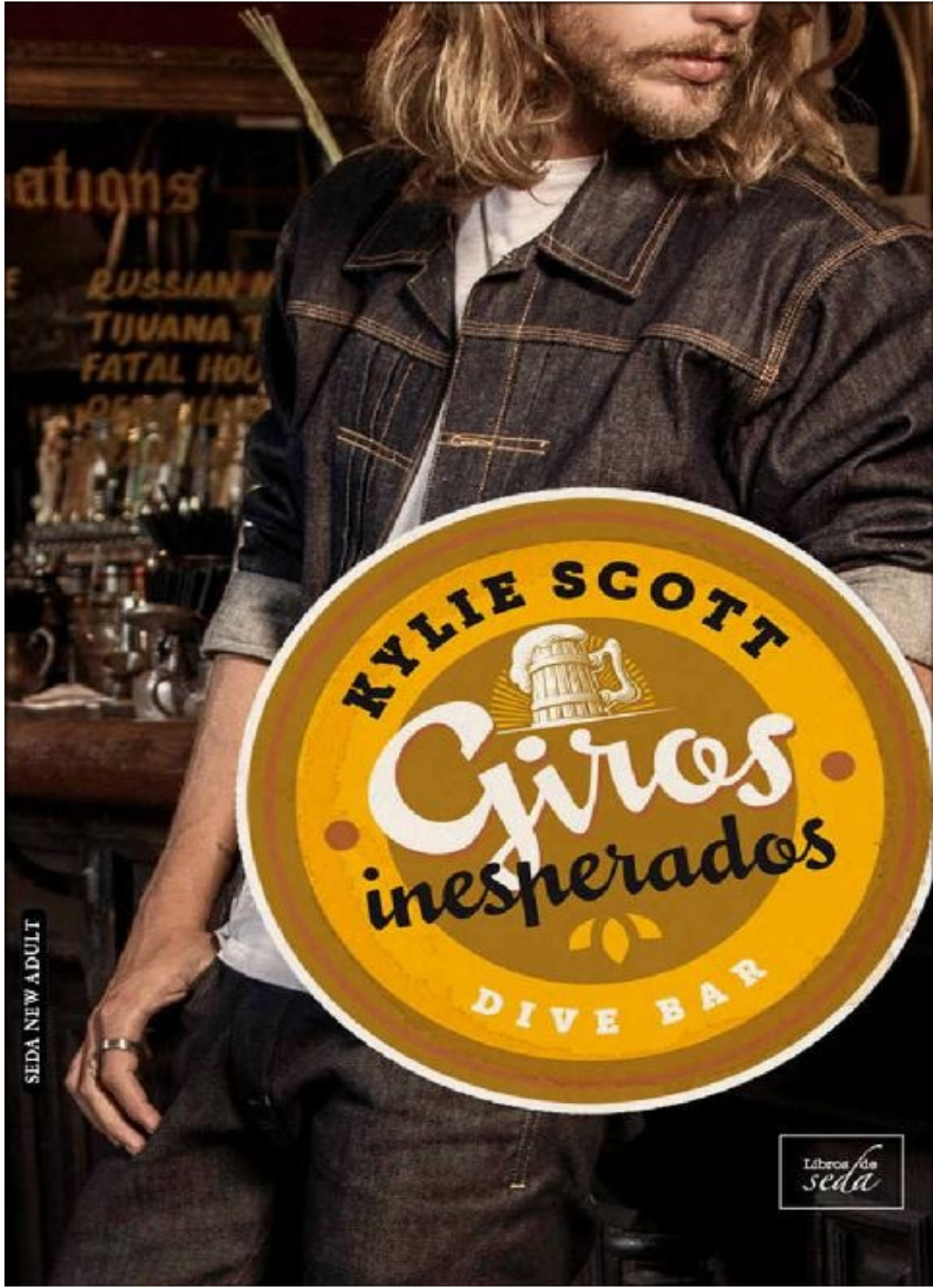
TRAPOS SUCIOS

Darte cuenta el día de tu boda de que tu novio es gay puede ser muy duro... y huir y acabar escondiéndote en la bañera de la casa de un desconocido puede tener consecuencias imprevisibles.

Vaughan Hewson vuelve al que fue su hogar cuando era niño y, al hacerlo, se topa con una novia metida en la ducha a quien según parece acaban de romperle el corazón. Menudo hallazgo: es lo último que esperaba encontrarse.

Lydia Green no sabe si quemar la iglesia donde estaba a punto de casarse o quedarse llorando en un rincón. Y es que descubrir el día de tu boda que el amor de tu vida está teniendo una aventura no es poco. Y es peor aún cuando te enteras de que la está teniendo con el padrino de tu boda. ¿Cómo ha podido suceder algo así? Ella siempre había imaginado que se casaría con un hombre de negocios maravilloso y perfecto... ¡Y menudo fiasco! Vaughan, ex músico convertido ahora en barman, le parece todo menos delicado: más bien es alguien rudo e inestable.

Sin embargo, ¿por qué no intentarlo de nuevo con alguien totalmente distinto?



SEDA NEW ADULT

Libras de
seda

GIROS INESPERADOS

Lo que empezó siendo una relación por Internet... ¿Podrá convertirse en algo más?

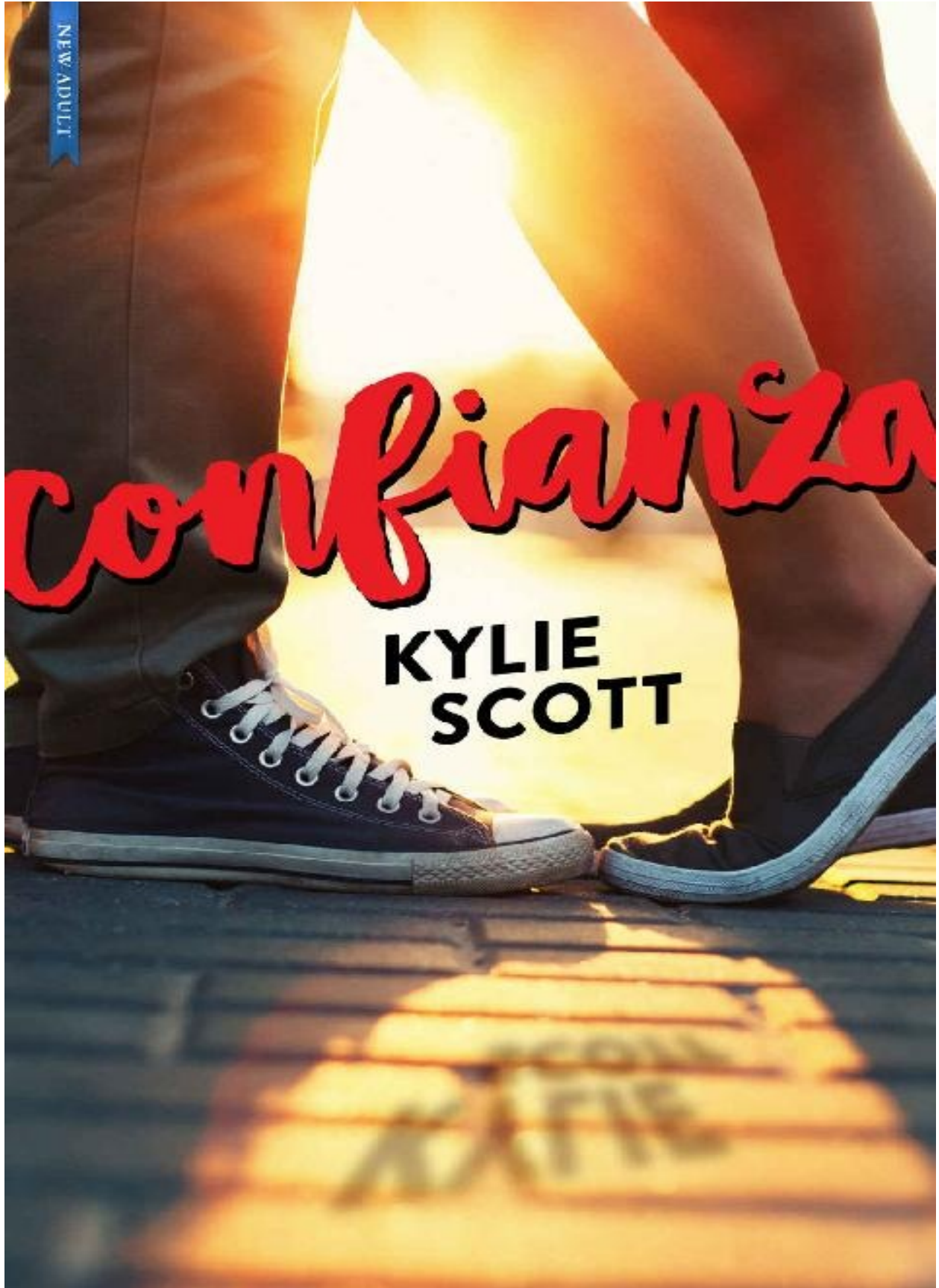
Eric Collins ha perdido el interés por conocer mujeres en Internet, así que, su hermano Joe, que también trabaja en el Dive Bar, decide cerrar su perfil porque a él tampoco le interesa, hasta que lee los mensajes que ella ha escrito...

Alex Parks es divertida, amable y bonita, todo lo que él ha estado buscando siempre en una mujer. En poco tiempo, ambos inician una relación por email durante la que se cuentan incluso sus secretos más oscuros... Y es que, cuando se trata de amor, lo mejor es ir al grano en lugar de dar rodeos.

NEW ADULT

confianza

**KYLIE
SCOTT**



CONFIANZA

Ser joven significa vivir muchas experiencias: la primera vez que te saltas una clase, la primera vez que te enamoras... la primera vez que te apuntan con una pistola a la cabeza.

Tras ser retenida como rehén durante el robo de la tienda de alimentación local, Edie, de diecisiete años, siente que algo dentro de ella se ha roto. No le apetece soportar la tontería y el acoso de la escuela privada a la que acude, así que se matricula en el instituto público de su localidad, y ahí se cruza con John, el muchacho que arriesgó su vida para salvarla.

Mientras Edie se vuelve más rebelde, John está empezando a situarse. Tras años de fiesta loca y de coquetear con las drogas junto a su hermano mayor, ha empezado a cambiar: asiste a las clases puntualmente y ha comenzado a pensar en el futuro.

Y a pesar de que la distancia que los separa se va haciendo más amplia, John mantiene a Edie a salvo y la ayuda a ampliar sus horizontes. Pero cuando la ayuda con otro asunto, el de la pérdida de su virginidad, lo de ser amigos deviene complicado.

Mientras tanto, Edie y John se ven empujados otra vez hacia el peligroso mundo del que escasamente habían logrado escapar. La primera vez, tuvieron suerte y lo lograron, pero en esta ocasión lo que pueden perder es mucho más importante: pueden perderse el uno al otro.